

SUSANNE
JANSSON

EL LUGAR PROHIBIDO

El lugar prohibido

Susanne Jansson

Traducción de Pontus Sánchez



Rocaeditorial

EL LUGAR PROHIBIDO

Susanne Jansson

En los pantanos que recorren el norte de Europa, están enterrados los restos de aquellos sacrificios que la gente de la Edad de Hierro hacía a los dioses. Incluso de sacrificios humanos. Los cuerpos han quedado preservados como misteriosas cápsulas del tiempo.

Una joven científica llamada Nathalie llega a uno de estos pantanos en la zona rural de Suecia para realizar experimentos de campo para su tesis doctoral en biología. Allí, una noche, en medio de una tormenta otoñal, Nathalie encuentra a un hombre inconsciente, con los bolsillos llenos de monedas. Cerca, una tumba improvisada.

La exitosa fotógrafa Maya Linde trabaja ahora para la policía y es enviada a cubrir la escena donde ha sido encontrado ese hombre. Cuando Maya descubre otro cuerpo en la ciénaga, comienza una cacería de lo que parece ser un astuto asesino que ha enterrado a las víctimas bajo el lodo durante más de una década.

ACERCA DE LA AUTORA

Susanne Jansson nació en 1972 en Åmål, Suecia. Pronto se trasladó a Gotemburgo para estudiar publicidad y luego a Nueva York para estudiar fotografía. De regreso a Suecia, trabajó como fotógrafa *free lance* mientras cursaba Periodismo, trabajo que ha combinado junto con la fotografía desde los últimos veinte años. *El lugar prohibido* es su novela debut, considerada una de las mejores novelas de suspense de este año.

ACERCA DE LA OBRA

«La atmósfera es lo que me ha fascinado; una mujer solitaria que decide adentrarse en el paisaje más salvaje. Susanne Jansson juega de manera magistral con la incertidumbre. ¿Hay algo sobrenatural ahí fuera, en el pantano? ¿O hay alguien que usa la sabiduría ancestral para sus propios propósitos? ¿Tiene Nathalie alguna razón oculta para entrar en el pantano? Una de las mejores y más impactantes novelas debut que he leído nunca.»

LOTTA OLSSON, *DAGENS NYHETER*

«Navega entre el género de terror y el suspense, con un brillante uso de lo sobrenatural. Como contraste, ofrece un interesante acercamiento a los procedimientos científicos, encarnados en Nathalie, y una reflexión sobre el poder de la fotografía con el trabajo policial de Maya. Un debut que constituye un soplo de aire fresco al género.»

SKÅNSKA DAGBLADET

«Susanne Jansson es un regalo para todos los aficionados al suspense y para los amantes de la naturaleza más misteriosa. Lo que esconde el lodo, lo que allí está enterrado no se descompone, pero tampoco parece descansar en paz. ¿Cómo satisfacer el hambre de los muertos? Una pregunta que nos hacemos mientras pasamos febrilmente las páginas de esta novela.»

M MAGASIN

«Se dice que hay diez muertos por cada persona viva. La proporción me ataca los nervios.»

De *Relacionarse con los fantasmas* de GÖRAN DAHLBERG

* * *

«Lo que no existe
se mete por todas partes
y coge su lugar.»

De *amor profundo nadie* de ANN JÄDERLUND

A Alma y Edvard

Sería erróneo decir que nadie vio ni oyó nada. Lógicamente, muchos testigos percibieron el eco de los disparos aquella noche, y vieron después una figura humana huyendo de la casa hacia el coche que estaba esperando.

Quizá luego esos testigos volvieran a lo suyo, o incluso puede que siguieran cotilleando cuando llegó la policía y sacaron los cuerpos. Sin embargo, no dijeron nada. Se limitaron a moverse por detrás de los arbustos, a sentarse a descansar en los árboles o a deambular por los prados. Estaban fusionados con la naturaleza, a menudo eran invisibles para la gente. Quizá todos fueran animales: pequeños o grandes, rápidos o lentos, perspicaces o medio ciegos.

En cualquier caso, la verdad sobre lo que realmente aconteció en aquella casa no tardó en difuminarse hasta desaparecer del todo.

Como ocurría a menudo con tantas otras cosas.

Prólogo

Al caer la tarde empezó a soplar el viento. Primero se levantó una ligera brisa sobre las copas de los árboles y después fue aumentando de intensidad. Al final tiraba y azotaba todo lo que encontraba a su paso. La oscuridad quedaba a apenas media hora.

En el aparcamiento delante de la mansión, Johannes se bajó de la bicicleta y la apoyó contra una farola. Se recogió el pelo oscuro con una goma y se lo anudó en la nuca. Hacía un tiempo de mierda; un tiempo con el que ninguna persona normal saldría a correr.

Pero él no debía de ser normal.

Mientras ponía el candado a la bicicleta echó un vistazo a la cabaña de Nathalie. La lámpara de queroseno parpadeaba en una de las ventanas y la vio moverse dentro. Observó las sombras que se formaban en las paredes, lentas y evasivas.

Como ella.

Un par de noches atrás se había quedado a dormir con él. Pero cuando Johannes se despertó por la mañana, ella había desaparecido. La cama estaba vacía.

Era cierto que ella le había dicho que tenía que levantarse temprano al día siguiente, pero aun así él se sintió decepcionado. Habían pasado una noche agradable y luego Nathalie se había ido sin decir nada, sin dejar ni siquiera una nota.

Probablemente, se trataba del viejo y habitual miedo a la cercanía; quizá se había sentido vulnerable y había preferido tomar distancia. Una explicación plausible, puestos a jugar a psicólogos.

La lluvia se había intensificado y la idea de no ir a correr empezaba a tomar fuerza. No llevaba la ropa adecuada, lo sabía, si bien cabía decir que pocas veces lo hacía. Nunca había sido de los que están pendientes de la previsión del tiempo, lo cual debía de ser una reacción al hecho de que su madre hiciera todo lo contrario. Le ponía una prenda distinta por cada grado de diferencia que marcara el termómetro, una muda específica para cada finalidad; toda la infancia de Johannes había sido un constante ponerse y quitarse ropa para que ni una gota de agua o ráfaga de viento fría pudiera colarse a través de las diversas capas que llevaba. Ya adulto, algunas veces se había sentido eufórico al mojarse o coger frío de forma imprevista.

Echó a correr hacia el camino y giró a la derecha, alejándose de la cabaña de Nathalie. A un lado tenía el bosque y al otro se abría un paisaje cubierto de turba al que se sentía muy unido: una extensión solitaria, las plantas agazapadas y grises, aparentemente aún más resistentes y resplandecientes ahora que caía la lluvia y el viento empezaba a azotar.

Recordó la escarcha del pasado invierno en ese lugar, sobre la turba blanca. Fue algo sobrenatural, tan frágil y tan seductora; nunca había visto nada parecido. En una ocasión apareció de la nada un gran alce. Marchaba balanceándose a través de los espejos de agua congelados que tintineaban, crujían, sonaban como un triste repicar de campanas. Johannes oía el monótono sonido de sus propios pasos como fuertes golpes, como si estuviera usando una maza para avanzar, enérgico, mecánico.

Después del primer tramo, el sinuoso sendero se convirtió en una larga recta en dirección a la antigua turbera. De vez en cuando podía ver el camino de tierra a su lado y enseguida divisó el pequeño aparcamiento que había allí.

Estaba vacío. Casi nunca se encontraba con nadie en aquel lugar, pero aquella tarde, con la lluvia azotándole el rostro, todo resultaba aún más desolado.

En varios puntos podía distinguirse la construcción de tablones de madera que se adentraba en la turba. Pensó un momento en atajar y correr una vuelta más corta, pero vio que las tablas estaban resbaladizas. Le parecía arriesgado. Bastaba con que perdiera un momento el equilibrio, y...

—¡Au!

Había pisado en falso sobre una piedra, a pesar de haber corrido tantas veces por allí que se sabía de memoria todas las raíces y desniveles. El dolor le vibraba en la pierna. Después se calmó un poco, pero solo para volver a los pocos segundos con todas sus fuerzas.

«¡Mierda, joder!»

Saltó con un pie en busca de algo en que apoyarse pero al final se dejó caer en mitad del camino.

Le dolía de verdad. El viento y la lluvia azotaban y tiraban de su ropa mientras intentaba levantarse, pero el otro pie no podía apoyarlo ni lo más mínimo.

Esperó un momento para ver si el dolor mitigaba. Al mismo tiempo se maldijo a sí mismo por haber dejado el móvil en casa. ¿Cómo iba a volver a la mansión con una sola pierna?

A lo largo del camino había bastante maleza y se le ocurrió que podía cortar algunas ramas y hacerse un par de muletas provisionales. La idea era buena, pero al cabo de un rato tuvo que dejarlo porque las ramas que encontró no eran lo suficientemente resistentes.

Después de haber avanzado un trozo, a ratos saltando y a ratos arrastrándose por el suelo, llegó de nuevo al sendero y paseó la mirada por la

turbera. Fue entonces cuando reparó en ello. Había dejado de llover, y el viento también había amainado. Estaba todo quieto.

Qué extraño.

La luna navegaba por detrás de las nubes en el oscuro cielo. Las nubes de niebla se iluminaban con su luz y se movían lentamente, acariciando la húmeda tierra.

A Johannes le pareció oír un ruido. ¿Había sido el viento? ¿O un animal? Casi parecían gemidos. Como débiles gritos.

De pronto vio un resplandor un poco más adelante en el sendero.

Una linterna. ¡Venía alguien!

—¡Hola! —gritó.

Nadie respondió.

—Necesito ayuda —continuó—. Me he hecho un poco de daño...

El resplandor se acercó un poco. Y luego más. Al final Johannes quedó deslumbrado y tuvo que llevarse una mano a la cara para protegerse los ojos.

—¿Hola?

Y en ese instante la linterna apuntó hacia otro lugar y Johannes recuperó su campo de visión.

«¿Qué está pasando?», le dio tiempo a pensar.

Después, todo se volvió oscuro.

Tres semanas antes

*T*oc, toc, toc.

Nathalie se despertó. Apretó los dedos contra las sienes para que los golpecitos en su cabeza cesaran de una vez.

Toc, toc, toc.

Toc, toc, toc.

Con un vistazo al despertador confirmó que faltaban más de dos horas para la hora de despertarse. En otras palabras: era más o menos lo de siempre. No valía la pena intentar volver a dormirse.

Nunca valía la pena.

Se incorporó en el borde de la cama y se puso a pensar si quedaba algo por hacer. No. El piso estaba limpio y la mayor parte de sus pertenencias recogidas. Las bolsas que aún no estaban en el coche estaban preparadas en el vestíbulo. Todo listo.

Se duchó y desayunó de pie, esforzándose por dejar el menor rastro posible. Escribió una nota a la persona que iba a vivir en el piso mientras ella estaba fuera y la dejó sobre la mesa de la cocina.

He dejado un par de cosas en el congelador, quizá te sean útiles. El número de cuenta para el alquiler lo encontrarás en el e-mail que te envié ayer. Espero que estés a gusto.

Saludos, Nathalie

La calle estaba vacía y en silencio como si fuera domingo. Metió la última bolsa en el maletero, se sentó al volante y emprendió el viaje.

Cogió la 45 en dirección norte y dejó Gotemburgo antes de que a la ciudad le diera tiempo de despertarse. Era como si estuviera escapando de una relación temporal.

Al cabo de un rato se detuvo en una estación de servicio para echar gasolina, comprar una taza de café y cuatro cosas que le sirvieran para poder pasar los primeros días. Después continuó y poco tiempo más tarde vio que el paisaje cambiaba. Se hizo más oscuro, más profundo.

Pensar que solo se tardaba un par de horas en viajar tantos años atrás en el tiempo. A aquel país de lagos y bosques. A la tierra a la que ella pertenecía, en realidad.

Siempre se había sentido forastera en la gran ciudad junto al mar. El mar alegre, inquieto y de poco fiar. Nunca había encajado entre la gente que siempre quería salir a navegar, a la que le gustaban las rocas desnudas y los horizontes, la que adoraba el sol y solo deseaba que hiciera mucho calor y durante tanto tiempo como fuera posible. Era como si esperaran lo mismo de ella, algún tipo de subida de revoluciones interior que nunca había experimentado, pero que hasta cierto punto había sabido construir.

Cada verano, cuando ponía los pies en el cálido granito de Bohuslän y bajaba hasta el agua a bañarse, sentía como si el mar, por puro reflejo, quisiera expulsarla. Como si supiera que ella no pertenecía a su esfera natural.

La lluvia de septiembre caía ahora sobre el parabrisas. A tientes, sosegada. Como si el otoño se aproximara con cuidado con tal de no molestar ni enojar.

«Ven —pensó—, anda, ven.

»Déjate caer.

»Hagámoslo juntas.»

Pasó de largo los accesos a Ámál y siguió las indicaciones hacia Fengerskog. Una pincelada de irrealidad la envolvió, tan rápida como abrumadora, y de pronto se preguntó qué estaba a punto de hacer. Qué estaba a punto de poner en marcha. Al mismo tiempo, se dio cuenta de que iba a llegar en breve y que era demasiado tarde para dar la vuelta.

Aminoró la marcha a la altura de la escuela de arte y de la antigua fábrica que, según tenía entendido, ahora alojaba estudios de arte, galerías y talleres. En el cruce, donde antes solo había una tienda de comestibles, ahora había una panadería y una cafetería donde vio a unos cuantos jóvenes con bolsas de tela tomándose el café con leche o té de la mañana en grandes vasos. Después, la zona urbanizada se convirtió en bosque antes de que la carretera, al cabo de un momento, desembocara en una avenida de abedules que llevaba hasta la mansión.

En la gran explanada de gravilla había unos vehículos aparcados. Nathalie bajó del coche, dejó el equipaje dentro y se dirigió hacia la entrada.

Era un edificio majestuoso, con cuatro torres, fachada blanca, techo de láminas metálicas color verde tilo y grandes ventanales por todas partes. Estaba situado sobre una pequeña colina, como suelen estar las mansiones. También acostumbran a tener buenas vistas hacia un bello paisaje: un bonito lago o unos cerros ondulados.

Aunque esta mansión era distinta. Miraba hacia unos terrenos que yacían silenciosos y no tenían mayores pretensiones. Un paisaje con grandes extensiones envueltas en niebla, pinos agazapados y suelos que se hundían. Una tierra donde la luz del sol parecía no llegar hasta el suelo, que nunca se secaba. Que se humedecía constantemente, que se revolcaba en ella.

Y aquí había vuelto Nathalie por su propia voluntad.

—¿Eres la que va a alquilar la cabaña?

La mujer que se presentó como Agneta era la directora de la propiedad. Llevaba puesto un vestido beige parecido a un caftán con unos anchos bordados, lo que hacía que su alta figura pareciera una columna. Llevaba el cabello rubio oscuro cortado con flequillo y melena sobre los hombros.

—Sí, así es.

Su marido estaba detrás, una cabeza más bajo y vestido con traje negro y mirada vigilante que envolvía toda la sala.

«Gustav —pensó Nathalie—. Como un guardaespaldas. Es exactamente así como los recordaba.»

—En ese caso, quisiera darte la bienvenida a la mansión de Mossmarken. Espero que seas consciente de que es una cabaña sencilla la que alquilas. Se utiliza más en los meses de verano.

—Sí, no habrá ningún problema. De todas formas hay calefacción, ¿verdad?

—Hay dos estufas de leña y una nevera que va con gasoil. Eso es todo. El agua debes ir a buscarla en cubos al sótano, y el móvil, el ordenador y esas cosas puedes cargarlos en nuestro despacho. Hay ducha y aseo en el pasillo del piso de arriba. También hay una letrina detrás de la cabaña. ¿Qué más...?

—dijo mientras parecía recapacitar—. Ah, sí, la bicicleta. Hay una vieja bicicleta que puedes usar, si quieres. Por cierto, ¿de dónde eres?

—Vivo en Gotemburgo.

En las paredes del vestíbulo vio los viejos retratos de elegantes damas con sus enormes vestimentas y orgullosos caballeros con atuendos militares. De niña la habían cautivado, especialmente uno de los cuadros: el que representaba a Sofia Hansdotter, esposa de un señor feudal que vivió en la mansión a finales de 1800. Recordaba el vestido verde guisante de Sofia y su melancólica mirada.

Se decía que había perdido a siete de sus ocho hijos. Que estaba loca. Que en secreto había ahogado a los niños y después le había pedido a su esposo que los enterrara en la turba, a las afueras de la mansión. Porque los quería tener cerca, según había dicho. Su esposo hizo lo que ella le pidió para no causarle más sufrimiento a su ya destrozado corazón. Hasta que un día, cuando el octavo niño acababa de nacer, en un momento de repentina clarividencia, comprendió por qué todos los niños habían muerto y decidió apartar al recién nacido de su madre. Se dice que entonces Sofia fue hasta el lugar donde estaban enterrados sus otros hijos, echó a andar entre la turbera y desapareció.

Nadie hizo nada para salvarla.

Aquel octavo niño creció y se volvió un hombre fuerte y sano que tiempo después se hizo cargo de la mansión. Era el bisabuelo de Gustav, el actual propietario.

—Gustav y yo llevamos más de treinta y cinco años explotando este lugar como hospedería, como antes hicieron sus padres —continuó Agneta en un tono que dejaba claro que no era la primera vez que explicaba la historia de la mansión—. La propiedad ha estado en manos de la familia de Gustav desde el siglo XVII. Puedes ver a todos sus antepasados en los cuadros que hay por aquí. —Hizo un gesto envolvente con la mano.

En ese momento bajó una mujer del piso superior.

—Aquí está nuestra gobernanta, Jelena, que prepara el mejor lavareto ahumado a este lado del lago Vänern, si es que algún día quieres comer arriba con nosotros.

Jelena era pálida y delgada, tan lejos de la clásica gobernanta exuberante como cabía imaginar.

—Y aquí tenemos a Alex, que es el hombre para todo de la pensión —continuó Agneta cuando un tipo alto y musculoso atravesó la puerta—. Habla con él si necesitas arreglar algo.

Alex se quedó parado, fijó la mirada en la lámpara de techo y asintió brevemente con la cabeza. Después continuó su camino hacia las habitaciones traseras. Agneta siguió hablando:

—Entre semana, Gustav y yo estamos disponibles de 9 a 16, por si tienes alguna pregunta. Solemos estar en la oficina aquí al lado, a menos que estemos subidos a alguna escalera pintando las puertas del granero, arreglando algún tractor estropeado o cosas por el estilo. Fuera de esas horas, probablemente nos encuentres en el ala oeste, donde tenemos nuestra vivienda. Te puedes poner en contacto con nosotros también fuera del horario de oficina. —Hizo una pausa y continuó—. Creo que eso es lo más importante. Ahora mismo estamos en lo que aquí se llama temporada baja, no hay mucho movimiento. ¿Estás aquí para hacer algo en especial, si me permites la pregunta?

—Sí. Estoy escribiendo la tesis doctoral. Va sobre cómo el aumento global de la temperatura afecta al proceso de descomposición en las tierras húmedas. Soy bióloga.

—Entiendo —sonrió Agneta con un gesto hacia las ventanas—. Es por la turba por lo que has venido aquí. Interesante.

—Sí, pensé en hacer unos pocos experimentos de campo como punto final.

—Lo cierto es que esta turba es bastante especial —continuó Agneta—. Se dice que hubo un tiempo en que la llamaban «la turba de las ofrendas».

—Sí.

—Quizá ya hayas oído hablar de ello. Desde la Edad del Hierro se han enterrado aquí diversas ofrendas a los dioses. Incluso personas, a decir verdad. Tenemos folletos sobre el tema en la oficina. Cuando el cambio de milenio, más o menos, encontraron un cadáver del año 300 antes de Cristo. Ahora está en el Museo de Historia Cultural de Karlstad.

Nathalie asintió con la cabeza.

—Sí, me suena...

—La Muchacha de los Arándanos —dijo Agneta.

—¿Eh? —respondió Nathalie.

—Llaman así a la joven que encontraron. Pero, hablando de la turba, espero que vayas con cuidado cuando te metas por ahí. Hay mucha agua en algunos lugares y las pasarelas están realmente resbaladizas en esta época del año. Aunque supongo que ya estás acostumbrada.

La cabaña situada al pie de la mansión disponía de una habitación y cocina. Esta contaba con un fregadero sin grifo, un gran fogón de leña y una zona para comer con banco de cocina y dos sillas. La habitación estaba amueblada con un somier con patas, un armario ropero y un sencillo escritorio, así como dos viejos sillones y una mesita de centro situada delante de la chimenea.

El frío del otoño penetraba a través de las gruesas paredes de madera. Dentro hacía un frío húmedo, pero olía bien.

En uno de los rincones había un espejo inclinado contra la pared. Nathalie se dejó caer hasta sentarse en el suelo con las piernas cruzadas en posición de yoga y estudió el reflejo de su cara. Nunca dejaba de sorprenderle que siempre pareciera mucho más despejada de lo que se sentía. Su pelo de color arena, en el que se hacía mechas una vez al año, seguía teniendo el mismo peinado que un peluquero de moda hacía ocho años le había propuesto para que posara como modelo. Sencillo, media melena, ligeramente a lo paje, fácil de cuidar.

Cuando tenía dieciocho años había sido «descubierta» en la puerta de un cine y le habían ofrecido un contrato de modelo a pesar de ser bajita, un acto de buena voluntad por el que siempre estaría agradecida.

Acababa de terminar el bachillerato y estaba ansiosa por sacarse un dinerillo, pero no soportaba que la miraran fijamente. Tampoco podía con la laca para el pelo, que le picaba en la nariz, ni con las borlas con las que le

empolvaban la cara, las órdenes ante la cámara y las bruscas admoniciones con las que se esperaba que sacara la «excepcionalidad» que llevaba dentro. No llegó a adaptarse. Con dos meses tuvo más que suficiente.

El peinado fue lo único relevante que se llevó consigo de aquel paréntesis en su vida. Con un esfuerzo mínimo la ayudaba a tener mejor aspecto, el cual quiso mantener por razones puramente prácticas: así mantenía a la gente de su alrededor contenta y ocupada con lo que se veía en la superficie.

En el porchecito de entrada había dos baldes con agua y una gran cesta de leña. Empezó por encender tanto el fuego de la cocina como el de la estufa, después metió las bolsas de comida del coche y distribuyó su ropa en el armario. Finalmente, desenrolló un gran mapa de la zona, lo fijó en la pared con alfileres junto al escritorio y se puso unas zapatillas y un jersey grueso.

Dio un par de vueltas mirando lo que había a su alrededor. La leña crujía y crepitaba, y la cocina soltaba tanto humo que Nathalie tuvo que abrir una ventana.

Al cabo de un rato todo parecía funcionar debidamente. Calentó uno de los tarros de *tortellini* de la gasolinera y se comió un bocadillo preparado con queso de untar en tubo.

Detrás de la casa había un pequeño huerto enmarcado por altos arbustos silvestres de escaramujo, y en la parte delantera había dos tumbonas de madera gastada. Unos metros más lejos pasaba el circuito de *running* que rodeaba toda la turbera.

Se puso la chaqueta, se sentó con cuidado en una de las sillas y contempló el paisaje. Parecía como si nada hubiera cambiado, como si todo siguiera como siempre, no solo los últimos quince años, sino cientos de años, desde tiempos inmemoriales. Los nudosos pinos grises. Los charcos brillantes entre las matas verdes de hierba mojada. Una soledad acogedora en una paleta

sorda y la borrosa y brillante tierra sobre el rojo oxidado de los troncos del otoño.

El trino de flauta del zarapito. Nathalie podía oír su eco bajo las nubes a pesar de que hacía tiempo que el pájaro había emigrado por este año. Podía oírlo a pesar de llevar mucho tiempo sin escuchar su sonido burbujeante y alborozado, el canto que tanto había adorado antes de que todo cambiara, antes de que en su memoria se convirtiera en una risa burlona, una amenazante advertencia de lo que venía.

Cuando pensaba en dónde estaba a punto de meterse se sentía valiente, rozando la temeridad. Era como si algo la hubiese coaccionado a cruzar el límite, aun sin estar del todo preparada.

Si dirigía la mirada hacia el oeste veía los postes de electricidad alzarse sobre la vegetación. Eran los mismos que distinguía a través de la ventana de su antiguo dormitorio, los que habían sido su referencia y salvación las veces que se había medio extraviado allí fuera. Era una idea casi incomprensible: tan solo con que siguiera los postes llegaría al final, hasta el lugar donde todo empezaba y terminaba.

La primera mañana que se despertó en la cabaña, fuera seguía siendo de noche. La oscuridad era uno de los pocos indicios del otoño que no le gustaban. Las oscuras mañanas, las oscuras tardes, el día entero que perdía cada vez más luz. En ese sentido prefería los veranos, porque a eso de las cuatro de la madrugada, cuando los golpecitos en la cabeza la hacían recobrar la conciencia, el día ya estaba en marcha. La luz permitía quitarse de encima el peso del despertar más fácilmente, la sensación sin palabras de que algo iba mal, al mismo tiempo que el cerebro buscaba a tientas los posibles motivos. La oscuridad del otoño tenía el efecto contrario: parecía preferir quedarse empollando las adversidades.

Encendió la lámpara de queroseno junto a la cama y fue hasta la estufa de leña. Todavía estaba caliente. La abrazó despacio como si fuera un añorado buen amigo, se pegó a ella con los ojos cerrados y dejó que las palmas de las manos, los muslos y una mejilla descansaran en su calor. Le vino a la cabeza la palabra «oración». «¿Era esto lo que se sentía?»

Algo arañó la ventana, un fuerte ruido.

«¿Qué ha sido eso?»

Con pasos lentos se acercó e intentó mirar fuera. «¿Urracas?»

No vio nada aparte de la iluminación exterior arriba en la mansión, a unos cien metros de distancia. Dos pequeñas esferas flotando en la oscuridad.

Cuando estaba así de oscuro, la luz de la lámpara de queroseno la volvía vulnerable. No había cortinas que pudiera correr. Aunque había un clavo en cada esquina superior de las ventanas. Se subió a una silla, anudó dos gruesos

jerséis de punto e intentó colgarlos para que cubrieran el trozo de ventana más cercano a la cama. Quedaba bastante desmañado. Se anotó en la memoria que tenía que conseguir una manta. O una sábana. También para la otra ventana.

Sacó de la maleta el periódico del día anterior y se acurrucó de nuevo bajo el edredón. Intentó leer un artículo de debate sobre la política energética, pero no se podía concentrar. La ventana la observaba. La oscuridad la miraba fijamente.

¡Joder! ¿Cómo iba a salir aquello?

No había contado con sentirse tan expuesta. No entraba en sus planes. No, tenía que olvidarse de todo eso. Debía centrarse en dos cosas: el trabajo y la vaga misión subyacente, la que suponía que giraba en torno a la propia Nathalie.

Nadie sabía que estaba aquí, en Mossmarken. Nadie menos su tutor, que también estaba de viaje.

A Nathalie le gustaba la idea de salir de viaje así, de pronto. Porque había algo de purificador en el hecho de retirarse de improviso de su entorno habitual, como si fuera la libertad definitiva.

Hacía catorce años que había abandonado estas tierras sin decir palabra. Ahora que había vuelto era como si fuera un reflejo de sí misma, como si estuviera recogiendo el hilo para rehacer la madeja y poder así deshacer todos los nudos y volver a empezar.

La mayor parte de sus amigos apenas notarían su ausencia en Gotemburgo; eran investigadores como ella, repartidos por todo el mundo.

Los únicos que, posiblemente, empezaran a hacerse preguntas serían sus padres de acogida.

Los últimos años, Nathalie no había tenido fuerzas para cuidar su relación con ellos y a medida que el contacto fue más esporádico, aumentaban los

reproches, sobre todo por parte de Harriet, su madre de acogida.

—¿Así nos agradeces todo lo que hemos hecho por ti? —le dijo Harriet la última vez que tuvieron algo parecido a una conversación. La habían ido a ver para regalarle unas flores el día de su cumpleaños y Harriet no pudo reprimir sus emociones. Su cara redonda se puso roja por completo y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a llorar.

El padre de acogida de Nathalie estuvo sentado en una silla con la ropa de abrigo puesta todo el tiempo que duró la visita. Sin dejar de mesarse el bigote y mirando fijamente al suelo.

—Nos vamos —dijo al final—. Lo dejamos correr. Ella no tiene ningún interés.

La violenta situación hizo que Nathalie notara cierta solidaridad con él pero, por lo demás, no sintió nada. Nada. Quizá fuera eso lo que Harriet comprendió.

Antes de irse, Harriet, que la había estudiado con sus pequeños ojos y una compasión perdida, dijo con la voz rota:

—Eres horrible, ¿lo sabes? Siempre he pensado que te comportabas como lo hacías por lo que habías vivido, pero ahora ya no lo sé. Quizá eres así: sin sentimientos y desagradecida.

Nathalie se sentó en el centro de la habitación con el albornoz bien atado a la cintura, como para coger el control y desafiar la sensación de estar tan expuesta. Puso un montón de documentos delante de ella: los resultados de unas mediciones y experimentos que había hecho hasta ahora en Alemania, Holanda, Polonia y Dinamarca.

«El silencio», pensó mirando a su alrededor. En la cabaña reinaba un profundo silencio. Muy exigente. Quizá solo era cuestión de acostumbrarse.

Probó a escuchar todos los sonidos que, a pesar de todo, la rodeaban: una mosca holgazana que zumbaba su último vuelo en la ventana de la cocina, el crepitar y la corriente de aire dentro de la cocina de leña, el sordo graznido de un cuervo demasiado cercano. Pasó a percatarse de los aromas. Le fue más difícil: leña quemada, jabón, hollín.

Extendió un diagrama sobre las fracciones de nitrógeno y reflexionó sobre las anomalías. Por ejemplo: ¿por qué en Alemania había unos valores superiores a los de Polonia? ¿Tenía que ver con las estaciones del año, era por el entorno, o estaba relacionado con el calentamiento global?

Los colegas internacionales que trabajaban con cuestiones parecidas habían investigado sobre todo las zonas polares, áreas enormes que siempre estaban heladas. Ahora que el calentamiento global había provocado el deshielo en esas zonas, se iniciaba un proceso en el suelo que producía aún más gases de efecto invernadero en la atmósfera. La cuestión era cuánta sería la aportación y de qué forma influiría en el calentamiento, a rasgos generales.

Nathalie ya había participado en un grupo nórdico de investigadores que estudiaba el mismo fenómeno en las montañas suecas. Cuando apareció la oportunidad de dedicarse más específicamente a los humedales del norte y de la Europa central, solicitó el puesto de inmediato y se lo concedieron.

Probablemente, su trabajo sería una aportación de gran valor para la investigación sobre cuestiones climáticas, tan importante para los políticos a la hora de tomar decisiones. Sin embargo, cuando su estancia en Mossmarken estaba reservada y casi planificada, se empezó a dar cuenta de que lo que la había hecho acabar precisamente allí era algo más que el mero interés profesional. De que había motivos personales, de que su elección y decisión se basaban en algo completamente distinto a lo que en un principio había creído.

Por muy obvio que pudiera parecer a posteriori, aquellos pensamientos la habían estado dominando. La habían puesto contra la pared y se habían asegurado de que esta vez ella les prestaría atención antes de dejarla en paz. Y aunque aún no se había atrevido a mirar demasiado en su interior, no se había echado atrás.

Había llegado hasta aquí, a aquel lugar aparentemente desierto en los humedales entre las provincias de Dalsland y Värmland.

Y quizás eso fuera lo más importante.

Abandonaba la cabaña solo cuando necesitaba ducharse, buscar agua o cargar el ordenador y el móvil. Tenía que vincularse a la casa, encontrar un punto estable de salida antes de echarse en serio a la turbera.

En el mapa marcó los lugares donde, en principio, tomaría las primeras pruebas. En total las sacaría en doce puntos de la turbera, repartidas en dos días, para conseguir unas mediciones representativas. Después repetiría la operación en noviembre, cuando la tierra estuviera más fría.

Durante los primeros días no habló con absolutamente nadie, pero por las tardes, más o menos a la misma hora, a través de la ventana había visto a un hombre de su edad corriendo por la pista de delante. Al pasar por allí, siempre miraba de reojo hacia arriba, a la cabaña.

Un día, cuando él llegaba corriendo por la pista ella volvía de la letrina. Se detuvo y se puso las manos en los muslos para recuperar el aliento. Al principio hicieron como que no se veían, pero después él hizo un gesto con la cabeza a modo de discreto saludo.

—Hola —dijo, todavía sin aliento—. ¿Eres tú la que vive aquí?

—Se podría decir que sí —respondió ella—. Es provisional. Solo la alquilo.

Se dio la vuelta para entrar.

—Es un sitio bonito. Me llamo Johannes —dijo el hombre, saludando de lejos con la mano—. ¿Podría... sería posible pedirte un vaso de agua? Me he dejado el botellín. Tengo una sed tremenda.

—Claro que sí. —Entró a buscar un vaso y se lo ofreció.

—Gracias —dijo él y lo vació de un trago. Luego se lo devolvió. Se secó el sudor de la cara con la parte inferior de la sudadera, enderezó la espalda y se pasó la mano por el brillante pelo.

«Negro como un cuervo —le pasó por la cabeza a Nathalie—. Bonito.»

—¿Se corre bien por aquí? —preguntó, por decir algo.

—Es fantástico. O sea, este sitio... —Sacudió la cabeza como si no acabara de encontrar las palabras—. Voy a la escuela de arte que hay en Fengerskog y ninguna de las personas con las que he hablado parece haber estado nunca por aquí. Cuesta creerlo. Es tan bonito. Aunque a mí ya me está bien —dijo sonriendo—. Es agradable estar solo aquí fuera. —La señaló con la barbilla—. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

Ella titubeó. Las palabras de su interior eran reacias. No querían salir, querían esconderse, o tal vez solo descansar. Estaban cansadas de servir, mantener las apariencias del interminable juego. Al mismo tiempo, había algo en él que le llamaba la atención.

Además, no podía negar que de cerca Johannes parecía tener una piel suave un tanto hipnótica, «olivácea», se le solía llamar. No tenía ningún inconveniente en observarla a escondidas un ratito más y pensar en qué genes y carboxilos ácidos podían darle a las células de la piel aquellas ventajas.

—Mido los gases de efecto invernadero en la turbera —respondió, poniéndose un mechón de pelo tras la oreja—. Entre otras cosas. Bueno, voy a hacerlo. Aún no he empezado realmente.

—¿Los gases de efecto invernadero? —replicó él—. ¿Es para una empresa?

—No... o sea, estoy haciendo una tesis. Biología.

—Ah, qué interesante. —Algo en su mirada se agudizó—. Me encantaría saber un poco más —aclaró, se quedó callado como para estudiar la situación y continuó—: Pero no quiero molestar. Seguro que nos volvemos a ver. Corro por aquí casi cada día.

De nuevo levantó la mano a modo de saludo y continuó hacia el aparcamiento.

Nathalie observó los músculos de los muslos y las pantorrillas del joven mientras se alejaba. «Largas y ágiles —pensó—. Resistentes.»

Los días siguientes procuró mantenerse dentro de la cabaña a la hora en que Johannes hacía su ronda. Un poco alejada de la ventana, pero lo suficientemente cerca como para observarlo sin que él la viera.

Una tarde, de forma impulsiva preparó una jarra entera de té. Se sentó con una taza en una de las sillas que había delante de la cabaña para cuando él pasara.

—¿Te puedo invitar a un té? —le dijo alzando la voz.

El chico paró en seco, se pasó una mano por la mejilla y arqueó extrañado una ceja. Al principio Nathalie no supo decir si estaba sorprendido o si, simplemente, le parecía una invitación extraña, y ella se arrepintió en el acto. Sin embargo, él contestó «con mucho gusto» y fue a su encuentro.

Nathalie se sentía a la vez de buen humor y un poco nerviosa cuando fue a buscar leche, azúcar y otra taza y lo puso todo en una mesita entre las sillas.

Él se sentó. Sus movimientos eran tranquilos, suaves, sin ocupar más espacio que el que necesitaba, pero tampoco menos. «Abierto a todo y nada que esconder —le pasó por la mente y, a la vez, una ráfaga de aire frío en el pecho—: Como yo, pero al revés.»

Se echó varias cucharadas de azúcar en la taza. Cuando se percató de la escéptica mirada de ella se echó a reír.

—Lo sé. Mi padre era marroquí, así que la sed de azúcar me viene de familia.

El sol de la tarde se estaba poniendo a toda prisa mientras ellos se reclinaron.

—Bueno, ¿y qué tal se estudia aquí? —le preguntó ella.

—Muy bien. Buenos maestros. Los compañeros, simpáticos. Esto es muy tranquilo y silencioso, así que es fácil terminar las cosas.

—Pero ¿no está un poco apartado? Si uno se cansa de estudiar.

—Sí, un poco, a lo mejor. Pero si quieres estar con gente, también puedes. Hay conciertos y fiestas y eso. —Se volvió hacia ella como para apartar el foco de sí mismo—. Pero cuéntame tú. ¿Cómo tienes pensado hacer el trabajo? Mides los gases de efecto invernadero, ¿eso cómo se hace?

Le habló de las pruebas que iba a ir a tomar ese fin de semana. Él escuchaba con interés.

—¿Por casualidad no querrías compañía? —le dijo después—. Me parece emocionante. Me gustaría ver cómo se hace. Te puedo ayudar y... llevarte las cosas. O algo así.

Se hizo silencio.

Algo se retorció en el interior de Nathalie: la sinuosa seducción trenzada con una sensación de peligro, roma y áspera. Y por encima de ello: la ventaja de disponer de dos manos más.

—¿Te gustaría? —dijo mirando hacia delante—. Sí, ¿por qué no? No cabe duda de que me facilitaría las cosas.

Primero tendría que ir ella sola a la turbera, se dijo. Sin Johannes. Tenía que quedar expuesta a la turba ella sola, sin la presencia de nadie más. Además, debía preparar las estaciones de las mediciones. Iba a enterrar trozos de tubería serrados en la tierra en doce lugares distintos. Después, en el

extremo de cada uno pondría una tapa que contaba con pequeños tapones de goma en los que podría introducir unas cánulas para extraer los gases.

Aquella mañana se despertó inusualmente tarde. Los golpecitos en la cabeza habían sido más suaves que en ocasiones anteriores. Sin embargo, la intranquilidad palpitaba con fuerza, parecía que le estuviera recorriendo el cuerpo desde el pecho hasta la cabeza y después hacia abajo, al vientre. En aquellos momentos estaba en todo el cuerpo. Se sentía como un adicto con síndrome de abstinencia, donde la droga había sido retirada con apremio y negación. «Y esto, ¿para qué sirve? —le preguntaba el diablo en su hombro derecho—. ¿Qué vas a hacer aquí? Vuelve a tu casa.» En el hombro izquierdo no había ningún ángel, solo un vacío. Una mancha borrada. Sintió escozor bajo los párpados cuando se oyó a sí misma pensar: «Yo».

Alargó el desayuno. Dejó la puerta abierta para notar el magnífico clima otoñal, se paseó de una habitación a otra e hizo una lista de cosas que no debía olvidar cuando saliera a hacer mediciones.

Más abajo había un sendero que llevaba hasta la turbera. Solo necesitaba echar a andar, poner un pie delante del otro. No era más difícil que eso. O no debería serlo.

Y al final lo hizo, sin pensar, como cuando vas a bañarte aunque haga frío, porque de alguna manera es lo que toca hacer, y porque luego casi siempre resulta agradable.

Sus pies en el sendero. Su carne en esta tierra, de nuevo. El tiempo entre el ahora y el entonces prensado hasta convertirse en las finas alas de una mariposa, aniquilado en apenas unos fugitivos aleteos.

Siguió el sendero un rato. Se adentró en la turbera donde el ancho de cinco tablones desgastados marcaba una línea larga y angulosa que atravesaba el

paisaje. No parecía que se le hubiera hecho demasiado mantenimiento a los tablones desde la última vez que los pisó, pero algo sí, pensó.

Al fin y al cabo, habían pasado casi quince años.

La luz era tenue y el aire, frío. La tierra, extensa y amarillenta, grisácea. Los árboles que ella siempre veía agazapados, como encogidos, ahora le parecía que se inclinaban por respeto. Inclinación y reverencia. Como si saludaran.

Devolvió el saludo. Se abrió con cuidado, se relajó. Se dejó llevar hacia delante. El tiempo se desprendió de su encuadre y cayó, pedazo a pedazo, hasta que Nathalie se sintió como una parte del todo que la rodeaba. Era como si se moviera en un mosaico donde los trozos que la constituían se fusionaran con los trozos que componían el entorno.

Paseó despacio y durante mucho rato hasta que abandonó la pasarela, anduvo sobre unas fuertes matas de hierba y se sentó junto a un pequeño pino en el cual podía reposar la espalda para descansar.

Allí se quedó sentada, abstraída por el ritmo de su propia respiración. Empezó a caer una ligera lluvia. Las gotas repiqueteaban cuando caían en el chubasquero, como la llovizna por la mañana sobre la lona de una tienda de campaña. Olía a bosque de coníferas. Las botas mojadas estaban llenas de hojas de mirto amarillentas, que empezaban a desprenderse de sus ramas. Se puso un par de ellas en la mano, las restregó con cuidado con los dedos, absorbió el especiado y penetrante aroma y cerró los ojos.

Pasaron unos minutos. Quizás un cuarto de hora. Después, la niebla se replegó ante sus ojos como un animal curioso con intenciones poco claras. Avanzó lamiendo el terreno mojado, alcanzó los pies de Nathalie y la envolvió.

Como si dijera: «Tú. Eres tú. Cuánto tiempo».

Nathalie no se movió del sitio. Apenas respiraba. Se quedó quieta, sentada, con los ojos medio cerrados esperando que pasara el momento.

Sin que se diera cuenta, empezaron a salir susurros de su boca. «Ya lo sé. He tardado un poco. Pero ahora estoy aquí.»

Cuando el sábado el reloj dio las nueve de la mañana, se sentó a esperar a Johannes en el exterior de la cabaña vestida con pantalones de trabajo, chaqueta cortavientos y buenas botas. En la mochila llevaba café, la comida y el equipo para tomar las muestras. Johannes apoyó la bicicleta contra la pared de la cabaña y fue a su encuentro vestido con vaqueros, zapatillas de deporte y una sudadera con capucha debajo de la chaqueta vaquera. Él le replicó cuando ella se le quedó mirando la ropa.

—¿No voy bien? —dijo Johannes riendo—. Claro que sí —se respondió a sí mismo—. Está perfecto. Anda, vamos.

—Aquello está bastante mojado —objetó ella.

—Será más agradable aún entrar luego en casa y calentarse.

Entre los dos cargaron con todo lo que había que llevar y tomaron el mismo camino que Nathalie había cogido el día anterior. Se orientaba con un GPS y enseguida alcanzaron el primer lugar donde había plantado el trozo de tubería. De la mochila sacó seis tapas negras de plástico de un palmo de diámetro y con el tapón de goma en el centro.

—Mira —le dijo señalando el tapón—. Aquí voy a introducir una cánula para sacar los gases que se depositan en la tierra. Después pasaré el gas de las jeringuillas a estos frascos. —Abrió un estuche con pequeños tubos de muestras alineados con mucho esmero—. En cada emplazamiento vamos a hacer cuatro mediciones tras cinco, diez, quince y veinte minutos. ¿Me sigues?

—Te sigo.

—Mediremos las cantidades de nitrógeno, óxido nitroso y metano que la turbera desprende. Lo cierto es que el óxido nitroso y el metano son más potentes para el efecto invernadero que el dióxido de carbono. Influyen más en el clima.

—O sea que son los malos —respondió él.

—En realidad, no. Sin los gases de efecto invernadero no podríamos vivir en la Tierra. Haría demasiado frío. El problema es que la subida de la temperatura hace que los procesos en el suelo también se incrementen y emitan más gases, lo cual aumenta el efecto invernadero... con lo que se liberan todavía más gases. Y así sucesivamente. Se produce un efecto que se retroalimenta. —Eché a andar hacia el lugar de la medición—. Te enseñé la primera vez, después podrás probar tú mismo.

Johannes asintió sonriendo, contento.

—¡Vale! Entendido.

Puso la primera tapa, fue después con pasos rápidos y puso la segunda; volvió al principio e introdujo la cánula en el tapón de la primera tapa y luego repitió la operación en la segunda. Acto seguido, puso en marcha el cronómetro.

—Dentro de cinco minutos haremos una nueva medición —dijo mientras introducía el contenido de las jeringuillas en los frascos del maletín—. Tú puedes tomar las pruebas en aquella de allí y yo hago esta.

—Estoy nervioso —le respondió Johannes con las mandíbulas tensas.

—Lo entiendo —respondió ella—. Puedes estropear todo mi trabajo.

—Venga ya.

—Es broma. No pasa nada. Es muy sencillo. Te las apañarás sin problemas. Le pasó una jeringuilla.

—Controla bien los dedos. A veces puede ser toda una carnicería, sobre todo si hace frío y estás entumecido.

Cinco minutos más tarde estaban los dos preparados, cada uno junto a su tapa.

—Vamos —dijo Nathalie mientras introducía la jeringuilla en el tapón al mismo tiempo que miraba de reojo a Johannes. Este realizó toda la operación con una sonrisa concentrada en los labios—. Excelente —exclamó cuando él hubo acabado—. Tienes un don natural.

Johannes cerró los puños y los levantó en un gesto de triunfo.

—Lo sabía.

—Cinco minutos para la próxima. ¿Tomamos un café? —preguntó ella.

Llenó dos tazas y miró a su acompañante con cautela mientras él bebía. Su calzado ya se había oscurecido por la humedad.

—Realmente, ¿qué es lo que caracteriza a una turbera? —preguntó él mirando el paisaje.

—Bueno, una turbera es ante todo un tipo de humedal —respondió mientras le pasaba a Johannes una silla plegable que llevaba y ella se sentaba en una esterilla—. Un humedal es una zona donde gran parte del año el agua está al nivel del suelo o ligeramente por encima. Se suele decir que la mitad de la vegetación del humedal es hidrófila.

—¿Hidrófila? —preguntó Johannes riendo.

—Amante de la humedad.

Él arqueó las cejas.

—He aprendido una palabra nueva. Suena un poco... guarro.

—¿Verdad que sí? Después hay muchos tipos de turbera, pero en general se puede diferenciar entre turbera alta, pantano y ciénaga. La primera depende totalmente de la lluvia, ya que está aislada de las aguas subterráneas. No hay ninguna corriente que pase a través de ella, lo cual hace que solo las especies que no necesitan mucha nutrición puedan vivir aquí, sobre todo distintas clases

de musgo blanco. —Se lo quedó mirando—. Te estoy soltando un rollo, supongo que no te interesa demasiado, ¿no?

—Claro que sí.

Sonrió escéptica.

—No estoy siendo irónico —afirmó él—. Continúa.

—De acuerdo, el musgo blanco tiene... —dijo cogiendo un poco de musgo con la mano—... como pequeñas celdas vacías en las hojas donde almacena el agua. De esa manera crea su propia reserva por encima del nivel del agua subterránea. A medida que el musgo blanco va muriendo se convierte en turba, que se va acumulando y empuja el musgo por encima del nivel de tierra inicial.

Johannes escuchaba interesado.

—Por lo demás, los humedales son un poco los riñones de la naturaleza —continuó ella—. Filtran las sustancias nutritivas innecesarias del agua que circula a través de ellos, frenando el flujo de, por ejemplo, la nieve derretida y las fuertes lluvias. Por eso es una pena que tantos hayan desaparecido.

—¿Y por qué han desaparecido?

—En parte porque el clima antes era más húmedo y en parte porque la industrialización de la agricultura llevó a drenar superficies extensas. —Se llevó la taza a los labios y miró el reloj—. ¡Mierda, la medición!

Johannes parecía tener un interés insaciable por todo lo que le explicaba. Casi resultaba sospechoso, pensó Nathalie cuando, el domingo, repitieron todo el proceso por la parte norte. Nunca antes le había ocurrido algo así, que alguien externo a la universidad le hiciera tantas preguntas.

Se olvidaron sistemáticamente del tiempo y en varias ocasiones tuvieron que correr para sacar las muestras.

—Una cosa que siempre me he preguntado —dijo Johannes cuando ella creía que ya había curioseado todo lo que se podía sobre la turbera y los humedales—: lo que nosotros solemos llamar musgo blanco, que se pone en el candelabro de Adviento o entre los cristales dobles de las ventanas viejas, no se parece a esto. ¿Cómo se explica?

—Buena pregunta —respondió ella—. Lo que se vende en las tiendas como musgo blanco en realidad es líquen. Decir que el líquen y el musgo son lo mismo es como decir que las anémonas y los elefantes lo son.

Johannes se echó a reír.

—¿A qué te refieres?

—Para empezar, un líquen son dos organismos que viven en simbiosis: un alga y un hongo. El alga aporta energía en forma de hidratos de carbono a través de la fotosíntesis; el hongo aporta el agua y las sales nutrientes que absorbe de la roca, entre otros. Sin embargo, el musgo es un solo organismo.

—Se lo diré a mi madre cuando decore la casa por Navidad —dijo Johannes—. Se va a sentir engañada.

Tras concluir el trabajo también el domingo, volvieron a la cabaña. Nathalie preparó la cena. Había hecho algunos preparativos para cocinar el plato que siempre elegía para las ocasiones un poco especiales, el único que se sabía de memoria: estofado de cordero con mostaza, pimientos y patatas.

—Nunca había comido el cordero así —dijo Johannes—. Está muy bueno.

Habían abierto una botella de vino tinto y hablado de cómo acabó Nathalie haciéndose bióloga.

—En realidad, todo empezó con un gas explosivo. —Explicó que durante una clase de química, en secundaria, echó un poco de ácido clorhídrico y magnesio en una probeta. Después puso una cerilla en la boquilla. Y ¡puf! Se

creó el hidrógeno—. Fue la primera vez que me pareció divertido ir a la escuela —añadió.

Cuando después tuvo que elegir bachillerato, el de química le pareció el más obvio. Le gustaba estar en el laboratorio, la bata blanca, el orden, la limpieza, ver que todo el equipo de protección estaba en su sitio. Adoraba pesar y medir, contar moléculas, cuántos moles de una materia se necesitaban, cuántos gramos salían.

Mientras otros se sentaban al sol a disfrutar del café el primer día de primavera del año, Nathalie se dedicaba a mirar el contenido de la taza, no solo entretenida porque la leche y el café realmente se mezclaran, o porque el terrón de azúcar se disolviera hasta desaparecer, sino porque de nuevo recordaba la alegría serena que sintió cuando por primera vez entendió exactamente a qué se debían dichos procesos.

Con el tiempo, toda su existencia se basó en hacer experimentos, ir más y más allá en el proceso y desarrollo, profundizar en investigaciones que ya se habían realizado. No se exaltaba ni se alegraba con ello; simplemente se sentía tranquila. Y, de forma tan implacable como inconsciente, aquella estructura científica se convirtió sin prisa pero sin pausa en su nuevo hogar. Una red protectora tejida por axiomas fundamentales y magníficas complejidades bien clasificadas que la cazó al vuelo después de todas las inconcebibles experiencias que durante la infancia habían marcado su vida hasta ponerla patas arriba.

Pero esto no se lo explicó a Johannes.

Y

Él le contó que su padre, ya fallecido, había coleccionado mariposas y otros insectos. Tenía una habitación entera llena de libros de especies y diccionarios

de latín, igual que Nathalie. De pequeño le entusiasmaba entrar allí.

—Quizá sea por eso que... —hizo un gesto hacia ella— me atraes.

—¿Porque te recuerdo a tu padre? —dijo suavemente con una sonrisa escéptica.

—Porque haces que me sienta en casa.

Hizo frente a aquellas palabras sin hacer caso de su significado.

—Y tú, ¿qué? —preguntó—. ¿Cuál es tu historia? ¿Por qué quieres ser artista?

—Te la contaré en otro momento. Se ha hecho muy tarde —dijo levantándose.

—Yo dormiré en el sofá —dijo ella—. Puedes acostarte en la cama.

—Me voy a casa en bicicleta.

—No creo que sea buena idea —replicó ella riendo.

—Tranquila. Nos vemos mañana.

Y luego la abrazó por un momento, le dio un beso en la frente y se fue.

Al día siguiente, Nathalie se levantó temprano y estuvo limpiando de forma frenética toda la mañana. Pasó la escoba, limpió el polvo, fregó el suelo y lavó la ropa con la sensación de que necesitaba sacarse algo del cuerpo, una inquietud, un escozor. A la hora de comer sonó el móvil.

«Te apetece hacer algo hoy? Has avanzado mucho durante el *finde*, a lo mejor puedes tomarte el día libre? Abrazos, J.»

Dudó por un momento, pero sus dedos se desplazaron a toda prisa por las teclas.

«Sí, claro. Pero no tienes cosas que hacer?»

«Me puedo escapar.»

«De acuerdo. ¿Alguna sugerencia?»

«Sí. Me paso por tu casa dentro de un rato y te lo digo.»

Estaba sentada en los escalones del porche comiendo cuando Johannes llegó pedaleando en su bicicleta. Era un bonito día de septiembre y la vista de su flexible figura con el pelo oscuro ondeando a la luz del sol hizo que Nathalie se sintiera liviana por dentro.

—¡Hola! —Johannes se paró a cierta distancia poniendo un pie en el suelo—. ¡Menudo día hace!

—Sí, es verdad —respondió ella—. Un día precioso para no trabajar. La verdad es que no me apetece mucho sentarme a analizar diagramas.

Tumbó la bicicleta en la hierba, se echó hacia delante para darle un abrazo a Nathalie y se sentó a su lado en la escalera.

—¿Qué tienes en mente?

—He oído decir que hay una pequeña laguna dentro del bosque —dijo—. Había pensado que podríamos acercarnos en bicicleta.

«La laguna Bytjärn», pensó ella sin decir nada. Le vino la imagen del viejo bosque, frondoso y oscuro, grandes piedras y el agua negra. Unas aguas cuyo fondo era imposible imaginar, algo que siempre había considerado obvio y natural hasta que se fue a la costa oeste y comprendió que era lo peor que le podías poner delante a la gente de mar.

—Por cierto, ¿has comido? —preguntó ella—. Tengo algunas sobras.

—Acabo de comer, pero gracias. ¿Qué te parece? ¿No es buena idea?

—Ya lo creo. Vamos. ¿Nos llevamos algo?

—Por mí da igual, salimos y ya está. —Hizo un gesto con la mano diciendo—: A menos que tú quieras llevarte algo.

—Voy a preparar unas cositas. Vuelvo enseguida.

Entró y preparó una mochila con café, agua, frutos secos y lo que le había sobrado de la comida, por si se hacía tarde. Un rollo de papel higiénico, un jersey y un par de calcetines extra. Seguro que adonde iban estaría mojado.

—¡Vale! —dijo al salir de nuevo—. Ya estoy lista.

Al instante siguiente vio algo con el rabillo del ojo, algo que desaparecía detrás de la esquina de la cabaña. «¿Qué ha sido eso? Como una sombra que pasaba...» Fue a ver. Con la mirada oteó el jardín y el seto que cercaba el terreno, pero... nada.

«Hubiera jurado que...»

—¿Qué pasa? —preguntó Johannes—. ¿Qué estás haciendo?

—No, nada. Venga, vamos.

Uno al lado del otro, fueron avanzando en constante traqueteo por la gravilla, subidos a las bicicletas. Las fincas que iban dejando atrás se alzaban

entre los recuerdos de Nathalie como islas olvidadas: «Desde allí espiamos Julia y yo al campesino enfadado; entonces la casa era una chabola, ahora es un sueño de clase media hecho realidad, con ventanas panorámicas y un gran porche. Por allí pasó corriendo un gatito con una rata enorme en la boca, yo en el asiento de atrás del Volvo negro, papá al volante con el cigarrillo medio asomado por la ventana. “Mira, Natti, ¡qué gordo!”».

Natti. No había pensado en su viejo diminutivo en mucho tiempo. Aún menos en sus padres biológicos.

«Natti, Natti, Natti.» La puerta del dormitorio que se cerró. Los nudos en el techo de pino de su habitación, imágenes alargadas y delgadas donde fijar la vista cuando no podía dormir, figuras de mujeres que se retorcían, como *El grito* en la veta de la madera. Un cielo entero lleno de bocas y ojos de par en par.

—Aquí no habría ido mal una *mountain bike* —dijo Johannes mirándola vacilante. Ella agarró más fuerte el manillar, asintió con la cabeza y apartó la vista.

Se metieron por un camino aún más estrecho y continuaron despacio.

—Creo que el sendero queda por aquí —dijo Johannes.

—Está ahí delante —respondió ella sin pensarlo.

Johannes arqueó las cejas.

—¿Ya has venido por aquí?

—Me ha parecido verlo antes.

Aparcaron las bicicletas a un lado del camino y se adentraron en el bosque a pie. El sol se iba poniendo con rayos encendidos sobre el musgo blando. La tierra estaba plagada de árboles parcialmente podridos. Johannes se detuvo para mirar a su alrededor, hacia arriba, hacia la luz que atravesaba las copas de los árboles.

—Es como entrar en la Sagrada Familia —dijo—. ¿Has estado? En Barcelona.

—Solo por fuera —respondió Nathalie mirando hacia abajo, al suelo abarrotado.

Anduvieron por el sendero casi invadido por la vegetación y finalmente llegaron a la pequeña laguna, un claro al amparo del viento con paredes altas y verdes que ofrecía el bosque. Nathalie se sentó en una roca cubierta por un blando y crecido musgo y Johannes se recostó a su lado sobre los codos.

—¡Dios, qué bonito! —dijo cerrando los ojos y estirándose del todo. Después no dijeron nada durante un buen rato. Al principio Nathalie se sintió un poco confusa por el silencio, pero no tardó en relajarse. Había estado sentada en este sitio muchas veces antes. Aquí era donde se bañaban cuando se iban solas, Julia y ella, seguramente con otros niños de la zona. Recordaba cómo buceaban y jugaban durante horas, el agua rodeándolas, moviéndose en torno a sus tiernos cuerpos en remolinos pesados y brillantes.

Un ave rapaz surcó el cielo girando con las alas abiertas muy por encima de sus cabezas mientras Nathalie miraba de reojo a Johannes. Sus párpados profundos y abovedados. La nariz, recta y no muy larga. La boca tranquila, con un tic casi imperceptible en uno de los labios. Barba áspera de pocos días, piel despejada, un paisaje.

Le pareció distinguir algo con el rabillo del ojo y giró la cabeza. Allí estaba. A solo unos metros de ellos, con tal evidencia que Nathalie apenas tuvo tiempo de reaccionar. Un corzo. No lo había oído llegar. Estaba muy cerca, tanto que podía verse reflejada de sus grandes ojos negros. Se miraron un buen rato, ella y el corzo, y algo en su interior cambió. Un velo fue descorrido. Una perspectiva cambió de sitio, una alteración tuvo lugar y todo se hizo claro y simple.

De alguna manera fue como si aquello que había considerado real se hubiera abierto y ella cayera en el espacio intermedio, un espacio sin tiempo ni palabras que no había experimentado nunca. Como si una construcción hubiera colapsado y descubriera que, en realidad, ella estaba fusionada con el momento y con todo lo que había a su alrededor. Como si ella fuera el momento.

De inmediato le vino un pensamiento a la cabeza, como un fuerte reflejo: «¿Qué está pasando? ¿Qué es lo que estoy experimentando?».

Una nube pasó de largo, tapando la luz.

—*Capreolus capreolus* —le salió de dentro con una voz suave, afilada. El silencio se rompió. El corzo echó a correr y desapareció.

—¿Qué? —dijo Johannes, levantándose, mirando sorprendido el trasero blanco que corría hacia el interior del bosque.

Nathalie parpadeó y tragó saliva.

—Un corzo —dijo en voz baja—. En latín.

Υ

Johannes se pasaba a menudo por la cabaña cuando volvía de correr. Solían sentarse en la cocina para hablar un rato y después él se iba a casa. Los abrazos de despedida eran cada vez más largos, pero ella se retiraba siempre a tiempo, antes de que el beso fuera inevitable.

A su pesar, ella se daba cuenta de que esperaba la visita. Que se estaba poniendo en una situación en la que se arriesgaba a quedarse prendada de un hombre que pasaba por su casa una vez al día y, probablemente, así seguiría haciéndolo independientemente de lo que ocurriera entre ellos. Fácilmente podría convertirse en una cuestión complicada en su estancia en Mossmarken, una amenaza hacia su independencia y la relativa paz de su espíritu.

Además, debía concentrarse en lo que había ido a hacer allí.

Johannes parecía bastante menos preocupado.

—En realidad, tengo montones de cosas que hacer en la escuela —había dicho él—, así que si necesitas estar tranquila y trabajar, no pasa nada. Te prometo no estorbar. Tú solo cuelga un cartel en la puerta.

Y después aquella sonrisa que a ella le hacía perder el sentido y que volvía a surgir en su interior cuando no tenía ninguna intención de pensar en él.

«Necesito concentrarme.»

Un atardecer le preguntó si quería acompañarlo hasta su piso de estudiante en la fábrica. Una habitación y cocina, suficiente para una familia entera de antaño pero apenas suficiente hoy para un simple estudiante de arte.

En las paredes había cantidades ingentes de dibujos abstractos al carbón, un sinfín de líneas gruesas, llenas de contrastes, y laberintos que la hacían sentir a la vez perdida y de buen humor.

Johannes fue recogiendo el piso según se iban adentrando en la casa. Escondió un montón de papeles con una mano, apartó un caballete con la otra y con el pie fue empujando una pila de libros hasta que se desplomaron junto a una pared.

—Si hubiera planeado invitarte —dijo mientras limpiaba la mesa del sofá con la bayeta del fregadero— esto habría tenido otro aspecto, sobra decirlo.

Quitó de en medio los periódicos que había sobre el pequeño sofá de dos plazas de los años setenta.

—En todo caso, limpio está —se disculpó—. Seré desordenado, pero sé limpiar. De verdad. En serio.

Ella se encogió de hombros y se echó a reír.

—*Good for you.*

—*And maybe for you* —le contestó él con un susurro y sentándose muy cerca de ella.

—Ah... ¿A qué te refieres?

La miró con los ojos vacilantes, escudriñándola.

—No sé.

Silencio.

—¿Quieres una cerveza? ¿Alcohol? —le preguntó Johannes.

Ella se rodeó a sí misma con los brazos.

—Mañana tengo que levantarme temprano. No me quedará mucho rato.

—De acuerdo —dijo mirándola de reojo—. De todas formas, estoy contento de que hayas venido. Espero no asustarte enseñándote mi verdadero yo —se excusó suavemente haciendo un gesto como abarcando la habitación.

Ella sintió un escalofrío. «Mi verdadero yo... ¿Qué ha querido decir con eso?» Sin embargo, se recordó que en realidad él no tenía ni idea de dónde venía ella, ni de quién era en realidad.

—Aunque un poco de hambre sí que tengo —dijo—. ¿Tú no? ¿Tienes algo en casa?

Johannes se metió en la cocina.

—Tengo dos pizzas en el congelador, ¿te va bien?

Jugaron a Yatzy mientras comían escuchando a Monica Zetterlund y Bill Evans Trio. *Come Rain or Come Shine* llenaba la sala.

—«Una ramita de arándano en una copa de cóctel» —dijo Johannes mientras sacaba un póker de unos y doses.

—¡Vaya, vaya! —exclamó ella—. ¿Qué dices de una ramita de arándano?

—A Monica Zetterlund la describieron así. Creo que fue aquel tipo alto y pelirrojo el que lo dijo. Tage Danielsson.

—¡Ah, sí! El del monólogo de las probabilidades. —Nathalie miró los dados—. ¿De verdad te vas a quedar con ese póker?

—¿Por qué no? Siete puntos. Me va estupendo. ¿Y tú? —preguntó él.

—Yo, ¿qué?

—¿Qué serías? Si fueras una planta metida en algún tipo de recipiente para beber.

—Ni idea. Pero una copa de cóctel, no, desde luego.

—Ya lo sé —dijo Johannes—. Una taza de madera. Con un cordón de piel para colgártela al cuello.

—¿Y la planta?

Él se quedó pensando.

—Una rosa, quizá.

—¿Una rosa? Dios, qué aburrido —respondió ella.

Él se la quedó mirando y algo serio asomó en sus ojos.

—Lo primero que pienso no es en que es bonita. Ni en que huele bien.

—De acuerdo... ¿entonces?

—Que tiene muchas capas.. Y —titubeó— que puede ser un poco... ¿cómo se dice? «Espinosa» no es la palabra correcta. «Reacia.»

—¿Reacia? —reaccionó ella alargando las sílabas mientras notaba que se le calentaba la cara—. ¿Qué quieres decir?

—Perdona. He sido demasiado indiscreto. Ya lo hablaremos otro día.

Nathalie respiró hondo y lanzó los dados.

—*Alright*. De todas formas, tengo que irme. Estoy segura de que ganas tú. A pesar de ese póker tan miserable.

Se levantó y fue a buscar la ropa de abrigo.

Mientras se ponía la chaqueta y se enrollaba el fular alrededor del cuello fue andando por la sala para ver los cuadros que había en las paredes.

—Por cierto, ¿no puedes contarme algo de tu arte? —preguntó—. De lo que haces.

Él se puso de pie y se metió las manos en los bolsillos traseros del vaquero.

—Bueno, no sé. Solo lo hago y punto. Tengo una especie de... alegría desagradable dentro de mí que tiene que salir.

Se volvió hacia Johannes.

—¿Qué has dicho?

Confuso, él bajó la mirada.

—Ya lo sé. Quizá no sea la imagen perfecta de un artista, precisamente.

—¿Una alegría desagradable? —repitió ella.

—Siempre he tenido la sensación de que la vida ha sido una gran alegría desde el principio. Como que todo lo que ocurre solo la hace más y más maravillosa. No sé cómo me va a caber dentro toda la alegría si no consigo sacarla fuera.

—Vale ya —replicó ella—. Me estás tomando el pelo.

Él negó con la cabeza.

—De verdad. *That's me. Take it or leave it.*

—*My God.* —Se dio la última vuelta al fular y le hizo un nudo—. ¿Te has analizado alguna vez? ¿Has descubierto a qué se debe?

—Mi teoría es que se debe a que estuve a unos minutos de no ser concebido. Por eso me parece que todo lo que me pasa en la vida es un bonus. Cada segundo. Incluso lo difícil me pone contento, de alguna manera. Porque lo puedo sentir.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo es que estuviste a unos minutos de no ser concebido?

—Mi padre salió a comprar tabaco justo después de que mi madre y él se hubieran acostado. Él tropezó, se dio con una piedra en la cabeza y murió. En otras palabras, el espermatozoide que fecundó el óvulo, que después fui yo,

salió justo a tiempo. Te lo juro, estamos hablando de minutos. Yo no era aún ni una división de células. Mi madre afirma incluso que mi padre tenía tantas ganas de fumar que ella tuvo que convencerlo para follar antes y no esperar a que volviera. Así que... por los pelos, se podría decir. Aunque, por otra parte, todo el mundo sale por los pelos. Es jodidamente improbable que justo los que estamos vivos estemos vivos. En mi caso es solo un poco más evidente —dijo encogiéndose de hombros—. Pero qué sé yo. A lo mejor solo es algo genético. En la familia de mi padre parece ser que todos eran muy alegres. En cambio, por parte de mi madre la familia está llena de esquizofrenia y depresión.

Nathalie entendió el rumbo que estaba tomando la conversación y le entraron ganas de ponerle fin.

—Pues qué bien —dijo arqueando las cejas— haber salido entusiasta.

—¡Eyyyyy! —gritó haciendo una mueca—. «Entusiasta.» Suena sexy. Como Åsa-Nisse, el del cómic.

Johannes dio un trago a la cerveza mientras ella observaba su mano alrededor de la botella. Los dedos largos y delgados podrían acariciarle la piel si ella dejara que pasara, ahuecarse en sus pechos, buscar dónde entrar en ella.

—Y tú, ¿qué?

—¿Qué?

—¿Tú, qué? —dejó la botella—. ¿Qué defectos arrastras?

Ella continuó mirando las pinturas que colgaban de las paredes.

—La verdad es que yo no tengo tanta alegría dentro, hay que reconocerlo —respondió ella.

Se hizo el silencio. Lo único que se oía era el sonido de sus pasos mientras se paseaba mirando los cuadros.

—Da igual —dijo él suavemente mientras se acercaba hacia ella y le ponía una mano en la espalda—. Tengo suficiente para los dos.

Nathalie se volvió hacia él y fue como si algo se precipitara en su interior.

Se quedaron un rato inmóviles, observándose. Johannes no apartaba la mirada, no hacía ninguna broma con nada, simplemente dejaba que todo se quedara como estaba. Una sensación de pureza, cercanía, contacto.

La luz se reflejaba en sus ojos marrones, se deslizaba, esperaba, volvía. Tras unos segundos o minutos ella le acarició el brazo con la punta de los dedos, después le quitó el jersey y se empezaron a desnudar en mitad de la sala, dejando caer la ropa como un castaño pierde las hojas en otoño, y finalmente se fundieron en un nudo de piel y pelo, brazos y piernas. Luego, cogidos de la mano, fueron hasta la cama y se quedaron dormidos.

Y

A la mañana siguiente, Nathalie se despertó temprano con una presión sobre el pecho y una sensación de profundo desagrado.

«¿Qué he hecho?»

Johannes dormía de espaldas a ella y oyó su profunda respiración. Se levantó con cuidado, se puso la ropa y se escabulló. Las imágenes de la noche anterior pasaban por su mente.

«¿Por qué? ¿Por qué?»

De un salto se subió a la bicicleta y pedaleó al amanecer lo más rápido que pudo, con ímpetu y fuerza, como para alejarse de las imágenes y de todo lo ocurrido.

Cuando llegó a la cabaña fue a buscar una toalla y fue directamente a la mansión a ducharse. Estuvo bajo el chorro caliente mucho, mucho rato. Dejó que el agua le limpiara toda huella, todo resto de vulnerabilidad. Después, se frotó a conciencia para secarse. Ya se sentía mejor.

Cuando bajaba por la escalera vio a Jelena y a Alex, pero los evitó y salió a paso ligero de la casa.

De vuelta a la cabaña hizo una gran ración de gachas de avena y luego se quedó toda la mañana con sus papeles, sus textos y los resultados de los análisis.

Por la tarde se acercó a Åmål para comprar comida. Casualmente era más o menos la misma hora en que Johannes solía pasar por la cabaña, pero quizá fuera mejor así. Últimamente se habían visto cada día.

Cuando volvió a la cabaña preparó un plato sencillo de pasta e intentó pensar en otra cosa que no fuera Johannes. No lo llamó ni trató de comunicarse con él por ningún otro canal. Sin embargo, en su interior tenía una especie de gusanillo, una suerte de cosquilleo bajo la piel.

De nuevo la oscuridad parecía importunarla. El frío le trepaba por dentro y se aferraba.

Cuando por fin se acostó, a medianoche, le echó un vistazo al móvil por primera vez en todo el día.

Un SMS sin leer.

«Gracias. Por ayer. Tuyo cuando quieras. J»

Se quedó tumbada en la cama escuchando el sonido de la lluvia apacible repicando en el cristal. Dejó pasar unos minutos sin hacer nada, sin dejarse apresar por los pensamientos de lo que debería llevar a cabo durante el día. Tan solo se quedó tumbada escuchando la lluvia, mirando el techo, como si descansara.

Tiempo atrás, el trabajo y el descanso habían sido la misma cosa. El descanso había sido reflexionar en torno al proyecto en el que estuviera trabajando en ese momento, lo que había que hacer después, lo que los resultados demostraban, el patrón que incesantemente circulaba en su sistema y que la hacía relajarse.

Sin embargo, entendió que ahora el descanso se había mudado. Se había establecido en otra parte, en un lugar que ella solo podía intuir vagamente aquella mañana mientras la apacible lluvia repicaba contra el cristal.

Decidió que aquel día dejaría de lado todo lo que tenía que hacer, con la intención de intentar quedarse en aquella quietud. Todavía estaba afectada por la crisis del otro día en casa de Johannes, pero tuvo que reconocerse a sí misma que, a pesar de todo, en el fondo estaba deseando recibir una visita suya.

Quizá no debería dramatizar sobre lo ocurrido, o lo que según ella había ocurrido. Quizá esta vez podría convertirse en una relación de verdad. No tenía por qué ser peligroso abrirse como lo había hecho, si es que había llegado a abrirse; no lo sabía. Quizá ella y Johannes habían «conectado», simplemente, por usar una palabra que Harriet solía utilizar.

«Nunca has conectado con nosotros, Nathalie. Lo noto. Pero tenemos que poder llevarnos bien. Somos tu familia.»

Después de estar sentada gran parte del día en uno de los sillones delante de la chimenea, intentando leer una novela policíaca noruega que encontró en la mansión, se dio cuenta de que empezaba a levantarse viento. Primero el aire empezó a mover las copas de los árboles, después se movía cada vez con más fuerza para luego azotar con violencia cuanto encontraba a su paso.

La oscuridad del atardecer fue asentándose lentamente como para disuadir y aplacar la intensidad, pero sin éxito. Era un auténtico y desapacible vendaval de otoño, inusualmente fuerte e implacable. «Como si estuviera persiguiendo algo.» Nathalie sintió una débil inquietud, una sensación de algo desagradable y lejano, pero aun así conocido.

En ese momento vio a Johannes a través de la ventana. Era como recibir un regalo: una llama de alegría en el pecho por unos instantes, antes de tomar conciencia de su espontánea reacción y de que el calor se convirtiera en un escozor agudo y ardiente.

Él se paró junto al aparcamiento de la mansión y apoyó la bicicleta contra una farola. Miró hacia la cabaña, pero no pareció distinguir a Nathalie.

Se puso a hacer ejercicios de calentamiento y ella pensó que, seguramente, llamaría a su puerta. Si no ahora, después de haber hecho la ronda. Y se dio cuenta de que estaba deseando que lo hiciera.

Era una voluntad de otra índole a la que estaba acostumbrada que crecía cada vez más intensa, como un incendio en la hierba que se extiende desbocado, en todas direcciones, escapándose de su control. Una voluntad que se movía por terreno desconocido, por dominios extraños, y que la afectaba profundamente. La sentía auténtica.

Lo mejor sería ser sincera. No podía seguir mintiéndose a sí misma. Era una voluntad inusualmente peligrosa y un anhelo devastador, y amenazaba a toda su

existencia.

No había contado con toparse semejante torbellino de sentimientos en aquel lugar, en aquellos parajes solitarios. Al contrario, aquí debería haber estado a salvo.

No sabía si estaba preparada para asumir las consecuencias. Se le saltaron las lágrimas. Los pensamientos aparecían y se ahogaban una y otra vez.

«¡No!»

No estaba preparada. Punto. Necesitaba concentrarse en sí misma, en todo lo que precisaba hacer.

Si Johannes llamaba a la puerta no pensaba abrirle. Se haría la dormida. Después ya vería lo que haría. Aquella relación no podía continuar, no tal y como estaban ahora las cosas.

Estuvo leyendo un rato más y después apartó el libro. Decidió, a pesar del mal tiempo, salir a buscar agua a la mansión.

Cogió un cubo en cada mano, abrió la puerta ayudándose de la rodilla y salió. Un pensamiento llamó su atención, pero tardó un momento antes de asimilarlo del todo.

Cuando lo hizo, casi se cayó de la impresión.

«Pero si aquí fuera está todo en calma.

»¿Cuánto rato lleva así?»

Dejó los dos cubos de agua, bajó corriendo al sendero y continuó por la misma ruta que Johannes había corrido.

«Había casi tormenta —retumbaba en su interior mientras corría lo más rápido que podía—. ¡Casi tormenta! ¡Hace un momento!»

Tenía que encontrarlo antes de que fuera demasiado tarde.

El inspector de policía Leif Berggren tenía exactamente el mismo aspecto que como lo recordaba Maya Linde, cuando cuatro años antes él la había llamado a su buscador en Brooklyn sin que ella se imaginara que Leif y su mujer pensaban hacerle una visita.

«Pasábamos por aquí, ¿tienes tiempo para que nos veamos un rato?»

Ahora irradiaba la misma pillería disimulada, de pie al otro lado de la puerta de su nueva casa en Fengerskog. El pelo un poco más ralo que la última vez, tranquilo como una piedra, con vaqueros oscuros y un grueso jersey con cremallera en el cuello.

—Sé que no ibas a incorporarte hasta el lunes —empezó a decirle después de que se hubieran dado un abrazo entrañable—, pero hay una cosa ahora que... Supongo que tienes mucho que hacer, con la casa y todo. Apenas te habrá dado tiempo de acabar la mudanza, ¿no?

—No —protestó Maya—. ¡Venga, dime!

—Hay un supuesto escenario de crimen no muy lejos de aquí. Un muchacho que parece haber recibido una paliza. Tenemos imágenes, es cierto, pero son una basura, para ser claros. Había bastante niebla cuando los que estaban de guardia hacían la ronda. Así que he pensado que, como tengo que pasar por allí, a lo mejor querías venir. Necesitamos un buen fotógrafo.

—¿Dónde es?

—En Mossmarken.

—De acuerdo —respondió Maya—. Tenía que ser Mossmarken.

—Me alegro de verte, Leif —le dijo al cabo de un rato, cuando ya iban sentados en el coche—. Me parece divertidísimo volver a trabajar juntos.

—Sí, al menos por un tiempo —respondió él—. Me retiro a los sesenta y cinco, que lo sepas. Dos años más.

—De acuerdo, así que los últimos trece míos tendré que trabajar sola, ¿no? Él se echó a reír.

—¿Los últimos trece? Desgraciadamente, tu generación no podrá jubilarse nunca. No quedará dinero.

—Pues me tendré que aguantar. Y tú, hombre privilegiado que podrás jubilarte, ¿qué harás después? —preguntó Maya—. ¿Escuchar a las bandas de música y vender basura a jornada completa?

Se refería a su afición de importar cosas raras de Asia y vendérselas a amigos, conocidos y otros que pudieran estar interesados.

—¿Basura? ¿Es la famosa artista Maya Linde la que está hablando?

Fue con la exposición *Lluvia*, en la gran Bienal de Venecia hacía quince años, con la que Maya Linde dio el salto como fotógrafa y se fue a vivir a Nueva York. En artículos y entrevistas se solía destacar su ocupación secundaria, un tanto inusual para el contexto: también trabajaba como fotógrafa policial. Pero para ella el mundo del arte y el de la policía habían confluído desde pequeña, puesto que sus padres habían sido artistas y su madre también policía.

De niña, Maya había estado en la comisaría de Karlstad muchas veces, a una hora en coche de su casa en Åmål. Después, a mediados de la década de 1980, hizo una formación profesional en fotografía y consiguió un trabajo de verano: prácticas de fotógrafa en el trabajo de su madre; lo vio más como un paréntesis en sus planes como artista, un mal menor antes de conseguir la vida que quería. Sin embargo, el trabajo en la policía le aportó una dimensión

creadora con la que no había contado en absoluto, y no dudó ni por un segundo en aceptar cuando, después de terminar los estudios, le ofrecieron trabajo a tiempo parcial en la policía de Karlstad.

Retratar un cuerpo que acababa de dar su último suspiro era de lo más revolucionario. Igual que documentar el lugar donde había tenido lugar un crimen.

Nunca le había dejado de fascinar cómo un sitio que podía ser un lugar normal y corriente, o una cosa totalmente insignificante, de pronto adoptaba una dimensión y adquiría un valor infinito como prueba.

Se había quedado en la comisaría de Karlstad casi veinte años. Al final, con treinta y nueve años, se fue a vivir a Nueva York y consiguió un trabajo de media jornada en el distrito noveno de la policía de Manhattan East Village, lo cual le dio la oportunidad de mantener las herramientas en marcha.

Ahora iba a recuperar su trabajo en Karlstad a pesar de que, económicamente hablando, no lo necesitara. Se habían puesto de acuerdo en dos días a la semana para sustituir a un compañero enfermo.

—¿Basura? —exclamó Leif riendo de nuevo. Se giró hacia atrás en su asiento y sacó una bolsa de plástico—. Aquí tienes algo que... ¿qué color te gusta más? ¿Azul? ¿Rojo?

Llevaba un puñado de gafas de leer en fundas de plástico.

—Ya tengo varios pares —respondió ella.

—No como estas. —Rasgó uno de los plásticos y le dio un par azul chillón. Las patillas estaban unidas por los extremos y rodeaban la nuca.

—Pero ¿cómo me las pongo?

—Abres por aquí —dijo separando el pequeño arco que iba sobre el tabique de la nariz—. Hay un imán que hace que las puedas abrir por la mitad.

Abrió las gafas, se las puso y el imán unió las dos partes. Las volvió a abrir y las dejó caer sobre el pecho.

—¿Lo ves? Se acabaron las migas en las gafas por dejarlas colgando del cordón. O si te las pones en la cabeza, acabas dejándolas a un lado y al final desaparecen. ¿A que sí?

Maya las probó varias veces. Las separaba y las unía. Se las ponía y las dejaba caer.

—Me las quedo —dijo—. ¿Cuánto quieres?

—Diez pavos, ocho para ti.

—Te doy seis.

—Siete.

—Trato hecho. ¿Tienes la app Swish para hacerte la transferencia?

—Claro que tengo.

—Claro que tienes —dijo sacando su móvil.

Tras diez minutos de viaje en coche con Lasse Stefanz sonando en los altavoces llegaron al lugar del crimen. Habían salido de la carretera justo donde acababa la provincia de Dalsland y empezaba la de Värmland; la nacional se había ido estrechando hasta que ahora era apenas un camino de tierra lleno de hoyos y rodeado de bosque a ambos lados. Entonces vieron el ajado cartel a un lado de la carretera.

«Mossmarken»

—Aquí es —dijo Leif.

Mossmarken había sido destino para excursiones escolares de la zona; ella misma había ido allí de pequeña, hasta que un niño había desaparecido sin dejar rastro durante una excursión hacia diez años. En esa época Maya vivía en Nueva York y sus padres le habían contado lo ocurrido. Después de aquello, todo quedó suspendido. Se consideró que era demasiado peligroso ir

por la turbera, extensiones demasiado grandes de tierra encharcada y engañosa.

Ahora estaba aquí porque habían encontrado a un chico casi inconsciente en el circuito de *running*. El examen médico había demostrado que tenía una herida en la cabeza y lo más probable era que se hubiera cruzado con alguien en la turbera que se la había ocasionado.

Leif dejó el coche en el pequeño aparcamiento. Maya sacó la bolsa de la cámara del portaequipajes y se dirigieron hacia el cartel informativo que estaba justo al principio de la zona.

Espacio natural protegido de Mossmarken

Mossmarken es un terreno mixto con diversos e importantes biotopos, así como antiguos bosques de pinos y pantanos pobres, pero que principalmente se compone de grandes turberas. Es un hogar idóneo para muchas especies amenazadas. Aquí se sienten bien, entre otros, el inusual musgo *weissia rutilans* y el líquen *phlyctis argena*, así como varias especies de ranas y aves, por ejemplo la rana verde y el urogallo.

La turbera también es interesante bajo una perspectiva histórica. Hay motivos para creer que durante la Edad de Hierro se utilizaba como lugar de rito para ofrendar herramientas, comida e incluso personas. El ambiente pobre en oxígeno y ácido hace que la descomposición de la materia sea muy lenta, y a principios del año 2000 se halló lo que se llama un «cadáver de turba» del año 300 antes de Cristo. Era una chica de unos diecisiete años que conservaba el pelo, la ropa y un amuleto de oro. La llaman «la Muchacha de los Arándanos» y hoy en día está expuesta en el Museo de Historia Cultural en Karlstad.

Rodeando la turbera hay un circuito de *running* de unos 8 km. También hay pasarelas para aquellos que quieran cruzar el humedal. En algunos lugares, la tierra está bastante sumergida y se desaconseja a los visitantes salir de las rutas marcadas. Los visitantes asumen toda la responsabilidad.

—¿Recuerdas cuando sacaron aquel cadáver de la turbera? —preguntó Leif.

—Sí —respondió Maya dudosa—. Algo me suena.

—Se armó una buena en torno a lo ocurrido pero enseguida cayó todo en el olvido.

Se fueron adentrando en el bosque. A unos cien metros se veía la cinta azul y blanca de la policía.

Y el paisaje se abrió.

Maya se paró en seco. Ante sus ojos, los límites de la quietud se ensancharon, olas de hierba amarilla y musgo bajo el inmenso cielo blanco. Algún que otro pino se erguía de forma solitaria como brazos delgados surgiendo del mar.

Se quedó sin aliento. Era fascinante.

—Dios, qué bonito —exclamó.

Leif la miró de reojo.

—¿Bonito? Sí, puede ser. A su manera.

Comentaron las fotos que ella tenía que sacar. Por un lado, debía fotografiar el lugar donde el chico se había salido del circuito de correr; por otro, el sitio donde lo habían encontrado, en la pasarela, unos diez metros entrando en la turbera. Además, debería hacer fotos más generales.

—Pero nada de arte, son fotografías documentales, Maya.

—No sabía que pudieras ver la diferencia —le respondió.

—Claro que sí. ¿Por quién me tomas? Vi la última exposición que hiciste en primavera.

—¿Fuiste? ¿Qué te pareció?

—Lo podemos hablar después. Ahora, a trabajar.

Maya decidió empezar por el sendero. Allí no había nada en la tierra que fuera digno de atención. Un gran número de huellas que se solapaban y que eran bastante difíciles de distinguir, como cabía esperar de un circuito de *running*. Sacó una regla para tener una referencia de escala en la imagen y la

puso al lado de las pisadas. Cuando después corrigió el enfoque para hacer una foto del conjunto vio en el visor algo que brillaba al fondo.

—Allí hay algo —dijo dirigiéndose hacia el lugar. Se puso de cuclillas y descubrió dos monedas doradas de diez coronas en la hierba junto al sendero.

Leif llegó enseguida. Se puso unos guantes, cogió las monedas y las observó. Relucían como el sol.

—Buen trabajo, Maya —exclamó y las metió con cuidado en una bolsa—. No sé cómo ayer no se dieron cuenta.

Este lugar no parecía tan intacto. Había marcas profundas de zapatos y la tierra alrededor estaba más afectada. Varios arbustos y árboles estaban dañados y había ramas largas de diferente grosor por todas partes entre la maleza. Estudiaron los daños de los árboles y vieron que eran bastante recientes.

—Haz fotos de aquí también —ordenó Leif—. Podría ser que el ataque hubiera ocurrido aquí mismo.

Luego se internaron en la turbera y fotografiaron el lugar donde habían encontrado al joven. Anduvieron por las pasarelas. Eran de una construcción bastante estable. Maya se detuvo para mirar a su alrededor. De nuevo, el sol se había escondido tras unas nubes y ahora el lugar resultaba menos acogedor. En algunos sectores parecía como si se pudiera ir andando por la tierra, por lo menos saltar de mata en mata. Otros sitios eran pantanosos y, en otros, la vegetación era muy compacta.

Maya vislumbró algo parecido a un palacio al otro lado de la turbera, medio escondido tras los pinos. «Debe de ser la mansión de Mossmarken», pensó.

Se bajó con cuidado de la pasarela. No era fácil andar por allí. Las matas eran duras y altas, mientras el suelo que las separaba era blando y mojado. De pronto un pie se le quedó entre dos matas. Le dio tiempo de ver la oscura agua

de la turbera rodeándole el tobillo y sintió que la tierra le atrapaba el pie y comenzaba a tirar de él hacia abajo.

—¡Mierda! —Se tambaleó, sacó el pie y subió de nuevo a la pasarela.

—Ve con cuidado —la advirtió Leif.

—Es como... vamos, que no es un sitio para jugar —le respondió.

—Aquí estaba el chico —dijo Leif señalando hacia delante con un dedo.

Maya se acercó.

—¿Aquí?

Leif asintió.

Se había formado un agujero lleno de agua en el lugar en el que habían encontrado inconsciente al muchacho.

—Creía que aquí había tierra firme —dijo Maya.

—A lo mejor es lo que llaman tremedal —respondió Leif—. Una alfombra de plantas muertas y vivas que están flotando en el agua. El suelo debió de hundirse cuando el chico lo pisó y supongo que el nivel del agua subió un poco.

Maya se puso a hacer fotografías.

—Opinión mal fundamentada.

—¿Qué?

—Se suele utilizar la palabra «tremedal» como metáfora. Opiniones mal fundamentadas. Sin afianzar. Bastante habitual, hoy en día.

—Ah. Vale. Lo que tú digas —suspiró Leif.

—De acuerdo, entonces, ¿qué le pasó, exactamente?

—No está claro. Una chica de la mansión lo encontró. Tenía heridas en la cabeza, probablemente originadas por una especie de arma. No sabemos más.

—¿Nadie ha visto nada por la zona?

Leif negó con la cabeza.

—No hay testigos, solo la chica que lo encontró. Nathalie Ström, se llama.

—¿Y cómo lo encontró? ¿También iba corriendo?

—No, no creo. Es bióloga o algo así y está haciendo pruebas, así que se mueve mucho por aquí. Además, lo conocía un poco. Por lo visto él es estudiante en una de las escuelas de arte.

—¡Vaya! —exclamó Maya sorprendida mirando por el visor—. ¿En serio? Hay que joderse. Pues a lo mejor es alguien que conozco. ¿Cómo se llama?

—Johannes. Johannes Ayeb.

Maya negó en silencio.

—No lo había oído nunca.

Cuando hubieron terminado, Maya quiso seguir fotografiando un poco por su cuenta, aprovechando que estaba allí y que aquello era un ambiente especial.

—¿Me das media hora antes de marcharnos? —preguntó.

—Claro que sí —respondió Leif—. Pero ve con cuidado.

—Sí, ya he leído el cartel.

Continuó por la turbera pensando en tomar alguna imagen para esbozos. Había decidido volver a aquel lugar cuando estuviera libre, con una cámara analógica de medio formato.

El humedal estaba desolado y reinaba un silencio total. Un pequeño crujido por allí, un pequeño chasquido por allá. Al cabo de un rato notó la corriente de aire provocada por una lechuza que salió volando, la reconoció por las puntas de las alas redondeadas.

Pasaron los minutos y Maya consideró que debía volver en breve. Subió a una colina desde donde veía la mayor parte de la zona. Desde allí tenía una mejor vista de la mansión a un lado y un gran complejo de algún tipo en el lado contrario. Quizá fuera aquel viejo centro de extracción de turba del que

había oído hablar. Un poco más allá de la instalación le pareció ver algunas casas más pequeñas, diseminadas en línea a lo largo de un lado de la turbera.

Solo quería fotografiar un pequeño pino singular que estaba un poco adentrado. Parecía un bonsái, con ramas nudosas y una copa completamente plana. Solo tenía que acercarse un poco, un poco nada más.

Tenía toda la atención puesta en el objetivo mientras abandonaba la pasarela y comenzó a avanzar con sumo cuidado tanteando el terreno con los pies. Esa zona estaba un poco más seca y era más fácil andar. Sin embargo, de pronto tropezó con algo, perdió el equilibrio y cayó de bruces con todo el equipo.

«No, no, no. ¿Por qué no podía contentarme con sacar las fotos desde la pasarela?», le dio tiempo de pensar antes de notarse empapada.

Aquel día no habría más fotografías.

Toc, toc, toc.

Nathalie se llevó los dedos a las sienes, sentada al lado de la cama de Johannes en el hospital de Karlstad. Él aún no había recobrado el conocimiento.

Se despezó y con cuidado le rozó la mano con la punta de los dedos. Había tubos que iban del respirador a la boca. Un sonido monótono y mecánico.

«La situación parece grave —pensó—. Mal, mal.»

Había una enfermera sentada leyendo un libro, medio escondida detrás de un separador de camas. Le había explicado a Nathalie que controlaba los aparatos de Johannes, que a los pacientes en su estado nunca los dejaban solos.

—Pero no te preocupes por mí —le había dicho con un guiño—. Haz como si yo no estuviera.

Al cabo de un rato, Nathalie bajó a la cafetería y compró el periódico y un café. Se sentó a mirar a través de la ventana. Después volvió a subir en el ascensor.

Cuando entró en la habitación vio que había una mujer al lado de la cama de Johannes. Se movía como si no supiera qué hacer consigo misma.

Nathalie se quedó parada en el quicio de la puerta.

—Hola —dijo al final.

La mujer alzó la cabeza.

—Hola —respondió con una mirada confusa—. ¿Tú eres... Nathalie?

—Sí, eso es.

—Maria —respondió yendo hacia ella con la mano tendida—. Soy la madre de Johannes. He oído hablar de ti. —El saludo fue sorprendentemente firme—. Hasta esta mañana no me he enterado de lo ocurrido.

—He estado con él toda la noche para que no estuviera solo —aclaró Nathalie—. Bueno, solo no está en ningún momento, pero aun así...

Le dirigió una mirada a la enfermera, quien estaba anotando algo y no parecía prestarles la menor atención.

—Ha caído en la ciénaga, ¿verdad? —preguntó la madre—. ¿Salió a correr? Le gusta correr. Pero ¿cómo pudo caerse dentro? Uno de los policías me ha dicho que a lo mejor le dieron un golpe. ¿Sabes algo?

Nathalie se la quedó mirando. Tenía el cabello oscuro y recogido en una cola no muy larga. Su ropa era sencilla, aunque daba la sensación de que iba bien vestida.

—No sé más que tú —respondió.

—¿Conoces bien a Johannes? ¿Vas a la misma escuela?

Nathalie dudó.

—Se puede decir que acabamos de conocernos —respondió mirando al suelo—. Yo vivo junto a la turbera y... allí fue donde lo encontré. Un poco más adentro. Desmayado.

—¿Qué puede haber ocurrido? No lo entiendo. También tenía un tobillo hinchado. —Sus ojos se humedecieron y su mirada iba de un lado a otro, intranquila, como si buscara algo a lo que atenerse.

—Puede que no sepamos nada hasta que se despierte y nos lo explique él mismo —respondió Nathalie.

—El médico dice —añadió la madre tragando saliva— que los próximos días serán cruciales para saber si tienen que operar o no. Si se inflama más por dentro entonces... entonces tendrán que disminuir la presión. Abrirle... la

cabeza, directamente. —Nathalie le puso una mano en el brazo mientras la mujer seguía hablando—. Parece ser que la herida afecta a una zona que regula el que estemos despiertos o dormidos. Así que, aunque no empeore, puede tardar varios días en recobrar la conciencia. Es lo que he entendido.

Miró para otro lado. Nathalie notó que el silencio se apoderaba de ella. Se sentía desconectada, fuera, como si en realidad nunca hubiera tenido nada que ver con aquello.

—De acuerdo —dijo—. Pues lo único que podemos hacer es esperar. —Se levantó, miró a Johannes y después a su madre—. Me voy a ir. No lo quería dejar solo, pero ahora que estás tú aquí...

La mujer le dio un fuerte abrazo.

—Gracias. Muchas gracias, querida.

—Si esto dura mucho —se ofreció Nathalie— puedo venir a quedarme con él, si quieres. Si no, avísame si se despierta. O cuando se despierte. Las enfermeras tienen mi número de móvil.

Se dirigió a la salida, pero en la puerta se dio la vuelta.

—Por cierto —dijo bajito—. La policía tiene su ropa de correr. Y una bolsa pequeña... con un montón de monedas de diez. Doradas. Seguramente unas cien.

La madre de Johannes la miró desconcertada.

—Por lo visto las tenía en el bolsillo cuando lo encontraron.

La casa que Maya Linde había comprado en Fengerskog era vieja, grande y en su momento se construyó para que cupiera un taller mecánico. En los años treinta se habían fabricado bicicletas en él y, cuando la producción cesó, en los años ochenta, los distintos propietarios que se fueron sucediendo intentaron hacer algo parecido a estancias de vivienda, al menos en algunas partes del edificio.

La casa tenía el aspecto de una cabaña de Dalsland, amplia y alta: una casa roja de madera de dos plantas, con grandes ventanas biseladas y unas letras en blanco en la fachada: C. W. HARALDSON TALLER MECÁNICO.

La misma Maya estaba sorprendida y no se le había pasado por la cabeza que alguna vez volvería a vivir en su antigua tierra otra vez. De hecho, se había criado en Åmål, a solo veinte kilómetros de aquí. Sin embargo, su padre se puso gravemente enfermo y no quiso dejar sola a su madre. Además, uno de sus mejores amigos se había ido a vivir a Fengerskog, igual que otros artistas en los últimos años.

Mientras la gente no dejaba de irse de esa parte del país que ella denominaba Vänerland —prefería llamar así a las tierras limítrofes entre Dalsland y Värmland, junto a la ribera noroeste del lago Vänern—, la pequeña población de Fengerskog iba contra corriente. El pueblo había contado con una escuela de arte desde hacía décadas, pero en los últimos años otros componentes la habían revitalizado y habían hecho que estuviera en marcha todo el año, a veces incluso las veinticuatro horas del día. Dos años atrás se había puesto en marcha una escuela progresista de arte libre. A esta

pertenecían tanto las viviendas para estudiantes como cierto número de talleres para invitados, lo cual tuvo como consecuencia que cada medio año llegaran nuevos artistas, no solo de Suecia sino del mundo entero.

Sucesivamente, las escuelas se habían adueñado de la antigua fábrica de papel vecina, ganando así grandes espacios para exposiciones, teatro, representaciones varias y también fiestas. Durante una larga temporada hubo solo una cafetería, pero con el tiempo se acabó abriendo también un bar y un pequeño restaurante. Cada vez más alumnos y profesores se fueron instalando. Otros artistas como ella, que habían abandonado la comarca hacía tiempo, volvieron, compraron alguna de las económicas casas y formaron una familia.

Las escuelas atraían a los visitantes todo el año: había mercado de artesanía en Navidad, teatro en verano, ronda artística en Semana Santa y distintas exposiciones entremedio. Según las últimas estimaciones, la escuela era la tercera atracción turística del municipio.

La oscuridad había caído al otro lado de las ventanas y en las habitaciones hacía calor. La luz de la vela y del hogar bailaba en las paredes. Maya había invitado a su amiga Ellen, directora de la escuela de arte recién inaugurada. Iban a cenar con Oskar, que estaba en Fengerskog como artista invitado desde hacía unos meses. Maya lo había visto un par de veces en el bar en la zona de la antigua fábrica, y Oskar se había ofrecido a ayudarla en la mudanza.

Ahora, después de trajinar cajas arriba y abajo y de la posterior cena, Ellen y él se sentaron cada uno en su sofá mientras Maya se estiraba en la grande y gastada alfombra oriental.

—¿Habéis ido a la turbera? —preguntó con la mirada fija en el techo.

Oskar y Ellen se volvieron hacia ella.

—No —respondió ella—. ¿Estás pensando en lo que ha pasado?

—Hoy he estado allí. La primera vez en por lo menos cuarenta años.

—Era alguien de la escuela, ¿verdad? —pregunto Oskar mirando a Ellen intencionadamente.

—Sí. Es muy desagradable cuando algo así te toca tan cerca. Supongo que el lunes tendremos que reunirnos. Ya están circulando un montón de rumores. ¿Es por eso por lo que has ido?

Maya asintió.

—Aunque no es eso en lo que estaba pensando. Había un ambiente tan... «mágico» no es la palabra correcta. «Intenso», hay un ambiente intenso allí arriba. He hecho algunas fotos. Para mí, vaya.

—¿Se pueden ver? —preguntó Oskar.

—Son para bocetos. Quizá después —respondió Maya—. ¿Hay algún alumno que haya subido hasta allí para pintar o algo así?

—No que yo sepa. Aunque es una buena idea —admitió Ellen.

—Lo cierto es que al curso básico de pintura le falta un tema este otoño; quizá se podría hacer algún trabajo con el tema naturaleza.

En ese mismo instante, Maya se arrepintió de haber sacado el tema turbera a colación. Lo último que quería era que fueran allí un montón de estudiantes de arte.

Y

El vino estaba a punto de acabarse y Ellen había empezado a explicar la historia de cómo, por error, había conocido al que había sido su novio, ahora exmarido, en Nueva York.

—Mejor dicho, fue un error de Maya —le aclaró Ellen a Oskar—. Fuimos a visitarla a Nueva York la misma semana, mi ex y yo. Antes de conocernos. A Maya se le pasó que nos había invitado a los dos los mismos días. Y para colmo de males, estaba de trabajo hasta las cejas.

—Vale, ¿y qué pasó?

—Como ella no tenía mucho tiempo para nosotros, fue divertido estar el uno por el otro —dijo Ellen lanzando una mirada mordaz a Maya.

—Sí, fue una suerte —respondió Maya.

—Así que nos pasamos la semana visitando museos y galerías —continuó Ellen— y después me fui a vivir con él a Estocolmo. Tuvimos un hijo y vivimos casi diez años juntos. La cosa no se acabó hasta que me lo encontré con un hombre en la casa de verano, hace cuatro meses. De hecho, podría haber tirado adelante con ello, si no fuera porque él estaba realmente enamorado.

—¿Y ahora? —inquirió Oskar.

—Igual me vengo a vivir aquí.

—Claro que sí —sonrió Maya—. Así podré reparar mi error. Puedes pasar la aspiradora y limpiar los cristales para pagar el alquiler. Hay un sinfín de ventanas que limpiar.

—En ese caso, yo también puedo venir a vivir aquí —dijo Oskar—. Las viviendas de invitados son demasiado pequeñas.

—Dejemos la broma —sonrió Maya—, yo quiero vivir sola.

—¿Y Vanja qué? —replicó Ellen—. ¿Dónde va a vivir?

—¿Quién es Vanja? —preguntó Oskar.

—Es mi ayudante de Nueva York. No vamos a vivir juntas; ha comprado una casa barata no muy lejos de aquí.

—Ah, sí, algo he oído —dijo Oskar.

—Por cierto, llega mañana, pero seguramente necesitaré más ayuda estos días —dijo Maya volviéndose hacia Ellen—, por si alguno de tus alumnos estuviera interesado. Más que nada para poner orden. Pensaba poner un anuncio en el tablón.

—No hace falta —dijo Oskar—. No pongas ningún anuncio. Yo lo hago.

—¿Tú? Pero si es sin cobrar.

—Da igual.

Maya se llevó la copa de vino a la boca y sonrió.

—De acuerdo. —Sentía que empezaba a estar cansada por el alcohol—.

¿Queda algo de queso?

Oskar se levantó y fue a la cocina.

Cuando Ellen y Oskar se fueron, Maya se dio una ducha rápida, se puso el camisón y se metió debajo del edredón. Leyó unas cuantas páginas del periódico antes de dejarlo a un lado y luego paseó la mirada por su habitación.

Una idea había empezado a tomar forma en su cabeza. Una idea para hacer una serie de imágenes de Mossmarken. Tranquilas, imágenes sencillas de los distintos ambientes del paisaje. Tierras muy amplias. Quizás alguna casa. Tan simples como fuera posible, para que el ambiente que había allí arriba fuera visible en las imágenes.

Cogió el portátil y puso una de las fotos en pantalla completa. Mostraba la turbera abierta encontrándose con el cielo, dos campos con distintas estructuras. Quizá no tuviera ningún valor artístico tal como estaba ahora, pero por lo menos se le había ocurrido una idea y sabía lo que debía hacer para llevarla a cabo. Blanco y negro, formato cuadrado. Sería sugestivo y bonito.

Buscó otra foto y después otra. Estaba a punto de apagar el ordenador cuando algo de la pantalla la hizo reaccionar.

La fotografía estaba tomada desde la pasarela, en medio de la turba. A la derecha se veían algunos árboles. Y allí, a lo lejos, parcialmente tapada por los árboles y los arbustos, parecía como si hubiera una persona de pie.

Repasó las otras imágenes de la misma secuencia. En la primera parecía que la persona se moviera hacia delante y, en las siguientes, que se hubiera detenido y se hubiera vuelto hacia el objetivo de la cámara. El cuerpo estaba

ligeramente curvado hacia delante. Como agazapado. Podía tratarse de una mujer, podía tratarse de un hombre.

En las siguientes fotos la persona había desaparecido.

Volvió a mirar la serie de imágenes. Quizá fuera alguien que había salido a dar una vuelta por la naturaleza. «O un corredor», pensó. Porque ¿quién, si no, tendría motivos para andar por allí?

—Perdón por la molestia —dijo Agneta—. En realidad solo quería saber cómo iban las cosas. Y lo que está pasando.

Agneta estaba en la puerta de la cabaña, tranquila y sosegada y, sin embargo, impaciente de alguna manera. Estaba claro que quería obtener respuestas sobre lo que había ocurrido en la turbera. Y que Nathalie se las diera.

—No sé gran cosa —respondió Nathalie—, solo que sigue inconsciente. Adelante, entra. ¿Quieres tomar algo?

Se acababa de sentar para comer unos emparedados con huevo cocido. Hizo un gesto con el brazo para señalar la mesa, la cafetera, el pan, la mantequilla y la botella de zumo.

—Hay algo en ti que me resulta familiar —dijo Agneta mientras entraba—. Ya me lo pareció el primer día.

—Me lo dicen a menudo —dijo Nathalie—. ¿Seguro que no quieres tomar nada? —repitió.

—No, estoy bien, gracias —aseguró Agneta—. Pero explícame algo más acerca de lo que pasó cuando encontraste a aquel chico. Lo conocías, ¿verdad?

—No, en realidad no. Solía venir a correr por aquí; aparte de eso, solo nos vimos un par de veces.

—Pero has estado en el hospital vigilándolo.

—Bueno, salió así.

Se sentaron cada una a un lado de la mesa y Nathalie no vio otra alternativa que explicarle a Agneta por qué estaba ella en la turbera. Explicarle lo nerviosa que se había puesto y que había salido en busca de Johannes.

—Si no hubieras reaccionado tan deprisa, igual hubiera muerto —dijo Agneta con voz grave—. Le salvaste la vida.

Nathalie apartó la vista.

—Sí... —dijo—. Puede ser. Fue suerte, más que nada.

—Pero hay una cosa que no entiendo del todo —replicó Agneta con mirada intensa—. Él no llevaba tanto tiempo fuera como para que tú te pusieras nerviosa. Presentiste algo, ¿verdad? Que algo había ocurrido.

Nathalie titubeó ante aquella pregunta tan directa.

—Es que realmente no lo sé... bueno, sí. Solo sentí que algo no iba como debía. Además, hacía muy mal tiempo.

—Crucemos los dedos para que acabe todo bien —dijo Agneta—. Ha estado corriendo por aquí desde hace más de un año, independientemente del tiempo que hiciera. Estoy impresionada —continuó y se puso de pie—. Pero lo que hiciste es increíble, Nathalie, que presintieras algo así. A eso lo llamo yo intuición.

—No sé —se excusó Nathalie.

—Además —continuó Agneta bajando la voz como si alguien la pudiera oír—, no queremos que ocurra nada que le dé a esta zona mala reputación, ¿verdad?

«Así que de eso se trata —pensó Nathalie cuando Agneta se hubo marchado—. *Business, as usual.*»

Como si la zona no estuviera ya mancillada por todo lo que había pasado.

Las estancias más importantes estaban amuebladas, entre ellas la oficina. Aquella semana llegarían los operarios y empezarían la renovación de los demás espacios: harían un cuarto oscuro para el tradicional trabajo en blanco y negro, así como un taller fotográfico con espacio para exposiciones y también un pequeño bar.

Maya le echó una mirada al ordenador a los pies de la cama. Le apetecía cogerlo y volver a ver las imágenes de la turbera, el paisaje amarillento, la figura encorvada, pero se sentía agotada. Un periodista y una fotógrafa de una revista mensual acababan de hacerle una entrevista sobre su vuelta a casa y sobre el futuro. Fengerskog vs. Nueva York.

Había sido una reunión interesante. El periodista, Tom Söderberg, se había preparado bien y conocía la mayor parte de los proyectos en los que ella había trabajado los últimos años. La había halagado la profundidad con la que había examinado sus imágenes y se alegró de lo lúcidos que eran los análisis.

Además, le había gustado que no solo le tirara flores: en alguna ocasión la había desafiado con críticas bien estructuradas a las que ella no estaba acostumbrada. Le había despertado el interés por él, o al menos por su intelecto y de forma momentánea. Aceptó las críticas con soltura y una sonrisa, quizá porque se dio cuenta de que ya se había enamorado de ella. Probablemente, aquel sentimiento ya había empezado a crecer cuando el hombre estuvo estudiando su arte y su carrera.

No era la primera vez que ocurría.

La fotógrafa había llegado al final de la entrevista. Parecía un poco insegura y tensa y quería fotos de Maya en distintos lugares de la casa, pero también en medio del prado de las vacas y entrando en las vaquerizas. Tom las acompañaba, se sonreían e intercambiaban miradas mientras la cámara de la fotógrafa zumbaba y clicaba.

Cuando todo quedó listo le sugirió a Tom que se llevara prestadas un par de revistas sobre ella que él no había sido capaz de conseguir.

Al quedarse sola se preparó para el almuerzo un plato de exquisiteces que había en la nevera. Se sentó a la enorme mesa de comedor mirando hacia dos vacas marrones que la observaban desde el prado. En el gran espejo que había en la otra pared se vio a sí misma y se puso a pensar en unas líneas de un libro que había leído hacía un tiempo: era la descripción de una persona que parecía que tuviera «un cuerpo lleno de comida, bebida y años vividos»¹.

Había heredado de su padre la forma redonda de la cara, el cuello corto, los labios finos y el pelo castaño que, como el de él, también empezaba a encanecer después de los cincuenta. Incluso las arrugas le salían en el mismo lugar. La cara de su padre descansaba en la de ella, como una imagen ahogándose bajo la superficie del agua.

Recordaba casi el día exacto en que experimentó por primera vez cómo la tendencia del desarrollo de su cuerpo empezó a decaer, como un elegante movimiento en el eterno ciclo. El proceso, naturalmente, se había iniciado bastante antes, pero recordaba la fecha en que ella se percató: desde el momento en que su visión empezó a empeorar hasta darse cuenta de cómo la piel abandonaba posiciones y empezaba a descolgarse. Vio que su cuello se llenó de dobleces al volver la cabeza al mismo tiempo que se cruzaba con su propia imagen en el espejo.

Recordaba cómo se dio total y absoluta cuenta de que su cuerpo era un compost orgánico como cualquier otra planta o animal en la tierra. Había sido

una sensación de total libertad. Como un susurro desde arriba, desde dentro, para que soltara las riendas. En ese momento se había sentido como una hoja que se desprende de la rama para luego, despacio, revolotear hacia el suelo, donde el proceso de descomposición se iniciaba.

Libertad para caer.

Como una simple hoja.

«Enséñame a pudrirme como una simple hoja», como escribió un poeta.²

Maya ni siquiera había tenido que aprender. Era un talento natural.

Nathalie estaba junto a una de las ventanas de la cabaña observando el paisaje: el bosque y la ya conocida desolación.

Le estaban volviendo muchas cosas.

Aunque también había otras que habían cambiado.

Se dio cuenta de que se sentía más temerosa. O más abierta. Un movimiento en todas las capas. Algo se había despertado, quería subir, quería salir. Era como si ya no fuera ella la que decidía. Si es que lo había sido alguna vez.

En la habitación, la luz de las lámparas de queroseno formaba sombras alargadas que se restregaban sobre las paredes, con fuerza y de prisa al menor movimiento, como los murciélagos por la noche.

El calor de la cabaña crujía en las paredes de madera; algo raspó el suelo, probablemente algún ratón que había regresado de los montones de hojas y los agujeros en la tierra del verano.

No había respondido a la pregunta de Agneta, se había quedado perpleja, pero sí que se habían visto antes. Varias veces, hacía muchos años, arriba, en la mansión. Y no solo eso. Tampoco le había explicado el auténtico motivo por el que había salido a buscar a Johannes: el tiempo. No porque hubiera sido tan malo, sino al contrario, porque había cambiado de forma muy precipitada.

Sabía lo que eso significaba, por propia experiencia y sobre todo por haber leído mil veces el libro que le regaló su vecino, tanto tiempo atrás: las palabras sobre los cambios repentinos de tiempo le resonaron en los oídos. Fueron aquellas palabras, y nada más que ellas, las que hicieron que actuara tan de prisa.

«Muestras —pensó para sí—. Necesito coger muestras.»

Necesitaba centrarse en algo mensurable, enviarlo a analizar y obtener respuesta. Necesitaba ese papel con aquel texto para calmar el oleaje de su interior. Las letras, las tablas. Las conclusiones que se podían sacar de ellas. Lo necesitaba para recuperar el control, para al menos tener la sensación de haber recuperado el control.

Le temblaba la mano cuando se comió un cuenco de copos de avena sin nada más. La boca se le secó. Se bebió un gran vaso de agua, se puso una chaqueta, se colgó al hombro la bolsa de la broca de perforación de las muestras y salió al húmedo aire.

Una espesa niebla se había posado sobre la turba. Era como si el camino se formara a medida que andaba sobre él y apenas veía un par de metros por delante de ella.

Siguió la misma ruta que había escogido cuando fue en busca de Johannes y tardó poco en llegar al sitio donde lo había encontrado. Aquel día también había niebla, pero no tan densa como ahora.

Allí lo había hallado tirado, quejándose, mirándola sin estar completamente presente. Recordaba su mirada, enturbiado por el agotamiento, por la resignación. La confusión, quizás el asombro.

Lo había visto hundirse lentamente, y había sentido que la realidad se arrugaba, se retorció, se compactaba, moría. Para luego expandirse de nuevo, como si cogiera aire. En el último momento, lo había llevado a rastras hasta la pasarela, había comprobado que seguía respirando y había salido corriendo hacia la cabaña en busca del teléfono. Después, había vuelto otra vez corriendo con la centralita de emergencias al otro lado de la línea.

Al llegar de nuevo a la pasarela, Johannes había perdido totalmente el conocimiento. Nathalie se había visto azotada por la vertiginosa y ensordecedora sensación de estar a punto de perder a alguien, alguien a quien

amaba. Una sensación de que si él no seguía con vida, ya nada importaría. De que el mundo se encogería hasta convertirse en una ventana olvidada que nadie se había preocupado por cerrar y en la que ella era la delgada cortina que se vería destripada por el viento y la lluvia, hasta que todo quedara hecho trizas y se desintegrara.

Nathalie continuó andando. La niebla se había disipado un poco. La pasarela se bifurcaba y fue hacia la derecha. Necesitaba sacar dos perforaciones con la broca para controlar la actividad bacteriana, que a su vez daba indicaciones de la velocidad de la descomposición. Necesitaba sacarse de encima la intranquilidad y centrarse en hechos tangibles.

Al cabo de unos minutos el GPS le indicó que estaba en el lugar adecuado. Dejó la bolsa, sacó la broca e introdujo la primera sección. Después la segunda, y así continuó hasta que la broca hubo penetrado la distancia suficiente en la tierra. Por último lo extrajo todo, extrajo la muestra de turba y la metió dentro de un tubo.

El siguiente punto no estaba lejos, creía recordar. Echó a andar, y estaba a punto de meter las coordenadas cuando notó algo justo al lado de la pasarela, en un trozo seco de la turbera.

Fue como si su cuerpo ya supiera de qué se trataba antes que el cerebro tuviera tiempo de asimilarlo.

No era profundo y estaba vacío, pero debía de medir unos dos metros de largo y no había ninguna duda de qué estaban viendo sus ojos.

Frente a ella, en la turbera, alguien había cavado una tumba.

—Nathalie Ström, la chica que encontró a Johannes, ha descubierto algo en la turbera —explicó Leif—. Hemos quedado con ella.

Iban otra vez sentados en el coche de camino a Mossmarken.

Leif la había llamado. Habían hallado una tumba cavada en la turba, no lejos del lugar donde habían encontrado inconsciente al chico de la escuela de arte. El policía quería echar un vistazo y quería que Maya lo acompañara. Esta no había puesto objeciones.

—Es bastante taciturna —dijo él—. No habla a menos que sea necesario. Ayer también la vi un momento. Si quieres sacarle algo tienes que ser un poco activo.

Se quedaron sentados un momento hasta que Maya preguntó:

—El agujero... ¿estaba en la turbera misma?

—Sí.

—¿Y tú qué piensas?

—No sé. Quizá que alguien pensaba enterrar su perro o algo así.

—No, eso no es lo que piensas —se opuso Maya—. Si fuera así, no irías a mirar. Y tampoco me hubieras pedido que te acompañara.

—Me dijo que medía por lo menos dos metros de largo. Así que supongo que es una tumba.

—De acuerdo, o sea que una tumba —aclaró Maya—. La turbera es un lugar interesante. A nivel histórico, quiero decir. No sé, empiezo a pensar en la Muchacha de los Arándanos y todas las demás tumbas que a lo mejor hay allí.

—Sí...

—Si a día de hoy nos pusiéramos a escarbar en la turbera, seguramente encontraríamos un poco de todo, ¿no? —preguntó Maya.

—¿Y? —Leif la miró a los ojos.

—Solo digo que a la gente podría darle por ponerse a cavar a la buena de dios. A lo mejor el agujero lo hizo alguien que estaba intentando encontrar objetos antiguos.

—No creo que debamos centrarnos en lo histórico, Maya. Vamos a ir a ver a Nathalie Ström y ese agujero. Después seguiremos investigando quién es Johannes y por qué alguien lo golpeó. Y, sobre todo, por qué había salido a la turbera a esas horas, con el tiempo que hacía.

—De acuerdo, pero que estuviera allí no nos debe extrañar tanto: hacía esa ruta corriendo día sí, día también —replicó Maya—. También he preguntado un poco por la escuela y es un estudiante de lo más normal y corriente. Está empadronado en Örebro y empezó hace poco más de un año... No tiene nada de raro.

—Ya lo sé —suspiró Leif—. Sin embargo, le dieron un buen porrazo.

Nathalie Ström estaba en el aparcamiento esperándolos. Tendría unos veinticinco o treinta años e iba vestida con ropa de auténtica excursionista.

Mientras la acompañaban hacia la turbera, ella les explicó lo que había visto por la tarde: la tumba excavada, no lejos del lugar donde encontró a Johannes.

—¿Ya habéis descubierto qué le pasó? —preguntó intranquila.

—No puedo entrar en detalles —respondió Leif—. ¿Tú tienes algo en mente?

—No sé. A mí me parece raro que se saliera del circuito de correr. No estaba adentrado cuando lo encontré, pero aun así.

—Quizá había decidido correr solo la mitad del circuito y pensó atajar por la turbera —dijo Leif—. Quieras que no, estaba bastante oscuro.

Nathalie asintió con la cabeza.

—Aunque es raro que decidiera correr por la resbaladiza pasarela cuando estaba todo mojado y con el viento que hacía, no iba a tardar mucho menos que si hubiera corrido todo el circuito.

—¿Crees que estaba haciendo alguna otra cosa? ¿Que no solo había salido a correr?

Nathalie se encogió de hombros.

—No, no sé. A lo mejor alguien lo cambió de sitio.

Leif y Maya le siguieron los pasos cuando se salió del sendero y se metió en la turbera. En silencio pasaron por el lugar donde habían encontrado a Johannes. Al cabo de unos pocos minutos, Nathalie se detuvo y miró a su alrededor.

—Era aquí... —dijo y giró sobre sí misma—. Espera un momento... Quizá fuera un poco más adentro —dijo después.

Continuaron andando. No se veía ninguna tumba, ni siquiera un pequeño hoyo, y Nathalie parecía cada vez más frustrada.

—¡Joder! Tendría que haber apuntado las coordenadas. —Miró suplicante a Maya y a Leif—. Os lo prometo, antes estaba aquí.

—Tranquila —respondió Leif—. Nos podemos separar un poco, a ver qué encontramos.

Υ

Al cabo de media hora se rindieron.

—No me imaginaba que pudiera ser tan difícil encontrarlo —dijo Nathalie.

—Se me ha ocurrido una cosa —dijo Leif—. Quizá algún vecino de los que viven cerca de la turbera haya cogido un poco de turba para hacer algo en casa. Creo que a veces las cosas se hacen así, que los granjeros de los alrededores son propietarios de un trozo de turbera cada uno. Aunque si fuera el caso, el agujero debería seguir, claro.

—¿Para cosas de casa? —preguntó Maya.

—Sí, para los animales, quiero decir.

—No es posible —replicó Nathalie—. Por una parte, actualmente es zona natural protegida, así que está prohibido excavar. Y por otra parte, nadie lo haría de esa forma. Es sagrado cavar formando planos inclinados para que los animales se puedan agarrar bien y puedan salir en caso de que caigan dentro. Ese agujero no estaba cavado así.

Leif se detuvo y se la quedó mirando con asombro.

—Hay que ver lo puesta que estás —exclamó.

Nathalie se ruborizó un poco, se dio la vuelta y echó a andar.

—Tengo que volver.

—No, perdona. No pretendía molestarte —se excusó Leif.

Nathalie se encogió de hombros.

—No pasa nada.

—Oye, hagamos una cosa —dijo Leif—. Vuelve a llamar si se te ocurre algo. No dudes, ¿vale? No es tan raro que haya pasado esto, es una zona muy extensa.

Sin mirarlos, Nathalie levantó la mano a modo de despedida y se fue.

Y

Leif y Maya se volvieron a sentar en el coche.

—Es lo que hay —dijo Leif—. A veces pasa. Volvamos a comisaría.

Maya cogió su ordenador y se lo puso en el regazo.

—Esta chica no es de aquí, ¿verdad? —preguntó.

—No. Que yo sepa. Ha alquilado la cabaña de arriba unas semanas, junto a la mansión.

A los pocos minutos de iniciar la marcha en silencio, Maya dijo:

—¿No te da mala espina?

—¿Nathalie?

—Sí.

—La verdad es que no —respondió Leif—. Aunque es a la única a la que se la ha visto en la turbera con herramientas para cavar últimamente. Por otra parte, es la que se puso en contacto con nosotros.

—Sí, es verdad. —Maya descansó la vista en la carretera.

—Pero tienes razón —admitió Leif—. Debería hablar con ella un poco más, bajo otras circunstancias. Ver qué es lo que está investigando aquí fuera y eso.

Continuaron un rato en silencio, pero con el oscuro bosque muy cerca de la carretera.

—¿Recuerdas las monedas? —dijo Maya—. Las que Johannes llevaba encima.

—Sí.

—He estado pensando en ello. ¿Por qué alguien llevaría encima un montón de monedas de diez cuando sale a correr?

—Robin corrió con una mochila llena cada día durante seis meses antes de ir a no sé qué aventura —aclaró Leif refiriéndose a su hijo pequeño.

—Sí, claro, pero ¿monedas? Tiene que haber alguna explicación especial.

—Sí, puede ser —contestó Leif.

Maya suspiró.

—Hay algo muy extraño en toda esta historia de la turbera —dijo en voz baja mirando a través de la ventanilla—. En este lugar.

Leif se echó a reír.

—Sí, es lo que se suele decir cuando sabes exactamente qué es lo que tienes delante.

—¿Te refieres al principio de una investigación?

—Por ejemplo.

Maya lo miró y volvió a coger su ordenador. Lo puso en marcha y abrió uno de los archivos.

—Pero hay otra cosa que quería enseñarte que descubrí ayer. Mira esto — dijo señalando una figura borrosa y encorvada al fondo de una de las imágenes —. Hay alguien ahí, ¿lo ves?

Leif echó un vistazo a la pantalla mientras conducía.

—Ahora no lo veo. Pero eso está fuera del cordón policial, ¿no? No está prohibido moverse por la zona.

—Tienes razón —admitió Maya buscando las siguientes imágenes. Las observó detenidamente y de pronto se dio cuenta de algo que antes no había visto.

La persona no había desaparecido de la imagen en las últimas secuencias, como creyó al principio. Él o ella simplemente se había puesto de cuclillas. Entre los arbustos.

Puede que hubiera varias explicaciones, pero en su estómago solo sentía una.

Alguien había intentado esconderse para que ella no lo viera.

Dado que Nathalie, a raíz de sus estudios, había pasado mucho tiempo tanto en el bosque como en campos abiertos, se sentía como en casa cuando estaba en la naturaleza. Pero donde otros buscaban el silencio y la tranquilidad ella encontraba satisfacción y un sentido más profundo en su conocimiento sobre el entorno. La ciencia de las diferentes especies. De entender el comportamiento y los instintos a partir de las leyes de la evolución. Toda su existencia parecía descansar sobre palabras en latín, palabras clasificatorias, procesos orgánicos complicados y otros datos científicos.

Para ella era un alivio saber que toda la vida en la tierra se dividía en tres llamados dominios: bacterias, arqueas y eucariotas, basados en comparaciones de ADN, entre otras cosas. O que las eucariotas, a su vez, se dividían en los reinos vegetal, animal y fungi, así como el protista. Dentro de cada reino se daba una división primero en el filo, después la clase, el orden, la familia, el género y la especie.

En los tiempos en que la trataba un terapeuta, este le había señalado que parecía que estuviera preocupada por llenar su cerebro con información. El terapeuta le había sugerido que o bien era un intento de eludir el vacío, en el sentido de ausencia de información, o bien lo hacía porque otro tipo de información no tenía cabida: la intangible, todo aquello que probablemente tenía que ver con su vida anterior.

Nathalie, por su parte, creía haber encontrado una buena manera de gestionar sus sentimientos, y aunque a veces a su entorno le pareciera que no funcionaba, ella no le veía ningún inconveniente.

Sin embargo, ahora estaba todo patas arriba, y empezó a preguntarse si la decisión de venir a Mossmarken no habría sido un grave error. La realidad comenzaba a escurrírsele de las manos.

¿No había habido ninguna tumba en ningún momento? Si estaba tan convencida de haberla visto, ¿por qué no la encontraba? ¿Por qué no estaba allí?

Y Johannes. No recordaba haberse topado con nadie que hubiera conseguido que desviara tanto la atención de su trabajo como él, a pesar de que Johannes no fuera consciente de ello.

Su intención era seguir trabajando en la turbera, pero su mente regresaba constantemente a la habitación 11 del hospital de Karlstad. Por la noche, cuando se acostaba, veía su mirada detrás de los párpados. Su sonrisa y su deseo genuino de ayudarla allí entre la turba.

Había pasado mucho tiempo desde que había sentido la bendición del enamoramiento.

Y la maldición.

¿Era Johannes quien la había hecho despistarse? ¿O era algo completamente distinto lo que la tenía atrapada?

¿El pasado?

Era como si en aquellos momentos solo hubiera una elección: dejar que ocurriera. De todos modos, no merecía la pena resistirse. Cuanto más se esforzaba en mantener alejado el pasado, más fuerza parecía adquirir.

Los recuerdos de aquel último verano no hacían más que manifestarse cada vez con más intensidad. Incluso los golpeteos en la cabeza. Ahora eran aún más intensos. Más ruidosos.

A lo largo de los años había buscado ayuda clínica, pero al no encontrarle ningún problema físico la habían derivado a un psiquiatra que le sugirió que estaba estresada, atosigada por algo.

—Hay quien oye voces —le dijo el psiquiatra—. Hay quien oye otras cosas. Tú oyes golpeteos. Para estos casos hay medicación que podemos probar.

Quizá fue entonces cuando decidió, por puro enfado, mantenerse lejos de los médicos y aparentar que estaba sana.

Sin embargo, ¿acaso había decidido siquiera venir hasta aquí?

No recordaba cuándo había tomado esa decisión. Ni que fuera su decisión. De pronto estaba aquí, sin más. Otra vez.

En Mossmarken.

Después de tantos años.

—Entonces, si te he entendido bien —dijo Ellen—, piensas en una exposición entera con fotografías de la turbera.

Maya estaba sentada en la sala de estar con Vanja, Ellen y Oskar. Estaban compartiendo una jarra de té de jengibre mientras miraban los bocetos de sus imágenes de Mossmarken.

—No muy grande, pero... Ya tengo una exposición planificada, pero siento que ya no me apetece tanto enseñar aquellas fotografías de Nueva York, como tenía pensado. Esto me parece más interesante, aunque tengo que trabajar de lleno para tenerlo listo a tiempo. Es fascinante, el musgo, la humedad, la niebla. Deberías venir un día.

—¿No serán las peculiaridades del lugar lo que te atrae?

Desde luego, eso también. No lo podía negar. Todo había empezado con el incidente de Johannes Ayeb. Después la tumba, que primero estaba allí y luego había desaparecido sin dejar rastro. Y la persona agazapada, como una sombra, que quedó reflejada en las fotos de la cámara y que parecía querer esconderse de ella.

Hechos incomprensibles, y lo incomprensible siempre le había llamado la atención.

—Aunque también hay otras cosas interesantes de la turbera —empezó a decir como para justificarse—. Antiguamente, allí se hacían sacrificios humanos. Y siempre se ha hablado de gente que desaparece sin dejar huella en Mossmarken. No sé si son rumores sin ningún fundamento o puras historias de

fantasmas, pero recuerdo que solíamos asustarnos unos a otros con historias de la turbera cuando era pequeña.

—A mí me parece de lo más interesante —dijo Oskar.

Maya había buscado información sobre la Muchacha de los Arándanos en Internet. De pronto cayó en la cuenta de que quizá, además de las fotos del paisaje, podría ir a los museos y sacar fotos de algunas momias encontradas en ciénagas. Quizá su proyecto sobre la turbera podría convertirse en una exposición sobre la muerte y los sueños de eternidad. Algo por ese estilo.

Recordó que tiempo atrás vio unas fotografías similares en un libro. Retratos de cuerpos embalsamados en diferentes condiciones de tumbas subterráneas, catacumbas en Italia y Francia.

La última persona que fue enterrada en las catacumbas de Palermo fue una niña llamada Rosalía Lombardo. Tenía dos años cuando, en 1920, contrajo una pulmonía que le quitó la vida. El afligido padre buscó a un catedrático, Alfredo Salafia, que embalsamó el cuerpo con una técnica especialmente afortunada. Por lo visto, la receta era una combinación de formol para matar las bacterias, glicerina para impedir la sequedad, acetil salicílico para impedir la propagación de hongos y, el ingrediente más importante, sal de zinc para que los tejidos no se hundieran. En la actualidad Rosalía seguía en su ataúd abierto, con las mejillas redondeadas y suaves y un lazo de color melocotón hecho con esmero en la parte alta de la cabeza. Era como si pudiera levantarse en cualquier momento y salir de allí.

Maya se había preguntado qué tenían los cuerpos conservados para conmoverla tanto, independientemente de si el embalsamamiento era natural, como en la turbera, o fruto de la destreza humana, como el de Rosalía. En el primer caso eran la mística que acompañaba a los hechos históricos y la fascinación por las distintas tierras lo que no se podía quitar de la cabeza. En

el segundo, quizá fuera la actuación en sí lo que la fascinaba, un gesto surgido del deseo de que nuestros seres queridos no desaparezcan.

En Estados Unidos, las distintas formas de conservar las mascotas eran una gran industria y Maya había visto una entrevista que le habían hecho al dueño de una perra que inicialmente estaba destrozado por su muerte pero que luego había recuperado a su animal de compañía. El hombre podía volver a ver a su perra tumbada en su camita como siempre hacía, con la cabeza reposada sobre las patas. Con felicidad en la voz explicaba lo viva que la veía, que casi podía verla mirar con el rabillo del ojo cuando él pasaba por su lado.

Había algo en esa desesperación, pensaba Maya, que demuestra cómo el ser humano eleva el cuerpo físico hasta una posición que no se merece y que tampoco ha pretendido adoptar nunca. Lo cual pone de manifiesto nuestra incapacidad de ver quiénes somos realmente, fuera del cuerpo que habitamos. Nuestra incapacidad de relajarnos, tanto durante la vida como ante la muerte.

Pensó en la fotografía, que era, al mismo tiempo, una melancolía por lo pasado y una manifestación del presente. Un toque con el dedo que detenía la ola del cambio. Las fotos de los lugares del crimen que, a su modo, embalsamaban a los muertos. La imagen como prueba. «Esto ha ocurrido. Esto ha existido. Este era su aspecto.» Un cuerpo en el suelo de una cocina. En el fregadero, un plato que nunca se llegó a fregar. Sobre la mesa, una cazuela muy usada con lo que había sobrado de la cena, carne guisada. Detalles que en casos normales pasaban desapercibidos.

Eran siempre los detalles habituales en el lugar de un crimen los que se filtraban dentro de Maya y le daban una sensación de mareo. Si había sido un ajuste de cuentas de los bajos fondos, no eran los billetes, la cocaína o las armas lo que la afectaba. Era el detalle de que el hombre que estaba tendido en el suelo en un charco de sangre se hubiese puesto calcetines de diferente color por la mañana. Se lo imaginaba sentado en el borde de la cama, de pie o

mirando en la cómoda, totalmente ajeno a que aquella sería la última mañana de su vida.

—Pienso llevarte conmigo la próxima vez que vaya a la turbera, tanto si quieres como si no —le dijo a Ellen.

—Yo os acompaño con mucho gusto —dijo Oskar.

—Claro que sí —dijo Maya—. Vente.

En ese mismo momento llamaron a la puerta del estudio. Oskar fue a abrir. Al cabo de unos minutos volvió con una ligera súplica en sus claros ojos azules.

—Es un periodista. Tom Söderberg. Dice que venía a devolver unos libros. ¿Los cojo o...?

—No —dijo Maya—. Ya los cojo yo. —Se levantó y continuó diciendo—: ¿Qué decís? ¿No es hora de sacar un poco de vino?

Maya le dio la bienvenida a Tom con un gran abrazo y unas palabras abrumadoras acerca de lo mucho que le había gustado el texto que había escrito. —Él le había dejado leer un primer borrador—. Los demás parecían un poco incomodados por la presencia de un periodista, pero Maya lo invitó a pasar sin reservas.

Tom tenía en los labios una sonrisa vacilante y se pasó la mano por el pelo revuelto y medio corto. Maya no sabía si era el vino, pero la carga erótica de Tom le pareció aún más fuerte que la última vez que se vieron. El cuerpo, flexible y manejable, relajado y cómodo consigo mismo. Podía imaginárselo sin ropa, con la piel muy tersa en el pecho y en las piernas.

Puso *Crosstown Traffic*, sintiendo que la energía subía en la sala. Jimi Hendrix era una fuerza natural, pensó, o un elemento propio. Estaba más allá de lo bueno o lo malo. No se podía decir que el sol fuera bueno o malo, o el agua. Era lo que era.

*You jump in front of my car when you
you know all the time that
ninety miles an hour, girl, is the speed I drive
You tell me it's alright, you don't mind a little pain
You say you just want me to take you for a drive*

—¿Por qué no mandas unos mensajes, Vanja? Sería divertido si viniera más gente —dijo Maya pasándole el brazo por los hombros a Tom y dirigiéndolo hacia la casa—. Ven, te voy a enseñar una cosa —dijo bajito, como para enfatizar que las palabras solo estaban dedicadas a él.

En realidad no vio las miradas de Oskar, pero notó que le quemaba la espalda. Era un dolor grato. Era como un buen whisky o un destilado fuerte, aumentaba la sensación del presente y la hacía intuir una noche realmente agradable.

Los SMS de Vanja dieron sus frutos. Uno tras otro fueron apareciendo y de pronto se había montado una fiesta improvisada de inauguración del nuevo estudio de Maya.

Tom conocía a alguno de los que llegaron y en cierto modo se sentía como en casa. Se manejaba bien, le pareció a Maya, daba la impresión de que no necesitaba esforzarse para estar entre artistas.

Algunos, entre ellos Oskar y Ellen, seguían hablando de los aspectos del arte de Maya y su última exposición itinerante, una serie de imágenes directas de objetos e individuos cotidianos. Una piedra, un árbol, una casa, un perro. Una persona bocabajo, un paisaje, un muro. Plasmaciones sencillas de la realidad física.

La exposición se llamaba *No Thing* y lo que Maya pretendía hacer era dar forma a cosas bajo la unidad y la eternidad. No focalizar las características

externas especiales de los motivos individuales, sino la fuerza trascendente que los unía.

—Me parece que es lo más fuerte que has hecho hasta ahora —dijo Ellen—. Como ya escribí en el prólogo del catálogo de la exposición: «Es como si una brisa hubiera soplado sobre todas las imágenes y las hubiera despojado de todo menos de la sensación de estar presente y la dignidad que los une en la profundidad».

—Yo vi esa exposición en Oslo —añadió Oskar— y estoy de acuerdo. Aún hoy pienso a menudo en aquellas fotografías. Hay algo liberador en ellas.

Maya lo miró agradecida.

—Superinteresante —exclamó Vanja—. Se puede mirar a muchos niveles.

Tom se volvió hacia Maya y le puso una mano en la espalda.

—Hay algo en cómo describes la realidad —le dijo en voz baja al oído— que me hace pensar en la añoranza. La añoranza de encontrarse realmente en las profundidades. Fusionarse.

Maya notó el calor del cuerpo de Tom. Con la presencia de los demás invitados, la carga no hacía más que intensificarse.

—La unión de los amantes —le susurró ella con los labios rozándole la oreja— quizá genera unos sentimientos tan fuertes porque es una sensación de unión final: la que se da entre nuestra naturaleza más interior y el ser eterno, cuando morimos.

Él se inclinó hacia ella.

—Me parece tentador.

—¿Cuál de las dos? —susurró ella.

—Puedo esperar con la muerte. La otra.

Tom detuvo su mirada en los ojos de Maya. Ella no respondió nada, solo se limitó a mirarlo. Aquella era la mejor fase. Cuando todo estaba por hacer, y todos los caminos estaban abiertos.

Por la mañana, cuando la peor parte de la resaca se había pasado un poco y se había despedido de Tom con la promesa de que se verían la semana siguiente, se sentó en el sofá con su ordenador y una gran taza de café negro.

Entró en la web del Museo de Historia Cultural, miró los contactos y el horario, pero evitó a propósito ver las imágenes de la Muchacha de los Arándanos.

«La primera vez quiero verla en vivo», pensó.

Nathalie había dado algunos pasos vacilantes, pero ahora estaba dispuesta a recorrer todo el camino. Tomaría el sendero a lo largo de la turbera hacia el oeste. Seguiría los postes eléctricos de vuelta al lugar donde empezó todo. Iba a seguir sus hilos en el sentido contrario. No había vuelta de hoja, en aquellos momentos era una pulsión. Ni siquiera una elección.

En la mochila llevaba comida y bebida. Si todo salía según lo planeado, estaría de vuelta en la cabaña a última hora de la tarde.

No quería ir deprisa. Quería tomarse su tiempo, por una vez en la vida. Crear un lugar, un espacio donde estar. También la asustaba, pero, de alguna extraña manera, sentía como si no estuviera sola. Era como si la acompañara una nueva forma de percepción. Una presencia que se le pegaba como una sombra. O quizá lo contrario: que la guiaba.

En la linde del bosque a un lado del camino crecían sobre todo pinos, pero también bastantes álamos, manzanos silvestres y brezo. En el suelo había manzanas medio podridas perforadas por algo que parecía tener un pico afilado. Las urracas y los cuervos con sus ruidosos quehaceres solían venir por aquí en bandadas.

Al otro lado, la turbera presentaba su amarillento panorama bajo el cielo azul grisáceo: matices que se fundían y separaban lentamente entre sí. Salpicando el paisaje, el contorno afilado de las siluetas oscuras de los pinos en la lejanía.

«Como un mar de hierba y turba.»

En este estadio, al comienzo del proceso de desarrollo, quedaba evidenciado que una turbera no dejaba de ser un lago cubierto de vegetación: los árboles aún eran pocos y el suelo cubierto de matas duras y altas y pozas de agua traidoras. Cruzar esas tierras salvajes era, por decirlo de alguna manera, un reto. Sin embargo, en la distancia el paisaje aparecía como un sueño, casi seductor.

Seguramente se había esperado que la vegetación hubiese aumentado, aunque sabía que los procesos eran especialmente lentos cuando se trataba de turba de pino de aquella clase. Parecía que no hubiese crecido ni lo más mínimo en todos estos años. Guardaba el mismo aspecto que ella recordaba de cuando venía a pasearse por aquí tan a menudo.

Un poco más adelante la turbera daba a aguas abiertas. De pequeña, una vez encontró un objeto antiguo en el fondo del lago. Por lo visto se trataba de una llamada *fibula* de la Edad del Hierro, una especie de pasador que unos siglos más tarde fueron sustituidos por los botones.

El hallazgo hizo que se empezara a interesar por la gente de aquella época. Recordaba haber tenido la sensación de algo en común con aquellas personas por el mero hecho de vivir en el mismo lugar, de haber caminado por las mismas tierras, de haber visto el sol haciendo el mismo recorrido por el cielo, de haber seguido los cambios de estación en el mismo paisaje cambiante.

Nathalie sintió una punzada en su interior, muy adentro.

Cerró los ojos y dejó que los recuerdos afloraran. Su madre biológica, Jessica... había observado el nuevo interés de Nathalie. Había tomado prestado un libro sobre un niño de la Edad del Hierro y se lo había empezado a leer. En el relato, el niño era advertido de los peligrosos humedales, que se decía eran un lugar frecuentado por distintos seres misteriosos.

«Su voz. —La voz de su madre cuando leía—. Le gustaba. Le gustaba tanto como a mí.»

El niño de la Edad del Hierro vivía en un pequeño pueblo con varias granjas, en una de las llamadas casas alargadas. En una parte de la vivienda había un gran fuego y convivían con lechones, gallinas, perros y gatos. Los animales ayudaban a mantener el calor. También animales mansos más grandes, como vacas, caballos, ovejas y cerdos, aparecían bajo el mismo techo, en la estancia contigua.

Nathalie había empezado a insistirles a sus padres en que también tuvieran cerdos en casa. O por lo menos gallinas. Al final, consiguió un periquito. Uno azul claro con el pecho blanco al que le puso de nombre *Jacke*.

—Ya somos cuatro en la familia —había dicho llena de alegría. Siempre había querido que fueran uno más. Siempre había querido tener una hermana. Una hermana mayor.

Al cabo de unos días, el pájaro le había destrozado el dedo índice de la mano derecha a picotazos. Al cabo de dos semanas, salió volando por una ventana abierta de la cocina y no lo volvieron a ver. Nathalie nunca pudo quitarse de encima la sensación de que su periquito había huido.

El relato de la gente de la Edad del Hierro acababa con que le hacían ofrendas a los dioses para obtener buenas cosechas o salir victoriosos en el campo de batalla. O para dar las gracias por lo que ya habían recibido. En la ciénaga más cercana depositaban comida, herramientas y bellos objetos.

A veces, hacían sacrificios humanos.

Estaba a punto de llegar. Al lugar donde habían vivido sus vidas juntos, ella y sus padres. Jessica, Jonas y Nathalie.

¿Existiría todavía la casa? ¿Viviría alguien en ella?

Pasó el enorme roble caído que estaba junto al camino. Su base se erguía del suelo como una pared, con raíces nudosas apuntando en todas direcciones. Se puso muy contenta la primera vez que consiguió subirse a él y sentarse en el tronco, sintió como si estuviera en la cima del mundo.

Ahora ya estaba cerca y continuó andando.

Hasta que llegó a su destino.

Las ventanas la recibieron con una mirada vacía. Algunas aún estaban enteras, otras rotas con cantos afilados.

Nunca había tenido expectativas para aquel momento, porque nunca se lo había podido imaginar. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Nunca pensó que fuera a volver hasta aquí.

La casa estaba abandonada.

Hojas por todas partes.

Sus padres siempre habían trabajado juntos mejor en otoño. Su madre podía estar con el rastrillo durante horas. Se ponía ropa grande y cómoda y cantaba «Billie Jean» y «Man in the Mirror» mientras su padre se ponía con las piernas abiertas junto al bidón con la gorra hacia atrás y se reía de ella. Con ella. Nathalie recordaba su pelo pálido y repeinado hacia atrás que le caía sobre los hombros. Recordaba que a su padre le gustaba estar allí atizando el fuego, ver cómo los montones de poda del jardín iban cayendo al fondo del barril para luego subir al cielo. Como si cada otoño trajera consigo una nueva oportunidad de algo mejor.

Y la casa. Los paneles de madera en la pared, de color azul grisáceo y recién pintados en aquellos tiempos. Recordaba el olor de la trementina al anochecer el último verano; ahora estaba todo cubierto con una película de mugre y había un tizne húmedo y sucio debajo de todas las ventanas. El

caminito de gravilla que hicieron antes de que su madre perdiera el trabajo en la peluquería y el dinero empezara a agotarse, con sus brillantes piedras rosáceas, ahora tragadas por la tierra, carcomidas, desaparecidas.

Nathalie cogió aire. Se había olvidado de respirar. Por un momento su visión se oscureció por completo y se desplomó en el suelo. Cayó de cuclillas y se vio obligada a apoyarse con una mano. Se quedó así un momento, completamente inmóvil, mientras la sangre volvía.

Mientras todo volvía.

Se levantó con las piernas temblando. Continuó avanzando, entró.

Era obvio que nadie vivía allí. Y no parecía que lo hubiese hecho nadie después de ellos. No sabía si le parecía normal o si solo le daba pena. Un fresno metía sus ramas retorcidas a través de la ventana del viejo dormitorio de Nathalie, las zarzas de la parte de delante de la casa cubrían toda la ventana de la cocina. Y en el patio —¿era posible?— estaba el viejo Volvo negro de la familia.

Se acercó con cuidado hasta el coche. Tenía una ventanilla rota. Los asientos estaban destrozados y llenos de basura y ramas. Probablemente, los gatos salvajes lo habían utilizado como cobijo contra el mal tiempo y el viento.

En su mente aparecieron retazos de recuerdos. Mamá y papá como si aún estuvieran aquí, como si aún existieran. Podía verlos moviéndose por el jardín. Radiantes y ligeros como el aire, como figuras sin peso, pero aun así aquí. Entrando y saliendo de la casa, una ventana que se abría, una puerta que se cerraba.

Pensó en su antigua vida, parecía tan ajena, pero también tan presente. En invierno con los esquíes en el techo del coche. En verano con las piernas sudadas, pegajosas, con un polo goteando en la mano camino de la playa. Todo el espacio en el asiento de atrás, la añoranza de tener una hermana a su lado.

Su padre al volante, su madre que se volvía todo el rato, controlando cómo estaba Nathalie. Su pelo claro y corto. Los ojos despiertos.

El coche seguía allí. Siempre había estado allí. Como si la estuviera esperando.

Fue al coche adonde huyó cuando pasó todo. Primero llamó a emergencias y luego salió a sentarse en el Volvo, donde más tarde la encontró la policía.

Ahora la puerta de atrás crujió y se desprendió de uno de los goznes cuando Nathalie la abrió, quedando medio colgada en el aire.

Cualquier movimiento que hacía le causaba dolor, cualquier respiración la arañaba por dentro más y más profundamente. Con cuidado, entró en el coche, apartó algunas ramas y se sentó con un ruido seco.

El zumbido en los oídos. El presente que se vaciaba de aire, el tiempo que se escurría, que intentaba coger aire. Se reclinó en el asiento, cerró los ojos y dejó que el entorno la examinara. Los gatos que la rozaban, los insectos que cruzaban por sus piernas. El viento que la olisqueaba.

Debió de quedarse dormida, porque los golpes la despertaron. Los golpes, benditos en su realidad, de manos vivas contra un sólido material del mundo físico.

Un rostro. Nathalie lo reconoció de inmediato.

—Göran —susurró.

Él tenía la mano apoyada en el techo del coche y casi tuvo que doblarse por la mitad para poder mirar dentro del habitáculo. Tenía el pelo canoso y la cara arrugada, aunque los ojos seguían siendo iguales. Afilados, cálidos. Dando la bienvenida.

—Nathalie —dijo—. Hay que joderse. Me preguntaba cuándo ibas a volver.

Momias de las ciénagas, así las llamaban: personas que durante la Edad del Hierro eran enterradas en la turbera y cuya piel, pelo, uñas, intestinos y ropa a distintos niveles se salvaban de la descomposición.

En aquellos tiempos, por lo general se incineraba a los muertos. Así que la pregunta era por qué a algunos los habían eximido de dicha norma. Una teoría frecuente era que habían sido sacrificados a los dioses para que trajeran prosperidad de distintas maneras o por lo menos mantuvieran la desgracia a distancia. Otras teorías afirmaban que era porque habían cometido algún crimen o pecado, según los valores de la época, como por ejemplo infidelidad o posiblemente homosexualidad. Sin embargo, la ciencia era deficiente y en algunos casos se basaba más en conjeturas y prejuicios que en auténtica investigación.

Lo que estaba claro era que la turbera a lo largo de todos los tiempos era un resplandor enigmático y misterioso, por lo que había sido un lugar evidente para hacer rituales y comunicarse con el mundo espiritual. Hubo un tiempo en que se consideraba que la turbera era el lugar perfecto para enterrar a los proscritos, una tierra pobre e inservible alejada tanto de la sociedad como de la conciencia de la gente, además de un sitio donde la gente en general casi nunca tenía nada que hacer.

En la Edad Media incluso un sacerdote de Alemania hablaba de los pantanosos humedales como el auténtico infierno, y por ello se había negado a enterrar a un hombre que se había ahogado en una turbera.

«Aquellos a los que la turbera se lleva están vinculados con el diablo», fue su argumento.

Después de hacer bastantes pesquisas por su propia cuenta, Maya había quedado con Samantha Olofsson, arqueóloga en el Museo de Historia Cultural de Karlstad, donde estaba la Muchacha de los Arándanos. Maya se había presentado por teléfono y le había explicado el motivo de su llamada: que era artista y estaba interesada en la turbera como lugar enigmático y, en especial, en las momias como hecho histórico.

El museo estaba cerca del agua, con un edificio de color rojo anexionado a la parte original y que guardaba un sobrio parecido a un templo. No estaba lejos de Sandgrund, aquel antiguo restaurante y sala de baile donde el artista Lars Lerin actualmente exponía su arte y el de otros.

Samantha Olofsson tenía unos sesenta años y un pelo blanco de ángel, llevaba una túnica grande y blanca y, por lo que se veía, parecía contenta de poder compartir sus conocimientos y a sí misma.

Maya se fijó en sus pendientes, un gran anillo de hilo y cuero trenzados en cada oreja. «Una vulgar variante de la artesanía sami», pensó.

Samantha notó su mirada.

—Es un hilo de estaño y piel de reno —dijo tocándose uno de los pendientes—. Trabajo manual sami. —Maya sonrió—. Empecemos, pues. Quiero hacerte una pregunta —continuó Samantha—: ¿Conoces alguna cultura en la historia de la humanidad que no haya tenido relación con el mundo de los espíritus?

—En todo caso, nuestra propia cultura —respondió Maya—. Desde hace un tiempo.

Samantha se echó a reír.

—Bueno, digamos que no ha habido nunca una cultura conocida, ninguna civilización, que haya vivido sin dicha relación en absoluto. De una manera u otra, en todas las épocas el ser humano se ha relacionado con otra dimensión. A diversos niveles, los humanos siempre nos hemos guiado por la creencia en un mundo espiritual, al cual se le ha pedido y hecho ofrendas. Es una de las cosas que las personas hemos tenido en común a lo largo de todos los tiempos. Con esta exposición, la voluntad del museo es dar ejemplos de las distintas formas de expresión que esta relación podía tomar en nuestra parte del mundo durante la Edad del Hierro.

La exposición estaba dividida en dos salas con la luz atenuada. En algunos expositores de cristal iluminados podían verse una serie de objetos que se decía que eran ofrendas: un par de bastones de avellano, algunas joyas rotas y una vasija de barro de función desconocida. Los altavoces emitían sonidos de la naturaleza y música embrujadora. En unas pantallas grandes se proyectaban dibujos de cuál podría haber sido el aspecto de la gente de la Edad del Hierro y su entorno.

La Muchacha de los Arándanos estaba expuesta en una gran vitrina en uno de los rincones más alejados de una de las salas. No era en absoluto como Maya se la había esperado. El cuerpo era un rompecabezas de partes del cuerpo negras y grises flácidamente unidas, y estaba acurrucado en una cavidad en lo que pretendía representar una parte de la turbera. Los tejidos de la cara eran prácticamente inexistentes y llevaba un traje marrón de hilo, no muy largo, parcialmente destrozado, con un cinta de piel trenzada en la cintura, así como un amuleto ovalado de oro que estaba expuesto en una vitrina anexa y que la niña había llevado alrededor del cuello.

—La aportación de Suecia a la Historia en lo que se refiere a momias de las ciénagas o turberas es bastante limitada —dijo Samantha—. En relación a los hallazgos europeos más relevantes, a la Muchacha de los Arándanos se la

puede considerar una anotación al margen. Aunque en Suecia no tiene igual, eso sí.

Las otras momias suecas eran más recientes: el Hombre de Bocksten hallado en Varberg era de la Edad Media, así que no se lo consideraba una «auténtica» momia de las turberas, pues solo se había conservado el esqueleto. Cuando bautizaron a la Muchacha de los Arándanos lo hicieron como guiño a un ejemplo así: la Muchacha de las Frambuesas y sus cinco mil años de antigüedad, encontrada mientras se explotaba la turbera en las afueras de Falköping en 1943. Las únicas partes «blandas» conservadas eran las semillas de frambuesa madura que se supuso que había sido su última comida.

—La Muchacha de los Arándanos estaba en buen estado cuando fue encontrada —dijo Samantha con entusiasmo—. Sin embargo, se tardó demasiado en tratarla como era debido. El aire corrompe este tipo de hallazgos. Pueden estar en la tierra miles de años sin verse afectados, pero aquí arriba se estropean en menos que nada. Hay que actuar con rapidez.

Atravesando el vestido y los restos de cuerpo que quedaban había un palo de roble firmemente clavado, una reconstrucción de cómo se creía que la chica había estado bajo tierra.

—Probablemente, la estaca tenía la mera función práctica de hacer que el cuerpo no flotara hasta la superficie, pero también hay teorías basadas en argumentos más supersticiosos —aclaró Samantha.

—¿Cuáles, por ejemplo? —inquirió Maya.

—Pues que la estaca era para evitar que los enterrados volvieran a andar.

—¿Tiene alguna relación con la idea de que los vampiros se pueden matar con una estaca en el corazón? —preguntó Maya.

—No, no hay nada que lo sugiera.

En un dibujo se veía a un hombre y una mujer que se ayudaban a clavar una gran estaca a través de un cuerpo muerto que estaba en una fosa.

—Estamos muy orgullosos y contentos con la Muchacha de los Arándanos —continuó Samantha—. Pero como ya he dicho, no nos podemos comparar con nuestros colegas de Dinamarca, por ejemplo. ¿Has estado en el museo de Silkeborg? Donde está el Hombre de Tollund.

Maya negó con la cabeza. Samantha volvió a suspirar mirando a la Muchacha de los Arándanos.

—Ven —dijo—. Te voy a enseñar una cosa.

Llevó a Maya hasta un pequeño despacho, bajó el estor y puso en marcha un proyector. En una pantalla en la pared de enfrente se encendió un cuadrado de luz.

Samantha le explicó entonces la historia del Hombre de Grauballe y la Mujer de Huldremose, con una voz tan repleta de pasión que casi se podía confundir con felicidad.

Le habló del Hombre de Tollund, cuya barba de pocos milímetros estaba intacta después de más de dos mil años, y de la Chica de Vindeby, de trece años, que en 1947 fue hallada en una turbera al sur de Schleswig, en Alemania. Sobre los ojos llevaba puesta una cinta de hilos de lana trenzados, tan apretada que se le había hundido tanto en el tabique nasal como en la nuca. Primero se creyó que le habían afeitado la parte izquierda de la cabeza con un cuchillo afilado, un signo de vergüenza, se pensó.

—Muchos consideraron que la habían matado por un crimen de infidelidad —susurró Samantha en la oscuridad—. Que esta criatura fue llevada a la turbera con la cabeza afeitada y una venda en los ojos y que la ahogaron allí.

Unos días después de haber desenterrado a la Chica de Vindeby se encontró también el cadáver de un hombre a tan solo unos metros de distancia. Se consideraba que el descubrimiento confirmaba la teoría de la infidelidad, dos amantes cuya historia se vio brutalmente interrumpida. Hay que añadir que en aquellos tiempos la arqueología alemana estaba impregnada de ideología nazi.

Con el jefe de las SS a la cabeza se había establecido una visión de los cadáveres de las turberas como muestra de cómo el pueblo germano, a lo largo de todos los tiempos, había hecho limpieza de los individuos socialmente anormales.

Sin embargo, las investigaciones posteriores demostraron que la chica, de hecho, era un chico y que los dos «pecadores» ni siquiera habían vivido en el mismo siglo. Quizá la venda de los ojos fuera una diadema que se hubiera deslizado hacia abajo, y el pelo «afeitado» se hubiera descompuesto.

—Pero ¿qué es exactamente lo que hace que se puedan conservar tan bien? —preguntó Maya.

—Por una parte, se debe a que una turbera es pobre en oxígeno, lo cual evita la descomposición bacteriana. Aunque también es ácida. Cuando el musgo blanco muere, segrega una sustancia que se convierte en un ácido húmico marrón que, entre otras cosas, une el calcio con el nitrógeno. —Se apartó una mecha blanca de pelo de la cara—. Cuando el calcio se saca de un cuerpo muerto las bacterias de la descomposición ya no pueden utilizarlo para su reproducción. Y por extensión, la unión con el nitrógeno lleva a que incluso la piel del cuerpo se curta en una serie de complejas reacciones químicas. A grandes rasgos —dijo respirando hondo—, se puede decir que hay tres factores básicos: la temperatura en la turbera no debe sobrepasar los cuatro grados cuando el cuerpo llega allí, entonces empieza a pudrirse de inmediato. El cuerpo tiene que estar también a una profundidad suficiente para que los animales salvajes no puedan alcanzarlo, y se tiene que cubrir de turba de inmediato.

Samantha sonrió asintiendo con la cabeza, como para consolidar la información que acababa de transmitir.

—También hay que decir que las condiciones específicas son distintas para cada zona. No hay ninguna turbera igual a otra.

—No, claro —respondió Maya—. Pero ¿por qué la Muchacha de los Arándanos es una «nota al margen», o como sea que las has llamado?

—Probablemente, porque no está ni bien conservada ni bien restaurada, aunque también hay otras explicaciones.

Entonces le contó a Maya que la mayor parte de los cuerpos fueron descubiertos después de terminar la guerra, cuando la falta de carbón y otras fuentes de energía propició un aumento de extracción de turba. A menudo se tomaban los cuerpos por víctimas de asesinatos de la época. Una vez, en Inglaterra un hombre confesó el asesinato de su mujer desaparecida cuando se lo confrontó con uno de los cuerpos desenterrados y después resultó que tenía más de dos mil años de edad.

A medida que disminuía el interés por la turba como fuente de energía y al mismo tiempo que la extracción manual pasó a ser mecánica, disminuyeron tanto los hallazgos como el interés que despertaban.

—Cuando la Muchacha de los Arándanos fue encontrada, a principios del siglo XXI, el interés por las momias de las ciénagas había caído sustancialmente. —La voz de Samantha se volvió más grave cuando miró a Maya en la oscuridad—. Sin embargo, no tiene por qué significar que no haya más cadáveres en la turbera. A lo mejor solo quiere decir que aún no han sido encontrados.

Pocas cosas habían cambiado en casa de Göran Dahlberg. Era bohemia y estaba llena de objetos, limpia y ordenada.

La sala de estar tenía el caballete del techo a la vista y las paredes estaban cubiertas de libros. En el techo susurraban, apáticos, dos ventiladores. En un rincón había un sofá y un sillón de piel oscura. Las persianas de madera en los grandes ventanales estaban medio bajadas.

—Siempre me ha gustado estar aquí —dijo Nathalie cuando se sentó en el sillón.

—A mí me gusta tenerte aquí.

Se hizo el silencio por un momento.

—Te he echado mucho de menos —dijo Göran—. Es lo que más he echado de menos.

—He pensado muchas veces en venir —mintió ella.

Göran hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Entiendo que no hayas querido poner un pie aquí.

Nathalie tenía la sensación de estar al borde de un precipicio. Como si algo la hubiera traído hasta aquí mientras dormía y hasta ahora no se hubiese despertado y visto el abismo que tenía delante.

«¿Qué estoy haciendo aquí? —pensó—. ¿Cómo voy a gestionar esto?»

—¿Has estado aquí todos estos años? —optó por decir.

—Fui yo quien compró vuestra casa. A lo mejor lo sabías.

Negó con la cabeza. Harriet le había dicho que ingresaron ochenta mil coronas en su cuenta tras la venta de la casa, pero nunca se había preocupado

por descubrir quién era el nuevo propietario.

—¿Por qué? ¿Por qué querías la casa?

—No me podía imaginar a alguien viviendo en ella. Prefería verla en ruinas. Espero que no te parezca extraño.

—No me... no me importa —logró decir—. De verdad que no me importa. He pasado página. Realmente lo he hecho. No tardé nada en hacerlo.

—Y aun así te encuentro junto al coche —dijo Göran mirándola directamente a los ojos—. ¿Cómo te encuentras?

—No sé. Supongo que hay cosas que me rondan la cabeza. Como si no las hubiera podido dejar atrás, a pesar de todo.

Era una sensación extraña estar sentada de nuevo junto a su antiguo vecino, como mujer adulta. Habría preferido sentir que todo hubiera pasado ya, que toneladas de agua hubieran corrido bajo los puentes de la infancia. Sin embargo, era casi todo lo contrario. Allí sentada en la casa de Göran se dio cuenta de que aquella agua más bien había estado congelada durante todos esos años, esperando a descongelarse, esperando que Nathalie metiera de nuevo los pies en ella.

Le explicó que se había licenciado en biología y le habló sobre la tesis doctoral que estaba escribiendo en la actualidad.

—Humedales —exclamó con una sonrisa—. Interesante elección de tema para alguien que procede de estas tierras.

Sonrió insegura; no tenía del todo claro si entendía lo que Göran quería decir, pero le habló de la cabaña que alquilaba junto a la mansión de Mossmarken.

En alguna parte sintió que la pregunta pendía invisible sobre ellos. Ninguno de los dos quería acercarse a ella, porque ambos intuían lo que eso implicaría.

—Él no es el primero —dijo Göran al fin.

—¿Quién?

—Sabes a quién me refiero. Al que le salvaste la vida.

—¿Cómo lo sabes?

—Hablo con la gente, Nathalie. Y leo los periódicos. Saco alguna que otra conclusión. Él no es el primero —repitió en tono serio—. Tú también lo sabes.

Nathalie lo miró.

—Tuvo suerte —dijo Göran—. Lo encontraste. Pero son muchos los que han desaparecido aquí desde que tú te fuiste. —Miró por la ventana, se quedó callado un instante y luego continuó—: Más de lo normal, a decir verdad.

Justo cuando Maya se sentó en el coche para irse del museo su teléfono tintineó. Era un SMS de Tom. Le daba las gracias por el día anterior y citaba al teórico del arte John Berger.

«Nunca se ha establecido la relación entre lo que vemos y lo que sabemos. Todas las tardes *vemos* ponerse el sol. *Sabemos* que la tierra gira alrededor de él. Sin embargo, el conocimiento, la explicación, nunca se adecua completamente a la visión.

Ser deseado es quizá lo más cerca que alguien puede estar de sentirse inmortal en esta vida.»³

Hizo desaparecer el mensaje y pensó que debía recordar contestarle más tarde, cuando no se sintiera tan cansada.

Se habían visto unas cuantas noches bajo los mismos parámetros. Él iba a su casa sobre las seis de la tarde, aparcaba el coche y paseaban hasta El Matadero, un restaurante que estaba a las afueras de la fábrica.

El local solo contaba con cinco mesas y estaba ubicado en un hotel recién restaurado que antes había sido un matadero, de ahí el nombre. El estilo funcional del edificio se podía apreciar en todos los detalles de la decoración, y en el menú solo había un plato, vegetariano, como para exorcizar la historia del lugar.

Se saciaban de comida y se emborrachaba, se sumían en alguna discusión metafísica, paseaban de vuelta hasta su casa. Todas las veces él se había quedado a dormir. Había sido agradable, sin duda, pero un matiz invisible de

esperanza había empezado a posarse sobre ellos. Los encuentros sexuales eran cada vez más tensos y menos inspiradores.

A ella no le gustaba que él se esforzara por evitar que pasara lo que estaba pasando. Aunque hiciera mil maniobras para que la relación no perdiera su carga, lo único que hacía era empeorarla. Se volvió adulator y su agudeza intelectual perdió rigor; se convirtió en un cebo sobremasticado que, desesperadamente, se lanzaba una y otra vez con la intención de retenerla, impedir que Maya se fuera nadando a otras aguas.

El día anterior la conversación había girado en torno a la crítica que hizo Schopenhauer sobre el idealismo trascendental de Kant. Ella no recordaba si habían llegado a algo importante, pero a la hora de la cena todavía estaba de buen humor: un gran plato de hojas de cogollo rojo rellenos de queso de cabra, divinamente acompañado de espinacas aliñadas y nueces troceadas. De postre sirvieron un granizado de grosella negra y después un coñac añejo de Francia que el dueño había comprado personalmente en una visita a aquel país el verano anterior.

Conducía hacia casa con el pensamiento en otro lugar. En la radio sonaba «Für Alina», de Arvo Pärt. Primero surgía el golpe sordo del inicio, después dos minutos de tonos compuestos con la máxima perfección. Lo más importante era el silencio entre los tonos: el espacio entre las moléculas musicales, el vacío cargado.

La música de Pärt representaba aquello que originaba toda forma de arte inteligente: la presencia queda. La existencia intemporal. El espacio en el interior de cada persona, lo que se reconocía a sí mismo en el silencio entre los tonos de las composiciones de Pärt.

Pensó en ello como en «nada».

Lo que no «era» nada, no en lo que no era «nada». Un vacío despierto que podía compararse a la expansión más que a la soledad. Que lo era todo. Y

nada. A la vez. Una única fuerza vital de espacio que se expresaba a través de constantes y variables formas en el mundo físico y que, aparentemente, tenían humor y predilección por la variedad. A pesar de todo, había trescientas cincuenta mil clases distintas de escarabajos. Algunos de ellos hacían rodar bolas de excremento con las patas traseras mientras avanzaban, otros tenían grandes cuernos en mitad de la frente o antenas que parecían abanicos.

Es decir, aquellas expresiones físicas, como ella lo veía, solo eran la capa más exterior de la realidad, un velo cambiante de aparente variedad que escondía la unidad fundamental de la realidad. En el hinduismo místico ese velo se llamaba «*maya*» y de ahí escogió el nombre artístico que pronto sustituyó a su auténtico nombre, Magdalena.

Pensó en las formas físicas que acababa de presenciar en el museo. Los habitantes de la turbera, que habían estado allí por los siglos de los siglos mientras el tiempo cambiaba por encima de ellos. Que ahora aparecían en estantes aislados, como vidas vacías que se protegían de lo perecedero. Quedaba claro que no era eso lo que el ser humano era en el fondo.

Así lo sentía cada vez que veía un cuerpo muerto. Y cada vez que se encontraba con familiares desesperados quería gritarles: «Esperad, ¿no lo entendéis?, ¡solo es el cuerpo el que está muerto!». Al mismo tiempo el esmero con que se cuidaba ese cuerpo, ese soplo de eternidad, tan sagrado como todas las demás formas de nuestro alrededor que ascienden y caen, se encienden y se apagan.

«Si supiéramos cómo brillamos.»

Υ

Cuando llegó a casa estaba a punto de anochecer. Salió del coche y atravesó sin prisa el jardín. Los dos castaños habían dejado caer sus grandes hojas en

apenas unos días y habían creado un enorme manto amarillo dorado. Se quedó mirando la tierra un rato, reflexionando en si debía dejar las hojas pudriéndose donde estaban o pedir a alguien que las recogiera. La casa y el jardín eran una nueva experiencia para ella. Había muchas cosas para las cuales no estaba preparada.

Se sentó en un largo y gastado banco que había junto a una de las esquinas de la casa, pensando en todos los trabajadores que debían de haberse sentado allí a lo largo de los años, quizá haciendo una pausa al sol antes de volver a entrar en el taller. Le daba vueltas al anillo que llevaba en uno de los dedos corazón, una y otra vez, una y otra vez. Se lo había regalado un amigo hacía muchos años, una delgada serpiente de plata que se enrollaba alrededor del dedo y se estiraba hacia el nudillo.

«La serpiente te ha mordido, Maya. Nunca más serás la misma. Ahora serás quien eres, la que siempre has sido.»

Sintió cómo se abría por dentro y su cerebro se relajaba, las impresiones del día la recorrieron, las historias de tierras blandas y golpes fuertes; casi podía oír el sonido propagándose, sin saber por qué ni de dónde venía, qué le quería decir. Solo oía el golpe en el cuerpo.

Pum, pum, pum.

Al instante siguiente se dio cuenta de algo con la misma evidencia con la que se ve el sol en un claro en el bosque.

«La estaca.»

Cuando estuvo en la turbera sacando fotos, había tropezado con algo que sobresalía de la tierra y había caído de bruces en el humedal. No era exactamente una rama ni una raíz, sino algo más grueso.

«Más bien como una estaca.»

El pensamiento había tardado horas en subir a la superficie, y ahora que lo tenía allí le fallaba la paciencia.

De hecho, nunca había tenido ese tipo de paciencia. Necesitaba respuestas ya mismo.

«La Muchacha de los Arándanos fue empalada, más de dos mil años atrás.»

Se levantó y entró en el garaje. «¿Habría alguna herramienta por aquí?» Se dio cuenta de que ni siquiera había mirado lo que le habían dejado los antiguos propietarios, solo recordaba que había unos cuantos trastos más adentro.

En el rincón había algunos rastrillos, una horca, un hacha, y... allí. Una pala. La cogió y se dio prisa en volver de nuevo al coche.

Un rato más tarde giró en el aparcamiento junto a la turbera.

Sus ojos se movían bajo los delgados párpados y Nathalie vio que el labio inferior se le movía levemente. Había estado junto a él hacía más de dos horas.

La madre de Johannes había hecho un horario para que algún conocido de Johannes estuviera a su lado la mayor parte del día y de la noche. Algunos amigos de la escuela también habían colaborado.

La mujer parecía intranquila y a la vez aliviada al explicarle a Nathalie que no tendrían que operar. Los médicos habían dicho que solo era cuestión de esperar a que la inflamación bajara y que Johannes después despertaría, esperaban que sin sufrir secuelas permanentes.

Mientras tanto, los médicos no podían hacer más que dar apoyo a las distintas funciones del cuerpo: regulación de temperatura, niveles de sal, niveles de agua, funciones renales y pulmonares y circulación sanguínea. Cuidar de que los órganos tuvieran lo que necesitaban, oxigenar la sangre y que el dióxido de carbono fuera aireado.

La rutina de Nathalie era estar en la habitación número 11 de Cuidados Intensivos del hospital de Karlstad tres horas, tres días a la semana.

Los primeros días se quedaba sentada en silencio en una silla junto a la cama. Allí quieta, mirándole la cara a Johannes. Se levantaba, se acercaba a la ventana. Miraba al aparcamiento. Se volvía a sentar. De vez en cuando entraba alguna enfermera para cambiar el gota a gota o para leer alguno de los valores, a veces entre las dos le daban la vuelta. Se movían como seres silenciosos por

la habitación, sin exigir ningún tipo de atención, como si santificaran la integridad de las visitas y del paciente.

Al cabo de unos días el silencio se había roto. Nathalie ya no podía más.

—No nos dio tiempo de conocernos demasiado —susurró ella como si fuera un inicio de conversación—, pero me gusta mucho tu compañía.

Solo se oía el ruido de los aparatos junto a la cama.

—Son pocas las personas por las que he sentido esto antes.

Tragó saliva.

—Casi nadie —puntualizó.

Después, como no sabía qué más decir, se puso a contar lo que había ocurrido. Por qué Johannes estaba allí, en una habitación del hospital de Karlstad. Cómo lo había sacado de los humedales. La tumba que había visto, y que después había desaparecido.

—La policía no entiende nada... —Suspiró—. Me encontré con un antiguo conocido, un hombre de por aquí. Me dijo que yo te había salvado de...

Cerró los ojos y se hundió en la silla.

—Ay, Johannes, no sabes —suspiró profundamente—. Me dijo que hay gente que ha desaparecido en la turbera a lo largo de los años. Y que tú también...

Lo miró: su cara, su frente, su pálida piel.

—Tus amigos —optó luego por decir— han empezado a hacer planes para la fiesta que van a dar cuando vuelvas. Aunque igual ya lo has oído. Pasan por aquí casi cada día.

Después le habló de cómo se iba desarrollando su trabajo y también de las últimas mediciones. Al mismo tiempo pensaba en el interés que él había mostrado por su investigación, o por lo menos le parecía creer que así había sido. Era lo que sentía.

—¿Te dije que se puede saber la edad de los distintos niveles de los humedales analizando las simientes? Una vez encontré semillas de la Edad de Piedra. La cuestión es que se puede calcular la edad también de lo que está enterrado en la turbera identificando partículas de polen de la misma capa de turba. Si se puede determinar la vegetación también se puede saber el periodo climático de lo extraído y, con ello, el momento. Aunque el método del carbono 14, claro está, es un poco más exacto.

Calló de nuevo.

«¿Por qué te explico todo esto? Tú, que estuviste a punto de perder la vida allí fuera y que todavía sigues luchando por volver.»

Se inclinó hacia delante y bajó la voz hasta convertirse en un susurro.

—Johannes, nunca te he dicho nada, pero yo me crie en Mossmarken. Viví en una casa junto a la turbera hasta los doce años. Quería explicarte cómo era aquello, cómo era realmente. Quería que supieras lo que realmente ocurre allí fuera.

Maya paró el coche y se bajó. No había ningún otro vehículo en el aparcamiento y todo estaba quieto y en silencio. Se puso una linterna frontal, fue a buscar la pala al portaequipajes y echó a andar hacia el bosque.

Tomó el mismo camino que la última vez, bajó hasta el circuito, entró en la turbera y pasó por el lugar donde habían encontrado al estudiante de arte. Los bancos de niebla se mecían alrededor de sus pies, como difusos reflejos.

La cegaba la pasión, en el fondo lo sabía. No debería estar allí fuera sola, por la noche, después de lo que había ocurrido. Pero no podía evitarlo.

Quería ver si podía volver a encontrar aquello con lo que había tropezado. Cuando ocurrió, pensó que había sido una rama o quizás una raíz, pero ahora tenía una firme sensación de que se había equivocado, de que podía ser otra cosa. Se puso a buscar el pequeño pino que parecía un bonsái: bajito, nudoso y de copa completamente plana. Lo había visto perfectamente cuando se cayó, mientras estaba tumbada en el humedal maldiciéndose a sí misma por haber sido tan descuidada.

A la luz de la luna la zona parecía muy distinta. Las sombras de la noche eran diferentes a las del día, naturalmente. Cambiaban las proporciones, las distorsionaban.

Se bajó de la pasarela y echó a andar por la turbera. De lejos, la tierra poblada por plantas crecidas parecía que fuera blanda y bella, ondulada; pero a la que ponías un pie en ella la sensación era otra. Tenías que mantener el equilibrio mientras andabas dando grandes zancadas, levantando mucho las piernas entre las sólidas matas de medio metro de alto para no meterte de

lleno en el agua que había entre ellas. Se quedó sin aliento al cabo de medio minuto. Las matas se giraban y se retorcían bajo sus pies, como si se quisieran apartar, como si no desearan ser pisadas bajo ningún concepto.

Recuperó el aliento por un momento; le volvieron las fuerzas y siguió adelante como buenamente pudo hacia una zona más alejada, donde vio que había más árboles y el suelo parecía más firme. Allí se puso en cuclillas para respirar. «Este sitio no tiene nada de especial —se dijo a sí misma—. Solo es una turbera normal y corriente.»

Sin embargo, en su cabeza resonaban las palabras que había leído hacía poco. Sobre cómo la turbera a lo largo de siglos había sido considerada un lugar animado, muy difícil de describir y categorizar. Un lugar encharcado, estéril y fuera del control de las personas. Donde fuerzas escondidas regían y seducían: cogían lo que necesitaban y daban lo que querían.

Un lugar fronterizo entre la tierra y el agua, entre lo seco y lo mojado, blando y firme. «Entre la vida y la muerte.»

El graznido de un pájaro rompió el silencio. Maya cerró los ojos y recuperó el aliento.

Cuando volvió a alzar la mirada vio el pino. El pino nudoso, con la copa plana. Estaba justo delante de ella, a unos quince metros de distancia. Intentó sacudirse de encima el desagrado que había sentido hacía un momento y siguió hacia delante iluminando con el frontal la zona a su alrededor. Nada raro.

«Estoy dramatizando», llegó a pensar, pero al instante siguiente lo descubrió. Tenía razón.

No había tropezado ni con una rama ni con una raíz. Más bien parecía, precisamente, una estaca, un trozo de madera grande y con forma cilíndrica de unos pocos centímetros de diámetro y que sobresalía de la tierra.

Se puso a recapacitar paseando la mirada por el desolador paisaje.

La luz del frontal era blanca como el hielo y a Maya le pareció oír sonidos procedentes de todas partes. Se sintió pequeña de una manera a la que no estaba acostumbrada, expuesta, observada y rodeada de oscuridad. Poco a poco, empezó a notar que el miedo se le deslizaba por la piel, por debajo de ella, con pasos pequeños y ligeros. Después comenzó a clavarle las garras. Despacio, duras. Maya rugió por dentro. «Joder, si he llegado hasta aquí, ahora no voy a...»

Se puso unos guantes, agarró la estaca e intentó sacarla. Cuando vio que no podía, empezó a arrancar las plantas de alrededor. Quitó hierba, ramas y turba y después cogió la pala y se puso a cavar, dura e impetuosamente. El tiempo parecía disiparse y ella lo pasó por alto, dejó que desapareciera. Cuando este regresó, Maya había hecho un agujero de más de medio metro alrededor de la estaca tanto de diámetro como de profundidad.

Entonces la pala topó con algo. Con cuidado, Maya se puso a retirar la tierra con las manos y acto seguido se vio repelida como si hubiera recibido una fuerte descarga. Allí abajo había algo. «Hay algo...»

Se inclinó hacia delante para ver lo que había notado, algo frío y tieso y delgado, como...

Como dedos.

«Uno, dos, tres, cuatro.»

Asomando de la tierra vio la mano de una persona.

Cuando Nathalie era niña tenía dos pistas sobre quién era Göran Dahlberg. De una parte, su madre le había contado que era «profesor u otra cosa bonita»; de otra parte, ella misma había visto a través de la ventana de la sala de estar que tenía murciélagos disecados. Aquello hacía que se lo imaginara como una mezcla de conde Drácula y Profesor Baltasar.

Sin embargo, un día lluvioso se encontraron de verdad, cuando Nathalie tenía ocho años. Sus padres se habían peleado, su padre había dado un portazo y se había ido con el coche casi al mismo tiempo que su madre se ponía la chaqueta para irse al bosque. Ninguno de los dos se dio cuenta de que Nathalie se quedaba sola.

Se había sentado en la escalera del porche de la casa a quitarle la corteza a una rama cuando Göran fue a preguntarle si quería entrar en su casa. No dijo «pobre niña», ni siquiera «¿cómo estás, pequeña?». Solo le preguntó si quería entrar a tomar un té mientras esperaba. Nunca antes había probado el té, fue su primera vez.

Poco a poco olvidó que había creído que Göran era un hombre raro y cuando llegó el verano iba a su casa sin parar, con pájaros heridos y lombrices en tarros de cristal. Él la trataba como a cualquiera y hablaba con ella como si fuera adulta. Ella se daba cuenta de que era diferente, de que no era como su madre y su padre u otros adultos, pero era bueno. A veces se quedaba callado en medio de una conversación y parecía que estaba pensando en algo. A ella le gustaba. En la rareza de Göran, Nathalie se sentía libre de ser quien era.

Entonces llegó el día, cuando acababa de empezar tercero y su madre, por primera vez, mencionó el interés de Göran por los fantasmas. Una turista alemana de mediana edad había desaparecido durante las vacaciones en Tösse, junto al lago Vänern. Había indicaciones de que el mismo día había visitado Mossmarken y por ese motivo la policía estaba visitando las casas de la zona. La madre de Nathalie acababa de hablar con un inspector de policía y fue a sentarse en el jardín junto con una amiga para fumarse un cigarrillo.

—La siguiente casa que van a visitar es la de Göran —dijo—. Ahora es cuando se van a enterar de que a la turista alemana la han cogido los fantasmas.

—¿Los fantasmas? —preguntó Nathalie y su madre vio que la amiga la miraba.

—Sí, eso es. Nuestro querido vecino cree en los fantasmas. —Dejó salir el humo haciendo anillos y volviéndose hacia su amiga—. Dice que los fantasmas también cogieron a su esposa. Cree que por eso desapareció. —Apagó el cigarrillo y continuó—. Si quieres saber mi opinión, seguramente está en un bar en un agradable país cálido tomando copas con un hombre que no ha dejado su carrera universitaria para ponerse a cazar fantasmas.

La amiga se echó a reír.

Aquella misma tarde Nathalie fue a casa de Göran, que estaba trabajando en su escritorio. De espaldas a ella.

—¿Crees en los fantasmas? —le preguntó.

Él se quedó quieto y levantó la vista. No dijo nada.

—Mi madre dice que crees en los fantasmas. ¿Es verdad? ¿Los fantasmas existen?

Entonces se volvió, se quitó las gafas y la observó durante bastante tiempo. Después volvió a girar la silla y continuó escribiendo.

—No, Nathalie. No existen —respondió.

—Mi madre dice que tú dices que hay fantasmas.

De nuevo un momento de silencio.

—Pero los fantasmas no existen, Nathalie. Eso es lo que les pasa a los fantasmas —dijo—. Que no existen. La pregunta en sí es una contradicción.

—¿Una qué? No hables raro. ¿Por qué no me has dicho nunca que has visto fantasmas? ¿Son peligrosos? ¿Qué pinta tiene un fantasma?

Se volvió de nuevo. Después cogió papel y lápiz del escritorio y pintó un fantasma volando con sábana y cadenas.

—¿Así, quizás?

—¿Has visto tú fantasmas de esos? —Aparentemente, Nathalie estaba desilusionada—. Te lo estás inventando. Di la verdad.

Se puso de cuclillas delante de ella y la miró a los ojos.

—¿De verdad quieres saberlo?

Ella asintió vigorosamente con la cabeza.

Durante unos segundos que duraron una eternidad pareció que el aire en el despacho de Göran se tornara eléctrico. Fue como si Nathalie estuviera a punto de descubrir algo importante: la verdad sobre el mundo de los fantasmas.

Sin embargo, Göran apartó la mirada, como si la descuidara de golpe, y se dio de nuevo la vuelta hacia el escritorio.

Y después, nada más.

Ella se quedó mirando su larga y muda espalda, pero comprendió que la conversación había terminado.

Después de aquel día, comprendió también que no ganaba nada intentando conseguir respuestas directas de Göran, por lo menos no en lo que se refería a los fantasmas. Se vio obligada a aceptar que sus palabras no serían nunca más que superficiales y difíciles de entender, como los fantasmas de los que hablaba, o no hablaba.

Debió de pasar más de un año antes de que el mismo Göran tomara la iniciativa de mencionar algo que hiciera referencia al tema. Fue el día que se adentraron solos en la turbera. Ella no podía ir sola, pero sí si Göran la acompañaba.

—Quería contarte una cosa —le dijo cuando se sentaron a tomar café y chocolate caliente de sus respectivos termos—. Has mostrado interés por los... fantasmas y esas cosas.

«Por fin», pensó ella, asintiendo en silencio con la cabeza.

—Este lugar, donde vivimos tú y yo... —empezó diciendo Göran—, es... ¿cómo decirlo? Se deberían saber ciertas cosas. —Sacó un libro de su bolsa—. Quiero que te lo quedes, y que leas por lo menos el quinto capítulo. Pero quizás no se lo deberías enseñar a nadie. De todas formas, tampoco van a creer lo que pone.

La observó con una mirada seria.

—Pero prométeme que tú lo harás, que lo leerás.

Leif Berggren no tardó ni dos horas en presentarse en Mossmarken junto con un compañero, un médico forense y dos técnicos. Maya acababa de volver al lugar de los hechos. Había ido a dar una vuelta con el coche a toda velocidad mientras esperaba a los demás. Se había parado en un quiosco de comida rápida y había pedido una ración de puré de patata que apenas había tocado, solo para poder estar sentada bajo las lámparas del pequeño local.

—Dime, ¿por qué has venido aquí? —preguntó Leif con una voz que denotaba intranquilidad y cierto grado de irritación. Maya se percató de que a su amigo no le gustaba que hubiera venido sola, pero también de que él no quería discutirlo en este momento.

Así que se lo contó. Le dijo que había ido al Museo de Historia Cultural y que le habían explicado que en tiempos pasados empalaban a las personas que eran sacrificadas. Y que así se había dado cuenta de qué era aquello con lo que había tropezado en la turbera.

—¿Empalados, dices? —dijo Leif observándola con ojos entornados.

Ella asintió.

—Es una manera de anclar el cuerpo a la tierra, pero por lo visto también un truco habitual para detener a los espectros —dijo con una sonrisa cansada, para suavizar el extraño contenido de sus palabras—. No me preguntes si funciona.

—Las cosas que uno puede llegar a escuchar —respondió Leif—. Tendrás que ir mañana a comisaría para darnos más detalles. —Echó un vistazo a la zona alrededor de la estaca, que ahora estaba medio escondida bajo una carpa

protectora—. Habrá que ver si ahora también es un cadáver de la Edad del Hierro lo que tenemos aquí. He hablado con una arqueóloga del museo, me ha dicho que vendrá en cuanto pueda.

«Samantha», pensó Maya.

El médico forense que había estado inclinado sobre el cuerpo, cada vez más desenterrado, oyó lo que había dicho Leif y se incorporó.

—Ya le puedes decir a esa arqueóloga que no hace falta que venga. —Pausa—. Y también tendrías que ponerte un poco al día en materia de las supersticiones actuales —continuó—. Esta persona lleva puesta una chaqueta de piel de la marca Kappahl.

Una bandada de pájaros salió volando de un árbol. Maya vio como a Leif le cambiaba el color de la cara.

—Vaya, vaya —susurró—. Vaya, vaya.

En ese momento, uno de los técnicos sacó algo del bolsillo de la chaqueta de piel. Leif se acercó un paso.

—¿Qué es eso?

Un viento fuerte y húmedo sacudió la carpa cuando el técnico se quitó la mascarilla, levantó su hallazgo y lo sopesó en la mano.

—Una bolsa con monedas de diez. Seguramente, casi medio kilo.

El libro que Göran le había dado a Nathalie se llamaba *Las turberas de ofrendas de ayer y de hoy* y describía, entre otras cosas, cómo la gente de la Edad del Hierro enterraba sus regalos a los dioses en turberas. Según el libro, los rituales se continuaron celebrando en muchas regiones hasta bien entrado el cristianismo. Lo que la gente de entonces probablemente no sabía era que, dado que los cuerpos no se descomponían, los enterrados nunca hallaban la paz. Se decía que vivían en una eterna búsqueda de nuevas víctimas, lo cual podía explicar por qué la gente de pronto desaparecía sin dejar rastro, hasta bien entrados los tiempos modernos.

Por ello, las turberas de ofrendas se consideraban peligrosas y sagradas al mismo tiempo. Un lugar que temer y donde orar.

Nathalie se había aprendido de memoria las palabras del quinto capítulo. Las podía recitar con la misma seguridad con la que había aprendido recitar las vocales o los ríos de la provincia de Halland.

Cuando se desea una víctima, el tiempo se encoleriza.

Cuando la víctima es elegida, la cólera se sosiega.

Una tarde, una semana después de que Göran le diera el libro, entró en su casa y fue hasta la cocina. En el fuego había patatas cociéndose; el vapor ascendía de la olla y salía por la ventana abierta. Göran estaba sentado en una silla junto a la mesa de la cocina y le pidió a Nathalie que se sentara.

—Como quizá ya has podido entender —dijo—, hay motivos para creer que Mossmarken es, justamente, una de esas turberas de ofrendas, donde... las

almas en pena tienen hambre de nuevos sacrificios.

Al principio Nathalie se quedó sin palabras.

—¿Por qué? —susurró luego con la voz rota—. ¿Por qué lo crees?

—Aquí ha desaparecido gente sin dejar rastro —dijo él con una especie de solemne gravedad—. En todas las épocas.

Le habló de un viejo campesino, allá por el año 1800, que nunca volvió de la cosecha de otoño. Y otras historias más recientes, turistas que desaparecieron tras una visita justo a esta zona.

Nathalie le quería preguntar acerca de su propia mujer, pero no se atrevió, temerosa de cuál pudiera ser la reacción de Göran.

—La alemana en Tösse —dijo Göran mirándola mucho rato.

Según el libro, era importante estar atento a si un temporal amainaba de golpe. Podía significar que las almas en pena habían designado a la víctima, en cuyo caso había que buscar cobijo en un lugar seguro. Sobre todo, no había que estar en una turbera de ofrendas.

El libro estaba escrito con sorprendente claridad. Como si no tuviera absolutamente ninguna duda de que el mundo estaba creado de esa forma, o por lo menos de que las turberas de ofrendas lo estaban.

Según Göran, la gente de aquella zona había vivido con ese conocimiento durante siglos. Había pasado de generación en generación y se contaban historias sobre cómo los lugareños habían intentado aplacar a las almas en pena. Tenerlos satisfechos. Naturalmente, de eso no hablaba nadie de buenas a primeras. Porque de lo que se trataba era de sacrificar a otros. A menudo, visitantes desconocidos. Por ejemplo, se decía que los lugareños, juntos, le habían quitado la vida a un entregado recaudador de impuestos y que lo habían enterrado en la turbera.

De niña, Nathalie valoraba el libro mucho más que todos sus juguetes juntos. Por las noches se escondía debajo del edredón para leer con la linterna y escondía el libro en cuanto sus padres entraban. Solo se lo había explicado a su amiga Julia.

Julia vivía con su familia al otro lado de la turbera. Nathalie y ella iban a la misma clase y jugaban juntas a balonmano. Precisamente fue con Julia con quien por primera vez tuvo una experiencia extraña en la turbera. Una singular presencia, de alguna... otra cosa.

Ocurrió una tarde cuando iban a sexto y quedaron en la cabaña que habían construido en la turbera. Una cabaña que sus padres desconocían, porque nunca las habrían dejado ir.

Aquel día, un sábado, se sentaron en silencio entre los árboles a comer unas salchichas asadas frías y tomar leche con chocolate.

Después de la merienda se reclinaron en sendos pinos y Nathalie se quedó dormida.

Cuando se despertó, un fuerte viento le azotaba la cara, y al principio no se dio cuenta de dónde se encontraba. Cuando se volvió a mirar, Julia ya no estaba.

Nathalie miró el paisaje y tuvo la sensación de... sí, por aquel entonces no podía ponerle palabras, pero fue como si ella misma se hubiera diluido y se hubiera fusionado con el entorno. Sintió una fuerza que la llenaba, una fuerza que no era del todo buena.

Y ocurrió como estaba descrito en el libro, que el viento amainó igual de rápido que como se había levantado. En ese momento vio a Julia un poco más allá, alejándose por la turbera. La llamaba una y otra vez, pero Julia no parecía oírla: se limitaba a seguir andando hacia una zona que estaba demasiado encharcada como para poder cruzarla a pie.

—¡Julia! —gritó—. ¡Para!

Nathalie salió corriendo a buscarla, la cogió del brazo y tiró de ella con todas sus fuerzas.

—¡Despierta!

Julia parpadeó.

—¿Despierta? —murmuró—. ¿Qué quieres decir?

—No puedes ir allí. Era... como si estuvieras dormida.

—Habré estado... no sé lo que ha pasado —dijo Julia.

Fue justo al principio de aquel verano en que todo cambió.

El último verano.

Cuando tenía doce años.

Una semana más tarde encontraron a la Muchacha de los Arándanos en la turbera.

La Explotación de Turba Larsson había vivido su edad de oro en la década de 1960, pero aún en el nuevo siglo XXI empleaba a unos veinticinco hombres durante el corto e intenso período de cosecha.

Un joven trabajador de la ciudad había encontrado aquel cuerpo antiguo, había llamado al padre de Julia y lo habían empezado a desenterrar juntos. Llamaron a la policía, aparecieron los arqueólogos y luego todo comenzó a rodar.

Resultó ser un cuerpo de la Edad del Hierro. Después los investigadores sugerirían que había sido víctima de un sacrificio a los dioses de la fecundidad con la esperanza de una buena cosecha. También encontraron bastones de avellano y vasijas de arcilla en las inmediaciones.

Nathalie sintió cierto orgullo. Göran tenía razón. La gente realmente había sido sacrificada aquí en algún momento de la historia.

Fue un poco más tarde, hacia finales de verano, cuando ocurrieron las tragedias.

Primero una, luego la otra.

Hasta que todo se acabó.

Leif y Maya estaban sumidos en sus cavilaciones en el restaurante de la comisaría. Desde la cocina se oían ruidos de loza y cazuelas y al otro lado de los cristales helados se veían sombras difusas de la gente que pasaba por la acera.

El cadáver de la turbera era un hombre, Stefan Wiik, cuarenta y ocho años, de Brålanda. Había desaparecido la noche del 15 de marzo de 2015, tras visitar a su compañera, que vivía a unos pocos centenares de metros de distancia.

Encontrar un cuerpo enterrado en la turbera ya era bastante extraño en sí, pero que el cuerpo fuera actual y que además estuviera empalado le había dado al caso otra dimensión. Por si fuera poco, en la ropa de Stefan Wiik se habían encontrado también monedas de diez coronas en una bolsa de tela idéntica a la que se le había encontrado a Johannes.

«Otra vez monedas de diez.»

En otras palabras, Johannes Ayeb y Stefan Wiik no eran dos casos aislados. A pesar de que hubieran pasado cuatro años entre el crimen y la agresión, probablemente era el mismo o los mismos autores.

Seguramente la bióloga que vivía en la cabaña junto a la mansión era la que había impedido que Johannes corriera la misma suerte que Stefan. El agujero que creía haber visto probablemente era la tumba de Johannes, pero alguien tuvo tiempo de llenarlo de nuevo.

Leif parecía afectado.

—Hemos pedido a los de Trollhättan que busquen quién era Stefan Wiik. Lo único que se me ocurre es que se trate de un ajuste de cuentas de los bajos fondos; en ninguna otra parte existe este tipo de brutalidad. Aunque la cuestión es, ¿qué tiene que ver Johannes con todo esto? ¿Drogas? ¿Hay mucha droga en la escuela?

—No, que yo sepa —respondió Maya—. Y como ya he dicho, Johannes parece ser un estudiante normal y corriente. Deberías hablar con aquella chica, Nathalie. He oído que ella también va al hospital a vigilarlo.

—Sí, creo que me toca tener unas palabras con ella —admitió Leif rascándose la nuca—. Y todas esas monedas de diez... —continuó en voz baja mientras miraba distraído los movimientos al otro lado de la ventana—. ¿Qué tendrán que ver?

Maya se reclinó en la silla. Dudó de si compartir lo que estaba pensando. Leif se le adelantó.

—Dilo —la exhortó—. Veo que tienes algo en mente.

Maya paseó la mirada por el comedor hasta llegar a Leif.

—No estoy segura de que te guste, no estoy exactamente en la misma línea que tú.

—Continúa.

—Un sacrificio —dijo ella.

Leif la miró.

—¿Qué quieres decir?

—Así se hacía antiguamente —explicó Maya—. Procuraban que las ofrendas fueran lo más valiosas posibles, para que los dioses estuvieran contentos. La comida, las herramientas y ese tipo de cosas estaba en lo más bajo de la escala. Después venían los animales. Y en el nivel más alto de las ofrendas estaban las personas. Si querías sentirte protegido de verdad, supongo que también procurabas vestirlas con ropa bonita, o...

—¿O? —Leif intentaba meter el dedo índice en el asa de la taza de café, pero al final se rindió y la cogió con toda la mano.

—O quizá se les llenaban los bolsillos con objetos valiosos.

—¿Lo has aprendido en el museo? —preguntó Leif—. ¿No te estás pasando de la raya?

—Sí, es una suposición —admitió Maya—, pero la tumba de Stefan Wiik parece una tumba de sacrificio.

Leif asintió con la cabeza.

—O sea que piensas que podemos estar hablando de una persona... ¿supersticiosa? ¿Alguien que cree en las ofrendas y los sacrificios?

—Sí, una persona que quiere alcanzar algo en concreto. Igual que antes, cuando se hacían ofrendas para ganar la guerra, para que hubiera buenas cosechas o para librarse de las fuerzas malignas. Alguien dispuesto a matar por ello.

Volvió a hacerse el silencio en la sala.

—¿En realidad qué quieres decir? —Leif parecía evitar llegar a las conclusiones más obvias—. ¿Que se siguen haciendo sacrificios a los dioses hoy en día? ¿Es eso lo que quieres decir?

Maya lo miró.

—Que alguien los hace, al menos —respondió—. No podemos ignorar un conexión tan evidente como esa.

—¿Estás pensando en la Muchacha de los Arándanos?

—Sí. —Maya dio un sorbo al café—. Pienso en la Muchacha de los Arándanos, porque estaba empalada. No puede ser una mera casualidad que hayamos encontrado un cadáver actual empalado y en la misma turbera.

El café Marina de Åmål seguía igual que como ella lo recordaba. Cada fin de curso iban allí a tomar algo. Gofres, bolas de helado. Ella siempre pedía el mismo: arándanos, chocolate y pistacho. O fresa. Nunca vainilla.

Entonces era una chica normal y corriente.

Una persona completamente distinta.

Eran otros tiempos.

Sus padres pedían café. Vertían la leche de los pequeños envases redondos de plástico con tapa de aluminio. A su padre siempre le resultaba difícil levantar la tapa.

«Cariño, ayúdame, por favor.»

La ternura, siempre ahí. Estaba en su voz, la voz amplia y paciente que le salía a veces, y Nathalie recordaba que a menudo le entraban ganas de acostarse en ella a descansar.

Y el movimiento en la mirada de su madre, porque Nathalie hubiera acabado otro año escolar, por ser una familia que estaba unida, a pesar de todo. Era una mirada cálida, llena de amor. Sin embargo, también estaba cargada con algo no pronunciado. Como si con su mirada le otorgara a Nathalie un espacio que llenar ella misma de posibilidades.

Y el sol. Siempre el sol. Así lo recordaba.

Y también ahora que el sol de otoño creaba fuegos artificiales en el agua entre los barcos que estaban anclados. Habían cambiado el puesto de los helados a otro rincón. Por lo demás, todo seguía igual. Las sillas y las mesas debían de ser nuevas, no las recordaba.

La marina de Åmål. El orgullo de la ciudad. «La más bonita de Suecia», había escrito alguien una vez en alguna parte y desde entonces, así había sido. Era aquí adonde ibas en verano, o a Örnäs, la playa un poco más alejada.

Ya no era verano. Pero era el único lugar que a Nathalie le había venido a la cabeza cuando decidió ir hasta Åmål a tomar café. No tenía ni idea de si había otra cafetería, aunque seguro que las había; seguro que había de esas que baten la leche en cafeteras *espresso* en lugar de servirla en pequeños envases redondos de plásticos con tapa de aluminio. Pero ella no las conocía.

Así que acabó allí, en la ciudad donde había ido a la escuela y donde quizás estaría viviendo ahora si no hubiera ocurrido lo que ocurrió. O quizás no.

Probablemente se hubiera acabado mudando.

Toc, toc, toc.

«Ahora no. Respira tranquila.»

Interrumpió sus pensamientos cuando notó una sombra acercarse a la mesa.

—¿Nathalie? ¿Eres tú?

Miró hacia arriba. Era aquella fotógrafa de la policía, Maya.

—Hola —dijo.

Maya iba vestida con vaqueros negros, zapatillas de deporte rojas y una camiseta beis bajo una chaqueta negra entallada. Llevaba una bandeja con una botella de agua, un enorme dulce danés que llamaban *wienerbröd*, una taza y una jarra de café.

—Me alegro de conocer a alguien —dijo Maya—. Viví aquí durante un tiempo, pero ahora siento como si hubieran cambiado a todos los habitantes.

—Entiendo perfectamente lo que quieres decir —respondió Nathalie.

Nathalie observó que le venía la misma reflexión que la última vez: que, de alguna manera, Maya la hacía sentirse cómoda.

—¿Te importa si me siento aquí contigo?

—No, qué va.

Maya dejó la bandeja en la mesa y se sentó en una de las sillas. De fondo se oía la música de una radio comercial mezclada con agobiantes anuncios.

—¿Has oído lo que... —Maya parecía elegir entre las palabras—... lo que hemos encontrado en la turbera?

—¿Te refieres al cuerpo?

—Sí.

—Sí, me he enterado.

Maya se la quedó mirando.

—Han pasado muchas cosas allí fuera últimamente. Y no creo que te confundieras ni que vieras alucinaciones, creo que realmente viste aquella tumba.

Nathalie bajó la cabeza.

—Gracias. Te agradezco que me lo digas.

Pensó que quizá Maya hablaba en serio. O a lo mejor solo quería ser amable e intentar que Nathalie no se sintiera tan tonta. Tan tonta por haber engañado a la policía para que fuera a la turbera de manera inútil. Pocas veces se había sentido tan ridícula.

—Supongo que no has hablado más con Leif Berggren —preguntó Maya.

—No desde la última vez que nos vimos, aunque me ha llamado para decirme que quería verme. No sé exactamente qué quiere.

—Leif también ha hablado con los amigos de Johannes... Tenemos curiosidad por saber de él, después de haber encontrado este otro cuerpo. Nos gustaría saber qué vida llevaba.

—No sé qué decir —respondió Nathalie—, no sé mucho de su vida, la verdad. Nos conocimos hace apenas unas semanas y lo cierto es que no nos conocemos demasiado.

—Pero le haces compañía en el hospital.

—Sí, sí que lo estoy, no sé... para que no tenga que estar solo.

Sentía el cuerpo pesado. Como si algo tirara de ella hacia abajo. ¿Por qué no se habría quedado en Gotemburgo? Haber dejado que todo fluyera. O haber elegido otro humedal, cualquier otro. Debería haberse mantenido en el mundo científico, donde todo se puede clasificar y donde un humedal es un conjunto de reacciones biológicas bien documentadas que siguen un patrón bien conocido.

Donde un humedal es un humedal.

No un mar de muerte y espíritus condenados.

«La gente desaparece allí fuera.»

¿Fue ella quien lo dijo? ¿O solo lo pensó?

Vio que Maya se inclinó por encima de la mesa y apoyó la barbilla en la mano. La estaba mirando muy seria.

—¿Desaparece?

—¿Qué?

—Has dicho que la gente desaparece allí fuera.

—¿He dicho eso?

—¿Hay algo que sepas, algo que deberías explicar? —inquirió Maya.

Nathalie se retorció . ¿Tendría fuerzas para explicar lo que la carcomía por dentro o no?

—Hay gente que dice que siempre han desaparecido personas en la turbera.

Maya no le quitaba los ojos de encima.

—Pero, en tal caso, se habrían dado cuenta hace mucho —dijo.

Nathalie sintió una presión en el pecho. Una ira que iba en aumento mezclada con un profundo cansancio y, posiblemente, cierta dosis de confusión.

—¿Piensas en aquel niño pequeño que desapareció? ¿Cuándo fue? ¿Hace diez años? —preguntó Maya.

—Sí, pero no solo él. Hay más...

Hubo un silencio entre las dos mujeres.

—«Gente», dices —insistió Maya—. ¿Quiénes?

—Hay una persona con la que tendríais que hablar. Ha ido a la policía varias veces para avisar de que deberían buscar en Mossmarken a personas que habían desaparecido. Pero nunca ha pasado nada. Hasta ahora.

—¿Es eso cierto? —preguntó Maya.

Nathalie asintió con la cabeza.

—Se llama Göran Dahlberg. Vive allí arriba. Le podéis decir que vais de mi parte.

—De acuerdo —respondió Maya sorprendida.

Le dio un bocado a su *wienerbröd* y se inclinó deprisa hacia el plato cuando las migas empezaron a caer.

—Y tú, ¿dónde vives? —continuó después, como si Mossmarken se hubiera convertido en un tema demasiado incómodo—. Cuando no alquilas la cabaña, quiero decir.

—Vivo en Gotemburgo —respondió Nathalie—. Pero soy de aquí... —dudó antes de continuar—. Bueno, me crie en Mossmarken. Göran es mi antiguo vecino. Mi vecino de siempre.

—Vaya —exclamó Maya—. Entonces, ¿fuiste a la escuela aquí en Åmål?

—Sí, toda la primaria.

—¿A qué escuela?

—Södra. Después me fui a Gotemburgo cuando tenía doce años.

Maya sonrió.

—Yo también fui a Södra, pero unos veinticinco años antes que tú, supongo. Y me quedé aquí. Bueno, un tiempo. Mis padres todavía viven en Åmål. La verdad es que he ido a verlos antes de venir aquí.

Entonces vino la reacción. La cara de Maya pareció congelarse, su mirada cortó el aire.

—Espera, tú vivías en Mossmarken... ¿No serías tú la que...?

Nathalie permaneció callada.

—¿... tus padres los que...? —Maya la miraba con los ojos de par en par.

Nathalie asintió despacio.

—Si te refieres mi padre —dijo con sorprendente levedad—. El que... disparó a mi madre. Y luego a sí mismo.

Maya cerró los ojos.

—Dios mío, lo recuerdo perfectamente. Estaba a punto de irme a vivir a Nueva York, creo que fue el mismo año. Pensé mucho en ti, que te habías quedado sola. Pensé mucho en cómo estarías. ¿No hubo también un accidente por allí, justo antes de lo de tus padres? ¿Una chica joven que murió?

«Sí —se oyó decir Nathalie—. Fue Tracy. La hermana mayor de Julia, mi mejor amiga.»

En realidad no pretendía mostrarse desafiante, en absoluto. Simplemente, de pronto notó que se ponía de pie, cogía la chaqueta y salía por la puerta, con las palabras de disculpa de Maya siguiéndola como una estela.

Ellen estaba hablando con una compañera cuando Maya entró por la puerta de la escuela de arte. La casa había sido construida en su momento como Casa del Pueblo y tenía un auditorio, despachos y algunas aulas.

Las paredes estaban llenas de pinturas y carteles que anunciaban exposiciones y conferencias. En un rincón había esculturas a medio hacer en posturas retorcidas, esperando a que alguien se apiadara de ellas.

Ellen llevaba el pelo rizado recogido en un gran moño en el centro de la cabeza y se había pintado una delgada línea negra en los ojos.

—Hola —saludó Maya a Ellen y a su compañera.

—Hola, Maya.

Ellen terminó la conversación y se volvió.

—¿Nos vamos directamente? Tengo hambre.

—Sí. Vanja y los demás ya están en el bistró.

El camino a través de la antigua fábrica partía de la entrada cubierta de grava, donde en su día los trabajadores entraban cruzando la verja, y subía hacia las fábricas con sus chimeneas señalando al cielo. Por todas partes había grupos pequeños de gente que hablaban distintos idiomas. Los farolillos de colores de la terraza de la cafetería se balanceaban con el viento del otoño, y por una ventana abierta se oía una bossa-nova.

—Así que has vuelto a ir a la turbera, me han dicho —dijo Ellen.

—Sí. Entiendo que se habla bastante aquí en la escuela. Lo cierto es que fui yo quien encontró el cuerpo.

—¿En serio? —Ellen se quedó parada mirando fijamente a Maya—. ¡Puaj!, qué desagradable. ¿Qué se sabe? ¿O es secreto profesional?

—Bueno, no puedo contar demasiado. Por otro lado, tampoco es que sepa gran cosa.

—Lo dicho: nuestros alumnos, por motivos obvios, están bastante alterados. Corren muchos rumores.

—Lo entiendo —admitió Maya.

Una vez al mes había música en vivo en el bistró y, como siempre, estaba hasta los topes. Muchos habían venido de Åmål, Säffle, Mellerud y otros pueblos cercanos.

Maya y Ellen se sentaron a una mesa donde Vanja y un amigo suyo ya se habían aposentado. En cuestión de una hora Daniel Lemma saldría al escenario.

Maya y Ellen pidieron una copa de vino tinto y una pizza gruesa con *pesto* y jamón serrano. Los demás ya habían comido y pidieron cafés y brandy.

—Estamos hablando del sitio al que hemos ido a parar —dijo Vanja.

—¿Sitio? —replicó Maya.

—Este sitio, Fengerskog.

—Bueno, a mí no me mires —dijo Maya—. Ellen tiene la culpa de todo. Yo me limito a hacer lo que ella dice, y dijo: «vente a vivir aquí».

—Vale que ahora mismo la cosa está un poco inquieta —afirmó Ellen—, pero a Fengerskog no le pasa nada.

—No estábamos hablando de eso —dijo Vanja—. Hablábamos de las escuelas, la movida esta de la artesanía, en la que no sabemos movernos del todo. No acabamos de entender qué pretende.

—Ah, eso. Solo quiere ser guay —dijo Ellen—. Se gusta a sí misma de una manera que no podemos dejar que haga nunca el auténtico arte.

—¿El auténtico arte? —preguntó la compañera de Vanja con la frente arrugada.

—Eso es —respondió Ellen—. En realidad, el auténtico arte no tiene cabida en este concepto de estilo de vida magnífico y ecológico que hay aquí en Fengerskog. No se siente a gusto al lado de la amplia y accesible artesanía que a la gente corriente le da la sensación de que es arte, aunque no lo sea.

Ellen sonrió y los hoyuelos le asomaron en las mejillas.

—Podría haber sido un craso error juntarse en una superficie tan pequeña —continuó—, pero, por algún motivo, a mí me parece que en Fengerskog funciona. Al principio yo misma estaba un poco intranquila. Pensaba que quizá nos impregnaríamos de aceite de oliva hasta tal punto que perderíamos nuestra alma y nuestro rumbo.

Maya dio un sorbo al vino y miró fijamente a su amiga con una sonrisa entretenida.

—A ver si lo entiendo bien —dijo—. Entonces, el auténtico arte es el que tú y tu escuela representáis, supongo.

Ellen la miró con segundas intenciones.

—¿Qué pregunta es esa? Es evidente que sí. ¡Y tú!

Se echaron a reír las cuatro.

—Si me dejáis decir lo que opino —dijo Vanja—, todo es necesario. O mejor dicho: hay lugar para todo.

—Estoy de acuerdo. Todo menos el elitismo —añadió Maya.

Ellen rio a carcajadas levantando la copa:

—Hipócrita. Ya sé que estás de acuerdo conmigo. Salud.

—¡Hola! —Oskar se acercó a la mesa. Le puso la mano en el hombro a Maya y se agachó hasta su oreja para hacerse oír en el jaleo que había. Ella puso una mano encima de la suya.

—Ven y siéntate —le dijo Maya haciéndole sitio.

Él se sentó a su lado. Hacía tiempo que no se veían y de pronto Maya sintió ganas de besarlo. Parecía tan... abierto, de alguna manera. Tan nuevo. Tan incomprendido y vulnerable.

—Hoy es mi cumpleaños —dijo—. Invito a una ronda.

Las protestas se hicieron en voz alta.

—Ya te puedes olvidar —respondió Maya, hizo venir al camarero y le pidió cinco tequilas.

—¿Cuántos cumpleaños? —le preguntó después.

—Veintisiete —dijo Oskar.

Maya suspiró levemente, se inclinó hacia él y le puso los labios en la oreja.

—Entonces eres demasiado joven para mí.

La mirada de él vaciló un instante, como si la impertinencia de Maya casi le hubiera cortado la respiración. Después, negó ligeramente con la cabeza y acercó su pierna a la de ella hasta que se rozaron.

En ese mismo momento empezó a sonar el móvil de Maya.

Era Leif. Parecía impaciente, a su susurrante manera.

—Maya, he estado pensando en las fotografías que me enseñaste.

—Sí, dime —respondió levantándose y yendo hacia un rincón donde pudiera hablar sin ser molestada.

—Quisiera verlas un poco más detenidamente —dijo.

—Sí, yo he pensado lo mismo. Te las puedo enviar, pero ahora no estoy en casa, así que lo haré más tarde.

—De acuerdo, pero hazlo lo más pronto que puedas.

—Oye, por cierto —dijo—. Hoy he visto a Nathalie. ¿Ya has hablado con ella?

—No, todavía no —suspiró Leif.

—Tenía algunas cosas extrañas que explicar. Tú y yo tenemos que hablar de ella, y tú tienes que hablar con ella.

—Claro que sí, podemos vernos mañana. Subiré a la mansión de Mossmarken por la mañana. Te puedo pasar a recoger antes.

—De acuerdo, pero te mandaré las fotos luego.

—Perfecto.

—¿Quién era? —preguntó Ellen curiosa cuando Maya volvió a la mesa.

—Nada en especial, pero sintiéndolo mucho, he de volver a casa —dijo—. Espero que tengáis una noche agradable.

Después se volvió hacia Oskar.

—Y tú que tengas un cumpleaños extraordinario.

Cogió su chaqueta y se abrió paso por el local mientras salía a escena el grupo musical y la intro de «*Haze*» llenaba la sala.

Era como una especie de rutina. Nathalie llegaba al hospital y hablaba un momento con la madre de Johannes para después relevarla con la promesa de llamarla si ocurría algo.

Nunca ocurría nada.

El estado de Johannes era estable en todos los sentidos, pero no presentaba cambios. A veces intentaba imaginarse cómo sería cuando despertara. No podía. ¿Qué se dirían el uno al otro? ¿Cómo se comportarían?

Se reclinó en la silla mirando a Johannes, quien seguía estirado con los ojos cerrados y rodeado de tubos y cables. Después se inclinó hacia delante y empezó a hablar con una voz que era más bien un susurro, como se había acostumbrado a hacer, a pesar de sus sospechas de que la enfermera que estaba al otro lado de la habitación no tenía el menor interés en escuchar.

—Había pensado explicarte lo primero que ocurrió aquel verano —empezó a decir—. En general, solo nos relacionábamos entre nosotras, Julia y yo. Creo que el motivo real por el que tenía tantas ganas de estar tanto con ella era su hermana mayor... Tracy. Solo eso. Solo el nombre. Tenía envidia.

Se había quedado a dormir en casa de Julia, como hacía de vez en cuando los fines de semana, y se había despertado temprano el domingo por la mañana. Quizá necesitaba realmente ir al baño, o quizá hubo algún otro motivo por el que se levantó de la cama y bajó las escaleras en silencio para que nadie la oyera.

Quizás esperaba que la puerta de al lado del baño de la planta baja, la del dormitorio de Tracy, estuviera entreabierta como a veces pasaba en verano, de forma que pudiera fisgar de forma más natural.

Tracy tenía diecisiete años y había tenido varios novios que a menudo se quedaban a dormir. Tomaba pastillas anticonceptivas y se iba de fiesta los fines de semana: en verano a las que montaban en el parque, y en invierno de discoteca a Vikenborg. Era un mundo al que Nathalie se estaba dirigiendo, pero que aún era extraño para ella.

Tracy era el póster que llamaba su atención. La que hablaba del país que aún estaba por descubrir. Era perfecta. Tenía el pelo castaño y ondulado, la piel morena todo el año, bien maquillada, unos brillantes ojos azules y unos vaqueros gastados en la medida perfecta. Molaba. Era inalcanzable, además de inteligente. Escribía poemas que Nathalie y Julia habían leído a escondidas, sobre el amor y el sexo y alcohol y cigarrillos. De alguna manera parecían tristes, aunque Nathalie no los hubiera entendido del todo. Tracy apenas sonreía; era como si estuviera por encima de esas cosas.

Ellas, Nathalie y Julia, no tenían nada de aquella magia. Se conocían desde que iban a primero y estaban a punto de convertirse en unas adolescentes normales y corrientes. Estaba claro que nunca en la vida estarían a la altura de Tracy.

Una vez, Nathalie estuvo presente en una pelea entre Tracy y su madre, Yvonne. Se había sentado en la escalera a esperar a Julia y le llegó un atisbo del conflicto que tenía lugar en la cocina.

—No vas a volver allí, ¿oyes lo que te digo? —gritó Yvonne con la voz dura.

—No me lo puedes prohibir —había respondido Tracy igual de rabiosa.

—Es justo lo que puedo hacer.

Se quedaron en silencio y el tono de voz de Tracy cambió para ser suave y suplicante.

—Por favor, mamá, de verdad, es lo que más quiero.

Un poco más de silencio, mientras Yvonne parecía adaptarse a la nueva situación. Después un abrazo, cuando llegaron a un compromiso que podía ser aceptado por las dos, un compromiso que dio por zanjada la breve función: un drama pasajero, fugaz y concentrado sobre los conflictos de la adolescencia, las tormentas de sentimientos y los juego de poder.

Aquella mañana de domingo temprano Nathalie llegó al baño. La puerta de la habitación de Tracy estaba entreabierta, tal y como había deseado. Solo un poco. La pálida luz de la mañana entraba a través de las persianas y se posaba sobre el suelo formando olas. No necesitaba esforzarse para ver partes de Tracy, la morena espalda a través de la estrecha abertura. Donde había estado el bikini había líneas blancas. Los dos dormían allí dentro, medio abrazados. Casi desnudos.

Algo la absorbió. Por debajo. Por dentro.

Ser como Tracy. La vida nunca podría ser completa si ella no alcanzaba aquello.

Nunca compartió con Julia la admiración que sentía por su hermana. A lo mejor era sabido que todos sentían eso; era algo evidente. En cambio, sí que hablaban a menudo de que Tracy a veces tenía sexo en su habitación, y aquel pensamiento las llevaba a infinitas elucubraciones de cómo podían echar un vistazo u oír algo de la actividad. Varias veces por la noche habían ido de puntillas a pegar la oreja a la puerta, pero sin resultado.

Aquella mañana Julia también se había levantado temprano. Bajó sin ruido la escalera y se puso al lado de Nathalie. No se dijeron nada, solo se quedaron junto a la pequeña abertura.

Entonces los cuerpos allí dentro empezaron a moverse y toda la piel desnuda desapareció debajo del edredón, y empezaron a escucharse ruidos, respiraciones pesadas que luego pasaron a ser otra cosa. Primero suave, y después fuerte.

Luego, silencio. Risas amortiguadas.

¿Era aquello algo que ella también haría? Miró a Julia. Le parecía de lo más irreal. No podía ser posible.

Aun así, aquella mañana volvieron a la habitación de Julia y se acostaron muy juntas. Deslizaron las manos cada una por el cuerpo de la otra. Sintieron sus pieles, los olores. Juraron no explicarle a nadie ni lo uno ni lo otro.

Tras un corto paseo por los alrededores, Maya y Leif entraron por la puerta de la mansión de Mossmarken. Las arañas de cristal del techo esparcían un brillante haz de luz sobre las blandas alfombras de color granate y sobre los sillones y sofás que estaban al fondo del salón.

—¿Sabe que venimos? —preguntó Maya.

—Sí.

Dieron un rodeo para echar un vistazo. El restaurante quedaba a la izquierda, el salón a la derecha, las habitaciones estaban distribuidas por un amplio vestíbulo con grandes arcos a ambos lados. Al fondo del salón se veía un hogar con cuatro sillones enfrente y una mesa llena de periódicos y libros.

Fueron hasta el tablón de anuncios y leyeron una hoja A4 colgada con una chincheta:

Crea la vida que siempre has deseado

¿Quieres llevar una vida más verdadera? ¿Quieres conseguir ese trabajo que siempre has deseado, curar tu enfermedad o encontrar a tu compañero del alma? ¿O, simplemente, quieres ese fantástico coche deportivo para poder disfrutar de las miradas envidiosas de tu vecino? Cualquier cosa que desees puede hacerse realidad. ¡Tú decides! ¡Tus pensamientos son los que deciden! Nada, y queremos decir NADA, es imposible. MatrixMild te instruye en cómo utilizar la física cuántica y el milagro de la ley de la atracción en tu día a día para crear la vida que TÚ quieras.

Te animo a ponerte en contacto con Agneta von Sporre, instructora de yoga, entrenadora de desarrollo personal e instructora de física cuántica aplicada.

(Precio: 1.200 coronas/hora como consejera personal y plan estratégico de actuación hecho a medida.)

Se miraron uno a otro. Maya arqueó las cejas y se puso la mano en la boca para ahogar la risa. Los ojos de Leif se estrecharon.

—Joder, ni siquiera es divertido —exclamó inclinando la cabeza—. En todas partes tiene que haber un chiflado de la *new age* que saca la física cuántica como una botella de ketchup y empieza a rociar su espiritualidad preferida. Creer que se puede influir sobre la verdad física con el pensamiento. Vaya mierda de invenciones. Es una locura.

Maya miró a su alrededor y susurró con una sonrisa:

—Diciendo eso no eres mucho mejor que la «señora Agneta von diplomada tarará tarará». Cuando afirmas algo que realmente no sabes si es invento o locura, estás jugando en el mismo campo que ella. Sois contrincantes en el mismo equipo. —Maya le guiñó un ojo—. Solo para que lo sepas.

Leif se volvió hacia Maya.

—¿En el mismo equipo? ¿Qué quieres decir?

—La retórica, Leif. Debes pensar en la retórica. Igual que la señora Cuántica. Ella y los de su cuerda son devoradores de las suposiciones, se revuelcan en formulaciones baratas. Tú haces lo mismo.

—Perdona, pero ¿entonces qué quieres que diga?

—Una forma más correcta de expresarse, o por lo menos una manera de mantener la objetividad sería algo del estilo: «Con los limitados conocimientos que tengo, y con lo que a día de hoy sabemos con certeza sobre la manera en que funciona el universo, emito el juicio de que la fuerza del pensamiento es una auténtica chorrada». —Se alejó unos pasos de su lado y luego se dio la vuelta—. La verdad es que puede haber atisbos de verdad donde menos te lo esperas, o menos quieras verlo, y en ese caso es absurdo tirarlo todo por la borda, por así decirlo.

—Atisbos de ver... —Leif puso los ojos en blanco y luego miró a Maya con un suspiro—. Maya, eres la misma de siempre. Apenas se nota que has estado en Nueva York tanto tiempo... pero cualquiera se da cuenta de que esto son gilipolleces cualificadas.

Maya vio que una mujer alta se acercaba y bajó la voz hasta un susurro.

—La retórica, Leif.

—¿Eres tú Leif Berggren? ¿De la policía? —preguntó la mujer.

—Eso es —respondió Leif extendiendo la mano.

—Agneta von Sporre —se presentó inclinando el cuerpo hacia delante mientras saludaba. Después se volvió hacia Maya y repitió el mismo saludo ceremonioso—. Agneta.

—Maya.

—¿Y tú eres...? —añadió Agneta.

—Fotógrafa. Conozco la zona. Se la he enseñado un poco a Leif.

—De acuerdo. Veo que estáis mirando mi curso. —Se volvió hacia el tablón de anuncios—. Es mi pequeña actividad al margen, por así decirlo.

Los miró con una expresión que Maya sospechó que pretendía transmitir ternura.

—Bueno, ahora que lo pienso... —continuó Agneta—. ¡A lo mejor podría interesaros, como policías! —Cerró los ojos—. Presiento que podríais aprender a... imaginar que resolvéis todos los delitos. Así las fuerzas del universo cooperarían con... —hizo un movimiento rotatorio en el aire con una mano levantada—... tiene que ser así. Se llama la ley de la atracción. Es una fuerza natural. Pura ciencia.

Leif se aclaró la voz.

—Hemos venido a hablar con usted y, eventualmente, con sus empleados —dijo bruscamente, haciendo acopio de hasta la más mínima pizca de autocontrol que tenía—. Y también quisiéramos dar una vuelta por la casa.

—Oh, todo esto es muy bonito —dijo Agneta—. Tenemos dos grandes salas de conferencias y podemos ofrecerles...

—Gracias —la interrumpió Leif—, pero también estaba pensando en si por casualidad alguno de los huéspedes actuales se encuentra aquí en este momento.

Agneta frunció el ceño.

—Lo siento, pero ahora mismo no. Aunque puede que la chica de la cabaña esté en casa.

—Con ella ya nos hemos puesto en contacto —respondió Leif.

—Ah. ¡Pues ya está! Entonces quizá podríamos entrar a hablar en el despacho.

—Eso es, respira hondo —dijo Maya poniendo la mano en la espalda de Leif cuando volvieron a salir al aparcamiento—. ¿Estás seguro de que no quieres «crearte la vida que siempre has deseado», Leif?

—Creo que no —respondió.

—No, al menos no con la ayuda de esa mujer —añadió Maya mirando hacia la cabaña de Nathalie—. Parece que está oscuro allí abajo, en la cabaña.

—Igual está en el hospital —dijo Leif.

—Sí —respondió ella—. Pero ¿has hecho los deberes?

—Sí, la he investigado. Me sorprendió un poco, tengo que admitirlo, que fuera ella. En cualquier caso, tenemos que avanzar con cierta cautela.

—Pero ¿qué piensas de lo que me explicó a mí? —inquirió Maya.

—¿El qué?

—¿Es que no escuchas lo que te digo? —suspiró—. Sobre los rumores. Que la gente desaparece aquí en Mossmarken, sin dejar rastro.

Leif la miró escéptico.

—Esos rumores siempre han existido.

—Pero hay un hombre que se llama...

—Göran Dahlberg. —Se echó a reír—. Sí, ya sé quién es.

—Nathalie dice que ha intentado hacerse oír.

—Sí, desde luego que lo ha hecho —suspiró Leif—. Y le hemos escuchado, hemos comprobado los datos, pero más allá del colegial que sabemos que estuvo aquí, solo hay una de las personas desaparecidas de las que sabemos con certeza que se hallaba en Mossmarken en el momento de su desaparición.

—¿Y quién es?

—La propia esposa de Göran. Y hace décadas que vive en Australia o Nueva Zelanda, o donde sea que es. Les había dejado muy claro a sus amigas que ya no podía más con él. Tienes que entenderlo, Maya: toda esta confusión empezó con la Muchacha de los Arándanos. Nosotros apenas habíamos oído hablar de Mossmarken hasta que Larsson la desenterró. Después fue como abrir una presa.

Maya se puso un par de guantes delgados.

—Pero hablarás con Göran Dahlberg, ¿no?

—Tú nunca lo has visto, Maya, es un... ¿qué puedo decir?, un original. Tiene muchas cosas revoloteando en su cabeza, por así decirlo. Igual que... —Hizo un gesto hacia la mansión.

—Igualmente, no lo entiendo —replicó Maya—. Ahora que hemos encontrado a Stefan Wiik la situación debería ser distinta, ¿no? Stefan desapareció de Brålanda hace cuatro años y ahora aparece aquí. Estarás de acuerdo conmigo en que es un poco raro.

Leif miró la turbera.

—Claro que sí, pero investiguemos primero la relación entre Stefan y Johannes antes de sumirnos de nuevo en la confusión.

—De acuerdo —admitió Maya—. Por cierto, ¿viste las fotografías que te envié? ¿La figura de cuclillas?

—Sí. —Leif se pasó las manos por los brazos como para recuperar el calor—. Estoy de acuerdo contigo. Parece como si alguien se escondiera, o te siguiera. Pero es difícil ver los detalles, como tú misma dijiste.

—Sí. Intenté ampliarla —dijo Maya—, pero se volvía borrosa.

—Pondré a alguien para que pregunte un poco por la zona —dijo Leif.

Maya se encogió de hombros.

—Ya lo hago yo; de todas formas pensaba darme una vuelta y sacar algunas fotos. Puedo decir que quiero retratar a la gente que vive por aquí, o algo así. Como pretexto. Así que no tienes que enviar a nadie.

—Maya, tú no eres policía.

—Precisamente por eso.

—Pero estás contratada por la policía. No puedes hacer cualquier cosa.

Maya se encogió de hombros.

—Así de contratada —dijo marcando un centímetro con los dedos—. No me voy a mezclar con ningún sospechoso. Lo prometo.

Leif sonrió.

—No voy a censurarlo, pero hagas lo que hagas, ve con cuidado. Eso es lo principal —dijo mirándola con decisión—. Explícame solo las cosas que quiero saber.

Maya se pasó la mano por el pelo.

—Prometido.

El verano anterior al último verano Nathalie y Julia formaron un club secreto, la Asociación de las Cazadoras de Espíritus, y decidieron construir una cabaña secreta en la turbera. En casa de Julia había montones de material de construcción que nadie echaría de menos: su padre era un recolector de los grandes y aunque clasificaba todo lo que encontraba, era imposible que tuviera controlados todos los clavos y los tablones, pensaron ellas.

Una día, cuando sus cuatro padres se fueron a Åmål a pasar el día, estaban las dos solas en casa de Julia. Iban a hacer los deberes y ver una película. Al menos eso fue lo que dijeron. Sin embargo, fueron directas al taller y al trastero donde estaban todas las cosas. Había pilas de material de construcción, montones de basura electrónica, montañas de electrodomésticos y metros de estantes repletos de objetos pequeños.

—Mira esto —dijo Julia cogiendo unos cuantos tablones manejables. Les puso una cuerda alrededor para que fuera más fácil transportarlos y después hizo otras tres cargas iguales para poder llevarlas entre las dos, una en cada mano.

—Y aquí, ¡un martillo! —Nathalie alzó la herramienta—. Debe de haber como diez más, así que a lo mejor no hace falta ni que lo devolvamos.

Continuó con la exploración, recogiendo clavos de diferentes medidas en una caja que metió en la mochila.

Se miraron satisfechas y echaron a andar. Pero la carga era demasiado pesada.

—Espera, ya verás —dijo Julia y salió corriendo a buscar una carreta en la que lo pusieron todo. Entre las dos tiraron de ella para andar por la turbera.

Llevaban zumo y chocolatinas en una bolsa para poder aguantar un rato.

—Podemos empezar haciendo una pared aquí, querida compañera Cazadora de Espíritus —dijo Julia cuando llegaron al lugar que habían elegido, un bosquecillo con algunos pinos bajitos. Sacó un tablón para enseñarle dónde tenía pensado comenzar.

—Tiene buen aspecto, camarada Cazadora de Espíritus —dijo Nathalie y se pusieron a clavar. El eco resonaba a su alrededor.

Unas horas más tarde la pequeña cabaña tenía tanto paredes como techo. Se quedaron contemplando su obra.

—Me la esperaba un poco más grande —objetó Nathalie.

—Yo también —admitió Julia mirando hacia el techo—. Y no es estanca, el agua de lluvia entrará.

Entonces oyeron una voz a sus espaldas.

—Os puedo ayudar, si queréis.

Nathalie y Julia dieron un brinco. Era Göran. No lo habían oído llegar.

—Qué bien lo estáis haciendo —dijo dándole con los nudillos a una de las paredes y arqueó las cejas impresionado.

Julia miró amedrentada a Nathalie.

—Ten... tendríamos que volver a casa.

—Puedo ocuparme de lo que falta. Solo me tenéis que decir cómo lo queréis —se ofreció él.

Υ

La siguiente vez que fueron a la cabaña estaba perfecta. Exactamente como se la habían imaginado. Suficientemente grande, con paredes estables y el

techo aislado. En el suelo pusieron una piel de vaca que estaba arrinconada en un estante del trastero en casa de Julia. Pusieron una cuerda para tender para los calcetines mojados y cestas con hojas en blanco, lápices, comida y juegos en un armarito que Göran había construido en un rincón.

Oteaban con prismáticos, discutían sobre las observaciones, llevaban un diario de a bordo sobre posibles actividades fantasmas.

«Las 18.40. Vientos fríos durante cuatro minutos. Creemos que podría tratarse de una aparición maligna.»

Y leían juntas el libro que Göran les había regalado.

Todo era tan inocente, tan inofensivo. Hasta que al verano siguiente se desató el infierno. Entonces Nathalie tuvo la sensación de que todo era culpa de ellas. Que habían sido ellas las que habían irritado a los espíritus, las que los habían devuelto a la vida.

El camino de tierra en el que estaban todas las casas trazaba una suave curva y enmarcaba toda la parte norte de la turbera. Maya había pasado en coche tranquilamente por allí alguna que otra vez, inclinada sobre el volante con la mirada como una linterna alumbrando todo el entorno.

Varias de las casas estaban abandonadas, parecía que sus habitantes las hubieran dejado a toda prisa a merced del bosque y la maleza. Había buzones abiertos junto a la calzada, repletos de folletos publicitarios y periódicos hinchados por la lluvia. En el mundo de Maya las viviendas tenían un valor muy alto, mientras que aquí parecía que pudieras estar contento si conseguías irte.

Se había alejado apenas diez minutos en coche de Fengerskog, con sus ensaladas de bulgur y batidos de espirulina en el menú de la cafetería y, sin embargo, eran dos mundos totalmente distintos.

Había hecho algunas pesquisas. Tenía que haber cuatro casas a lo largo del camino que todavía estaban habitadas. Dos de ellas las tenía bien controladas: la casa de Göran Dahlberg al fondo, en la plazoleta para dar la vuelta, y la de los Larsson, al principio del camino.

Las otras dos casas eran, respectivamente, propiedad de un hombre de cincuenta años que hacía de granjero en su tiempo libre y de una familia que criaba reses para carne. Estaban un poco más alejadas y no se veían desde la carretera. Pensaba pasar por todas las casas y granjas, inclusive las deshabitadas, y decidió empezar por la de los Larsson.

La vivienda, ajada pero bonita, estaba situada en una pequeña colina con vistas a la turbera. Junto al camino había un cartel blanco de chapa con el texto EXPLOTACIÓN LARSSON en letras desgastadas. La finca bajaba hacia el gran cobertizo donde se almacenaba la turba: una enorme construcción deteriorada de madera grisácea con unos pequeños raíles que subían varios metros por una cuesta empinada en una de las fachadas cortas. Allí era donde la turba, en su día, se transportaba para luego ser descargada, supuso Maya.

El camino de tierra que subía a la casa estaba bordeado por duendes y perros de piedra. En el piso superior había una ventana abierta.

Maya aparcó el coche en mitad del patio de grava de delante de la casa. Salió y se dirigió a un gran trastero que tenía la puerta entreabierta. Salían ruidos de allí dentro; alguien estaba golpeando con un martillo.

—¿Hola? —gritó.

No obtuvo respuesta.

Entró y echó un vistazo. Había herramientas y trastos desde el suelo hasta el techo, en tal cantidad que no podía recordar haber visto nunca nada igual. El ruido parecía provenir de una habitación tras una puerta más adentro. Paseó la vista por las paredes y por los montones de cacharros, pero tuvo dificultades para asimilar la cantidad ingente de cosas que había.

No cabía duda de que alguien de la familia era un buscador nato de chismes o coleccionista de cosas viejas, o quizás ambas cosas. En un rincón había varias bañeras apilonadas. Había cámaras y cadenas de bicicleta colgadas en largas filas junto al techo; costaba creer que algún día fueran a utilizarse todas. Neveras, hornos viejos, cartones, cajones, tarros, bidones. Era casi provocador.

—¿Estás buscando a alguien?

Maya no se había percatado de que el ruido había cesado.

Un hombre vestido con un mono de trabajo azul estaba en la puerta observándola con una especie de suspicacia contenida. Llevaba un gorro delgado en la cabeza y una barba bien arreglada.

—Hola —dijo Maya acercándose enseguida para saludarlo—. Perdona que entre así. He llamado, pero a lo mejor no se me ha oído.

—Ah. Sí, sí.

—Me llamo Maya y vengo de Fengerskog. Soy artista. Estoy haciendo una serie de fotografías de los alrededores y quería, más que nada, presentarme. Por si te preguntas quién es esa tipa sospechosa que está merodeando por ahí.

—¿Fotografías? ¿Quieres decir que aquí fuera hay algo digno de fotografiar?

—Es un lugar muy bonito. A su manera singular. Tranquilo y un poco misterioso —intentó Maya.

El hombre no parecía estar muy de acuerdo.

—«Tranquilo» no es la palabra que yo usaría. ¿Tiene algo que ver con todas las locuras que han pasado últimamente?

—¿Qué quieres decir...?

—A uno que lo han tumbado de un porrazo y a otro que lo han encontrado enterrado —la interrumpió—. La verdad es que no tiene ninguna gracia vivir en medio de todo esto. A saber qué será lo siguiente. Entonces, ¿no eres periodista?

—En absoluto —respondió Maya.

—Bien. Porque de esos ya he tenido bastante. —Se la quedó mirando—. ¿Artista, dices?

—Exacto. Artista fotográfica.

La luz de los fluorescentes pintaba la cara del hombre de tonos fríos.

—¿Extraes turba por aquí? —preguntó Maya para llevar la conversación hacia otra dirección.

—De eso ya hace tiempo. Esto lo declararon zona natural protegida, así que no pudimos continuar. Ahora tenemos el bosque. Nos dedicamos a él.

Se secó la frente con un pañuelo.

—Entiendo —dijo Maya mirando a su alrededor—. Es impresionante la cantidad de cachivaches que tienes aquí.

—Cuarenta años —dijo arqueando las cejas y casi sonriendo—. Sin hacer limpieza ni una sola vez. Y antes que yo, mis padres, que también eran buenos almacenando cosas. Se podría decir que puedes encontrar cualquier cosa, si tienes ánimos de ponerte a buscar.

—Me lo imagino —respondió Maya mirando todo aquello.

Hubo una breve pausa.

—Oye —continuó ella—, había pensado sacar también algunos retratos para este proyecto, de la gente que vive alrededor de la turbera.

—¿Retratos?

—Exacto. Fotos de vosotros, los que vivís aquí.

—Vaya, no me digas. ¿Qué puede tener eso de interesante? Solo somos nosotros. Los que aún estamos aquí. Yvonne y yo aquí, Göran, Texas. Y luego Laila y su familia. No somos demasiado interesantes.

Maya sonrió.

—Todo el mundo suele decir eso, aunque casi nunca es verdad.

—Pero ¿no es para ningún artículo? —preguntó él como si su mente hubiese vuelto a encallarse en lo de los periodistas.

—No, se trata de un proyecto fotográfico en el que estoy trabajando, por así decirlo.

Él sonrió.

—O sea que te gustaría sacarme una foto a mí.

—Me encantaría. Por cierto, ¿cómo te llamas, si te lo puedo preguntar?

—Peder. ¿Ahora mismo?

—No tiene por qué. Puedo volver otro día si te va mejor.

Él se agachó, recogió una lata de refresco y la tiró en un montón de latas y otros envases de cristal.

—No, no sé. No creo que sea ningún... —Se quedó callado un momento—. ¿Llevas la cámara?

—Aquí mismo.

—¿Quieres que vaya a buscar también a mi mujer, entonces?

—Adelante, sería genial.

Yvonne, la esposa de Peder, era una mujer robusta con mirada dura y fuerte apretón de manos. Maya explicó de forma escueta su proyecto fotográfico e Yvonne pareció casi halagada.

Nunca dejaba de sorprenderla que la gente que ella quería fotografiar fuera tan voluntariosa respecto a su trabajo fotográfico. Casi siempre querían cooperar y casi nadie tenía exigencias u objeciones, a pesar de no conocerla ni de tener la más remota idea de lo que Maya pensaba hacer con las fotos.

Además, y quizá fuera lo más extraño, no ocurría casi nunca que alguien se negara a firmar el contrato que había redactado para tener las manos libres para, por ejemplo, publicar las fotos o exhibirlas en una exposición.

—¿Estáis de acuerdo? —preguntó con el papel a la vista—. Tengo unos cuantos libros en el coche, si queréis haceros una idea de lo que he hecho hasta ahora, antes de que firméis.

—No hace falta —respondieron los dos—. Ya está bien así.

Cuando las formalidades quedaron aclaradas les pidió que se pusieran en el centro del trastero y colocó un gran angular para poder captar lo máximo posible del interior. No dejaba de ser un desorden bonito, una especie de caos liberador con un intento de orden. Una colección de grifos para bañera que

estaban clasificados según el tipo, a pesar de estar enterrados entre montones de carburadores de coche y pedales de bicicleta.

Cuando hubo acabado en el trastero quiso hacer algunas fotos del exterior, con el almacén de turba y la turbera de fondo.

—¿Podremos ver las fotos? —preguntó Yvonne apoyando sus manos regordetas en las caderas.

—Claro que sí. También puedo venir a dejaros una copia de la mejor foto —respondió Maya.

—Estupendo —dijo Yvonne mirando a su marido—. Podríamos usarla para hacer las tarjetas de Navidad y mandarla a los amigos y conocidos.

—Buena idea —dijo Maya—. La sensación no será muy navideña, pero puede ser divertido igualmente.

Después la acompañaron hasta el coche.

—También tengo interés en la historia de este lugar —dijo Maya—. Si lo he entendido bien, fuiste tú, Peder, quien encontró la vieja momia de la turbera.

—Sí, bueno... —Peder miró al suelo—. Se armó un buen revuelo con todo aquello.

Maya fue a abrir la puerta.

—Me lo puedo imaginar —dijo—. Por cierto, el otro día me encontré con una conocida vuestra, Nathalie. Por lo visto era la mejor amiga de vuestra hija Julia, ¿no?

La miraron como si creyeran haber oído mal.

—¿Has visto a Nathalie Nordström? ¿Está aquí? —preguntó Yvonne.

—Ha alquilado la cabaña de la mansión durante unos meses para acabar una tesis de biología. Pero vive en Gotemburgo.

—¿Qué me dices? Bueno, me preguntaba cómo le habría ido —dijo Yvonne—. Desapareció de un día para otro. Todo ocurrió muy deprisa. Supongo que ya sabes lo que pasó... con sus padres y eso.

Maya asintió.

—Sí, yo entonces vivía en Åmål y se comentó bastante.

—Bueno, creo que tengo que seguir con lo mío —dijo Peder yéndose hacia el trastero.

—Solo una cosa más —dijo Maya—. ¿Salisteis a caminar por la turbera el pasado jueves? Más o menos por donde encontraron inconsciente a aquel chico. Por allí —dijo Maya señalando la dirección.

—¿Por la turbera? No que yo recuerde —respondió Peder—. ¿Verdad, Yvonne? ¿Por qué lo preguntas?

—Estuve sacando algunas fotos de la zona y por error le hice varias a una persona. Me gustaría saber quién es. Pensaba que a lo mejor vosotros...

—Pocas veces tenemos nada que hacer allí fuera. Por lo general nos quedamos en este lado —respondió Peder—. Bueno, si eso es todo...

—Vale. Gracias —dijo Maya sonriendo.

—Se pone gruñón cuando no puede dedicarse a sus cosas —aclaró Yvonne después de que Peder se hubiese ido—. Pero ¿qué te iba a decir...? Ah, sí. ¿También piensas hacer fotos en la turbera misma?

—Sí, es lo que tengo pensado.

—En ese caso, tienes que ir con cuidado. Nuestra hija, Tracy, seguro que lo has oído por ahí, un día se cayó en la turbera. Hay sitios que no son para jugar. Te aconsejo que vayas por la pasarela.

Maya se quedó sorprendida ante su franqueza.

—Lo recuerdo —admitió—. También fue un suceso espantoso.

—Sí —asintió Yvonne cansada—. Y ahora han encontrado a un hombre enterrado. Y el que tú nombraste, que estaba inconsciente en el pantanal. A veces me pregunto dónde estamos viviendo. ¿Quién compraría nuestra granja en estos momentos? Nadie. —Miró arriba, hacia la casa—. Aunque antes

tampoco había ningún interesado, la verdad. La hemos puesto a la venta tres veces. No hay nada que hacer. No saldremos nunca de aquí.

Arriba, en la casa, dos niñas se asomaron por la puerta principal. Una tenía unos cinco años y la otra unos ocho.

—Son las hijas de Julia —dijo Yvonne sonriéndoles—. Saludad a esta señora, niñas —les dijo gritando.

—¡Hola! —respondieron las niñas a coro.

Maya les devolvió el saludo.

—¿Estáis de canguros? —preguntó.

—¿De canguros?

Primero pareció que Yvonne no entendía lo que Maya quería decir, por lo que esta señaló a las niñas con la cabeza.

—Ah, te refieres a eso. No, viven con nosotros, en general. Casi siempre. Julia tiene... Trabaja en el banco de Ámál y... tiene suficiente consigo misma. Y con el padre tampoco se puede contar. No es un tipo del que te puedas fiar, que digamos.

Maya no pudo evitarlo. Notó que se estaba aprovechando de que Yvonne no tenía reparos en intimar, le apetecía hablar de cuestiones privadas.

—Se lo dije desde el principio —continuó Yvonne negando con la cabeza—. Es mejor que no tengas nada que ver con un tipo como ese. Solo te causará problemas. Había hachís y... Desgraciadamente, creo que tampoco mantenía los puños alejados de ella. Pero a las niñas no las va a tocar. Nos hemos encargado de eso.

—¿Tenéis la tutela?

—No, no exactamente, pero Julia y el padre no pueden ni consigo mismos, así que han comprendido que Nova y Lilly están mejor aquí. Peder trabaja casi siempre, pero yo tengo tiempo de sobra. Esto estaría bastante desolado si no hubiera niñas a las que cuidar.

Todo empezó cuando encontraron el viejo cadáver. Fue durante un período intensivo de trabajo en la zona de explotación de turba. La escuela acababa de terminar y en la granja de Julia había un montón de chicos de la ciudad trabajando.

Nathalie estaba allí cuando ocurrió. Julia y ella habían cumplido los doce y estaban sentadas en una manta al sol jugando a las cartas. Nathalie había perdido su última carta cuando el padre de Julia subió a la granja. La cara roja, brillante de sudor. Venía andando con un trapo en la mano y se plantó al lado de las chicas.

Cuando Nathalie levantó la cabeza para mirarlo vio en sus ojos que Peder estaba completamente ausente.

—Hemos encontrado algo —dijo.

—¿El qué? —preguntó Julia.

—¿Dónde está mamá? Creo que tendré que llamar a la policía. —Siguió caminando hasta la casa.

Poco rato después llegó un coche patrulla, después llegó gente de las granjas vecinas y enseguida llamaron al personal del museo de Karlstad. Al final también llegó la prensa, por lo que la granja se llenó de gente y de barullo. La madre de Julia hizo café y fue sacando una bandeja tras otra de bollos y pastas. Nathalie oyó a un periodista de la prensa local entrevistando a un hombre.

—Es cierto que todavía no podemos estar seguros —dijo—, aunque todo indica que se trata del cuerpo de una mujer joven que vivió hace muchísimo

tiempo. Quizá por la época de Cristo. Hace tiempo que circulan teorías acerca de que este lugar fue utilizado como una turbera de ofrendas, pero puede ser que ahora tengamos una prueba fidedigna de ello. Hemos encontrado vestiduras y una especie de amuleto de oro. Es un hallazgo fantástico.

Pasaron varios días hasta que las cosas se tranquilizaran. Nathalie casi se había instalado en casa de Julia, era interesante estar en el centro de los acontecimientos.

El padre de Julia no estaba tan contento. Quería seguir extrayendo su turba, continuar trabajando.

—Ya está bien —dijo—. Tanto jaleo por un viejo cadáver.

El museo se hizo cargo del cuerpo y al cabo del tiempo se le concedió un espacio bajo el nombre de la Muchacha de los Arándanos.

Por aquel entonces, Tracy había conocido a un chico, uno mayor. Casi treinta, se decía.

—Es asqueroso —decía Julia—. Un viejo.

—Emocionante —respondía Nathalie para hacerla enfadar.

—No, es asqueroso.

Pero a Tracy ya no la veían casi nunca. El nuevo novio no la acompañaba nunca a Mossmarken. Además, Tracy había alquilado una habitación en el centro de Åmål para estar más cerca del instituto.

Un viernes por la tarde Nathalie fue a Åmål con sus padres. Habían quedado para cenar en casa de unos amigos y Nathalie cogió un montón de tebeos y se fue con ellos.

—¿Puedo salir a dar una vuelta? —preguntó después de la cena.

—¿Adónde piensas ir? —La voz de su madre era dulce por el vino. De fondo se oía a los demás poniendo discos y discutiendo sobre las canciones.

Alguien abrió la puerta de la terraza para que saliera el humo de los cigarrillos.

Nathalie se encogió de hombros.

—No sé. Al quiosco.

Su madre sonrió y sacó la cartera.

—Claro que puedes ir al quiosco. Aquí tienes. —Le puso un billete en la palma de la mano a Nathalie y le cerró los dedos. Después se llevó el dedo índice a los labios haciendo un gesto de silencio y le guiñó un ojo.

Nathalie no abrió la mano hasta que estuvo en la calle. Cincuenta coronas. Hizo un rápido cálculo mental. Una chocolatina, una Fanta, una bolsa de ganchitos y... le sobraría dinero.

Abajo, en la plaza, se habían reunido varios grupos. Algunos parecían borrachos, iban de un lado a otro chillándose y riendo; alguno lloraba.

Nathalie dudó. Se sentía rara, casi un poco asustada, y se retiró hacia la parte trasera del quiosco de comida rápida para no estar en el campo de visión de nadie.

Allí apestaba a orín y cerveza y a grasa de la cocina.

Entonces oyó voces amortiguadas detrás de los contenedores de basura. Miró entre las rendijas. Había un chico y una chica abrazados. Oyó que la chica sollozaba y enseguida se dio cuenta de quién era.

«Tracy.»

—No quiero que dejemos de vernos. No sé qué voy a hacer sin ti —decía Tracy con la voz rota por el llanto.

—No digas eso. —El chico le acarició el pelo y acercó su cara a la de ella—. Se te pasará —le susurró—. Quizás incluso estés mejor. No... no vives como antes, Tracy. Conmigo no estás bien.

Se quedaron así un momento, con los rostros muy pegados. Después sus labios se acercaron y se besaron. Primero vacilantes, después salvajes, hambrientos. Al final, él la apartó y respiró hondo.

—Joder, no puedo.

—¿Por qué no? —oyó la voz de Tracy—. ¿Ya estáis saliendo o qué?
Silencio.

—¿Estáis saliendo? ¿Os habéis acostado?

El chico no dijo nada, solo la miraba.

—Joder, ya te vale —lo insultó Tracy—. Que te jodan. No te quiero volver a ver.

Tracy se fue de allí, se sentó en la pendiente del río e hizo un gesto con la mano como si apartara algo.

—Tracy —le suplicó el chico.

—Vete.

Le pasó la mano por el pelo y miró a Tracy un largo rato. Después se dio la vuelta y se fue.

Primero Nathalie no se atrevía a moverse. Pero luego se separó con cuidado de los contenedores de basura y echó a andar por la cuesta. Hizo como si acabara de llegar.

—¿Tracy? ¿Eres tú? —preguntó.

Tracy se sorbió los mocos y se volvió de inmediato. Entornó los ojos para ver mejor.

—Joder... ¿Nathalie?

—¿Qué haces aquí? —preguntó Nathalie.

Tracy arqueó las cejas.

—Eso te lo tendría que preguntar yo.

—Mis padres están en casa de...

—Da lo mismo. Ven, siéntate y nos fumamos un *piti*.

Nathalie sintió que mil pajaritos alzaban el vuelo en su pecho. Que se extendieron por todo el ancho de su interior, que en un segundo se hizo más grande de lo que había sentido nunca hasta ahora.

«Ven, siéntate y nos fumamos un *piti*.»

Se acercó y se sentó en la hierba seca.

—¿Has fumado alguna vez? —preguntó Tracy. Tenía manchas de rímel bajo los ojos.

Nathalie asintió con la cabeza.

—Mientes. Da igual, coge uno.

Tracy apresó un cigarrillo con la boca directamente del paquete y después le pasó el paquete a Nathalie. Esta cogió uno con la esperanza de que sus dedos no temblaran. Tracy sacó el mechero, acercó su cigarrillo a la llamita y dio una calada. Nathalie hizo lo mismo. Las brasas brillaban como dos ojos en llamas que se miraban.

Mantuvo el humo un rato en la boca y luego lo echó.

Se quedaron sentadas sin pronunciar palabra, una al lado de la otra en la pendiente, hasta que Tracy empezó a hablar.

—Estaba con un chico justo antes de que llegaras. Por eso... estoy llorando. Nos hemos estado viendo todo este último año, más o menos, pero ahora quiere que lo dejemos.

Nathalie apretó los ojos y los volvió a abrir. Tenía que elegir bien sus palabras.

—¿Estás enamorada de él?

Tracy suspiró profundamente.

—Es más que eso. Es como si cada una de mis células estuviera completamente... poseída. Es como si se hubiera metido en mi cerebro, mi cuerpo, ¿lo entiendes? Como si me controlara. No lo soporto. —Volvió a echarse a llorar—. Estoy muy jodida.

Nathalie se acercó un poco más y le puso la mano en la espalda. No sabía exactamente qué hacer.

—Ha sido así desde la primera vez que nos vimos —continuó Tracy—. Un puto año entero. Nos hemos visto por la noche, pero de día cada uno ha llevado su vida. Nunca me ha querido de verdad. Es tan humillante. Me siento como... una maldita melodía de esas que llenan las pausas en la radio. —Se sorbió los mocos y se secó con el reverso de la mano—. Y ahora ha conocido a otra. Angelica los vio juntos por la ciudad.

Se volvió hacia Nathalie acentuando las palabras de nuevo.

—Por la ciudad. Él la estaba rodeando con el brazo. A mí no me lo ha hecho nunca. Ni siquiera hemos llegado a salir por ahí juntos.

Se quedó callada con la mirada fija en el suelo.

—Me duele tanto. Me siento como si hubiese dejado de existir.

Nathalie contuvo el aliento. Su cabeza trabajaba febrilmente.

—Pero sí que existes —dijo por fin.

«Pero sí que existes.» Vaya mierda de comentario.

Tracy se esforzó en sonreír, apagó bien la colilla y se levantó.

—Está bien, Nathalie. Eres muy maja. Pero ahora tengo que irme. —Le acarició el pelo—. Nos vemos. Cuídate.

Nathalie se quedó sentado un momento, después aplastó el cigarrillo contra el suelo, se levantó y miró hacia la plaza.

¿Había ocurrido de verdad? ¿Había estado ella —Nathalie— sentada aquí con Tracy hacía apenas un momento, fumando cigarrillos y hablando de chicos?

Estiró la espalda y se dirigió al quiosco. Ahora no le daban miedo los jóvenes ni sus gritos. Fue hasta la ventanilla y compró lo que había pensado, además de un paquete de chicles con sabor a clorofila.

Una tarde, varias semanas después, cuando todo el revuelo en torno a la Muchacha de los Arándanos se había calmado, Tracy fue a su casa. Se deslizó a través de la puerta de la entrada, saludó a Julia y a Nathalie con un gesto con la cabeza y desapareció en su habitación. No dijo ni una palabra sobre su encuentro con Nathalie.

—Aquel chico la ha dejado —dijo Julia cuando más tarde se sentaron en su cama a escuchar música—. Si es que estaban juntos, no sé. Por lo visto, él ha conocido a otra.

—Vaya —respondió Nathalie—. Qué mal.

—No, es mejor, me parece a mí. —Se enroscó la melena y se hizo un moño—. Desde que lo conoció estaba como enfadada. Y apenas come. ¿Has visto lo delgada que se ha quedado?

Llevaban varios días de buen tiempo, pero justo aquella tarde se levantó una rápida tormenta al anochecer. Julia se había quedado dormida enseguida y Nathalie se sentía inquieta. Estaba tumbada mirando al techo y escuchando el viento de fuera. La casa entera vibraba.

De pronto oyó que todo se había calmado.

Un pensamiento la hizo levantarse de la cama y acercarse a la ventana.

Fuera vio a Tracy un poco alejada de la casa, descalza y con un camisón a rayas blancas y grises. Era como si anduviera hacia la luz de la luna, caminaba por la parte pantanosa de la turbera que desembocaba en una ciénaga. Les habían advertido de que no fueran por allí.

De pronto se oyó la voz de la madre de Tracy en la ventana del piso de arriba, un grito que cortó el aire:

—¡Tracy! ¿Adónde vas? ¡Cuidado, vuelve!

Después, los pesados pasos del padre que la seguían y sonidos sordos dentro de la casa. Nathalie abrió la ventana y despertó a Julia, quien echó a correr escaleras abajo y salió al jardín.

Tracy desapareció mientras los gritos de sus padres desesperados hacían eco entre los árboles en mitad de la noche. No hizo ademán de detenerse, se limitaba a seguir adelante por el humedal. Nathalie fue testigo de su trayecto desde la ventana del primer piso; vio todo lo que pasó, probablemente con más claridad que ninguno de los presentes.

Al cabo de un momento, Tracy empezó a hundirse. Primero hasta las rodillas, después aún más. La niebla parecía envolver su cuerpo, que empalidecía a la luz de la luna, casi resplandeciente.

Como si la acogiera.

Como si la abrazara.

Como si tirara de ella hacia abajo.

Y después, desapareció.

Cuando Maya estaba en la granja de los Larsson hablando con Yvonne, en realidad habría querido saber más sobre la muerte de su hija. Pero no se atrevió a preguntar. No quería revelar lo interesada que estaba, en verdad, precisamente en ese suceso.

Ahora iba con el coche por el camino de grava, con el bosque a su derecha y la turbera a su izquierda. Al cabo de unos minutos pasó por delante de una pequeña casa de campo situada en el bosque y, justo después, otra que estaba cerrada a cal y canto. Aparcó el coche en la cuneta, se puso la cámara al hombro y salió. El cielo estaba claro, casi blanco.

No sabía decir si aquí las casas querían ser vistas o todo lo contrario. El jardín al que había llegado estaba hecho un desastre. La tierra estaba cavada en varios sitios y mirándolo más de cerca Maya entendió que los agujeros estaban hechos para las aguas residuales del lavabo.

Dio un rodeo, fue sacando fotos e intentó mirar a través de las persianas medio bajadas. Vio la moqueta manchada, librerías con basura y objetos decorativos baratos, un gran sofá de esquina cubierto de montones de ropa.

«El ser humano realmente hace lo mejor que puede para desmoronarse sin dignidad», pensó.

Volvió al coche y se sentó al volante. El cielo se estaba oscureciendo y al cabo de un minuto la lluvia empezó a caer contra el parabrisas. Pensó en poner la radio, pero no lo hizo. Se quedó sentada tranquila en el asiento delantero mirando directamente la lluvia mientras iba formando regueros en el cristal.

Después puso la llave en el contacto y la giró.

Condujo unos quinientos metros y mientras la lluvia amainaba giró hacia abajo donde un cartel hecho a mano indicaba, corto y conciso: TEXAS.

Alrededor de la casa pastaban ovejas y caballos, y por el patio corrían gallinas, patos y un gallo. Desde la casa llegaba el sonido de una música que inundaba todo el jardín. Reconoció los tonos iniciales y las frases. Era Kris Kristofferson, que cantaba su *Sunday Morning 'Comin' Down* con su habitual melancolía.

*Well, I woke up Sunday morning
with no way to hold my head that didn't hurt*

Paró el coche, apagó el motor y miró a su alrededor. Cuando menos, aquí la sensación era otra, una granja llena de vida y movimiento.

*And the beer I had for breakfast wasn't bad
so I had one more for dessert*

Un hombre salió a la escalera del porche y fue al encuentro de Maya. Tenía el pelo cano y bastante largo, una barba que enmarcaba la boca, y llevaba puesto vaqueros, jersey y un delantal negro y sucio.

Maya se bajó del coche y se dirigió hacia él.

—Hola, perdona que te moleste —dijo—. Vengo de Fengerskog y soy fotógrafa. Estoy metida en un proyecto de la zona y quería presentarme a los que vivís aquí.

—Vaya —respondió Texas con cierta reserva—. Pues eres la tercera esta semana. Pero no tengo nada que añadir, te lo digo directamente. Todo esto me resulta de lo más desagradable.

—No —replicó Maya—. O sea, no vengo de ningún medio de comunicación. Soy artista y estoy en un proyecto visual y tengo pensado fotografiar el entorno. No tiene nada que ver con lo ocurrido últimamente.

El hombre pareció relajarse

—Bueno, pues me alegro de oírlo. —Estiró el brazo para saludar—. Texas. —Hizo un gesto señalando su cuerpo—. Pido disculpas por mi atuendo, pero es que estaba haciendo mis horas de higiene semanal. Lo cual significa que estaba limpiando la habitación de los gatos dentro de casa. Hay que hacerlo de vez en cuando. Debería hacerlo mucho más a menudo. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Me llamo Maya. ¿Habitación de los gatos?

—Sí, tienen tres habitaciones en la casa. Es como un piso entero, casi. La cosa ha ido así. Nos están intentando echar definitivamente, se podría decir.

—¿Echaros?

—Sí, a mí y a mi novia, Marie. Bueno, en verdad vivimos cada uno en su casa.

Maya le explicó quién era y lo que estaba haciendo. Texas se pasó la mano por el pelo mientras atendía concentrado.

—A ver, a los animales los puedes fotografiar. Yo soy más difícil de convencer, y Marie no lo sé. Está trabajando. Yo de momento estoy de baja por enfermedad.

—¿De qué trabajas?

—Auxiliar de psiquiatría, pero hace unas semanas me atacó un chaval de ciento treinta kilos y me dio un golpe en la cabeza. Desde entonces me canso enseguida. Probablemente, me llevé una conmoción cerebral en toda regla. Así están las cosas.

El gallo se acercó a Maya con apremio, como si tuviera un recado urgente que no podía esperar. Ella observó el vestido brillante de sus plumas, los ojos pequeños y las enormes uñas.

—Se llama *Morgan*. Se está preguntando si tienes comida. La pica directamente de la mano.

—¿*Morgan*? —dijo Maya divertida.

—Sí, por el de Ullared, quizá lo hayas visto en la tele. Las gallinas se llaman *Boris* y *Ola-Conny*. Entre otras. Los patos son de Marie. Entraban en el paquete. Tengo que decir que son animales majos. Raza sueca.

Texas se sacó un trozo de pan del bolsillo y lo sostuvo en alto con el brazo estirado. El gallo dio un salto en vertical y cogió el trozo de pan.

—Toma ya —exclamó Maya—. Estaría bien una foto de los dos juntos, si te parece.

—¿Tú crees? Bueno, podemos probar. Dime lo que tengo que hacer.

Le pidió que se sentara en un taburete junto a la despensa enterrada en el jardín y los dos a la vez intentaron convencer a *Morgan* de que se quedara quieto junto a él un momento. Cuando Texas se sentó eran casi igual de altos.

—Hacéis una pareja encantadora —dijo Maya mientras fotografiaba.

—¿Verdad que sí? —exclamó Texas—. Mi terapeuta dice que gracias al gallo he hecho buenos avances.

—Es la primera vez que oigo a una persona hablarle al terapeuta de su gallo —dijo Maya—. Alguien tenía que hacerlo. *Morgan* me ha sacado de la oscuridad. Tenemos una relación muy buena —dijo mientras acariciaba al animal.

—¿La oscuridad? —preguntó Maya.

—Sí, a ver cómo te lo explico. Es difícil ser persona. ¿No lo has notado?

—Ni que lo digas —respondió Maya—, pero... ¿en qué estás pensando, concretamente?

Texas negó con la cabeza y miró hacia el bosque.

—A veces parece que todo sea cuestión de no beber demasiado alcohol. Y a veces parece que todo sea cuestión de beber alcohol. Simplemente, da la sensación de que todo sea siempre cuestión de alcohol, y entonces, ¿qué más da, realmente?

Maya asintió con la cabeza.

—Puedo entender lo que dices. Creo. Y a lo mejor no ayuda que te dé en la cabeza un chaval de ciento treinta kilos.

—No, no ayuda. Tienes razón. Por otra parte, los golpes en la cabeza te los llevas siempre.

Siguieron charlando de cosas sin importancia mientras Maya hacía las fotos. Texas se puso a hablar de los últimos sucesos acontecidos en la turbera.

—Intento no pensar en lo que pasa ahí fuera. Ya no puedo con ello. La policía ha estado aquí preguntando, y los periódicos... Ayer envié a *Morgan* a atacar a una fotógrafa que se escondía entre los matorrales. Corría detrás de ella con las alas abiertas, así. —Levantó los brazos y dio unos pasos hacia delante.

—¿En serio? —preguntó Maya.

—En serio.

—Vaya espectáculo. —Maya se echó a reír e inició una nueva vía—: Por cierto, ¿por casualidad has ido a la turbera a cavar?

—No, por Dios. ¿Por qué lo preguntas?

—Encontraron un agujero. Pero luego desapareció.

—¿Un agujero desaparecido?

—Sí, podría decirse así.

—¿Dónde lo has oído?

—Trabajo... también trabajo como fotógrafa para la policía —dijo Maya a su pesar y se preparó para una reacción negativa, pero Texas se limitó a arquear las cejas y asentir con la cabeza.

—Vaya, vaya. Mira tú por dónde.

Una hora más tarde, tras una taza de café y una disculpa por no tener ni whisky ni cerveza para invitarla, Maya estaba lista para marcharse.

—Por cierto, buena música —dijo—. Mi padre escuchaba a Kris Kristofferson cuando yo era pequeña.

—Sí, hay que escuchar a Kris por lo menos una vez al día. Si no, no consigues hacer nada. Aunque ni así se consigue, suelo decir yo.

Sacó una cajita de tabaco de liar e invitó a Maya, que negó con la cabeza. Después, Texas amasó un pellizco con tres dedos y se puso el cigarrillo debajo del labio superior.

—Si no, escucho música country, sobre todo. Waylon y Willie y los chicos. Townes. Aunque a veces escucho otra cosa, un ratito de Lars Demian. Luego vuelvo bastante rápido. A la realidad, quiero decir. —Comenzó a caminar de vuelta hacia la casa—. De lo que se trata es de no alejarte mucho del precio de los lechones, como decía un diputado del partido del centro.

—¿El precio de los lechones?

—Sí, eso mismo. En realidad, las cosas no funcionan si uno se olvida del precio de un cerdo. —Apoyó la mano en la barandilla de la escalera—. Bueno, tengo que volver a las horas de la higiene antes de que mi novia venga a casa. Para poder decir que he hecho algo en todo el día. Pero ¿qué te quería decir? Ah, sí: si quieres saber más sobre Mossmarken tendrías que hablar con Göran Dahlberg. Tiene mucho que contar. Al menos más que yo.

No llegaron a tiempo.

Nathalie estaba en la ventana del piso de arriba viendo a Peder y a Yvonne salir corriendo en ropa interior hacia la tierra encharcada tras Tracy. Sus gritos desesperados, sus tropiezos, caían y volvían a ponerse en pie para, finalmente, ver a su hija desaparecer bajo la superficie del agua. Entonces se lanzaron de cabeza a la ciénaga y ellos mismos estuvieron también a punto de hundirse.

Nathalie cerró la ventana mientras veía que Julia caía de rodillas al tiempo que parecía ponerse a gritar. Pero ya no oía ningún sonido. Probablemente se debía a las nuevas ventanas que habían puesto el pasado año. Triple cristal, recuerda que les explicó su padre. Que ellos también se los habrían puesto si se lo hubiesen podido permitir. Que así podías reducir la factura de la luz notablemente.

Nathalie bajó con cuidado hasta el vestíbulo y marcó el número de su casa. Su padre contestó medio dormido.

—Ha ocurrido algo aquí —susurró ella mientras se aguantaba las ganas de llorar—. Tenéis que venir.

Sus padres llegaron al patio en el Volvo negro al mismo tiempo que la policía y la ambulancia, entraron corriendo en la casa y la abrazaron, como si hubiera sido ella la que había corrido peligro.

Más tarde llegaron los buzos y algunos familiares. Peder e Yvonne tuvieron que indicar el lugar donde habían visto desaparecer a su hija. Durante un par de horas los buzos se dejaron la piel en las turbias aguas.

Pero no dieron con ella.

Yvonne corría de un lado para otro y parecía que estuviera quitándose el barro del cuerpo con caricias bruscas y perseverantes. Peder estaba de cuclillas un poco apartado, de espaldas a todos ellos y con la cabeza hundida entre las rodillas.

Para Nathalie todavía era como si la realidad estuviera detrás del cristal. Como si lo viera todo en una pantalla sin sonido. No despertó hasta que uno de los policías empezó a hacerle preguntas sobre lo que había visto.

—No sé —dijo con voz tenue—. Tracy estaba deambulando, y luego ha caído dentro. Estaba bastante lejos. No la veía bien. Se ha metido en el agua, sin más.

Ella tampoco entendía por qué, pero no se atrevía del todo a explicar lo decidida que Tracy parecía. Quizá porque era incomprensible.

—¿Se ha caído al agua? —preguntó el policía—. ¿Crees que puede haber tropezado?

—Sí, creo que sí. Es lo que me ha parecido.

Después, el breve y taciturno trayecto en el coche. Su padre agarrado fuertemente al volante, su madre Jessica suspirando profundamente, y el aire que parecía no dar para todos.

Cuando llegaron a casa se abrazaron un rato largo y después se quedaron dormidos juntos en la cama de matrimonio.

Sin embargo, Nathalie no podía dejar de pensar en Julia. ¿Quién iba a abrazarla a ella? ¿Qué iba a pasar ahora?

Nunca encontraron el cuerpo de Tracy. Se supuso que había desaparecido en la oscura ciénaga. Había sido fatigoso para los buzos conseguir ver y avanzar, y aunque se mostraron sorprendidos por no haber hallado el cuerpo, tampoco era del todo inesperado. Las circunstancias eran muy difíciles.

Tiempo después, una colecta comunitaria financiaría una nueva investigación, de carácter privado, ya que por parte de las autoridades no se consideraba viable continuar de manera provechosa. Finalmente, la familia tuvo que admitir que tampoco los nuevos esfuerzos conducían a ninguna parte.

Nathalie y Julia tardaron semanas en volver a hablar. Nathalie no entendía por qué. Ella quería ir a verla o llamarla, pero sus padres dijeron que la familia de Julia necesitaba estar tranquila.

Después empezaron las colonias de balonmano y las dos iban a participar, pero Julia no apareció. Eso hizo que se hablara mucho de lo que le había ocurrido a su hermana. Nadie parecía ser consciente de que Nathalie estaba presente cuando pasó, y ella tampoco dijo nada.

Cuando Julia, por fin, se puso en contacto con ella y volvieron a verse, Nathalie hizo lo que estuvo en su mano para que se sintiera lo más cómoda posible. Intentaban quedar y solo hablar, salían a correr juntas, cualquier cosa. Sin embargo, entre ellas ya nada era como antes.

Nathalie se dio cuenta de que las dos pensaban que sus fantasías de fantasmas y los juegos en la turbera se habían tornado reales.

El funeral fue tan triste que Nathalie no pudo comer nada en varios días. La amiga de Tracy, Angelica, cantó *Amazing Grace* de tal manera que hasta el cura lloró.

Además, fue la primera y única vez que Nathalie vio llorar a su padre. Eso la asustó. Tuvo la sensación de que el fin del mundo estaba cerca. Y en cierta manera así era, al menos para ella, aunque en ese momento no tenía ni idea de ello.

En lugar de un ataúd había una mesa con una foto de Tracy al fondo de la iglesia. Peder e Yvonne apenas podían caminar, parecía que les costara incluso respirar, y se tenían que apoyar el uno en el otro. Julia iba unos pasos

más atrás, parecía muy sola; como si se esperara que pudiera cuidar de sí misma, a diferencia de sus padres, que se tenían el uno al otro. Nathalie había oído que les habían dado pastillas para tranquilizarse. Para poder aguantar. Se preguntaba qué hacía aguantar a Julia.

—Ahí está —oyó Nathalie susurrar a un hombre a su lado en el banco de la iglesia cuando un chico de unos treinta años se acercó a la foto para despedirse—. El de la camisa verde oscuro. Era él con quien estaba saliendo. Por lo visto, había conocido a otra, pero no parece que haya venido con ella. Menos mal.

El chico era el único que no estaba llorando, su dolor parecía de otra índole. Nathalie vio que dejaba algo sobre la mesa. No era una flor, era otra cosa. Cuando le tocó a ella acercarse, aprovechó para mirar de reojo. Era una nota con un texto escrito a mano. Reconoció las palabras. Era parte la letra de una canción de Bob Dylan, comprendió tiempo después, seguida de una frase en sueco.

*She takes just like a woman
She makes love just like a woman
She aches just like a woman
But she breaks just like a little girl.
Nunca quise hacerte daño.*

Tras la ceremonia, Julia hizo como si no se conocieran de nada. Se iba cada vez más con otra chica que parecía muy feliz de tener a Julia de amiga. Nathalie las veía a veces yendo juntas en bicicleta.

Nathalie estaba afligida. Era la primera vez en su vida que se sentía realmente sola. Era como si el mundo le hubiera dado la espalda, como si algo grande tapara la luz que iluminaba el mundo e hiciera que todo se volviera frío y oscuro.

No sabía que la tragedia de Tracy no había sido más que el principio.

No sabía que solo había sido una sacudida previa, un mero trueno retumbando en la lejanía.

Maya se despertó agotada. El día anterior había sido muy largo. Hoy iba a hacer otra visita a Mossmarken, a casa de Göran Dahlberg. «Por fin.»

La noche anterior, nueve personas habían estado sentadas en la cocina de Laila Börjesson. Además de Laila, su madre Johnny y sus hijos con sus respectivas parejas, asistió un conocido del pueblo vecino que, por lo visto, había ayudado a poner la gravilla del patio. Uno de los muchos favores de vuelta que Laila había acumulado a lo largo de los años.

Maya había llevado un roscón de la pastelería de Fengerskog en torno al cual se sentaron. Después les hizo algunas fotos y más de una hora más tarde volvió a casa. Laila y Johnny se levantaban a las cinco para ocuparse de los animales y después se iban a sus trabajos oficiales, y luego les tocaban otra vez los animales. Así era su vida.

Se estiró hacia su mesilla de noche para mirar el móvil. Le parecía haberlo oído vibrar varias veces durante la noche. Había cuatro SMS de Tom.

Soltó un suspiro.

En el primer mensaje había enviado una cita del libro de Susan Sontag, *On Photography*. «He pensado en ti al leer esto —decía—. Es como si pudieras haberlo dicho tú.»

Maya debía de saberse de memoria cada línea relevante del libro, aun así lo leyó.

«Las fotografías son un modo de apresar una realidad [...] No se puede poseer la realidad, se puede poseer (y ser poseído por) imágenes [...] No se puede poseer el presente, pero se puede poseer el pasado.»⁴

En el otro SMS cuestionaba en tono de queja ascendente su falta de respuesta. Se dejó caer en la cama. No había tenido tiempo, así de sencillo.

«¿Qué quieres realmente de mí? ¿Por qué te comportas así?», decía en el último, enviado a las 03.14.

Maya tecléo una respuesta.

«*Sorry*, he estado muy liada. Quiero compensarte. Quizá podrías venir alguna noche a tomar una copa. Los dos solos.»

«Los dos solos.» Sabía que Tom que estrujaría esas palabras. Sabía que iba a interpretarlas como algún tipo de promesa, un mundo entero de implicaciones a su favor.

Hacía semanas que Maya no hacía la compra, pero otros habían ido llenando su nevera. Había diversas salsas, verduras frescas, judías cocidas, quesos curados y diversas exquisiteces de las últimas fiestas improvisadas.

Se tostó una rebanada de pan, le untó paté de aceitunas y la puso en un plato con rodajas de aguacate y brotes de alfalfa. Después se hizo un expreso con leche batida por encima y se sentó con el periódico *Dagens Nyheter* en la sala de estar.

Man Ray se deslizó por el suelo hasta ella, un gato de bosque noruego que le había dado Ellen como regalo de bienvenida. Maya notó que se ponía contenta.

Unos horas más tarde puso su equipo en el maletero del coche y se fue camino de Mossmarken.

Justo cuando estaba delante de la casa de Göran Dahlberg frenó en seco y dio marcha atrás.

«Un buzón.» Podría haber pasado de largo la entrada. Tiempo atrás, allí había habido un camino, pero ahora estaba todo cubierto de maleza. No

obstante, al fondo vio una casa y un coche oxidado. La naturaleza se había adueñado de aquello.

En el buzón ponía NORDSTRÖM con letras pálidas y ceremoniosas.

Allí era donde debió de vivir Nathalie, que se apellidaba Nordström cuando era pequeña. Maya había leído en las diligencias de la policía lo que había ocurrido, el «suicido extendido» que había tenido lugar en la casa. Había leído que cuando llegó la patrulla Nathalie estaba sentada dentro del coche. Que sus padres estaban tumbados en un charco de sangre en el suelo de la cocina. Que su padre tenía la escopeta en la mano.

En los periódicos todo había sido descrito como una tragedia familiar, sin más detalles. Sin embargo, Maya recordaba todavía el shock y cómo la historia había tenido repercusión en toda la zona. Todo el mundo se preguntaba qué podía haber empujado a un padre a tomar la fatal decisión de quitarse la vida y la de su mujer, dejando sola a una niña de doce años.

Metió primera y continuó hacia la siguiente entrada. «Mossmarken es un lugar atormentado —pensó—. Ese tipo de historias nunca abandonan a quienes las han vivido, sobre todo a los que en su momento eran niños. Deben de marcarse. Abrir nuevos caminos en la conciencia de uno.»

La casa de Göran Dahlberg era de madera marrón oscura de dos plantas, con un gran jardín lleno de vegetación medio marchita. En el aparcamiento había una furgoneta blanca y una bicicleta apoyada en un poste.

Cuando Maya salió del coche sintió frío. En breve, el otoño pasaría a ser invierno.

—Hola.

Maya dio un respingo. El hombre había estado junto a la casa todo el tiempo, una figura alta, delgada y vestida con una chaqueta de punto de lana gastada y pantalones del mismo color marrón de la fachada.

—Hola —respondió ella—. Perdona, no te había visto. —Se le acercó con la mano extendida—. Maya.

—Göran —dijo él adelantándose un paso y sobresaliendo del fondo marrón.

—Soy fotógrafa y estoy haciendo algunas imágenes por la zona —explicó Maya—. Doy vueltas con el coche y hablo con la gente que vive por los alrededores.

—De acuerdo —respondió Göran.

—Qué bonito tienes todo esto —dijo Maya mirando el entorno.

—Es como es. Final del camino. «Fin del mundo», dirían algunos.

—Parece que son muchos los que se han marchado de aquí —dijo Maya haciendo un gesto hacia el camino—. Muchas casas parecen cerradas a cal y canto.

—Sí —respondió él—. Sería raro si no fuera así. —Maya lo miró interrogante—. Este lugar no es un buen sitio para vivir —le aclaró él.

—Pero tú vives aquí.

Se encogió de hombros.

—Sí, vivo aquí. Soy como mi jardín: salvaje. Si no, no sería persona. —Se la quedó mirando—. ¿Y cómo es que estás interesada en hacer fotos de por aquí?

—Trabajo a tiempo parcial como fotógrafa de la policía y hace poco que vine por aquí estando de servicio. Supongo que estás al caso de lo ocurrido.

—Claro que sí. Pero como fotógrafa de la policía no tienes ningún motivo para visitar las casas, ¿no?

Sintió que le subían los colores y enseguida se arrepintió de haber hablado de su trabajo extra. Estaba bastante acostumbrada a tirar adelante cuando sus intenciones eran algo difusas.

—No, claro. Pero también soy artista y estoy trabajando en un proyecto de fotografía. Me interesa Mossmarken, también todo lo histórico. He estado en

el museo de Karlstad, he visto a la Muchacha de los Arándanos y quiero saber más. Parece que eres la persona indicada.

—¿No me habrás confundido con Peder Larsson, que fue quien encontró a la Chica de los...?

—No, hablé con Nathalie y ella me sugirió que hablara contigo.

La mirada de Göran se hizo más intensa.

—¿Conoces a Nathalie?

—No puedo decir que la conozca. Solo la he visto un par de veces. Una chica muy agradable.

Él asintió en silencio y pareció deliberar algo consigo mismo.

—¿Quieres un poco de café?

Maya esbozó su sonrisa más amable.

—Me encantaría.

Göran la hizo pasar a la casa y la guio hasta una habitación con paredes de madera oscura y librerías pesadas.

—Adelante, siéntate.

Él se fue hasta la cocina y Maya oyó de inmediato el sonido de la cafetera. Miró a su alrededor y dejó vagar la mirada sobre los lomos de los libros. Le pareció ver títulos en árabe, hebreo, español, ruso, pero también títulos en inglés como: *The Anatomy of a Ghost* y *A Study of the Unknown*.

Al cabo de un momento él regresó con dos tazas y un plato con galletas.

—¿Sabes que Nathalie vivió aquí al lado?

—Sí.

—¿Y sabes lo que le pasó a sus padres?

—Sí. Entonces yo vivía en Åmål. Fue bastante comentado. Pero ¿tú los conocías?

—Sí, claro, un poco; éramos vecinos. Aunque era con Nathalie con quien mejor me llevaba.

—Perdona que te lo pregunte, pero ¿estabas en casa aquel día? ¿O aquella noche?

—¿Quieres decir cuando ocurrió?

—Sí.

—Duermo profundamente —dijo Göran—, siempre lo he hecho. No me desperté hasta media mañana, cuando ya había sucedido todo. Ya se habían hecho cargo de Nathalie y ya no volvió nunca más, hasta ahora. —Se pasó la servilleta por los labios.

Maya hubiera querido preguntarle más cosas sobre Nathalie y el suceso, pero no se atrevió a arriesgarse a echar al traste la confianza que parecían estar entablando. Así que continuó hablando de su proyecto fotográfico y de su encuentro con los Larsson. Discutieron sobre la importancia de guardar cosas o de deshacerse de ellas. Después, ella señaló las librerías con la cabeza.

—¿Te interesa lo... sobrenatural?

—Bueno, se podría decir —respondió él escuetamente, dándole un bocado a una galleta.

—¿Siempre te ha interesado?

Él ladeó la cabeza.

—No, no siempre. Hubo un tiempo en que trabajé de profesor. De física teórica.

—Vaya —dijo Maya sorprendida—. ¿En qué campo?

—Teoría de cuerdas. Mecánica cuántica.

—Interesante —respondió ella—. ¿Es verdad que el 99,99 y más por ciento de toda la materia es vacío?

Él sonrió.

—Estás puesta en el tema.

Ella arrugó la nariz y negó con la cabeza.

—No mucho.

—En todo caso, sabes más que la mayoría —replicó él dejando la taza—. La cuestión es que el vacío es más bien el cien por cien. Ni siquiera el núcleo atómico, sobre el cual supongo que tienes tus reservas, tiene en verdad ningún volumen a nivel fundamental. Sin embargo, quizá sea importante señalar que no es un vacío propiamente vacío. Hierve, forma burbujas, fluctúa, ocurren cosas en todas partes constantemente. El llamado «vacío» contiene infinitas posibilidades para que surjan las partículas. Lo contiene todo y nada a la vez. Pero es un poco difícil... comulgar con ello. En la vida normal, por así decirlo.

Maya sonrió.

—En ese caso, quisiera leerte una cosa —dijo cogiendo el móvil—. Vamos a ver... aquí está.

Empezó a leer:

—«La vacuidad no es la nada total, no quiere decir que nada exista en absoluto. Lo que quiere decir es que las cosas no existen en el modo en que lo suponen nuestras mentes lógicas. La vacuidad está en el corazón de todas las cosas, seres y sucesos, y nada de lo que vemos, oímos o somos es único: todo es una conjetural expresión del continuo y cambiante paisaje».⁵

Se guardó de nuevo el móvil.

—Sí, más o menos es eso, aunque dicho así suena mejor —dijo Göran sonriendo agradecido—. Es la mecánica cuántica en una cáscara de nuez. ¿De dónde has sacado ese texto?

—Es la descripción del vacío como la realidad esencial —respondió ella e hizo una pausa—, en la filosofía budista.

—¡Ja, ja! —Göran la señaló con el dedo y rio—. ¡Ahí me has dado!

—Y uno se pone en contacto con esta realidad aquietando la mente —continuó ella—. Como en la meditación, por ejemplo. Así que quizá sea dentro

de uno mismo donde hay que buscar para tener una experiencia directa de las leyes de la mecánica cuántica o la base de la existencia.

—Puede ser —respondió Göran arqueando las cejas y tomando un sorbo de café.

—Bueno —dijo Maya—, continúa. ¿Cómo es que dejaste la física?

—Nos vinimos a vivir aquí. Y mi atención, cómo decirlo... se desvió. Fue a finales de los años ochenta. ¡Dios!, cómo pasa el tiempo. Dentro de poco hará treinta años.

—¿Qué ocurrió?

—¿Qué ocurrió? Bueno, ¿cómo te lo diría? Al cabo de un tiempo me di cuenta de que en este lugar... había algo que no estaba como tenía que estar.

—¿Qué quieres decir?

—Supongo que al principio era una simple sensación, pero después empezaron a ocurrir cosas. Cosas más concretas.

—¿Como qué?

Göran abrió los brazos.

—Desapariciones. —La miró de soslayo—. Es eso por lo que estás aquí, ¿no? Seguro que es de eso de lo que quieres hablar.

Maya acomodó el cuerpo y asintió lentamente con la cabeza.

—Hace tiempo que sospecho que las diversas desapariciones que han tenido lugar en esta parte del país tienen que ver con Mossmarken —admitió Göran.

—Sí, he oído que tienes esas sospechas.

—He llamado a la policía un montón de veces, pero no me hacen caso. Me imagino que me habéis incluido en vuestro registro de locos y que cuando aparece mi número empieza a parpadear una luz roja. Al menos hasta ahora, porque la verdad es que en su momento también le di el soplo a la policía para que buscara a Stefan Wiik por aquí.

—Pero ¿qué otras personas han desaparecido, según tú, y cómo es que crees que han desaparecido justo aquí?

Se levantó, salió de la sala y volvió enseguida con un grueso sobre.

—Ahora verás —dijo y esparció unas veinte hojas tamaño A4 sobre la mesa.

En cada hoja había un nombre, una edad, una fecha de desaparición, todo detalladamente indicado, así como fotografías y recortes de prensa. Maya se inclinó hacia delante y paseó la mirada sobre la mesa. Se detuvo sobre una de las fotos.

Stefan Wiik.

Varios años enterrado, pero aún se le podía reconocer.

—De este chico seguro que has oído hablar —continuó Göran levantando un papel con una imagen de un niño sonriendo abiertamente—. Desapareció un día estando de excursión en la zona, hace diez u once años, y nunca lo han encontrado. Unos años antes desapareció una mujer alemana de mediana edad que, según se creía, visitó Mossmarken justo antes de esfumarse. Al cabo de un tiempo se suspendió la búsqueda y se llegó a la conclusión de que debía de haber vuelto al continente. Sin embargo, sus parientes todavía no saben dónde está. Y así ha seguido. Mossmarken ha figurado en la periferia de infinitos casos, pero nadie le ha dado importancia al patrón.

Se detuvo un momento y luego continuó en voz baja.

—Por el contrario, para mí el patrón se ha hecho cada vez más evidente. He estado leyendo, me he interesado más y más por... cómo decirlo... las supersticiones de los tiempos antiguos. Historias de cosas que en principio no se pueden explicar. He estudiado teorías de las fuerzas malignas, espectros, fantasmas, si quieres llamarlo así. Tan solo creyendo una pizca minúscula de lo que hay ahí, quizás esas desapariciones no resultarían tan incomprensibles. Pero claro, me he convertido en un alguien incómodo. Este interés está

completamente en contra de mi trabajo como profesor y no he puesto un pie en la institución desde hace muchos años. Supongo que mi reputación puede considerarse bastante baja.

Maya se inclinó hacia delante. Entre todos los papeles y documentos había una gruesa carpeta que Göran no había tocado.

—¿Y esto qué es? —preguntó haciendo un gesto hacia la carpeta.

—Son... investigaciones que he hecho sobre... mi mujer. Ella también desapareció. Poco después de que Nathalie y su familia se vinieran a vivir aquí.

—Ah, sí, algo he oído.

—No me gusta mucho... hablar de ello, si no te importa. Hay mucha gente que piensa que se largó y punto.

—¿Y no fue eso lo que hizo?

Göran se la quedó mirando.

—Como he dicho, prefiero no hablar de ello.

Maya se estiró.

—De acuerdo, lo entiendo. Aunque, si ya no estás en la universidad, ¿de qué vives? No creo que el sector fantasmas sea muy rentable.

Él sonrió.

—No te imaginas. Hay montones de revistas en el mundo que, de diversas formas, escriben sobre fenómenos sobrenaturales. Yo he escrito la mitad de ellos. En distintos idiomas. «Rentable» quizá no sea la palabra, pero me las arreglo.

—¿Quieres decir que... cómo lo digo... crees en los fantasmas?

Göran soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Nathalie solía preguntarme lo mismo. Por aquel entonces yo apenas sabía nada del tema y nunca supe qué contestarle.

—Pero ¿ahora sabes?

—Bueno, ahora llevo casi tres décadas dedicándome a esto, y cuando se estudia algo de forma intensiva, al final, espero, adquieres ciertos conocimientos. Además, más o menos he desarrollado una relación con los fantasmas de este lugar. Al fin y al cabo, son mis vecinos. Hay largos períodos en que solo los veo a ellos.

Maya sintió que se ponía un poco tensa. Era cierto que se entretenía con la locura de Göran, pero al mismo tiempo había algo en sus formas que la hacían sentirse fatal, que hacía que ya no lo viera tan inofensivo.

«Los locos inteligentes son los más peligrosos.» No recordaba dónde lo había oído. ¿Había sido Leif?

—Entonces, ¿a qué conclusión has llegado? —preguntó Maya.

Él ladeó la cabeza y la miró fijamente. Después se levantó, salió a buscar la cafetera, llenó las tazas y se volvió a sentar.

—Si las personas somos diferentes cuando estamos vivas, no es nada comparado con cuando morimos. Lo que nosotros llamamos fantasmas pueden ser fenómenos completamente distintos. Creo que es el lugar y su historia lo que decide la forma que toman los eventuales espectros.

—¿Y en este lugar? —preguntó Maya—. ¿Cómo describirías a los fantasmas que crees que visitan Mossmarken?

—He conocido a los que... ¿cómo decirlo? Han ensamblado basura humana de cualquier manera.

Maya se reclinó.

—Vale.

—Imagina a un persona cuando el cuerpo y el alma se han ido. Lo que queda. La basura.

—¿Qué quieres decir? —dijo Maya.

—Pensamientos vacíos de contenido que no encuentran su casa. Sufrimiento eterno sin dolor. Recuerdos borrados que se encallan. Cosas así.

—Pero —replicó Maya—, lo que describes no es... ¿nada?

Göran parecía satisfecho.

—Exacto. Es justo por eso que digo que es una contradicción decir que los fantasmas existen. Porque los fantasmas son una negación, una oquedad. Pero esta oquedad, esta carencia, puede disponer de una enorme fuerza. Una especie de... hambre. Creo que fue lo que yo sentí cuando me vine a vivir aquí y lo que despertó mi interés desde el principio.

—¿Y dices que esos espectros, que no existen, tienen que ver con los desaparecidos? —preguntó Maya.

Él la miró con ojos entornados.

—¿Qué crees tú?

Se quedaron un momento en silencio. Maya sintió que algo empezaba a moverse en su interior. No debía tardar en salir de allí.

—Es que no lo entiendo bien, pero ¿quieres decir que... tienen hambre de... gente viva?

—Sí, ansían el cuerpo y el alma del que han sido despojados.

Göran se inclinó hacia Maya y la miró a los ojos. Sus pupilas se ensancharon cuando bloqueó la luz.

—El problema es que, dado que los espectros también carecen de cerebro, no pueden entender que en el momento en que sus víctimas mueren, no pueden hacerse ni con su cuerpo ni con su alma. Por el contrario, se crea un nuevo espectro, que también exige su víctima. Completamente ilógico. Pero cuando se trata de fantasmas no puedes esperar lógica alguna. Es lo único que puedo decir con completa seguridad.

Maya cerró los ojos e intentó que los hilos de su pensamientos fueran juntos.

—Entonces, ¿quieres decir que los que eventualmente estén enterrados por aquí, por una parte son como la Muchacha de los Arándanos, que fue

sacrificada con la intención de aplacar a los dioses, y por otra parte son los que la tierra se ha tragado, atraídos por los que ya estaban muertos?

—Sí, aunque en nuestros tiempos supongo que solo se trata de los últimos. Hoy en día ya no se hacen sacrificios humanos.

Maya se quedó de piedra y los músculos de su cara se contrajeron. Había olvidado que la mayor parte de la gente desconocía las circunstancias en torno a Johannes Ayeb y Stefan Wiik.

—¿O sí? —preguntó Göran, quien parecía haberse percatado del cambio en Maya. La observó un momento y se pasó el pulgar por los labios—. ¿Sacrificios humanos? —susurró—. ¿Creéis que Stefan Wiik ha sido sacrificado?

—No puedo entrar en detalles... —Abrió los brazos y exclamó—. ¡Lo siento!

—No necesito que digas nada, lo veo en tu cara. ¿Qué habéis encontrado en su tumba? ¿Herramientas? ¿Joyas? ¿Otros objetos? ¿Dinero?

Ella lo miró suplicante, pero él parecía haber sacado ya sus propias conclusiones.

—Es lo que siempre he dicho, que puestos a sacrificarlos es mejor enviarlos con lo máximo posible.

—¿Con quién has hablado de esto? —preguntó Maya.

—¿Con quién he hablado? Me he dedicado a esta actividad durante casi treinta años, ¿con quién no he hablado?

Göran pareció recomponerse.

—¿Te puedo preguntar otra cosa? —preguntó él con la voz apasionada—. Si has estado en el museo de Karlstad quizá sepas que a veces clavaban estacas a través de los cuerpos sacrificados para que permanecieran en el sitio y tal vez también para que no pudieran volver a andar. Por lo visto, no hay nada más que bases anecdóticas sobre por qué lo de la estaca realmente frena

a los espectros, pero tengo que preguntártelo: ¿Ese hombre que habéis encontrado, el de Brálanda, puede ser que estuviera... pues eso, atravesado por una estaca?

Maya sintió que se habían intercambiado los papeles. Ahora era él quien quería algo de ella.

—Si es el caso, supongo que ese tipo de información no tardará en salir en la prensa —respondió—. Pero hasta entonces, tendrás que tener paciencia. —Él se encogió de hombros—. Pero escucha —continuó ella—, los espectros estos: ¿qué aspecto tienen, según tú? Físicamente.

—Bueno, no como nos imaginamos los fantasmas, si es lo que crees. Nada de hombres y mujeres transparentes, aunque lo cierto es que he oído decir que las imágenes de los muertos aparecen en el agua. La única forma física en que probablemente yo los haya visto... es humo o niebla. Que se mueve serpenteando. Alrededor de su víctima.

—¿Los has visto?

—Hace mucho tiempo. Supongo que fue eso lo que me hizo tomármelo en serio. Como físico, sobre todo me costaba imaginar que algo sin cuerpo pudiera materializarse.

—Pero ¿qué viste?

—Un gallo lira. Era una mañana muy temprano. Lo vi antes de que él me viera a mí y avancé con cautela para poder seguir mirando. Sacó pecho, como suelen hacer los gallos, después empezó a mover las alas como si sintiera pánico. Y fue absorbido hacia abajo. Fue cuando vi aquel serpenteo de humo. Fue literalmente engullido por la tierra. Me quedé en shock.

—Quizá fuera una zona donde había mucha agua. A lo mejor se hundió, simplemente —replicó Maya.

—Cabía pensarlo, pero no fue así. Después, no pude dejar de ir a mirar. Era una zona de tierra bastante firme.

—Aunque esto contradice un poco tu teoría de que los fantasmas tienen hambre de personas con un cuerpo y un alma porque ellos mismos carecen de ello.

—Sí, qué sé yo. Quizá no tiene por qué ser una persona. Un gallo tampoco está mal. Lo dicho, no cuentes con la lógica cuando se trata de fantasmas. —Se levantó—. ¿Vamos a dar una vuelta? Hay algo que quiero enseñarte.

Maya sintió un vahído interno.

—¿Allí fuera? ¿En la turbera? —preguntó.

Él asintió brevemente con la cabeza.

Llamaron a la puerta. Dos golpes fuertes. Nathalie se había sentado a la mesa de la cabaña y acababa de encender el ordenador.

Abrió la puerta con cuidado y vio a Alex, el conserje, con una caja de herramientas en una mano.

—La puerta —dijo señalando—. La cerradura.

—Eso es —respondió Nathalie—. Va dura, a veces parece que no se vaya a poder abrir, como si la llave fuera otra.

En vez de responder, Alex se limitó a poner la caja de herramientas en el suelo de la entrada y comenzó a trabajar.

Nathalie lo observó un momento y después volvió sin prisa a la habitación y se tumbó en la cama. Escuchó el leve zumbido del destornillador eléctrico al girar, el ruido de metales, los golpes amortiguados contra el marco de madera y la puerta. Había algo relajante en los sonidos, algo casi hipnótico.

Al cabo de un rato sonó el móvil. «Laboratorio.» Seguro que tenía que ver con las muestras que había enviado hacía unos días.

—Sí, soy Nathalie Ström —dijo notando directamente que algo no iba como debía. La mujer al otro lado de la línea buscaba las palabras para explicar lo que tenía que decir.

—Estamos un poco... confundidos con el resultado de los análisis. Así que he pensado que debía explicártelo antes de enviarlos.

—De acuerdo —respondió Nathalie sorprendida—. ¿De qué se trata?

—Debe de haber algún error en las muestras. No encontramos ningún contenido de los elementos que estás buscando: nitrógeno, óxido nitroso y

metano.

Nathalie casi se echó a reír.

—¿Qué dices? He hecho lo que hago siempre. Es imposible.

—Lo siento, pero no hay ningún indicio.

—¿De ninguno? —preguntó Nathalie.

—De ninguno.

Sintió que se le secaba la boca. Pensamientos oscuros afloraron a la superficie.

«Lo han hecho mal —pensó—. El laboratorio ha cometido algún error. O Johannes, cuando extrajo las muestras.

»No, son los espectros, es lo que hacen. Hacen desaparecer todo lo demás.»

—¿Perdona? —dijo la mujer.

—No he dicho nada —respondió Nathalie enseguida.

—¿Desaparecer? —preguntó la mujer al otro lado—. No entiendo.

—He dicho que lo miraré. Enviaré nuevas muestras dentro de unos días. O me las apañaré como pueda, ya se solucionará. Adiós.

Cortó la llamada antes de que a la mujer le diera tiempo de contestar. Sentía cómo le ardían las lágrimas tras los párpados y que el cansancio se apoderaba de ella. Después se reclinó y cerró los ojos. Quizá se quedó dormida.

Cuando abrió los ojos había una figura justo a su lado, alto como una casa.

Dio un respingo y soltó un grito.

—¡Dios! —exclamó cuando se dio cuenta de quién era—. Alex. Qué susto me has dado... Había olvidado que estabas aquí.

—Ya he acabado —respondió él.

Se sentó y le dijo:

—De acuerdo, pues ya está. Gracias por la ayuda.

Él no se movió del sitio. La luz lo enfocaba desde atrás, de manera que parecía una gran sombra con dos ojos blancos.

—Mil gracias por la ayuda —intentó de nuevo.

Entonces ocurrió algo. Fue como si todo él cambiara. Como si su mirada ausente se tornara de lo más clara por un instante.

Nathalie sintió un escalofrío. ¿Alex era... normal?

Pero él tan solo la miró, quizá sonrió un poco. Después, se dio la vuelta y se marchó.

Maya y Göran siguieron un estrecho camino con bosque ralo a ambos lados. Durante la primera media hora se cruzaron dos veces con alguien: primero un grupo de cinco jóvenes y un poco más tarde dos mujeres y un hombre de unos treinta años. Tuvieron que pasar de lado para poder cruzarse en la pasarela.

—Esto suele estar completamente vacío—murmuró Göran—. Es curioso lo que puede hacer un cadáver.

Maya no era ajena del todo a la fuerza de atracción de los lugares donde se había cometido algún crimen. Muchos querían sentir el ambiente, ver el lugar con sus propios ojos. Sospechaba que en el caso actual los viejos rumores e historias sobre la turbera también tenían que ver.

Se pararon ora aquí ora allá para que Maya pudiera sacar algunas fotos.

No hizo ninguna buena. Se sentía forzada, tensa. Tampoco estaba cómoda trabajando en compañía de Göran. No sabía por qué, las demás personas no eran casi nunca un inconveniente, pero había algo en la atmósfera en torno a él. Además, los zapatos que llevaba no eran los adecuados, tenía los pies empapados y fríos.

—Es interesante ver cómo trabajas —le dijo—. Creo que yo me he vuelto ciego para todo.

—Sí —respondió Maya—. Es fácil que eso ocurra.

Siguieron andando un rato en silencio.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —dijo Maya—. ¿Qué sabes de lo que le ocurrió a la hija mayor de los Larsson?

—¿Tracy? No mucho. Nadie ha querido hablar de ello. Lo que sé es que de vez en cuando se ha hecho la broma de que los espectros se la llevaron —dijo negando con la cabeza—. La gente es idiota. Bromear con esas cosas.

—Pero ¿tú realmente crees que fueron los espectros los que se la llevaron?

—Es posible, aunque no tengo controlado el tiempo que hizo aquel día.

—¿El tiempo? —se extrañó Maya.

—Hay una teoría que dice que los fantasmas señalan a sus víctimas con cambios bruscos de tiempo —respondió Göran—. O al revés, que es el mismo proceso de sacrificio lo que afecta al tiempo. Lo típico es que se levante mal tiempo. Cuando la víctima es señalada, todo vuelve a la calma de repente.

—No entiendo, ¿qué tiene que ver el tiempo con todo eso?

Göran suspiró.

—Te concentras en las cosas equivocadas. O, mejor dicho, haces las preguntas incorrectas.

Maya sintió un escalofrío. Göran era muy convincente. Como si estuviera realmente cien por cien seguro de sus propias ideas. Tan seguro que ni siquiera reflexionaba en cómo podían sonar a oídos de los demás.

—Pero ¿y tú qué? —inquirió Maya—. ¿Y los Larsson? ¿Y los que tienen la mansión? ¿Los que vivís alrededor de la turbera no deberíais estar en la zona de mayor riesgo para ser elegidos alguna vez?

—Sí, y supongo que fue eso lo que le sucedió a Tracy. Los demás quizá solo hemos tenido suerte. Aunque tú misma has visto todas las casas vacías que hay por aquí. ¿Quién sabe lo que le ha sucedido a la gente que vivía en ellas? Yo no. No tengo ni idea. Tampoco me han dado buenas respuestas.

Göran se detuvo y pareció otear el tranquilo paisaje.

—¿No será que se han ido a vivir a otro sitio y han abandonado sus cabañas, y punto? No es tan difícil de descubrir —respondió Maya—. Me pareció que Yvonne Larsson dijo que apenas les daban nada por su casa.

—No, claro, ¿quién querría mudarse a vivir aquí? Este último suceso no hará subir la reputación de la zona, que digamos. Nada llama tanto la atención como los misterios sin resolver, pero todo el mundo prefiere tenerlos lejos.

—Pero ¿tú a veces no tienes miedo? —le preguntó.

—¿Miedo? Ni una pizca. Quizá sería el punto álgido de mi carrera verme engullido por un fantasma.

—O sea que estás un poco decepcionado porque no lo hayan hecho.

Göran se echó a reír.

—Todavía no es demasiado tarde. De alguna forma hay que morir, y esa sería interesante, por lo menos.

—Pero si lo he entendido bien —replicó Maya—, a las personas que son atraídas a las profundidades de la turbera por los espectros no se les clava una estaca, ¿no?

Él volvió a reír, alto, como si fuera lo más divertido que había oído en mucho tiempo.

—No, tan capaces no creo que sean. El empalamiento no es otra cosa que un hecho concreto realizado por personas que están vivitas y coleando. —Paró en seco e hizo un gesto hacia una zona de árboles adultos en una parte de la turbera—. Este es el lugar que te quería enseñar.

A Maya le pareció ver algo entre las ramas.

—¿Una cabaña? —exclamó siguiendo a Göran.

—Esta es la antigua cabaña de Nathalie, donde ella y su amiga Julia jugaban.

Maya miró la construcción, visiblemente acabada de pintar, y el techo de planchas metálicas que apenas tenía unos años de antigüedad. Entró agachada y abrió un pequeño armario. Dentro había cómics y paquetes de galletas. No parecían muy viejos.

—Pero hace como quince años que Nathalie no viene por aquí. Esta cabaña ha sido usada hace poco. Y está en perfecto estado.

—Ya lo sé. Es una historia curiosa. Yo las ayudé a construirla. Espero que ya haya prescrito, pues ninguno de sus padres lo sabía; no creo que lo hubieran permitido. En realidad, a las niñas no las dejaban venir solas a la turbera, pero tenían tantas ganas que pensé que era mejor que estuvieran en un buen sitio que yo conociera a que fueran paseando de un lugar otro.

—¿Y la has estado manteniendo todos estos años?

—No, esa es la cuestión. Pensé que querrías saberlo, alguien... se ha hecho cargo de la cabaña después de las niñas.

—¿Sabes quién es?

Göran bajo la cabeza y contestó:

—Sí.

—¿Quién?

—No quiero delatar a nadie, como podrás comprender. No tengo nada en contra de él, pero...

—¿Quién es?

—Se llama Alex. Es el conserje de la mansión.

—¿Un hombre adulto?

—Alex es un hombre grande, físicamente hablando, pero a nivel mental no está del todo desarrollado. Vive en una casa cerca de la mansión y probablemente conoce esta turbera mejor que nadie.

—¿Cómo es eso?

—Es aquí donde pasa todo su tiempo libre. Observa pájaros y otros animales, para una especie de libro sobre ellos. Es su sitio favorito.

Maya entró en la cabaña y echó un vistazo. Desde allí se podía ver a mucha distancia, a pesar de estar escondido.

—Ese Alex —dijo—, ¿cómo lo describirías?

—¿Qué quieres decir?

—Pues qué aspecto tiene. Su postura corporal... Cómo camina.

—¿Por qué lo preguntas?

—Vi a una persona merodeando por aquí mientras hacía fotos de la turbera, alguien que... parece tener una manera singular de moverse.

—Sí, puede ser Alex; camina como si fuera un poco agachado —admitió Göran curvando un poco la espalda—. Como si quisiera ser más bajo de lo que es.

Maya cogió el móvil pero vio que no tenía cobertura.

—Tengo que llamar —dijo mirando a Göran con cierta exigencia.

—Podemos ir hasta la mansión, está más cerca de la civilización —respondió él—. Así que a lo mejor también podamos hablar con Alex.

—Acabamos de comer, pero seguro que queda algo, si tenéis hambre —dijo Agneta cuando Maya y Göran entraron en el vestíbulo de la mansión.

Agneta le dio un gran abrazo a Göran y le sonrió a Maya.

—¿La policía otra vez por aquí? ¿Puede ser el curso de *Crea el sueño de tu vida* lo que te atrae? Porque espero que no sean malas noticias.

—No —respondió Maya—, solo queríamos hablar un momento con el conserje de la mansión.

—Alex. Acabo de verlo. Espera un momento, que lo voy a buscar.

Desapareció, pero volvió enseguida.

—Pues no lo encuentro por ninguna parte. Tiene que haberse ido a casa. ¿Sabéis dónde vive?

—Yo sí —respondió Göran.

Desde el patio de delante de la mansión salía un caminito de grava que se adentraba en el bosque. Un poco más adentro se vislumbraba una cabaña

pintada de rojo, una antigua vivienda para algún trabajador, supuso Maya.

—Esta es su casa —dijo Göran—. He venido a verlo unas cuantas veces. Un hombre agradable. Taciturno, pero amable, a su manera.

Llamaron a la puerta y gritaron su nombre, pero no había señales de Alex.

—Esa casa la usa de taller y trastero —explicó Göran señalando otra construcción un poco más alejada.

La puerta estaba abierta. Dentro olía a aire fresco. Había herramientas colgadas en las paredes y un orden casi incómodo, y el suelo estaba más limpio que el de la casa de Maya.

—¿Alex? —llamó ella.

Nadie contestó aquí tampoco. Göran volvió a salir mientras Maya continuó inspeccionando el taller de Alex. En el banco de trabajo había un mapa dentro de una funda de plástico. Se inclinó hacia delante para poder ver mejor.

Era un mapa manoseado de la turbera, lleno de anotaciones y símbolos. Las marcas, comprendió Maya, señalaban dónde había visto ciertos pájaros y otros animales. Había otras marcas que no entendía en absoluto.

Hizo una fotografía del mapa con el móvil, continuó hacia la puerta y estaba a punto de salir cuando amplió la imagen y vio algunas marcas más de cerca.

Eran seis marcas con la misma señal. Una de las marcas, si no estaba leyendo mal el mapa y sus orientaciones, podría ser el lugar donde habían encontrado a Stefan Wiik.

—La muerte de Tracy no fue lo único trágico que ocurrió aquel verano — dijo Nathalie.

Estaba sentada en la habitación del hospital mirando a Johannes en la cama. A través de la ventana abierta se oía el ruido del tráfico, una risa en la calle, alguien que ponía en marcha un coche.

—Pensé que te explicaría lo otro también. No es lo más fácil, pero llegados a este punto da igual si continúo. Ahora ya puedes oírlo todo.

Después se quedó callada más de veinte minutos. Durante todo ese tiempo, estuvo acariciándole la muñeca a Johannes con el dedo índice, y ahora se trataba de aquella tarde de agosto de 2002, cuando todo se acabó. De la Nathalie de doce años que había perdido a su mejor amiga después de haber visto hundirse a su hermana en la ciénaga. Del silencio que iba en aumento y un dolor que se clavaba en la médula espinal.

«¿Por qué nadie hablaba?

»¿Por qué todo quedó tan en silencio?»

El último día comenzó en su habitación en la casa de Mossmarken. Recordaba que se despertó por el sonido de la radio y el ruido de la cafetera eléctrica. El borboteo que siempre se le había antojado hogareño y seguro sonaba ahora como un penetrante chirrido, un resoplido rabioso. Su blanca cama, que siempre había considerado de lo más cómoda, ahora le parecía lacia y resignada. Las bocas de las vetas de la madera del techo chillaban de verdad, más alto que nunca.

El paquete de cereales y la leche ya estaban en la mesa cuando se levantó; un bol vacío, una cuchara fría, la estaban esperando.

—Buenos días. —Era la voz de su madre, que ahora le parecía la de un fantasma.

—¿Dónde está papá? —preguntó Nathalie al mismo tiempo que vio el jersey rojo de su padre pasar por delante de la ventana antes de entrar por la puerta, las manos llenas de aceite negro. Una brisa procedente del patio seco entró antes de que la puerta se cerrara tras él.

—Buenos días, Natti. ¿Has dormido bien?

El recuerdo de las palabras que ya no existían. Las palabras del último día. Revoloteaban en su interior, corrían por dentro de su cuerpo, apagaban la esperanza y desataban incendios. ¿Cómo podían hacer tanto daño unas palabras que ya no existían?

Nathalie continuó acariciando la muñeca de Johannes sin notar lo fuerte que lo hacía. Su respiración se volvió más superficial.

Todos los que vivían alrededor de la turbera habían quedado en casa de los Nordström para una especie de reunión, y después de cenar sus padres empezaron a sacar las botellas. Se prepararon un combinado para cada uno un rato antes de que empezaran a llegar los invitados.

—Esta noche los adultos vamos a sentarnos a hablar —le explicó su madre—. Si quieres, puedes llevarte unas patatas fritas a tu habitación.

Y llegaron. Göran. Agneta y Gustav. Yvonne y Peder. También algunos más de otras casas y granjas. Los detalles se difuminaban.

Nathalie recordaba haberse quedado dormida y que se despertó de golpe. Recordaba voces altas, agitadas. El silencio que siguió cuando todos los vecinos hubieron salido de la casa. La cabeza le daba vueltas. De pronto volvió a oírse bronca. La voz furiosa de su padre.

Y los disparos.

Recordaba los disparos.

Ahora ya no le acariciaba la muñeca a Johannes. La sujetaba con la mano, convulsa, como para no caer. Como si fuera su único punto firme.

Recordaba que salió a la cocina, que vio a su madre llena de sangre tumbada en el suelo de la cocina. La túnica azul que Nathalie le había elegido varios años atrás.

«¿Azul? ¿A ti te parece? Sí, puede ser»

Su padre Jonas al lado.

«Está roto. Su cabeza está rota. Llama a la policía. La cabeza de papá está rota y está tumbado en el suelo al lado de mamá. Hay sangre y no deja de salir, la sangre se va de sus cuerpos. No la puedo parar...»

Espera fuera.

«Espero fuera.»

Recordaba que salió al coche y esperó hasta que llegaron la policía y la ambulancia.

Se abrió una laguna en el tiempo, antes de que todo en su interior pegara un fogonazo y se apagara: tenía la impresión de estar deambulando entre las estrellas con sus padres, iban bailando, reían y se abrazaban.

¿Estaba muerta ella también y había subido al cielo?

Era como si no sintiera ninguna frontera entre ella y sus padres, era como si fueran el mismísimo amor que sentían uno por el otro, ese que brillaba en cada fin de curso de la escuela y en los días soleados del otoño y en el coche de camino a la playa, ese que se escondía en la mirada de su madre y en la voz de su padre.

Al mismo tiempo, un pánico la iba perforando lentamente por dentro, como un gélido acero afilado. Era una promesa que estaba a punto de romperse, una promesa sobre toda la vida que estaba allí tirada sangrando en la cocina. Y

luego la intensa luz, azul como la túnica de su madre. Todo azul, azul por todas partes.

El sonido de las sirenas.

Y las preguntas, las respuestas.

—Nathalie, no hay una buena manera de decir esto. Creemos que tu padre ha disparado a tu madre y luego a sí mismo.

«Quiero irme de aquí. Ahora.»

«¿Podéis sacarme de aquí, ahora?»

«¿Cómo te puedes ir de ti misma?»

Leif no contestaba al móvil, así que Maya le dejó un mensaje. Pero al final estaba tan impaciente que se sentó en el coche y condujo a través de los bosques hasta la carretera 45 en dirección a Karlstad.

Hasta que no entró en el aparcamiento delante del edificio de pisos donde vivía Leif este no le devolvió la llamada.

—¿Estás en casa? —preguntó.

—Sí —respondió él.

—Subo. Ahora.

Él la estaba esperando en el recibidor con mirada desconcertada.

—¿Has hecho todo el camino hasta aquí en un festivo? —preguntó—. Tiene que ser algo importante.

—¿Café? —dijo Maya sin aliento.

—Café —respondió Leif y se fue a la cocina.

Maya se sentó impaciente junto a la mesa de la cocina mientras Leif sacaba dos tazas.

Entonces le explicó lo que había encontrado en el taller del conserje. Leif estaba sentado reclinado en la silla escuchando con los brazos cruzados. Al final, Maya le enseñó la foto del mapa en el móvil.

—Entonces, quieres decir que... —Se retorció—. Piensas que...

Maya bajó la cabeza y lo miró.

—Pienso que que las marcas que ha hecho podrían ser sitios donde hay otras víctimas. En todo caso, ha marcado casi exactamente el sitio donde encontramos a Stefan Wiik.

—Pero ¿por qué? ¿Quién es?

—Lleva algunos años trabajando como conserje de la mansión. Dicen que padece cierto retraso mental.

—¿Quién lo dice?

—Lo he oído...

Se quedaron callados un buen rato. El reloj de cuco de la pared sonaba segundo a segundo con un chirrido involuntario y abatido.

—Primero iremos a investigar qué es lo que ha marcado —dijo finalmente Leif—. Sin armar jaleo. Vamos solo tú y yo. A echar un vistazo.

Imprimieron el mapa, buscaron una brújula y una pala en el trastero de Leif. Después, condujeron uno tras otro todo el camino de vuelta por el bosque. Bosque, bosque, bosque. Maya casi había olvidado la cantidad de bosque que podía llegar a haber en aquellas tierras.

Cuando llegaron al aparcamiento de Mossmarken, Maya se pasó al asiento del copiloto del coche de Leif. Estudiaron el mapa y decidieron qué marca intentarían encontrar primero.

El atardecer cayó como una manto de seda. Iban a paso ligero por la turbera, siguiendo el mapa lo mejor que podían.

Al cabo de un cuarto de hora empezaron a acercarse a la zona donde debería estar la estaca. Se separaron y empezaron a buscar cada uno por su lado. Fueron de aquí para allá por la pasarela, al lado de la pasarela, por tierra firme. Justo en aquella zona no había ningún problema para andar, no había agua escondida entre cada paso. El problema era encontrar la marca. En el mapa parecía ser una zona de casi cincuenta metros de diámetro.

—¡Joder! —gritó Leif. Y después—: ¡Aquí! ¡Aquí está, Maya! ¡Aquí hay algo que sobresale!

Leif cavó con cuidado mientras Maya le iluminaba con su linterna e intentaba echarle una mano apartando las matas y los pilones de tierra. Varias veces se puso de cuclillas, quieta, mirando la tierra a su alrededor: cada mata era como un mundo propio, con turba de distintos colores y ligeras redes de minúsculas flores parecidas a las campanillas.

Al cabo de una hora vislumbraron algo en la tierra. Algo que parecía estar completamente fuera de lugar.

Leif se puso de rodillas. Presionó ligeramente con la punta de los dedos, pasó las manos por la superficie plana, casi acariciando la tierra para apartarla. Al final, irguió la espalda y se volvió hacia Maya.

—Joder, Maya, creo que es... piel. O cuero. —Se secó la nariz con la muñeca con un movimiento rápido—. Puedo estar equivocado, pero... creo que lo que hay enterrado aquí puede ser una persona.

Una hora más tarde se encontraron con los técnicos y un coche patrulla en el aparcamiento. Llevaban ropa de protección blanca y se dirigieron en grupo hacia el lugar del descubrimiento, como un tren de fantasmas por la pasarela. Montaron de nuevo una carpa en la turbera para proteger las pistas.

Y luego fueron pasando las horas. La tarde se hizo noche. Lo único que se oía era el sonido de la cámara y de los trajes protectores cuando alguien se movía. De vez en cuando, un corto comentario o una pregunta.

—¿Ahí cómo lo hacemos?

—El cepillo, gracias.

—Aquí tenemos algo.

No había duda de que lo que había allí enterrado era una persona.

Maya dejó que el objetivo de la cámara siguiera paso a paso el proceso de cómo el cuerpo iba surgiendo trozo a trozo de la tierra. Un brazo, una cabeza, una oreja. Una mujer, encapsulada en la turba, abrazada por la naturaleza.

—Comprueba los bolsillos —le dijo Leif a la técnica que estaba inclinada sobre el cuerpo.

Después se puso a andar de un lado a otro mientras veía como los dedos de la compañera buscaban en la ropa que todavía quedaba.

Unos minutos más tarde levantó un bolsa que les era de lo más familiar.

—¿Os suena?

Leif cogió la bolsa, la abrió y observó el contenido. Se encontró con la mirada de Maya y asintió con la cabeza.

Maya apartó la cámara y fue a sentarse un poco alejada.

Le dio la espalda al lugar del crimen y contempló la turbera. El cielo apagado, las siluetas de los árboles. Afortunadamente, el viento estaba tranquilo, lo cual hacía más soportable el frío, a pesar de haberse puesto ropa demasiado ligera.

No fue hasta poco después de medianoche que Maya oyó a alguien preguntarle a Leif cómo habían encontrado el cuerpo. Él explicó lo del mapa y las marcas.

—¿O sea que hay más lugares? —preguntó la misma persona.

Entonces Leif se puso de cuclillas, se quitó los guantes y se pasó las manos por la cara.

—Sí —dijo finalmente—. Hay más.

Maya se ató los cordones de sus botas fangosas, se colgó la funda de la cámara al hombro y salió a la fría mañana. La recibieron el sonido de un pájaro carpintero y el campaneo metálico en los pastos y campos.

La falta de sueño le vibraba en el cuerpo.

Tres horas en la cama había podido pasar aquella noche. Las mismas que la noche anterior. Le habían sucedido muchas cosas en la vida, pero lo que estaba viviendo ahora lo superaba prácticamente todo: oír los ladridos orgullosos de los perros resonando en la noche, ver cómo iban encontrando un cuerpo tras otro, los focos encendiéndose como estrellas tristes para iluminar una zona tras otra, los cordones policiales que se iban delimitando.

Los presentes no daban para todo, por lo que Leif había tenido que solicitar refuerzos y personal extra.

En el plazo de una semana habían desenterrado cinco cadáveres en la turbera, y ninguno de ellos era un hallazgo histórico:

Tina Gabrielsson, cuarenta y ocho años, de Trollhättan, desaparecida en un viaje de negocios a Karlstad en marzo de 2004.

Sergio Manchini, cincuenta y nueve. Desaparecido cuando había salido a correr por Hunneberg en Vänersborg en marzo de 2008.

Eira Wallgren, setenta y siete años. Desaparecida después de haber visitado la tumba de su marido en el cementerio de Nygårds en Åmål en octubre de 2010.

Karl Fahlén, sesenta y dos años. Visto por última vez en su casa en Mellerud, donde vivía solo en octubre de 2014.

La última víctima que encontraron fue la joven de veintiún años Sara Månson, que había desaparecido al volver a su casa en Edsleskog en octubre de 2006.

Su cara parecía de cuero, pero estaba totalmente intacta, y sus padres la pudieron identificar con total normalidad. Como si acabara de morir.

«Sí. Es ella.»

Después de diez años.

Maya había visto a los padres en comisaría. Estaban sentados esperando para entrar a hablar con Leif cuando ella pasó por allí. Los saludó y les preguntó si querían tomar algo.

—No, gracias —respondieron ambos.

Se parecían tanto que se quedó atónita: el mismo peinado corto y ondulado, los mismos colores lisos y la misma complexión delgada, los mismos gestos obligados y un tono de voz afable, exento de alegría. Se habían apoyado tanto el uno en el otro que habían terminado por fundirse, como si tuvieran que ser dos seres de la misma clase para no caer.

—En realidad, siempre he creído que había desaparecido para siempre —dijo la madre. Maya se sentó frente a ellos—. Así que, en cierta manera, esto es como reconciliarse con el horror —continuó—. Tener la oportunidad de enterrarla, quizá llegar a saber lo que le ocurrió. Y, sobre todo, lo que siempre he considerado inalcanzable: verla una última vez. Poder tocarla tan solo una vez más.

Enfatizó cada una de las últimas cuatro palabras. Solo. Una. Vez. Más.

—Para mí ha sido todo lo contrario —declaró el padre—. Todos estos años he estado pensando que todavía estaba viva, que un día podría volver a verla. Me he negado a creer que estuviera muerta. Cada año que ha pasado me la he imaginado un año mayor. Y ahora... —Su vista se fijó en un punto junto a Maya—. Es como si aún tuviera veintiuno. No parecía tener ni un día más que

cuando le dije adiós la mañana que desapareció. Todo lo que he imaginado, todo lo que he construido y creído durante todos estos años, se ha derrumbado. —Se apretó los dedos contra los ojos—. Le corté el pelo el día antes de desaparecer. Me pedía que se lo cortara. Todavía conserva el mismo peinado. Era... —se pasó la mano por una sien—, era corto por aquí y largo en la nuca. No me quedó demasiado bien —dijo sonriendo—, pero a Sara no le importaba. «Está bien, papá», se limitó a decir.

Se hundió allí donde estaba. Se pasó las manos por la cabeza, hacia delante y hacia atrás, una y otra vez.

No había nada que se pudiera comparar con estar con una persona cuya última esperanza acababa de desvanecerse, la esperanza de poder ver de nuevo a tu hija u otro pariente con vida. Las circunstancias podían variar, los detalles siempre eran diferentes, pero el espacio en el que se movían los que lo sufrían parecía ser siempre el mismo. Allí dentro no había dónde agarrarse. Absolutamente nada.

—¿Eres policía? —preguntó la madre en voz baja.

Maya negó con la cabeza.

—Soy fotógrafa. He fotografiado los lugares de los cuerpos, entre otras cosas.

—¿Sabes algo de las monedas? He oído que llevaba un montón de monedas en los bolsillos.

Maya miró a la mujer directamente a los ojos.

—No soy la persona adecuada para responder a ese tipo de preguntas.

—Pero ¿qué significa? ¿Por qué las llevaba encima? ¿De dónde las había sacado?

Maya hizo un gesto hacia el despacho de Leif y en ese momento se abrió la puerta.

—Es con él con quien debéis hablar de esas cosas.

—Contando a Stefan Wiik, que desapareció en 2012, en estos momentos tenemos seis cuerpos —dijo Leif Berggren cuando, más tarde, estaban sentados en la sala de reuniones de la comisaría de Karlstad. Señaló un mapa donde se habían señalado los lugares de los hallazgos. Al lado había una lista con fotos y nombres de todas las víctimas conocidas. Maya notó que Leif llevaba sus ingeniosas gafas bajo la barbilla. Unas rojas—. Es decir, todos han acabado allí en los últimos doce años —continuó—. Tina Gabriellsson, que es la que ha estado más tiempo en la turbera, desapareció en 2004. Todos los cuerpos presentan heridas parecidas en la cabeza provocadas por un golpe violento con algún objeto contundente, tenían el cuerpo atravesado por una estaca y una gran cantidad de monedas suecas en una o varias bolsas en los bolsillos. Sobre todo, monedas de diez coronas. Casi todas. Todos habían desaparecido en marzo o en octubre, y como podéis ver, se trata de un crimen cada dos años. Por algún motivo que aún no sabemos.

—Eso refuerza también la teoría de que Johannes Ayebe era la siguiente víctima prevista —dijo Maya—. Hace dos años que desapareció la última víctima, Karl Fahlén.

—Por supuesto, partimos de esa idea —respondió Leif.

Desde que empezaron las extracciones, Maya había trabajado mucho más de las dieciséis horas a la semana que habían acordado en un principio. Intentó estar presente en el máximo posible de reuniones y el resto del tiempo se lo pasaba haciendo trabajo de campo. Ahora escuchaba atentamente junto a una docena de personas.

—Pero ¿qué ha pasado con el conserje? —preguntó alguien del grupo de investigación.

—A eso iba —respondió Leif—. Hemos realizado un registro domiciliario en casa de Alex Hagman. Hemos confiscado herramientas, ropa, zapatos, todo

lo que pueda tener huellas de las víctimas. Alex ha preferido guardar silencio, así que por el momento no hemos conseguido sacarle nada.

Maya estaba cansada. Los párpados se le cerraron y todo empezó a darle vueltas en la cabeza. Esbozó distraída Mossmarken en un papel y marcó tres de los lugares habitados que mejor conocía: la casa de Göran, la mansión y la granja de los Larsson. Dibujó una línea de un punto a otro. Todos los lugares de los crímenes, menos dos, estaban cerca de la carretera. Práctico, si no querías cargar un cuerpo demasiado lejos.

Observó la forma triangular que formaban la líneas y notó que todos los lugares de los hallazgos se encontraban dentro de la zona.

«Es como un Triángulo de las Bermudas», pensó.

—Pero, lo dicho, y volviendo a las víctimas —dijo Leif—. Hay una cada dos años. La primera, en 2004. Pero si retrocedemos otros dos años, ¿dónde nos plantamos? Sí, en 2002. ¿Y quién recuerda lo que ocurrió en 2002? —Hizo una corta pausa—. Tuvimos dos trágicos hechos en Mossmarken, pero fue cuando encontraron a...

—La Muchacha de los Arándanos —dijo uno de los policías.

—Exacto —reconoció Leif—. Un víctima de un sacrificio humano de la Edad del Hierro, atravesada por una estaca. Por tanto, no es una suposición demasiado astuta pensar que lo que hemos encontrado en la turbera tiene algo que ver con la Muchacha de los Arándanos. Quizá sea una forma poco habitual de *copycat*, un chalado con un sentido del humor retorcido, o tal vez otra cosa. Y claro que es posible que haya una relación entre las víctimas, quizá sean todos miembros de una secta o yo qué cojones sé, pero también cabe imaginar que el propósito esté dado desde arriba y que las víctimas sean elegidas por puro azar, que cualquiera podría haber sido elegido.

Se echó hacia delante y hojeó sus papeles.

—Además, como ya habréis oído la mayoría, el médico forense ha encontrado restos de droga en el cuerpo de Karl Fahléns. Es de una clase que se inyecta de forma intramuscular, lo cual es una ventaja en caso de agresión y quizá también pueda decirnos algo sobre el modus operandi del autor de los crímenes.

—Pero ¿cómo encaja esto con Alex Hagman? —preguntó uno de los policías.

—Ese es el tema: ni el móvil ni, en cierta medida, el modus operandi encajan con Alex. Él padece de una leve discapacidad mental, lo cual no coincide con lo que hemos descubierto hasta ahora.

Leif había hablado con la gobernanta de la mansión, quien se había conmovido y al mismo tiempo indignado ante las acusaciones. Eso no le daba buena publicidad a la mansión de Mossmarken y afirmaba resuelta que estaba completamente convencida de que Alex era inocente.

—Puedo responder por él, no es ningún asesino —había dicho Agneta—. No hay hombre más bueno en la Tierra, es la bondad en persona. Y de fiar. Trabajador. Trabaja para mí desde hace años, así que creo poder decir que lo conozco.

Maya había estado presente cuando Leif habló con Agneta. Había observado la sombra que le había cruzado el rostro cuando hablaba de Alex. «La duda.» La minúscula gota de inseguridad en un mar de convicción.

«¿Podría ser él, a pesar de todo?»

Ciertamente, Alex no era la viva imagen de un asesino calculador. Aunque llamarlo «la bondad en persona» tampoco era una descripción del todo legítima.

Tuvo que cambiar de escuela varias veces durante la infancia dado su comportamiento agresivo, no lograba estar sentado en su mesa ni seguir

indicaciones. Nunca determinaron del todo su discapacidad mental, ya que él y su familia siempre se habían opuesto de una manera u otra a cualquier intento de examen.

No fue hasta noveno de primaria, cuando le dieron un trabajo con un leñador, que se calmó: cuando podía estar en la naturaleza cada día y trabajar con el cuerpo. Su madre murió pronto y su padre falleció justo antes de que él empezara a trabajar en la mansión. No tenía amigos. Alex parecía estar solo en el mundo, con la naturaleza y los animales como único interés, aparte del trabajo.

En su expediente médico ponía que le gustaba buscar y crear patrones, y Agneta podía corroborarlo. Una vez se dio cuenta de que la valla estaba rota en tres lugares distintos. Entonces él la rompió en dos lugares más porque así coincidía con la imagen que él tenía en la cabeza.

—Aquella vez tuve que cantarle un poco las cuarenta —reconoció Agneta con una ligera sonrisa— y explicarle que si quería trabajar aquí tenía que arreglar vallas, no romperlas.

Había empezado a hacer calor en la sala de la comisaría y uno de los policías se levantó para abrir una ventana.

—Pero Alex es la pista que tenemos, ¿no? —dijo uno de los investigadores.

Leif asintió en silencio y se pasó las manos por el rostro cansado.

—Naturalmente, continúan llegando las confesiones de rigor de los típicos locos, así como montones de pistas sobre personas que estaban en la zona o que de distintas maneras mostraron un comportamiento extraño los últimos años. Pero ahora nos centraremos en Alex Hagman, que tiene bastantes cosas que explicarnos.

—¿Y qué pasa con Johannes Ayebe? —preguntó otro de los policías.

—Ojalá Johannes despierte pronto, pero desgraciadamente los médicos no pueden decir gran cosa acerca de cuándo puede ocurrir. No nos queda más remedio que esperar.

En ese momento el móvil de Leif comenzó a vibrar.

—Toma ya —les dijo a los demás antes de contestar—. Justo nos llega lo que estábamos esperando: resultados sobre las pruebas de lo que encontramos en el taller de Alex Hagman.

El grupo guardó silencio y siguió con atención hasta el más pequeño cambio en el semblante de Leif.

—De acuerdo, gracias. Ahora ya lo sé —dijo al final y colgó la llamada.

Después se quedó mirando a los demás de la sala con una expresión que sugería que estaba más preocupado que contento.

—Quién lo iba a decir. El lazo se estrecha. Hemos encontrado una pista: hay ADN de Johannes en una de las palas de Alex.

Nathalie no podía dormir. El viento de la noche ululaba en la chimenea, las ramas chocaban contra las ventanas, la oscuridad la envolvía. ¿Qué iba a hacer con todo lo que estaba pasando?

Todos esos cuerpos muertos.

Todo lo que subía a la superficie.

La habían interrogado dos veces en comisaría. Para recabar información, como le habían dicho, referente a sus actividades y observaciones alrededor de la mansión y en la turbera.

Le preguntaron repetidas veces cómo había conocido a Johannes. Cómo descubrió la tumba que luego había desaparecido.

Le preguntaron sobre su relación con aquellas tierras, qué estaba haciendo allí. No quería esconder nada, así que les explicó todo lo relacionado con sus padres, cosas que ya sabían, que había vivido en Mossmarken de niña. Ya se había empezado a acostumbrar a hablar de lo que antes no había sido capaz.

Y le preguntaron sobre el conserje. Alex. Qué pensaba de él, si había algo que le hubiese llamado la atención.

—¿Como qué? —preguntó ella.

—Ya sabes... si se ha comportado de forma extraña.

—A ver, es un poco especial. Ya lo sabéis, ¿no?

Una vez él había bajado a su casa con un poco de leña, les explicó Nathalie. En otra ocasión le había arreglado el gancho de una ventana. Era taciturno, pero atento. ¿Se consideraba eso raro?

Los agentes la habían mirado con una mezcla de compasión y suspicacia. Nathalie observó que aquello la empujó a mostrarse innecesariamente participativa y les contó aquella vez que Alex le arregló la cerradura de la puerta, que, para ser sincera, la situación le pareció un poco amenazante y que en aquel momento pensó que quizás él estaba perfectamente de la cabeza. Que a lo mejor solo fingía.

—Pero de ahí a que tenga algo que ver con esto... ¿Es eso lo que creéis? —preguntó después.

—En estos momentos no creemos nada. Estamos investigando —dijo el inspector de policía.

Al final les explicó lo que había visto y oído cuando iba por la turbera buscando a Johannes. En la oscuridad y en la niebla que se había posado después de la tormenta había atisbado unas sombras difusas; sí, podía haber sido eso, ahora que pensaba en ello. Pero era difícil de decir, era como si vagaran delante de sus ojos en la oscuridad, quizá no fueran más que ilusiones ópticas. Aunque también estaban los sonidos. «¿Los sonidos?» Sí, susurros nerviosos y pasos que se alejaron.

Los policías se quedaron callados, pero Nathalie vio lo que estaban pensando: «¿Y lo dices ahora?».

«Empezó con Johannes. —La idea comenzó a rondarle en la cabeza estando en la cama—. Si no hubiera ido tras él, si lo hubiera dejado hundirse.» Los pensamientos la laceraban como cuchillos, la paralizaban.

«Entonces todo habría quedado oculto.

»¿Cómo puedo pensar así?»

Hizo acopio de fuerzas y se levantó. Se puso la bata y las botas de agua, cogió la linterna y salió a la noche a hacer pis.

Las nubes se deslizaban por el cielo como velos.

Arriba, en la mansión, todas las luces parecían estar apagadas, era la hora del lobo.

Volvió rápidamente a la cabaña y cerró con llave. Regresó a la cama y justo iba a meterse dentro cuando vio a una persona en la oscuridad, fuera, en la linde del bosque.

Apagó la lámpara y se acercó con cuidado a la ventana. A tan solo diez metros de la cabaña había un hombre con un abrigo oscuro mirando directamente hacia la casa.

Nathalie no podía distinguir quién era.

«¿Gustav?»

Pero ¿por qué iba a estar allí a aquella hora? ¿O era un huésped de la mansión que había salido a dar un paseo?

Con esmero, tapó las tres ventanas de la habitación con una manta y sábanas. Se quedó en el centro observándolo todo, buscó posibles rendijas, pero no encontró ninguna. Después cogió el móvil y se metió en la cama. Pensó en si había algún amigo a quien pudiera llamar, alguien que se encontrara en otra zona horaria pero que aun así pudiera hacer que dejara de sentirse tan mal.

Pero tenía poca cobertura y decidió dejarlo estar. Así que apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos.

Lo único que oía era su propia respiración, superficial e inestable. Al cabo de mucho rato se relajó y cayó en un sueño profundo y vacío.

Maya había ido pronto a comisaría para avanzar un poco con las labores de revisión de imágenes de pistas.

La pala de Alex Hagman con el ADN de Johannes tenía la máxima prioridad y varias huellas habían sido tomadas y coloreadas con un pigmento fluorescente. El mismo Alex Hagman había sido detenido y su vivienda clausurada para hacer más inspecciones.

Maya puso la pala sobre la mesa e instaló un filtro para que la sustancia fluorescente se viera clara en la foto.

La pala parecía casi nueva, con el agarre y la hoja de metal rojo claro. Le dio la vuelta una y otra vez, la elevó allí donde hizo falta y redujo los eventuales brillos que fueron apareciendo, todo con tal de que las huellas salieran lo más nítidas posible.

Al cabo de una hora había obtenido buenas fotos de las tres únicas huellas dactilares que había. Bajó las fotos al archivo digital para que el inspector al mando pudiera tener acceso a ellas.

Tenía la sensación de estar de nuevo en su antiguo puesto de trabajo. Si bien era cierto que muchas cosas habían cambiado a lo largo de los años —las salas estaban renovadas y toda la tecnología había sido actualizada—, a grandes rasgos la sensación era la misma.

—Pero falta algo —dijo Leif aquella misma tarde en casa de Maya mientras estaba de visita—. Aparte de los relatos sobre la violencia de Alex durante su época en la escuela, lo más llamativo que hemos encontrado es una foto porno más bien suave, según los baremos actuales, en su ordenador. Una mujer desnuda en una playa bebiendo de un puto coco.

Maya le había insistido en que acabara la jornada temprano, por una vez, y que la acompañara a casa a cenar. Primero él protestó, alegando que si estuviera libre querría estar con su mujer, a la que apenas había visto desde que empezó todo, y entonces Maya decidió invitar también a Birgitta. Si se hacía tarde, podían dormir en la habitación de invitados.

Ahora estaban sentados en el tresillo de la sala de estar de Maya tomando café y coñac. Sin embargo, no fueron capaces de dejar el trabajo de lado.

—En todo el material que hemos recopilado sobre Alex, no hay nada que pueda responder a la pregunta de por qué —continuó Leif mientras su mujer hojeaba un álbum de fotos de Maya.

—Agneta afirma que busca patrones en las cosas que ve y hace —dijo Maya—. Pájaros que aparecen en distintos lugares en distintos momentos, los patrones de movimiento de otros animales...

—Sí, ya lo sé —replicó Leif—. Pero ¿qué tiene eso que ver con las víctimas de la turbera?

—Todas las víctimas están hundidas y empaladas en el suelo de la misma manera —dijo Maya—. Solo digo que quizá sea la respuesta a la pregunta de por qué: Alex crea patrones.

—Parece rebuscado —dijo Leif sereno alargándose hacia su copa de coñac.

—Lo sé —suspiró Maya—. Pero ¿hay algo que sugiera que Alex es... supersticioso o que tenga un especial interés en la historia? —dijo viendo el reflejo del fuego en los ojos de Leif.

—No —respondió él—, es justo eso, no hemos conseguido nada al respecto. Y el propio Alex sigue negándose a hablar.

—Aunque no es casualidad que todas las víctimas sean posteriores al encuentro de la Muchacha de los Arándanos y que, además, casi siempre hayan pasado casi dos años entre las desapariciones. No cabe duda de que alguna conexión hay.

—Totalmente de acuerdo, pero la cuestión es qué tiene que ver con Alex, si es su interés por los patrones y el orden... quiero decir. Ni siquiera vivía aquí cuando todo esto empezó —dijo Leif escéptico.

—No, yo tampoco lo creo —admitió Maya—. Quien haya cometido esos asesinatos no quiere copiar a la Muchacha de los Arándanos para divertirse, o para crear patrones. Pero es bastante obvio que se trata de un ritual de algún tipo. Hacer sacrificios es un acto bastante especial.

—Bastante anticuado, si quieres que te diga —dijo Leif.

—Sí, pero a menudo se trata de mantener una relación, de comunicarse con fuerzas invisibles. Quizá sea justo eso lo que hace el asesino, o cree hacer. Para obtener lo que quiere, o evitar lo que no quiere. Y estoy completamente de acuerdo contigo, no coincide en absoluto con lo que sabemos de Alex Hagman. No lo veo realizando estos actos.

—No —admitió Leif—. Pero ha marcado en un mapa como un poseso el lugar exacto donde se encontraban todas esas personas.

—Sí —replicó Maya—. Pero puede que él solo haya descubierto las estacas y las haya marcado por ese motivo, igual que ha hecho con las especies de pájaros. Quizá para él hayan sido referencias geográficas.

Se quedaron callados un momento. Birgitta alzó la mirada del álbum de fotos.

—Tendríaís que oíros.

—¿Cómo sonamos? —preguntó Leif.

—Comunicarse con «fuerzas invisibles» —repitió.

Maya se echó a reír. Leif negó rendido con la cabeza.

—¿Sabes una cosa? —dijo mirando al vacío.

—¿Qué?

—Siento que... ahora puedo tragarme cualquier cosa, no tengo mucho más que dar de mí. Pensaba que sí, pero en una situación como esta siento que no tengo lo que hay que tener. Estoy demasiado cansado, así de simple. No tengo fuerzas ni para pensar. Quiero entretenerme con el jardín o cualquier otra chorrada. Jugar al golf.

—Si tú no has jugado nunca al golf —exclamó Birgitta—. Y el jardín ahora descansa. Es otoño.

—Pues jugar con mis nietos, o cualquier otra cosa.

—Leffe, no tenemos nietos.

Leif le empezó a dar vueltas a la copa de coñac y se la llevó a la boca.

—En cualquier caso, dentro de poco me iré para siempre —dijo volviéndose hacia Maya.

—Qué pesado te pones. Pero vale, aún tenemos dos años para resolver esto, ¿no? —preguntó Maya inclinándose sobre el reposabrazos y entrechocando su copa con la de él—. Dos años más es bastante tiempo, quieras que no.

Man Ray se subió a las rodillas de Maya y se acurrucó allí. Todo su cuerpo de gato disfrutaba, subía y bajaba al ritmo de su ronroneo.

—Todo excepto el móvil apunta a Alex Hagman. Aun así siento que estamos culpando a la persona equivocada —dijo Leif resignado.

—Pero ¿y si nos olvidamos por un momento de Alex —replicó Maya— y nos concentramos en lo que ocurrió en la turbera antes de todas esas muertes? Justo dos años antes fue hallada la Muchacha de los Arándanos. Ese mismo verano murió Tracy Larsson y tuvo lugar la tragedia familiar de los Nordström.

Maya acarició al gato y volvió la mirada directamente hacia la lumbre.

—Hay demasiados interrogantes. ¿Por qué se adentró Tracy Larsson en la turbera? Y los padres de Nathalie... ¿por qué asesinó el padre a su mujer para después quitarse la vida? ¿Por qué perdonó a la hija? Pienso... —empezó a decir mientras seguía el movimiento de las llamas—. Pienso que quizá sea ahí donde debemos buscar las respuestas.

La amortiguada luz de octubre descansaba sobre el cementerio. Junto a una gran tumba familiar había una mujer mayor sentada en un taburete que había llevado consigo, y un poco más lejos había un par de niños corriendo por el pasillo de grava. Por lo demás, el cementerio estaba desierto.

Nathalie miró el esbozo que le había hecho un amable señor en la oficina de la rectoría.

Allí. Tenía que estar allí, la tumba de sus padres. Notaba las piernas pesadas y los sudores fríos comenzaron a brotar.

Vio la tumba.

NORDSTRÖM, grabado en piedra.

Hacía años que había dejado de ser su apellido, lo había cambiado enseguida y había adoptado uno más corto, Ström, de Harriet y Lars. Como para marcar, tomar distancia. Sin embargo, se había convertido en un símbolo de otro tipo: un símbolo sobre cómo una parte de ella había sido borrada, descartada. Había huido en pánico silencioso, lejos de una vergüenza que nunca fue suya.

La lápida era pequeña, sencilla y austera. Nombre, año y nada más. Alguien la había decorado con un farolillo y algunas ramitas de serbal en un jarrón, y Nathalie se preguntó quién podría ser: quizás alguno de los hermanos de su padre. Todos sus abuelos estaban muertos y su tía materna, que había intentado mantener contacto con ella, se había ido a vivir a Västerbotten.

La tía Eva vivía sola y había querido que Nathalie se fuera a vivir con ella a Åmål, pero esta se había negado en rotundo. Solo quería seguir un camino.

Quería alejarse de su anterior vida, de la escuela, de Åmål, lo máximo posible de Mossmarken. Ahora sentía una punzada de arrepentimiento por haber sido tan dura e inamovible en ese punto.

Se sentó de cuclillas e intentó recordar cómo había que comportarse delante de una tumba. Lo que había que pensar, cómo se tenía que pensar. Cuál era el objetivo, en definitiva.

—Hola —empezó diciendo en un susurro. Miró intranquila a ambos lados, pero no había nadie cerca—. Soy yo.

El efecto de aquellas palabras la conmocionó: los sentimientos brotaron con fuerza, corrieron por todo su cuerpo como una tormenta y la hicieron doblegarse en una pequeña convulsión.

Una lágrima logró salir. Una sola lágrima. La apesó con la punta de un dedo y la observó como si fuera un valioso descubrimiento.

Volvió a mirar la lápida.

—Hace... mucho tiempo. Que no nos vemos.

Silencio.

—Mamá, papá. ¿Qué coño pasó?

Otra vez el silencio.

—Os echo de menos.

Entonces salió el resto. Su cuerpo se relajó y las lágrimas afloraron sin más, como una lluvia limpiadora. Puso la chaqueta en el suelo y se sentó encima.

Media hora después seguía sentada. El viento le había secado la cara. Su mirada se alejó y se detuvo en otra lápida, en la tumba que había un poco más allá.

Ponía TRACY LARSSON, y las fechas. Sin duda alguna, era la más adornada que había a la vista. Se levantó, se estiró y se fue a sentar a un banco que había en el pasillo de grava. Desde allí observó las dos tumbas y pensó en todo el

tiempo que había estado intentando defenderse de todo aquello, de aquella realidad. El miedo que le había dado a lo largo de todos aquellos años. Y qué alivio sentía al dejar de luchar en contra. Ver por fin la realidad, vestida de grabado en una piedra. No era tan terrible.

Nada era tan terrible como huir.

Entonces llegó un hombre por el camino. Nathalie lo reconoció. Estaba igual que siempre, por raro que pareciera, con su barba bien arreglada y su firme constitución. Muchos años de trabajo duro, sobre todo para bien, según parecía.

El hombre fue hasta la tumba de Tracy y se quedó allí un momento. Limpió entre los adornos, plantó algo. Después se dio la vuelta con cuidado y la vio.

—Hola, Peder —lo saludó Nathalie—. Cuánto tiempo. ¿Te acuerdas de mí? Sentía que tenía la voz clara. Diáfana.

Él se levantó y fue hacia ella, se inclinó hacia delante como para ver mejor.

—¿Eres tú, Nathalie?

—Sí.

—Será posible... Había oído que estabas por aquí. Si no fuera por eso, nunca te habría reconocido.

—Lo entiendo. Han pasado muchos años.

La sorprendió lo fácil que se le hizo hablar con Peder. Casi parecía que él tuviera la necesidad de hablar con alguien y que ella estaba a mano por pura casualidad.

Hablaron de los terribles acontecimientos que habían tenido lugar y de todos los cuerpos que se habían encontrado, lo irreal que era todo. Después se pusieron a hablar de Julia, y de cómo estaba en la actualidad.

—Seguro que se pone contenta si la llamas —dijo él.

Su sonrisa abrumó a Nathalie. Recordaba que cuando era niña siempre pensaba que él nunca se reía. Ahora se vio transformado, la sonrisa le cambió por completo el rostro avejentado y reubicó todos los surcos que en él había.

—Seguro que se pone muy contenta —repitió—. Erais muy amigas.

—He pensado en hacerlo —dijo ella—. Pronto.

Después hizo acopio de valor y formuló la pregunta. Fue un impulso, pero no podía dejar de hacerlo, ahora que lo tenía delante.

—Peder —dijo con voz débil—. ¿Me podrías hablar un poco de mis padres? ¿Cómo se puede explicar que mi padre hiciera lo que hizo?

Él la miró y su rostro adquirió una expresión compasiva.

—Entiendo que no puedas saber nada con seguridad —continuó ella—, pero significaría mucho para mí si pudieras darme ni que fuera una pista. Yo ya casi no me acuerdo de ellos...

—No nos conocíamos a ese nivel —empezó a decir Peder—. A mí me parecía que estaban bastante bien entre ellos, tus padres. Quiero decir, seguro que se peleaban y eso, pero ¿quién no lo hace? —Se pasó la mano por la barba—. Yvonne y yo hemos hablado mucho de esto.

—Os visteis la noche en que pasó, ¿verdad? —preguntó Nathalie.

—Tuvimos una reunión en vuestra casa —dijo él asintiendo con la cabeza.

—Pero ¿entonces estaban enfadados?

—Hace mucho tiempo, Nathalie. Y aquel verano pasaron muchas locuras —dijo levantándose—. Oye, tengo que volver. Pero prométeme que irás a ver a Julia. Y ven a vernos a nosotros también. ¿Ahora vives en Gotemburgo?

—Sí, pero de momento estoy en la mansión.

—Bien, pues entonces puede que nos veamos mañana. Agneta nos ha invitado a una nueva reunión de vecinos. Será la primera en catorce años.

—¡Bienvenida! —Göran llevaba el delantal y las manoplas de cocina puestos cuando abrió la puerta—. Entra. Me alegro de verte de nuevo.

—Gracias por invitarme otra vez —respondió Maya.

Se quitó la ropa de abrigo y lo siguió hasta la cocina. Olía a ajo y a hierbas.

Había sido iniciativa de él. La había llamado por la tarde preguntando si la podía invitar a cenar. Ella era muy consciente de sus posibles motivos ocultos o de su auténtica misión: tener algo de *inside information* de lo que estaba pasando en el caso. Pero después de su último encuentro ella misma se había interesado más por él, no solo porque la hubiera llevado directamente hacia Alex Hagman, sino también por sus conocimientos e ideas sobre la turbera. Había aceptado sin parpadear, a pesar de tener a Oskar de visita en casa.

Oskar había sido quien la había llevado a Mossmaken y la había dejado en el patio de la casa de Göran.

«Llama cuando quieras que te venga a buscar.»

«Claro.»

Ahora estaba en la cocina de Göran, mirando cómo este servía dos copas de vino.

—¿Quieres? —preguntó.

—Sí, me vendrán a buscar después.

—¿Era tu marido el del coche?

Ella se echó a reír.

—Sí, a lo mejor se podría decir.

Dio un sorbo al vino y se apoyó en el marco de la puerta.

—Y tú, ¿vives solo aquí?

—Sí. He seguido solo desde que mi mujer desapareció —respondió—. Pero ¿estás casada?

Maya se echó a reír.

—No, no es mi marido. Estaba bromeando. En estos momentos solo estamos mi gato y yo.

—Entonces, ¿quién era el que te ha traído? —preguntó.

—Pues mira... —respondió mientras entraba en el salón y paseaba la mirada—. Es un chico que se llama Oskar. Un asistente.

Sus ojos se deslizaban por las paredes. Intentó retener todo lo que no había retenido la vez anterior. Le gustaba estar en aquella sala, con las paredes llenas de libros sobre fantasmas. En la sensación de la locura tranquila e intelectualizada de Göran.

Tomó un sorbo de vino. En un estante de la chimenea vio dos enormes tarros de cristal. Se acercó y miró las etiquetas. Estaban marcadas con el texto «22 jun 2015» y «2 feb 2016».

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Eso... —Göran se asomó a la sala para ver a qué se refería—. Solo son un par de pruebas de la turbera. Suelo traer un poco de material a casa si encuentro algo extraño allí fuera.

—¿Algo extraño?

—A veces puede que sienta una especie de presencia, o si veo los velos que ya te he explicado. En tal caso, atrapo un poco de aire en una bolsa especial de muestras y después intento pasarlo a estos tarros —hablaba en voz alta para que se le pudiera oír desde la cocina.

—O sea que es... ¿aire?

Göran entró en el salón con una gran cazuela de barro que puso sobre la mesa del comedor.

—Sí. Seguramente solo sea aire. Eso parece. Ahora ya llevan ahí bastante tiempo y... bueno, no ha pasado nada.

«Lo mejor sería dejarlo estar», pensó Maya. En realidad, no había nada a lo que aferrarse en lo que Göran había dicho, así que no valía la pena insistir. Lo mejor era seguirle la corriente. Y en cierto modo era liberador. Todo lo contrario a lo que podía sentir cuando la gente hacía increíbles suposiciones sobre los llamados «fenómenos del mundo real». Opiniones que a veces defendían como si fueran cuestión de vida o muerte.

Había presenciado ese tipo de discusiones en varias ocasiones. A veces se había disculpado y había abandonado la sala. Y no para hacer un marcaje de ningún tipo, era simplemente una reacción física. Le faltaba el aire.

—¡A la mesa! Pollo guisado —anunció Göran—. Espero que esté rico.

—Si sabe la mitad de bien que lo que huele, eres un genio.

Maya se sirvió una ración. Probó. Cerró los ojos.

—Eres un genio.

—No exageremos. Pero vale, no eres la primera que elogia mi comida.

Se sirvió a sí mismo y se reclinó en la silla.

—Bueno, y ¿cómo va el proyecto de fotografía?

—Bien. Haremos una exposición. No muy grande. Para pasarlo bien. Aunque sea un tema serio.

—No me digas. ¿Tan serio? ¿Una exposición propia? Entonces, ¿eres una... artista consolidada?

Göran no sabía quién era. Maya sintió una quemazón en el pecho. Todos los reportajes de la prensa local en los que había trabajado, todas las fotografías que le habían publicado, un hombre como Göran debía estar al corriente de quién era.

Él le sonrió.

—Era una broma. He leído sobre ti. ¿No te lo dije la última vez? Has salido en la prensa semana sí y semana también. Incluso antes de que vinieras.

—Ya lo sé. Fue sobre todo cuando trabajaba con aquella exposición con retratos de niños desnudos. Hubo mucho debate.

—Pero ahora vives en Fengerskog, ¿no?

—Acabo de comprarme una casa allí.

—Esa escuela de arte ha hecho mucho por esta zona.

—Desde luego.

—Es decir, las escuelas de arte. Ahora ya son dos.

—Exacto. Por cierto, buen vino —dijo Maya cogiendo la botella para mirar la etiqueta—. ¿Es italiano?

Göran asintió.

—Sí, por Dios —dijo después suspirando profundamente.

Y luego empezaron a hablar de todo lo que había ocurrido.

Pasadas cuatro horas, se habían trasladado al tresillo y casi vaciado otra botella de vino italiano. Entonces Maya cayó en la cuenta de que no había llamado a Oskar.

—Son casi las doce. Me iba a venir a buscar. —Fue a mirar el móvil, que estaba en su bolso en el recibidor—. Alguien me ha llamado —dijo con un gesto de culpa—. Alguien quiere irse a dormir.

—¿No puedes coger un taxi? O quedarte a dormir. También lo puedes hacer.

—¿Seguro? ¿No es demasiado raro?

—Ahora mismo, a mí me parece totalmente razonable —dijo Göran riendo—. Y así podemos seguir hablando un rato más. Creo que aún no hemos acabado.

Envío un SMS a Oskar explicándose. Bebieron más. Rieron y murmuraron y empezaron poco a poco a hablar de un ensayo que Göran había leído y que se

llamaba *Relacionarse con los fantasmas*.

Trataba de los fantasmas que se movían en los mundos del lenguaje, la literatura, la ciencia y la política y que, curiosamente, estaba escrito por un hombre que se llamaba igual que él: Göran Dahlberg.

—¿No es tu libro?

—Sí, es mi libro —dijo él echándose a reír—, pero no soy yo quien lo ha escrito.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Contiene más de cien pequeños ensayos, que son totalmente excepcionales. Si te soy sincero, creo que de ahí he sacado la mayor parte de los conocimientos que a día de hoy considero relevantes sobre la naturaleza de los fantasmas.

—¿Pone cómo evitar que te hagan daño físico?

—Bueno, seguramente hay otros libros que lo explican mejor, pero en general es bastante completo.

Maya, por su parte, le habló de una de sus fotografías favoritas, Francesca Woodman, que según ella tenía una estética, cuanto menos, fantasmagórica.

—Creo que es lo que más me gusta de ella —dijo y buscó algunas imágenes en Google con su móvil. Casi todas eran en blanco y negro, fotografías ambientadas en los años setenta, a menudo con jóvenes artistas posando desnudas que se borraban, deshacían o desaparecían en el papel.

—Mira esto —dijo Maya—. No es solo que tome el control, que le dé la vuelta a la perspectiva tradicional y ella misma se convierta en sujeto. También es cómo lo hace. Exponiendo su propio cuerpo de una manera obvia y sin compromiso, se hace a sí misma invisible. Es como si el cuerpo se volviera transparente. Un canal neutral para aquello que quiere transmitir.

Se inclinaron sobre la pantalla y estudiaron las fotografías.

—Muchos interpretan como autodestrucción y desesperación su forma de configurar la disolución de su propia forma, su propia identidad —continuó Maya—. Y es más que comprensible, porque se suicidó a los veintidós años. Aunque yo opino que ni siquiera el retrato del anhelo de la muerte tiene por qué ser destructivo.

—¿No? —dijo Göran irguiendo la espalda.

Maya se echó hacia atrás y se puso a pensar.

—No. Yo lo veo más como... un deseo enigmático de volver a casa. A lo que somos. A mis ojos, sus fotografías son investigaciones juguetonas sobre la relación entre el cuerpo y la existencia, entre la forma y la ausencia de forma.

—¿Un deseo de volver a casa? —dijo Göran—. ¿De qué manera?

Ella alzó una de las velas encendidas que había sobre la mesa y apagó la llama.

—Así. ¿Ves el humo cómo se dispersa?

—Sí... —dijo él al cabo de un momento, titubeando—. O no. Ya ha desaparecido.

—Exacto. ¿No te reconoces?

Göran se la quedó mirando con una sonrisa resignada.

—Suena un poco confuso, pienso yo.

Maya se echó a reír a carcajada limpia.

—¿Qué pasa? —inquirió Göran.

—Nada —respondió ella—. Solo me ha parecido gracioso que lo dijeras tú.

El sofá de piel crujió cuando ella cambió de postura y se inclinó hacia delante.

—Göran, ¿te puedo preguntar una cosa?

—Adelante.

—Después de la muerte de Tracy, ¿recuerdas algo especial de aquellos tiempos?

Göran pareció buscar en su memoria y negó con la cabeza.

—Valga decir que empiezo a sufrir demencia, pero... no. ¿A qué te refieres?

—¿Qué me dices de aquella reunión de vecinos en casa de Nathalie? Que fue la última, si no lo he entendido mal —dijo Maya con miedo a no recordar luego lo que él le contestara. El vino empezaba a afectarla de verdad.

—Sí, aquella fue la última —suspiró Göran—. Nos quedamos sin aire, y después todos querían largarse de aquí.

Göran le contó que antes celebraban una reunión de vecinos por lo menos una vez al año, en casa de uno u otro, para discutir asuntos de interés común. En aquella época había más gente viviendo alrededor de la turbera, pero no siempre asistían todos.

Creía recordar que hubo representantes de dos hogares más, aparte de la familia de Nathalie y los que aún vivían en la zona. Texas y Laila tendrían entonces unos treinta años y aún no habían heredado sus respectivas granjas, pero sus padres solían ir a las reuniones.

Un año habían hablado más que nada del tema de un tubo de desagüe nuevo en el arroyo; otro, del mantenimiento de la carretera en invierno. En la última reunión la idea había sido hablar de la construcción de un nuevo puesto de caza. Pero a medida que el consumo de alcohol fue en aumento —podía correr bastante, en esas reuniones—, la conversación se desvió hacia todo lo que había ocurrido durante el verano.

—Empezamos a hablar de la momia de la turbera y, naturalmente, de lo que le había ocurrido a Tracy. Todo aquello fue muy doloroso —dijo Göran—. Seguramente he reprimido la mayor parte. Aparte de que acabé bastante borracho.

—Pero hubo pelea, ¿no?

Maya había leído el informe de la policía de aquella noche, que había sido descrita más como una pelea de borrachos que como una reunión de vecinos como tal.

Göran se quedó callado. A Maya le pareció intuir una especie de rendición en lo más hondo de su ser.

—Hablamos de varias cosas, pero recuerdo que los demás intentaron presionarme respecto a mis conocimientos sobre espectros, de lo que podían llegar a hacer. Si podrían haber sido espectros los que habían provocado la muerte a Tracy. Si había alguien que debería saberlo era yo, ya que mi mujer también había desaparecido, dijeron.

—¿Quiénes lo dijeron? ¿Todos?

—No. Algunos no creían en absoluto en mis teorías y se pusieron como locos. Sí, empezamos a discutir, es verdad. Lo recuerdo. Aunque después la reunión se disolvió.

—Pero, exactamente, ¿qué dijiste tú?

—No me acuerdo. ¿Por qué lo quieres saber?

—Podría ser importante.

—Lo siento. Tendrás que preguntar a los demás.

—Pero dijiste que los espectros existen, ¿no recuerdas para nada quiénes estaban de acuerdo contigo y qué decidisteis hacer?

—No, no lo registré en la memoria. Piensa que hace muchos años de eso. Lo único que recuerdo es que dije que no se podía hacer mucho más que ir con cuidado. Quizá les expliqué de qué manera se podían proteger.

—¿Y después ya no hicisteis más reuniones?

—No, pero es curioso que te refieras a eso. Porque Agneta nos ha invitado a un encuentro mañana. Creo que quiere fomentar algún tipo de espíritu de comunidad en mitad de toda esta miseria.

—Sí, yo también asistiré a esa reunión.

—¿Ah, sí? —dijo Göran mirándola sorprendido.

—Sí, solo un rato. Agneta me ha prometido que podré hacer algunas fotos del interior de la mansión y una de grupo con todos vosotros. A lo mejor también puede servir para mi proyecto —dijo—. Pero te quería decir... Ah, sí. ¿Tú que crees que les pasó realmente a los padres de Nathalie?

—¿Que qué creo yo? —arqueó las cejas—. ¿Qué quieres decir?

—Bueno, pues... ¿por qué el padre disparó a la madre y luego se quitó la vida? La misma noche en la que habíais tenido la reunión. Seguro que te lo has planteado, ¿no?

Göran negó con la cabeza.

—Lo único que puedo decir es que había problemas en esa familia que, probablemente, provocaron lo sucedido. Nathalie venía a mi casa a veces, cuando sus padres gritaban y discutían como locos. Normalmente eran buenos con ella, pero pelearse se peleaban, desde luego. Y Jonas, cuando bebía, se volvía agresivo. Así que... no sé. A veces todo se va a la mierda, así de sencillo.

Bostezó de manera ostensible.

—Nada, me parece que este viejo se tiene que ir a dormir. Te hago la cama en la habitación de invitados.

Justo cuando Maya se había metido en la cama en la habitación de invitados de Göran, le sonó el móvil. Miró la pantalla. Era la una y media y era un número que no conocía.

—¿Eres Maya Linde? Hola, soy yo, Nathalie Ström. La bióloga. Perdona que te llame tan tarde, pero tenía que hacerlo. Me he puesto un poco nerviosa por una cosa.

—¿El qué? Cuéntame.

—Tengo... tengo que preguntarte algo. ¿Es verdad que habéis encontrado una pala con el ADN de Johannes en el cobertizo de Alex? ¿Que es la prueba más evidente contra él?

—¿Dónde lo has oído?

—Lo he leído en Internet.

Maya suspiró en silencio.

—Pero ¿por qué lo preguntas?

—¿Es roja? Es decir, ¿muy roja? ¿Y casi nueva?

—Dime lo que piensas al respecto. Si la pala fuera roja —dijo Maya.

—Es que resulta que le pedí prestada una pala a Alex un día que tenía que ir a la turbera a hacer unas mediciones. Y Johannes me acompañó, ¡incluso me parece que fue él quien llevaba la pala!

—De acuerdo, Nathalie —dijo Maya—. No pasa nada. Nada en absoluto, pero has hecho bien en explicármelo. Ahora vete a dormir y Leif te llamará mañana. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Maya escribió un SMS para Leif con la nueva información.

«Me cago en la leche —pensó luego, casi aliviada—. Adiós a esa prueba. Puede que Alex sea un tipo raro, que puede ver patrones y orden y diferencias en la naturaleza, pero no es en absoluto la persona que estamos buscando.»

El cansancio había desaparecido de golpe. Estuvo despierta en la habitación de invitados pensando en Alex, pensando en la conversación que había mantenido con Göran sobre la reunión de vecinos. Después miró los cuadros que había a su alrededor. Paisajes sin ningún tipo de sentido. No encajaban con la personalidad de Göran.

Le entró sed y se levantó a beber.

En un rincón al lado del baño había un antiguo y bello escritorio. Encima de un montón de papeles, Göran había dejado una carpeta con sus investigaciones en torno a la gente desaparecida.

La cogió y estaba a punto de abrirla cuando vio una fotografía debajo. Era de una mujer que Maya reconoció enseguida.

Tina Gabrielsson, de Trollhättan. La que había desaparecido en Karlstad en 2004, durante un viaje de trabajo.

Göran tenía la fotografía de todos los que él sospechaba que habían desaparecido en la turbera, así que no había nada raro en ello. Pero aquella foto no se la había enseñado. Además, se diferenciaba de las otras, que eran fotocopias o recortes de los periódicos. La foto de Tina Gabrielsson era un original de un taller de fotos de Gotemburgo. Maya le dio la vuelta y leyó lo que ponía en el reverso.

Gracias por un fin de semana maravilloso.

Tina

Se quedó allí quieta, como paralizada. Como si a partir de ese momento cada movimiento supusiera un riesgo. Como si se encontrara dentro de un abismo, en una jaula.

«Göran conocía a Tina Gabrielsson.»

¿Había sido ella demasiado inocente? ¿Estaba Göran loco de verdad?

Maya recogió sus cosas rápidamente sin hacer ruido y bajó las escaleras a toda prisa. Demasiado deprisa. Se tropezó con la manga de un jersey que llevaba en los brazos y cayó de bruces escaleras abajo.

Aterrizó con un ruido sordo, levantó la cabeza y escuchó.

—¿Hola? —oyó a Göran gritar soñoliento desde su habitación—. Maya, ¿eres tú?

Se levantó, se puso los zapatos y la chaqueta y salió corriendo de la casa. Cuando llegó al exterior fue como si toda la energía de su interior se desvaneciera. «El coche.» Si no tenía el coche aquí.

En ese mismo momento, la luz del recibidor se encendió a sus espaldas.

Dobló la esquina lo más rápido que pudo, salió al camino y se escondió tras el seto.

Vio abrirse la puerta de la casa. Vio el vaho del aliento de Göran.

—Maya —gritó a la noche—. ¿Maya, dónde estás?

Maya avanzó todo el tiempo a paso ligero, temerosa de que fuera a aparecer un coche, de ver la luz de unos faros. Mientras tanto, llamó a Oskar.

No lo cogía. Llamó de nuevo. Y otra vez. Al final oyó su voz adormecida.

—¿Diga?

—Tienes que venir a buscarme —dijo—. Ahora.

Cuando Nathalie llegó al hospital, Maria estaba sentada junto a la cama de Johannes. Le estaba cantando algo. Parecía una canción en árabe.

—Continúa —le dijo Nathalie cuando se quedó callada.

Pero Maria negó con la cabeza sonriendo.

—Ya estoy. Es una canción que solía cantarle cuando era pequeño.

—Es bonita —le dijo Nathalie mientras se sentaba—. ¿Qué tal por aquí?

—Bueno, pasan algunas cosas. Tienen un sospechoso, veremos cómo va.

Nathalie asintió, pero no le apetecía hablar de su posible papel en las pruebas contra Alex Hagan.

—Y los médicos me han dado noticias positivas —continuó Maria—. Dicen que podría estar a punto de despertar.

—¿En serio? —Nathalie sintió cómo una ola de diversos sentimientos la invadía. Miró a Johannes y estuvo a punto de acariciar sus piernas, pero se contuvo—. Así que se va a despertar dentro de poco —repitió.

Maria sonrió.

—Como mínimo parece que hay señales que así lo indican. Ya veremos, prefiero no adelantarme a los acontecimientos. Pero gracias por estar tanto aquí, de verdad que agradezco lo que haces —dijo poniéndose la mano en el corazón.

«Y yo agradezco poder venir», pensó Nathalie mientras Maria recogía sus cosas y salía de la habitación. Al mismo tiempo pensó que era como si aprovechara para esconderse aquí, como si hubiera encontrado un refugio, un

espacio, donde tranquilamente podía saber qué era lo que estaba ocurriendo en su interior.

La visita al cementerio y el encuentro con el padre de Julia habían puesto en marcha cosas en su interior. Y ya no sentía tanto miedo.

Estaba allí de nuevo. Doce años. El último verano. El último día.

El final del verano se había posado sobre las cansadas plantas del jardín, su padre se estiró en el sofá después de comer, su madre recogía la mesa. Por su parte, Nathalie se preguntaba, sobre todo, por qué Julia ya nunca la llamaba. Julia, que era su mejor amiga, a pesar de todo.

Fue a casa de Göran y miró dentro por la ventana de la cocina. Había alguien allí sentado, como siempre. Las cortinas estaban echadas, por lo que solo podían verse las siluetas. Parecía haber alguien que estaba escuchando atentamente, que asentía de vez en cuando y que parecía hacer alguna que otra pregunta. Alguien que tomaba notas.

Decidió dar una vuelta por el patio delante de la casa y buscar colillas. Sus padres le daban una corona por cada colilla, en lugar de paga semanal.

Cuando hubo hecho un montoncito se fue al césped de su casa a entrenar saltos de balonmano con tiro a portería. El siguiente fin de semana iban a jugar un campeonato en Åmål, la Copa de Verano de Åmål. Le gustaría marcar algunos goles bonitos. A lo mejor en las gradas habría alguien a quien pudiera impresionar.

Se puso una piedra en la mano, corrió, saltó y lanzó. Tenía la técnica muy bien asimilada.

Cuando volvió a entrar en su casa no tardaron en llegar los invitados. Agneta y Gustav, Yvonne y Peder. Göran llegó enseguida, y luego alguien más. Al principio el ambiente era desenfadado, sacaron queso, galletas saladas y

vino. A Nathalie le dieron una bolsa de patatas fritas para que se las comiera en su cuarto.

Se sentó en la cama y abrió el último número de *Buster*. Se imaginó que era un portero que las paraba todas. Era una heroína.

Luego se sintió cansada. Se quedó dormida. Quizás un par de horas, o más.

—Pero por el amor de dios, compórtate un poco, ¿quieres? ¿Cómo se puede ser tan tonto?

Había alguien gritando que parecía borracho. Le siguió un tumulto.

—Pero es en serio —gritó otra persona—. ¡Tenéis que escuchar!

Oyó a su padre intentando calmarlos.

—Escuchad, ya es hora de irse a casa. Tendremos que seguir hablando de esto otro día.

Un poco más tarde, Nathalie entró en la cocina a buscar un vaso de agua. Sobre la mesa había botellas y vasos. Vio a algunos vecinos apretujarse entre chaquetas y zapatos en el recibidor. Se cruzó con la mirada de Göran y lo saludó prudente.

Después volvió a hurtadillas a su habitación y se metió en la cama. Oyó cómo los invitados fueron saliendo de la casa, y los pasos en la escalera cuando sus padres subieron a su dormitorio.

Υ

—Volví a quedarme dormida —le susurró a Johannes—. Un rato. Después oí... —Se tapó la boca con la mano y notó que empezaba a temblar—. Me desperté con un ruido.

Nathalie se levantó y se acercó a la ventana. Se volvió hacia Johannes.

—No me despertaron los disparos... siempre he creído que me habían despertado los disparos, pero me desperté antes. Fue... otro ruido lo que me despertó. Vino alguien.

Ahora sintió como si un martillo reprodujera el ruido en su cabeza.

Toc, toc, toc.

Toc, toc, toc.

«Vino alguien. Que llamó a la puerta antes de que se efectuaran los disparos.

»Oí los golpes. Oí la voz.»

Nathalie miró a Johannes.

Después salió de la habitación, salió del hospital y bajó a la calle. Se sentó en el coche y volvió de nuevo a Mossmarken.

La parra silvestre había enviado sus largos dedos a través del cristal roto y abrazaba la puerta de atrás desde todas partes; la había roto con años de paciencia.

Era como si la casa la hubiera estado esperando. Como si respirara cuando ella entró, como si la atrajera a través de la puerta. Recordaba que a menudo andaba por aquel camino cuando quería evitar llamar la atención. Se llegaba directamente por la escalera estrecha hasta el piso de arriba, donde estaban la sala de estar y el baño grande. Además, se podía meter en su habitación sin pasar por la cocina.

Estaba oscuro y olía a humedad y a moho. Su pasado estaba literalmente diluyéndose. Camino de la desaparición. No había más que contornos borrosos allí donde mirara. El gran aparador de la entrada; los cajones estaban cerrados pero ella sabía: los listines telefónicos abajo del todo. Después guantes, gorros, botellas con laca de pelo y tubos con fijadores para el pelo.

Se miró en el espejo, a través de toda la humedad y las telarañas, a través de todas las grietas. Vio la imagen de sí misma cuando tenía doce años. Estaba de vuelta en la casa.

Estaba de nuevo en casa.

Quería recordar. Siempre había querido olvidar, pero ahora quería recordar. Había una verdad tras lo ocurrido aquel verano que aún no había salido a la luz. Pero ella lo sabía, en alguna parte lo sabía. Y ahora aquellas imágenes tenían que subir a la superficie.

El sonido de la cafetera que se encendía automáticamente a las siete, el olor a comida por las tardes. El extractor que siempre estaba estropeado.

Todo se fundía. Se separaba.

Nathalie se movía a la luz del teléfono móvil y de los faros del coche que estaba fuera. Lo había dejado en marcha, como un animal al acecho.

Avanzó por el pasillo que llevaba a la cocina y a su cuarto.

En la encimera de la cocina había botellas y vasos, los de la última noche. Abandonados, desposeídos, encapsulados en años de humedad.

Entró en su habitación y se sentó en la cama. El suelo de madera con barniz oscuro, el empapelado de las paredes que había elegido ella misma, con cerecitas rojas. La cama con la colcha de terciopelo beige que le regalaron una Navidad. El escritorio. Los pósteres en las paredes: The Ark y Kajsa Bergqvist.

Los animales se habían adueñado del lugar. Una película lo cubría todo.

Sin embargo, ella ya no veía la decadencia. Tenía doce años y estaba de nuevo allí. Al otro lado de la ventana estaba todo a oscuras. Y se despertó con el ruido de los golpes en la puerta.

Toc, toc, toc.

Toc, toc, toc.

Oyó los pasos apresurados que bajaban la escalera. Se levantó, entreabrió la puerta y se sentó en el suelo. La mirada fija hacia el vestíbulo, por detrás de las sillas y las patas de la mesa.

Oyó decir a su padre:

—Son ellos otra vez. Han vuelto.

Un momento de silencio. Y después la voz de su madre:

—¡Pero Jonas! ¿Qué haces?

—Solo voy a asustarlo. Voy a darle un buen susto a ese cabrón.

La puerta se abrió.

Al principio Nathalie no vio quién era el que venía, solo oyó unas voces apagadas, susurros forzados.

—Sois gente sensata, al menos vosotros lo sois. No podemos seguir perdiendo a más de los nuestros. Vosotros también lo entendéis, ¿verdad?

—¿Cómo que perder? —oyó que preguntaba su padre.

—Todos sabemos lo que le ocurrió a Tracy. Tenemos que calmar el hambre de la turbera. Y, sobre todo, salvar lo que nos queda.

El silencio que siguió.

Después, la voz de su padre:

—Te has vuelto completamente loco. No puedes estar diciendo en serio que tenemos que...

—Escucha —lo interrumpió la otra voz—. Conocéis la turbera, sabéis de lo que es capaz. ¡Si queremos seguir viviendo aquí, tenemos que actuar!

—Lo que ha pasado, ha pasado —dijo su padre—. Es una auténtica tragedia. Pero no volverá a ocurrir.

—Vaya que sí. La turbera quiere sus ofrendas, y a partir de ahora no va a ser ninguno de los nuestros, no será ninguno de nosotros, ¡ninguno de los que vivimos en Mossmarken!

—¡Tú estás mal de la cabeza! Vete ahora mismo de aquí. Tengo que cerrar la puerta —dijo su padre.

—No puedes mirar hacia otro lado. Sabes lo que le ocurrió a Tracy. ¿Estás dispuesto a sacrificar a tu Nathalie?

—Lárgate de una puta vez. Voy a llamar a la policía. Vete de aquí ahora mismo. Fuera. ¡Fuera!

Hubo un momento de jaleo en el recibidor.

—Me cago en la... —dijo la voz—. ¿Llevas una...? Eres tú el que está loc...

Y el disparo.

Después, silencio absoluto.

Luego unos cuerpos que se movían deprisa.

—¿Qué...? Ha sido... ¿Tenía una...? ¿Cargada? —dijo la voz.

—¿Qué has hecho? —Nathalie oyó la voz desgarrada de su madre.

—No sé qué ha pasado...

Otro disparo. Una maniobra rápida con los cuerpos. El rifle a la mano de su padre.

Nadie notó que ella estaba allí, nadie pensó siquiera en que Nathalie se encontraba en la casa, que estaba sentada en el suelo de su habitación, que era una testigo. Que lo vio.

Lo único que perduró cuando se quedó sola fue el sonido del coche que estaba fuera con el motor en marcha y que, finalmente, se fue. Y las palabras del hombre que había matado a sus padres. Su voz. Ahora la recordaba. En realidad, nunca la había olvidado.

«La turbera quiere sus ofrendas, y a partir de ahora no va a ser ninguno de los nuestros.»

El aire de la habitación olía a jazmín. El empapelado aterciopelado y las pesadas cortinas envolvían a los allí reunidos en colores terrosos y suavidad.

Gustav estaba sentado en una silla junto a la puerta, Laila y Texas habían cogido sitio en sendos sillones junto a una mesita. Peder e Yvonne compartían un sofá de estilo victoriano pegado a una de las paredes.

Göran estaba sentado solo en un rincón. Había evitado mirar hacia Maya cuando esta llegó y ella se preguntaba qué estaría pensando él, por qué no le había contestado a los SMS que le había mandado, por qué ni siquiera había reaccionado ante su furtiva escapada.

Maya había intentado rebajar el tono de lo ocurrido ante Oskar, no quería que toda la escuela empezara a hablar. Aunque, como era de esperar, él se había mostrado bastante intranquilo cuando la fue a buscar en mitad de la noche.

—¿Qué ha hecho? —le había preguntado indignado.

—Le ha surgido algo, así que lo mejor era que me fuera de allí —le había mentido ella—. Gracias por venir a buscarme.

Le había enviado un SMS a Göran donde le explicaba que había visto la fotografía de Tina Gabrielsson. Que deducía que él la conocía. Si era tan inocente como pretendía hacía creer, como mínimo debería hacer un esfuerzo por explicarse, pensó ahora Maya, explicar por qué intentaba esconder su relación con la víctima.

También había llamado a Leif y le había dicho que deberían detener a Göran de inmediato, porque ahora Göran sabía que ella había descubierto.

Pero Leif quería esperar.

—No es el momento, Maya. Y tampoco es ningún delito conocer a una víctima. Debemos mantenernos tranquilos, no precipitarnos.

—Pero es curioso que no haya dicho nada —había respondido ella—. Hemos tenido mucho contacto estos últimos días y hemos hablado de lo que ha ocurrido en la zona, y él no ha dicho ni una palabra. Voy a encontrármelo en la mansión. ¿Qué le voy a decir?

—Tranquila, Maya. Lo cogeremos cuando llegue el momento.

Le había puesto el gran angular a la cámara, la había colocado en un trípode alto y había desplegado su escalerilla portátil para estar un poco más alta. De esa manera los cogía a todos.

Agneta entró en la sala y se puso en un lugar donde todos pudieran verla.

—Como podéis ver, tenemos a Maya hoy aquí —dijo haciendo un gesto hacia Maya—. Nos va a hacer una foto. Será interesante ver qué consigue sacar. —Agneta irguió la espalda y sonrió solemne—. Aunque mientras Maya prepara sus cosas, nosotros podríamos empezar con el motivo que me ha llevado a reuniros a todos en el día de hoy. Estamos aquí para hablar de algunas cosas, y quizá sería bueno hacerlo de vez en cuando, discutir de asuntos que... tenemos en común, por así decirlo.

Entonces la puerta se abrió con cuidado y Nathalie entró en la sala. Tenía una expresión especial en la cara. Un aura de liberación. Triste, pero fuerte y firme.

Los demás observaron su llegada, pero enseguida volvieron a escuchar a Agneta.

Solo una persona continuó mirando a Nathalie. Esta cazó su mirada, y fue como si ya no pudiera huir. Se retorció e intentaba soltarse, hasta que al final pareció resignarse. En ese instante, Maya apretó el botón.

Al mismo tiempo, las puertas dobles se abrieron y Leif Berggren quedó a la vista en la entrada.

—Hola —lo saludó Agneta un tanto desconcertada—. Estamos un poco ocupados en estos momentos, si nos disculpas.

—¿Ah, sí?—respondió Leif—. ¿En qué estáis ocupados?

—Estamos... Íbamos a hablar de los acontecimientos de estas últimas semanas. Lo que ha pasado nos ha afectado profundamente a todos. Y no es la primera vez que nos encontramos ante situaciones difíciles, como ya sabrás —dijo volviéndose hacia los demás como para obtener confirmación.

—Puedo esperar.

Leif entró y se sentó en un sillón libre, miró a su alrededor buscando a Maya y la encontró de pie subida a la escalera en un rincón con su cámara.

—Continuad, continuad.

Los demás intercambiaron unas cuantas miradas titubeantes.

—Bueno, si me permites preguntarte de qué se trata —dijo Agneta con forzada amabilidad—. Es una reunión privada. ¿A qué tenías pensado esperar?

—En primer lugar, a unos compañeros que vienen de camino. En breve vamos a tener que suspender la reunión.

—¿Qué? —se alarmó Agneta—. ¿De qué se trata?

—¿Que de qué se trata? —repitió Leif—. Se trata de cierto número de personas que han sido encontradas en la turbera de aquí fuera. Personas que alguien ha asesinado y ha enterrado a lo largo de los últimos doce años. Se trata de que un joven ha sido gravemente agredido y de que se acaba de despertar y nos ha dado una información muy interesante.

—¿Se ha despertado? —preguntó Agneta—. Por fin buenas noticias.

—¿Buenas noticias? —repitió Leif.

Maya notó que Leif estaba irritado, a punto de perder el control. No debería comportarse así. Pero, probablemente, llevaba bastante tiempo sin dormir

bien.

—Hay personas en esta sala —continuó— que no lo considerarán buenas noticias.

Leif fijó la mirada en Agneta y luego la deslizó hasta el marido de esta, después a Peter, Yvonne, Texas, Laila y, finalmente, Göran.

Leif bajó la cabeza.

Las miradas saltaban de un lado a otro por la sala. Los presentes se miraban unos a otros con inquietud creciente.

—¿Acaso alguno de nosotros...? —dijo Agneta—. Esto es de locos. Los que vivimos aquí, junto a la turbera, sufrimos todo esto casi igual que los familiares.

—Sí que es de locos. La cuestión es cómo ha podido ocurrir —dijo Leif—. Espero obtener pronto la respuesta. En total estamos hablando de seis asesinatos y un intento de asesinato, que sepamos por ahora.

—Ocho asesinatos —dijo una voz a sus espaldas.

En ese mismo momento dos agentes uniformados entraron en la sala.

—¿Cómo? —pregunto Leif volviéndose hacia Nathalie.

—Son ocho asesinatos y una tentativa —respondió ella.

—Pero ¿quiénes son? —rugió Laila.

Entonces los dos agentes atravesaron la sala y se dirigieron hacia Peder e Yvonne.

—Creo que debería explicarme... —dijo Peder levantándose. Su mujer, Yvonne lo siguió y alzó una mano por delante de su cuerpo como para proteger a su marido.

Se armó un pequeño revuelo, restallido de esposas y cerraduras.

—Pero... ¿qué hacéis? —dijo Yvonne aterrorizada—. ¿Es esto necesario?

—¿Qué pasa ahora? —dijo Texas—. ¿Qué habéis hecho?

—Ya te llamaré —respondió Peder—. Tendremos que dejar lo de la bomba para otro día.

Agneta se rascaba la comisura de los labios con una uña. Parecía querer decir algo, pero los sonidos que logró emitir con la boca no conseguían formar palabras enteras.

—Solo quiero decir una cosa antes de irnos —dijo Peder sacudiéndose irritado la mano que un policía le había puesto en el hombro—. No había otra solución. Realmente no había otra solución. No lo hicimos por diversión. Lo hicimos por vosotros también, por toda la zona, no lo olvidéis. —Extendió los brazos—. Göran os puede explicar. Sabe perfectamente cómo funciona la turbera. No estáis libres, si es lo que creéis.

—Pero ¿qué habéis hecho? —preguntó Texas y su mirada barrió toda la sala.

Göran estaba sentado en la silla, con la espalda totalmente erguida y la cara pálida.

—No lo entiendo —dijo—. ¿Yo tengo algo que ver con todo esto?

—**S**í, así fue —dijo Yvonne Larsson cuando fue interrogada en la comisaría de Karlstad. Maya estaba sentada en la sala de al lado siguiendo la conversación entre Yvonne, Leif y otro inspector.

La mujer estaba sentada con las manos en las rodillas y poco a poco las fue escondiendo cada vez más en las mangas del jersey, como si de forma inadvertida intentara huir, salirse de su ropa, abandonar su piel. Sus ojos pestañeaban.

—Comprendimos que estábamos... obligados a actuar. Sabíamos lo que ocurre en la turbera, nosotros mismos lo hemos vivido. Göran Dahlberg también puede hablaros del hambre de la turbera, de todas las personas que han desaparecido a lo largo de los años. Teníamos tanto miedo como los demás y sabíamos que podría volver a tocarnos a nosotros, en cualquier momento. La turbera es insaciable. Nadie nos puede juzgar, nadie que no haya pasado por lo que nosotros hemos pasado. Habíamos perdido a nuestra queridísima hija. No podíamos perder a otra, ¿verdad que no? Vosotros tampoco lo hubierais querido. Si tuvierais hijos. ¿Tenéis hijos? Pues entonces lo entendéis.

Se mostraba agradable y complaciente y les suplicaba a Leif y al otro inspector como si pensara que podría conseguir ponerlos de su parte, como si no fueran a tener ningún problema para comprenderla, entender sus actos.

—Así que lo reconozco. Lo hicimos. No fue divertido, desde luego que no. Pero no todo puede ser divertido en la vida. A veces no te queda otra que

hacer lo que toca. Es así. —Respiró hondo—. Lo que más me inquieta ahora es que la turbera espera la ofrenda y nadie... nadie hará nada.

Al cabo de unos días Peder se volvió más y más introvertido. Su gran cuerpo parecía completamente desconocido en la pequeña silla de la sala de interrogatorios, como si no supiera estarse sentado sin hacer nada más. Como si estuviera acostumbrado a trabajar constantemente, moverse, hacer cosas. Ir a la suya. Resolver cuestiones.

—En un momento dado quise dejarlo —reconoció—. Desde luego. Me parecía que podríamos limitarnos a tener a los niños bajo estricta vigilancia cuando hiciera mal tiempo. Pero entonces pasó aquello del crío que desapareció. Era como si la turbera... nos amenazara. Sobre todo, queríamos proteger a Julia, después a sus hijos. Es fácil despistarte alguna vez, y entonces ya se ha jodido para siempre. Nos sentíamos más seguros manteniendo apaciguada aquella hambre, por así decirlo. Lo más normal era que fueran animales y tal, pero a veces... a veces eran personas. Sabíamos que era necesario. Llenábamos sus bolsillos con dinero, para demostrar nuestra veneración, para dejar claro que éramos conscientes de la gravedad del asunto. Lo último que quería era tener que salir en busca de otra niña. Lo hicimos por el bien de nuestros hijos. ¿Lo entendéis? No había otra elección.

«Lo hicimos por el bien de nuestros hijos.»

Nathalie estaba sentada con un grueso plumón puesto y con la cara hacia el sol en la terraza de la mansión cuando llegó Maya. Agneta había dejado fuera unos pocos muebles de jardín, todo un regalo en un día como aquel.

—Qué tiempo tan maravilloso —exclamó Maya mirando hacia el cielo.

—Sí, lo sé. Es extraordinario. Adelante, siéntate.

Nathalie hizo un gesto hacia una de las sillas.

—Qué bien que me llamaras —dijo Maya—. De verdad, me he puesto muy contenta.

—Pensaba volver a Gotemburgo dentro de poco, solo me quedan algunas muestras que sacar. Pero me apetecía verte de nuevo antes de irme.

Maya asintió.

—Claro que sí.

Primero hablaron de la tesis de Nathalie, de la próxima exposición de Maya y, al cabo, pidieron dos tazas de té. Después pasaron a Peder e Yvonne.

—Me cuesta asimilarlo todo —dijo Nathalie—. Que los padres de mi amiga de la infancia sean los culpables. Que Peder disparara a mi padre y después a mi madre. Disparó a mi padre sin querer, pero aun así disparó a mi madre...

Maya se la quedó mirando un buen rato, suspiró profundamente mientras buscaba las palabras.

—Pero ¿no puedes...? ¿Aun así no puedes sentir ningún alivio? Tu padre no tuvo la culpa, no mató a nadie. Ni a tu madre ni a sí mismo.

Nathalie volvió de nuevo la cara al sol y cerró los ojos.

—Lo cierto es que sí —dijo en voz baja—. En medio de toda esta locura siento alivio, es como si hubiera recuperado a mis padres, a mi padre y a mi madre. Todo el lastre ha desaparecido. La losa ha desaparecido. Sí, me siento... vacía. —Se echó a reír y se volvió hacia Maya—. En sentido positivo, me refiero.

—Lo entiendo. Pues qué bien.

—Al mismo tiempo... puedo sentir una pena que no he sentido nunca antes. Porque pasara. Por haber perdido una parte tan grande de mi infancia. Para mí es muy nuevo no apartar todos esos sentimientos. Me... duele, de alguna manera.

Maya dejó descansar su mirada en Nathalie.

—Pues deja que te duela. Creo que lo superarás. También hay alivio en abrirse a la tristeza. Dejar de resistirse. Dar permiso a la pena, dejar que vaya por ahí causando estragos y cambiándonos y después dejarla caer. Cuando lo haces puedes sentir que en realidad eres más grande que la tristeza. Que eres más grande que todo lo que piensas y experimentas.

Mientras el té caliente se entibiaba con el aire de octubre, la conversación pasó a tratar del inminente viaje de Nathalie de vuelta a casa.

—Por cierto, ¿adónde fuiste a parar? —dijo Maya—. Cuando te fuiste a vivir a Gotemburgo. ¿Eran parientes?

—No, no los conocía. Lo cual, dicho sea de paso, me iba perfecto, ya que quería empezar de cero. Pero me fue regular. Por lo visto alguien pensó que cuanto más piadosa fuera mi nueva familia, mejor. Así que me parece que fui a parar a casa de la familia más religiosa de la ciudad.

—Vaya —dijo Maya.

—Bueno, perdón. A lo mejor crees en Dios.

Maya se echó a reír y borró la disculpa con un aspaviento.

—Es difícil responder a esa pregunta si no sabes cuál es el concepto que tiene de Dios la persona que te la hace. Dios significa diferentes cosas para cada persona. Así que mejor no nos metamos en...

—Pero ¿para ti qué significa? —la interrumpió Nathalie.

Maya la miró un poco reacia mientras cambiaba de postura en la silla.

—Para mí Dios es... —empezó diciendo— una especie de realidad intemporal que no se puede describir o explicar... ni siquiera alcanzar con el pensamiento. Solo se puede descubrir en tu interior y experimentar a través de la experiencia directa. —Nathalie comprendió que no era la primera vez que Maya hablaba de Dios—. Y cuando eso ocurre —continuó Maya—, entonces uno se da cuenta de que todo el ruido, que toda la separación en el mundo, es imaginación, que en el fondo todo es unidad.

—¿Y de qué estaría compuesto ese... todo, según tú? —dijo Nathalie.

—Una palabra que por lo menos señala la dirección correcta es «vacío».

Nathalie arrugó la frente y se echó a reír.

—¿En serio? ¿Vacío?

—Pues sí... —dijo Maya—. Pero no es un vacío vacío, sin nada. Es solo vacío de formas, límites, pensamientos, conceptos.

—Ah —respondió dudosa Nathalie—. Lo cual significa...

—A ver, cómo explicarlo... —respondió Maya reclinándose y tratando de elegir cada palabra con cuidado—. Es una especie de... espacio de conciencia pura, de la cual el mundo surge en cada momento presente. Es una vigilia más allá del intelecto, un inalterable existir que la persona no solo tiene la posibilidad de percibir en su interior, sino que es su misma fuente y su naturaleza más profunda. Y es esto lo que... —se echó a reír como si recordara una sensación—... esto es lo cómico de la búsqueda espiritual, darte cuenta al final de que eres lo que buscas. No es nada que se pueda tocar, nada que se pueda ver. —Hizo una pausa—. Es aquello que ve.

Se separaron poco más tarde, pero las palabras siguieron resonando en la cabeza de Nathalie, la llamaban con un timbre claro de otro mundo, un mundo donde se veía a sí misma en un lago, a través de los ojos de un corzo.

«Es aquello que ve.»

A media tarde, Nathalie estaba en la cabaña doblando ropa y metiéndola en la maleta. Guardó el equipo, las carpetas, los papeles y los libros. El ordenador con la tesis y todos los resultados de los análisis.

Era hora de volver a casa, a un futuro que no podía imaginarse. Un futuro sin red de seguridad, le daba la sensación.

O quizá fuera al revés. Quizá por primera vez tenía un fondo donde aterrizar. Algo había cambiado en ella, reorientado el rumbo, las perspectivas se habían reubicado. Casi tenía ganas de volver a ver a sus padres de acogida.

Entonces oyó que llamaban a la puerta y supo al instante que era él. Reconocía la forma suave de su mano contra la madera, la suave melodía que generaban sus golpes.

Nathalie abrió la puerta y allí estaba, delgado y delicado, pero con una sonrisa cargada con toda la energía del mundo. Un poco más allá, detrás de él, vio el taxi que lo había llevado hasta allí. Se apoyaba en un andador y no hacía más que mirarla, sin decir nada.

Ella no sabía qué hacer, ya que estaba acostumbrada a ser ella la que miraba, la que observaba.

—Johannes —fue lo único que salió de su boca.

Ni siquiera se atrevía a abrazarlo.

—Nathalie —dijo él sonriendo.

Él dio un paso al frente, le cogió la mano y se la llevó a la mejilla.

—He oído lo que has hecho —dijo—. Gracias. Muchísimas gracias.

Ella negó con la cabeza y sonrió.

—No ha sido... nada.

Notó que estaba totalmente relajada. Que algo en su interior parecía nuevo. Y bastante simple.

—¿Qué tal va con tu pesada alegría? —le salió, notando en el acto que a lo mejor había traspasado un límite.

Entonces vio la reacción de Johannes.

—Probablemente, a partir de ahora sea aún más pesada —respondió él—. ¿Dónde vamos a vivir? ¿En Gotemburgo?

—No sé dónde vas a vivir tú —dijo ella sonriendo—. Pero creo que Gotemburgo está un poco sobrevalorada.

En las paredes colgaban imágenes cuadradas en blanco y negro que medían un metro por un metro y estaban montadas con paspartú en marcos de madera pintados de negro.

Primero había cuatro fotografías de paisajes. Después, cuatro de casas y granjas abandonadas y en ruinas. Y finalmente, cuatro cortes de distintas partes del cuerpo. Un pie, una mano, una mejilla. Un ojo cerrado, una nuca con un poco de pelo. Los retratos de la gente que vivía alrededor de la turbera había terminado por descartarlos.

Maya miró por el gran ventanal y pudo constatar que ya comenzaban a caer copos de nieve del cielo. Dentro, al calor, se invitaba a vino tinto y galletas saladas.

Pero no era una inauguración normal, ni una exposición normal. Había querido reducir el aspecto social del evento, a ser posible erradicarlo por completo; no le parecía que fuera interesante. Solo quería enseñar sus fotografías, su experiencia en la turbera.

Cuando los periódicos oyeron hablar de que la artista más importante de la zona iba a exponer en la galería de la escuela de arte, naturalmente aumentó el interés. Cuando después quedó claro que iba a exponer paisajes de Mossmarken con clara referencia a lo que había ocurrido allí fuera, ese interés se disparó incluso en los medios nacionales. En las redes sociales fluían los comentarios, a pesar de que nadie de fuera hubiera visto aún las fotos. Y las opiniones eran dispares. Muchas de los que se expresaban se mostraban

indignados, realmente indignados porque Maya, según ellos, explotaba la tragedia que había ocurrido en Mossmarken.

Maya había acordado con la galería que primero haría una inauguración a puerta cerrada, y luego dejaría que la prensa y el público en general fuera al día siguiente, cuando ella estuviera bien lejos de Fengerskog.

Ahora solo estaban ella y una veintena de amigos y conocidos, incluidos Nathalie y Johannes. Göran también había ido; parecía cansado. Roto.

—Supongo que no es el momento adecuado para explicar lo de Tina —dijo nervioso apenas hubo entrado.

—De acuerdo —respondió ella—. Tú decides.

—Lo hablamos otro día.

—Claro, otro día.

En lugar de insistir, Maya le fue llenando la copa de forma regular. Así que al final las palabras salieron igualmente. Las de Göran. Estaba apoyado contra la pared con la copa en una mano y le hizo una señal a Maya para que se le acercara.

—Quiero explicártelo —dijo—, tal y como fue. Sí, tuvimos una relación, Tina y yo. Solía venir a verme cuando estaba en Karlstad en viaje de negocios. Quedamos de acuerdo en que vendría de nuevo, pero no apareció. Yo estaba en estado de shock. Nunca dije nada, por un lado porque pensaba en su familia, pero también me di cuenta de que resultaría sospechoso si contaba nuestra relación.

—Pero ¿en qué estabas pensando? ¿Que habían sido los espectros quienes la habían cogido?

Se encogió de hombros.

—Ahora sabemos que no fue así, por lo menos con ella, pero...

Se quedaron en silencio un momento. Göran levantó la vista y la miró directamente a los ojos.

—Pero sigue habiendo mucha gente desaparecida. Probablemente solo hayáis encontrado a las víctimas de Peder e Yvonne —dijo apartando la mirada—. Empiezo a creer que no se puede encontrar a los demás desaparecidos. Que la gente a la que los espectros atrae solo... se desmaterializa. Todavía no han encontrado al niño, ni a Tracy, ni tampoco a mi mujer.

Maya le puso la mano en el brazo y se lo apretó amablemente.

—¿Sabes? Me alegro de que estés aquí, Göran. De verdad.

Cuando el último invitado se hubo ido, Oskar la acompañó a su casa. Maya encendió unas cuantas velas, preparó un baño con unas gotas de aceite de lavanda y sirvió cava en dos copas. Después se desnudó y se metió en la bañera. Oskar estaba en el quicio de la puerta observándola.

—¿No vas a venir?

Él se quitó la ropa lentamente, fue hasta la bañera y se sumergió en el agua caliente.

Nathalie subió despacio las escaleras del bloque de pisos de Åmål y llamó a la puerta. Sentía el corazón como un músculo sobrecargado que no quería otra cosa que descansar, después de todo lo que había pasado. Aunque necesitaba hacer esto. Justo esto. Era lo último que haría antes de abandonar la provincia de Dalsland y regresar a Gotemburgo.

La mujer que abrió le era desconocida. De buenas a primeras no vio nada familiar en la persona con grave sobrepeso que tenía delante.

Se quedaron de pie mirándose la una a la otra, pero al cabo de un momento Nathalie, en algún lugar de su interior, pudo vislumbrar a la Julia que en otro tiempo fue su mejor amiga. Era algo en la forma en que descansaban sus ojos, en los pómulos altos que se arqueaban hacia los rabillos.

—¿Nathalie? —preguntó Julia.

—Julia —respondió Nathalie.

Dio un paso hacia delante, estrechó en sus brazos a su amiga de la infancia y la apretó con fuerza. Primero Julia se quedó helada, después pareció relajarse y luego vino el llanto, como un manantial recién descubierto que manaba de la tierra. Jadeos y sollozos que fueron en aumento y que se hundieron en el hombro de Nathalie. Unos espasmos que le provocaban sacudidas por todo el cuerpo.

Al cabo de unos minutos se secó la cara con la manga del jersey e intentó calmarse.

—¿Qué decir?

—Sí, ¿qué decir? —respondió Nathalie suspirando.

Se sentaron en el sofá de la sala de estar. Nathalie seguía tomando a Julia de la mano.

—¿Y si lo hubiera sabido? —dijo Julia—. Todo el tiempo. Lo que hacían mis padres. Y lo que les pasó a los tuyos. ¿Y si una parte de mí lo supo todo el tiempo, pero me encontraba demasiado cerca como para poder verlo de verdad?

Nathalie negó con la cabeza.

—¿Acaso te habrías podido llegar a imaginar lo que estaban haciendo?

—No lo sé. Pero a lo mejor debería... haber sospechado algo, no sé.

—Igualmente, es difícil imaginarse algo así, Julia. Debieron de volverse locos cuando murió Tracy.

Julia suspiró.

—Sí, nuestra familia también quedó rota y tengo muchos remordimientos de conciencia por ello. Por no darme cuenta de que habían cambiado, pero es que estaba muy ocupada con mis propios problemas. —Se quedó mirando a Nathalie—. Hasta ahora eres la única con la que he hablado de ello. Ni siquiera se lo he explicado aún a los niños y no sé qué voy a decirles. Y no me atrevo a salir a la calle. No me atrevo a encender el ordenador. Entiendo que se escriba de mis padres en todas partes, de nosotros. Es horrible.

—Lo entiendo. Pero si aguantas pronto se calmará todo. La gente tendrá otras cosas de qué escribir y hablar.

—Espero que tengas razón, pero no sé si creérmelo —respondió—. Además, es como si la gente también me juzgara a mí. No saldré nunca de esta.

Julia bajó la mirada hacia la mesa.

—Por cierto, ¿qué pasará con los niños ahora? —preguntó Nathalie—. ¿Te quedarás a vivir aquí?

—Sí, seguramente sí —dijo con una sonrisa que le formó una pequeña arruga en el tenso rostro—. Los niños vivirán conmigo a partir de ahora,

debería habérmelos traído hace tiempo.

Tomaron café y algunos dulces de chocolate medio congelados directamente del envase. Hablaron. Recordaron. Después Nathalie dijo que tenía que irse.

—Intentaré llegar a casa, en Gotemburgo, antes de que anochezca.

Julia suspiró, le puso una mano en el hombro como para pararla y se fue con prisas al dormitorio. Enseguida volvió con una libreta.

—Hay otra cosa que quiero decirte. Creo que necesito... explicarle esto a alguien.

Miró la libreta.

—Este es el diario de Tracy. Yo solía colarme en su habitación y leerlo a escondidas, a veces lo hacíamos, no sé si te acuerdas. También leíamos sus poemas. Pero lo del diario, nunca se lo he dicho a nadie. Tengo que aprender también a vivir con ello. Con lo que está escrito aquí.

—¿Por qué? ¿Qué pone? —preguntó Nathalie.

—Tracy estaba con un chico mayor. ¿Lo recuerdas? Tenían una relación. Pero él... no la quería. No del todo. Solo a veces. Después conoció a otra. Y entonces... cuando lees lo que ella escribió queda bastante claro que no quería seguir viviendo. Era como si realmente hubiera tomado una decisión.

Nathalie miró a Julia.

—¿Era tan grave?

—Estaba muy cambiada, la última época. Triste. Pero tampoco se lo expliqué a nadie.

—Me lo dijiste a mí.

—¿Te lo dije?

—Sí.

Julia ojeó el diario.

—Aquí. La última semana escribió mucho. Sobre todo pensamientos oscuros. La última anotación la hizo la última noche antes de morir. Mira esto.

Mira lo que pone.

Julia leyó en voz alta, suavemente y despacio, haciendo una pausa después de cada frase.

Es como si yo ya no existiera. Como si no hubiera quedado nada desde que te fuiste. No como. No bebo. Solo quiero deshacerme y desaparecer. Soltar las riendas y caer hasta que todo termine. Hasta que yo termine. Hasta que todo este puto infierno termine.

Nathalie notó cómo los recuerdos de aquella noche de hacía catorce años volvían a surgir de nuevo. Recordaba el camisón a rayas de Tracy, recordaba cuerpos embarrados y ventanas silenciosas. La sensación de que la realidad se rompía, que algo se quebraba, una herida que nunca acabaría de curarse.

—Así que no fueron los espectros —confirmó Nathalie finalmente—. Se quitó la vida.

—Pero lo peor —añadió Julia— es que nada de esto hubiera ocurrido si yo les hubiera enseñado a mis padres este diario, si hubiéramos hablado, si hubiéramos... En ese sentido, ha sido culpa mía.

Nathalie tragó saliva.

—En ese caso, también ha sido culpa mía. Me encontré con Tracy en Åmål justo antes, cuando acababa de pelearse con aquel chico. Yo era consciente de que estaba muy triste, de lo desesperada que estaba, pero no sabía qué tenía que hacer, si es que hubiese podido hacer algo. —Se quedó callada un momento y luego continuó—. Éramos unas niñas, Julia. No mereces cargar con todo esto.

Julia asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—Éramos unas niñas —repitió.

Epílogo

La temperatura del aire estaba subiendo desde hacía bastante. El fin de semana pasado había malacostumbrado a toda la gente con un calor primaveral y Maya había descubierto en su casa que los abedules empezaban a brotar.

No había estado en Mossmarken desde finales del año anterior. Ahora estaba preparada. El día anterior habían enterrado a su padre y necesitaba un paseo largo y reconfortante. Quizá podía ir a ver a Göran. Se habían visto un par de veces durante el invierno, intentando aclarar todos los malentendidos, y notaba que su relación iba en buen camino otra vez.

Caminaba deprisa por la pasarela que cruzaba la turbera. Era la primera vez que experimentaba aquel lugar con luz de primavera, la cual no tenía nada que ver con la apesadumbrada claridad de finales de otoño, la descomposición que apremiaba, las setas que prosperaban.

Ahora despertaba la luminosidad. Los arbustos empezaban a sacar hojas, en un frágil matiz verde claro. Las matas de hierba cambiaban de color. Los pájaros se oían por todas partes.

Siguió a algunos con la mirada. Saltaban de rama en rama y después echaban a volar.

Hacía un momento que se había empezado a levantar viento, pero ahora parecía haber amainado.

Continuó su camino por la turbera y no se dio cuenta de que uno de los tordos había quedado rezagado de la bandada. Cayó al suelo detrás de Maya, casi pareció paralizado y emitió un sonido de sufrimiento. Al mismo tiempo,

los charcos de agua titilaron y una imagen pareció surgir bajo la superficie. Si Maya hubiera visto aquella imagen, seguramente la habría descrito como un mosaico resplandeciente de una joven con camión a rayas y los ojos azul brillante.

El pájaro del suelo batió las alas.

Al instante siguiente, había desaparecido.

¡Gracias!

A Helene, Jacob y a los demás de la editorial, así como a Astri, Christine y Kaisa de Ahlander Agency, por la cálida acogida en un nuevo mundo.

A todos los que han leído y dado su opinión en las diversas fases: Carina, Pelle, Kerstin, Elin, Cissi B, Jenny, Camilla, Cissi F, Göran, Daniel, Lisa, Annika, Andreas, Pia.

A Ingrid, Gullmar y Susanne por cuidar a los niños y los agradables momentos de escritura en el sofá delante del fuego en Romelanda. Gracias, Ingrid, también por tus respuestas a las preguntas sobre pájaros.

A Maria, por tantas comidas exquisitas. ¿Me toca pronto a mí?

Al periodista cultural Eric Schüldt y al historiador de las ideas Per Johansson, por sus inconmensurables, iniciados e inspiradores programas de radio y *podcasts* —quizá sobre todo el innovador *Mitos y Misterios*— que ha sido un inestimable compañero durante la creación de este libro. Gracias a Per Johansson también por la lectura.

A Adyashanti y Open Gate Sangha, por la claridad que descubris.

Por sabias respuestas a preguntas tontas y por la paciencia documental y control, gracias a los siguientes expertos eminentes:

Martin Cederwall, catedrático de Física Teórica en la Universidad de Gotemburgo y Chalmers.

Mats P. Björkman, biogeoquímico en la Institución para la Geociencia, en la Universidad de Gotemburgo.

Christian Fischer, arqueólogo y exdirector del Museo Silkeborg en Dinamarca.

Elisabeth Nordbladh, catedrática de Arqueología en la Universidad de Gotemburgo.

Per Möller, médico. Anne Majakari, fotógrafa de la policía de Örebro. Louise Larsson, fotógrafa de la policía de Karlstad.

Carl-Erik Steen, inspector de Homicidios de la policía de Karlstad.

(Los posibles errores que hayan persistido son responsabilidad exclusivamente mía.)

Finalmente, a Edvard y Alma, por todas las veces que me pedisteis que escribiera mientras os daba las buenas noches, «es tan agradable». Y a Anders, por todo. Compartimos esta historia. También.

Citas

- 1 Cita de *Apropiación indebida: una novela sobre el amor* de Lena Andersson, Alfaguara, 2015.
- 2 Cita de *Som en gång varit äng [Que una vez fue prado]* de Ann Jäderlund, Albert Bonniers Förlag, 1988.
- 3 Cita de *Ways of Seeing* de John Berger, Penguin Classics, 2008-2009.
- 4 Cita de *On Photography* de Susan Sontag, Farrar, Straus and Giroux, 1973, 1974 y 1977.
- 5 Cita de la página 216 de *Emptiness: the Most Misunderstood Word in Buddhism* [Vacío: la palabra más incomprendida del budismo], Huffington Post, 2013.

Título original: *Offermossen*

© 2017, Susanne Jansson

Publicado por acuerdo con Ahlander Agency.

Primera edición: mayo de 2018

© de la traducción: 2018, Pontus Sánchez

© de esta edición: 2018, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417167547

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Preámbulo

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

Epílogo

¡Gracias!

Citas